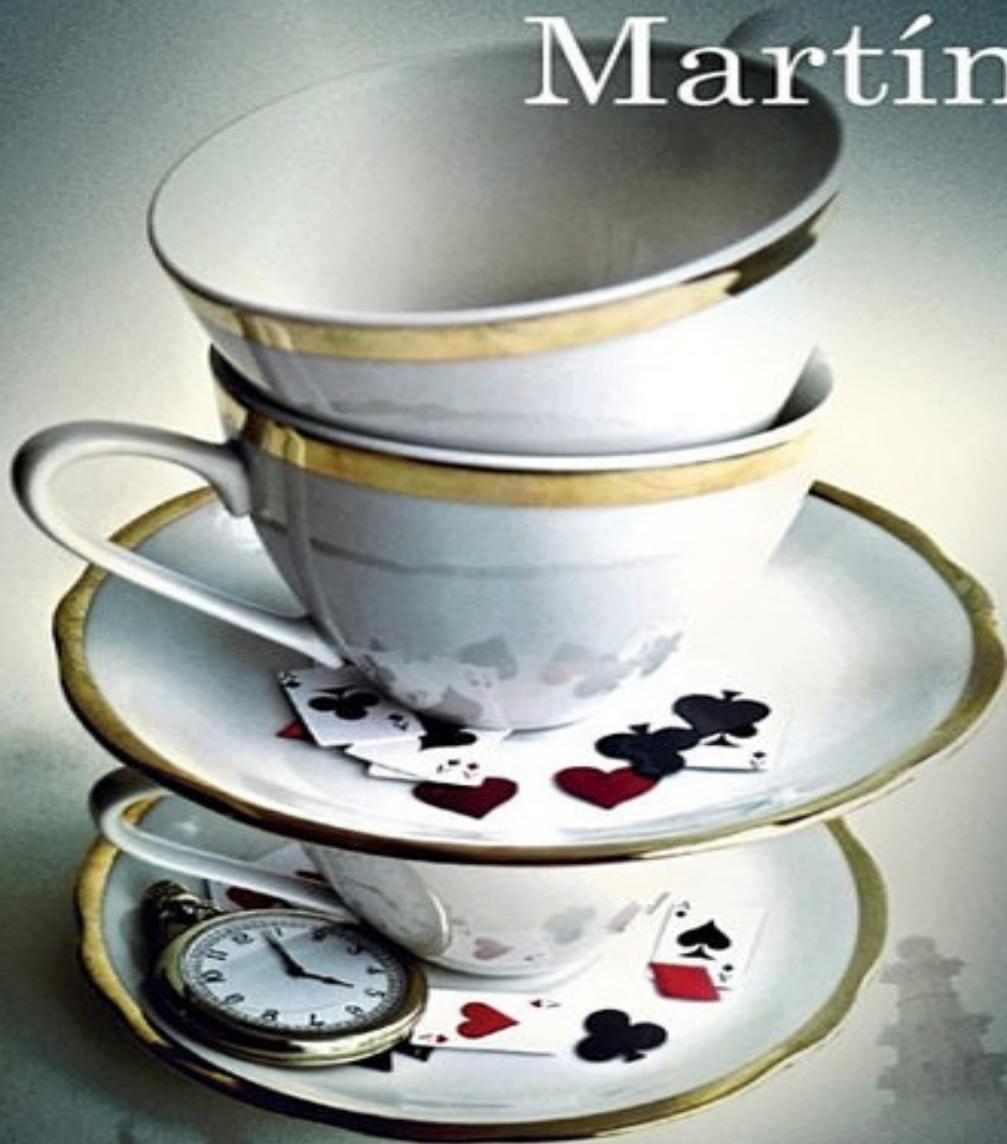


75N PREMIO
NADAL
2019

 Los crímenes
de Alicia Guillermo
Martínez



DESTINO

Índice

Portada
Portadilla
Dedicatoria
Uno
Dos
Tres
Cuatro
Cinco
Seis
Siete
Ocho
Nueve
Diez
Once
Doce
Trece
Catorce
Quince
Dieciséis
Diecisiete
Dieciocho
Diecinueve
Veinte
Veintiuno
Veintidós
Veintitrés
Veinticuatro
Veinticinco
Veintiséis
Veintisiete
Veintiocho

Veintiocho (continuación)
Veintinueve
Veintinueve (continuación)
Treinta
Epílogo
Aclaraciones y agradecimientos
Notas
Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre
una
nueva forma de disfrutar de la lectura

**¡Regístrate y accede a contenidos
exclusivos!**

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Los crímenes de Alicia

Guillermo Martínez

Premio Nadal de Novela 2019

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1460

*Para Brenda, que transformó dentro
de mí DEAD en LIVE*

Uno

Poco antes del fin de siglo, recién graduado, viajé a Inglaterra con una beca para estudiar Lógica matemática en Oxford. En mi primer año allá tuve la oportunidad de conocer al gran Arthur Seldom, el autor de *Estética de los razonamientos* y de la prolongación filosófica de los teoremas de Gödel. Mucho más inesperado, en la distinción borrosa entre azar y destino, fui junto con él testigo directo de una sucesión desconcertante de muertes, sigilosas, leves, casi abstractas, que los diarios llamaron *Crímenes imperceptibles*. Quizá algún día me decida a revelar la clave oculta que llegué a conocer sobre esos hechos; sólo puedo decir mientras tanto una frase que le escuché a Seldom: «El crimen perfecto no es el que queda sin resolver, sino el que se resuelve con un culpable equivocado».

En junio de 1994, al empezar mi segundo año de residencia, los últimos ecos de esos acontecimientos se habían acallado, todo había vuelto a la quietud, y en los largos días de verano no esperaba más que recuperar el tiempo que había perdido en mis estudios para llegar a las fechas imperiosas del informe de mi beca. Mi supervisora académica, Emily Bronson, que había disculpado con benevolencia los meses en blanco y las demasiadas veces que me había visto en ropa de tenis junto a una chica pelirroja adorable, me emplazó a la manera británica, indirecta pero indudable, para que me decidiera entre los varios temas que me había presentado después del período de seminarios. Elegí el único que tenía, aunque remotamente, un costado afín con mi inclinación literaria secreta: el desarrollo de un programa que, a partir de un fragmento de letra manuscrita, permitiera recuperar la función del trazo, es decir, el movimiento del brazo y el lápiz en la ejecución en tiempo real de la escritura. Era una aplicación todavía hipotética de cierto teorema de dualidad topológica que había alumbrado ella y parecía un desafío lo suficientemente original y difícil como para que pudiera proponerle un paper

conjunto en el caso de que lo lograra. Pronto, antes de lo que hubiera sospechado, estuve lo bastante encaminado como para decidirme a golpear la puerta de la oficina de Seldom. Había quedado entre nosotros, después de atravesar la serie de crímenes, algo cercano a una tenue amistad, y aunque en lo formal mi consejera era Emily Bronson, yo prefería ensayar primero con él mis ideas, quizá porque bajo su mirada paciente y siempre algo divertida me sentía con más libertad para arriesgar hipótesis, llenar pizarrones y, casi siempre, equivocarme. Habíamos discutido ya las críticas veladas en el prólogo de Bertrand Russell al *Tractatus* de Wittgenstein, la razón matemática oculta en el fenómeno de incompletitud esencial, la relación entre el *Pierre Menard* de Borges y la imposibilidad de fijar sentido a partir de la sintaxis, las búsquedas de una lengua artificial perfecta, los intentos de capturar el azar en una fórmula matemática... Yo, que recién había cumplido los veintitrés años, creía tener mis propias soluciones a varios de estos dilemas, soluciones que eran siempre a la vez tan ingenuas como megalómanas, pero aun así, cuando golpeaba a su puerta, Seldom dejaba a un lado sus propios papeles, se echaba un poco hacia atrás en su silla y me dejaba hablar librado a mi entusiasmo con una media sonrisa, antes de señalarme algún trabajo donde lo que yo pensaba ya estaba hecho, o más bien refutado. Contra la tesis lacónica de Wittgenstein, de lo que no se podía hablar, yo intentaba decir demasiado.

Pero esta vez fue diferente: el problema le pareció sensato, interesante, atacable. Además, me dijo un poco misteriosamente, no estaba tan lejos de los otros que habíamos considerado. Se trataba, al fin y al cabo, de inferir a partir de una imagen inmóvil —de una captura gráfica de símbolos— una posible reconstrucción, un pasado probable. Asentí, impulsado por su aprobación, y dibujé en el pizarrón una curva rápida y caprichosa, y una segunda, muy pegada a ella, que intentaba seguir lentamente el recorrido para duplicarla:

—Yo imagino un copista en suspenso, tratando de controlar el pulso y de replicar cada detalle, avanzando con cuidados de hormiga trazo por trazo. Pero el manuscrito original fue escrito con cierto ritmo, con liviandad, a otro paso. Lo que me propongo es recobrar algo de ese movimiento físico anterior, el acto de *generación* de la escritura. O un registro que marque al menos la diferencia de velocidades. Es similar a lo que discutimos respecto de Pierre Menard: Cervantes seguramente escribió el *Quijote* original, tal como imagina

Borges, un poco *à la diable*, con la colaboración del azar, siguiendo impulsos y arrebatos. Pierre Menard, en cambio, debe reproducirlo a pasos de tortuga lógica, encadenado a leyes y razonamientos inexorables. Obtiene, sí, un texto idéntico en las palabras, pero no en las operaciones mentales invisibles por detrás.

Seldom se quedó pensativo por un instante, como si estuviera considerando el problema desde otro punto de vista o como si entreviera sus posibles complicaciones, y me escribió el nombre de un matemático, Leyton Howard, exalumno suyo, que ahora, me dijo, trabajaba en la sección científica del Departamento de Policía, en peritajes caligráficos.

—Estoy seguro de que se lo cruzó varias veces porque aparecía sin falta para el té de las cuatro, aunque no conversaba con nadie. Es australiano y en verano o en invierno siempre anda descalzo, no pudo dejar de notarlo. Es un poco huraño, pero voy a escribirle para que usted pueda trabajar un tiempo con él, eso lo ayudará a bajar a tierra con ejemplos reales.

La indicación de Seldom, como siempre, resultó acertada y me pasé muchas horas del mes siguiente en la oficina minúscula que le habían dado a Leyton en un altillo del Departamento de Policía, aprendiendo de sus archivos y notas todas las astucias de los falsificadores de cheques, los argumentos estadísticos de Poincaré en su curioso papel de perito matemático durante el caso Dreyfus, las sutilezas químicas de tintas y papeles y los casos históricos de testamentos fraguados. Había conseguido prestada una bicicleta para este segundo verano y al bajar por St. Aldate's para llegar a la estación de policía saludaba a la chica de la tienda de Alicia, que abría a esa hora el local, pequeño y reluciente como una casa de muñecas, con su profusión de conejos, relojes, teteras y reinas de corazones. Algunas veces también, al llegar a la entrada del Departamento, veía en la escalera al inspector Petersen. La primera vez dudé en saludarlo, porque pensé que quizá le hubiera quedado algún resquemor hacia Seldom e indirectamente hacia mí después de los sucesos en los que nos habíamos cruzado durante la investigación de los crímenes, pero por suerte no parecía guardar ningún mal recuerdo e intentaba incluso, como una broma repetida, darme los buenos días en castellano.

Al subir al altillo, Leyton estaba ya siempre ahí, con la jarra de café sobre el escritorio, y apenas inclinaba la cabeza a mi saludo. Era muy blanco, pecoso, con una barba larga y rojiza en la que enredaba sus dedos mientras pensaba. Tenía unos quince años más que yo, y hacía recordar tanto a un hippie envejecido como a los mendigos de orgullosos andrajos que leían libros de filosofía en las puertas de los colleges. No hablaba nunca más de lo debido y jamás sin que yo le preguntara en forma directa algo: en las raras ocasiones en que se decidía a abrir la boca, antes parecía pensar muy bien lo que se proponía decir, para soltarlo por fin en una frase seca que era, como las condiciones matemáticas, a la vez suficiente y necesaria. Yo imaginaba que en esos instantes previos cotejaba furiosamente, en un ejercicio de orgullo inútil y privado, distintas maneras de decir lo mismo hasta quedarse con la más breve y precisa. Para mi desconuelo, apenas le conté de mi proyecto, me mostró un programa que estaba en práctica desde hacía años en el Departamento de Policía y que usaba una por una las mismas ideas que yo había imaginado: el espesor de la tinta y las diferencias de densidad como parámetros de la velocidad, la separación entre palabras como indicador del ritmo, el sesgo angular del trazo como gradiente de aceleración... Es verdad que el programa procedía por pura fuerza bruta, en base a simulaciones, con un algoritmo de aproximaciones sucesivas. Leyton, al ver mi desánimo, me alentó con el derroche de una frase entera a que lo estudiara de todos modos en detalle, con la esperanza de que quizá el teorema de mi supervisora, que yo intenté explicarle, pudiera hacerlo más eficiente. Decidí hacerle caso y apenas percibió que me proponía trabajar seriamente abrió para mí con generosidad su caja de trucos y me dejó incluso acompañarlo a un par de sesiones en la Corte de Justicia. En el estrado, frente a los jueces, quizá porque lo obligaban a calzarse, por un lapso brevísimo Leyton se transformaba: sus intervenciones eran rápidas, brillantes, abrumadas de detalles indudables, tan rigurosas como implacables. En el camino de regreso a la oficina, admirado, yo intentaba a veces algún comentario, pero él volvía de inmediato a sus monosílabos, como si ya se hubiera clausurado por dentro otra vez. Con el tiempo me fui acostumbrando a quedarme yo también callado en las horas compartidas de oficina. Lo único que no dejaba de inquietarme era que en sus momentos de meditación, cuando se quedaba ensimismado en alguna fórmula, muchas veces

subía los pies desnudos para cruzarlos sobre el escritorio y, como en las

antiguas novelas de Sherlock Holmes, yo podía descifrar en sus plantas todas las clases de barro y verdines de Oxfordshire y, por desgracia, también todos los olores.

Antes de que terminara el mes volví a cruzarme con Seldom en el Instituto de Matemática, en el café de las cuatro. Me invitó a sentarme con él y me preguntó qué tal iban las cosas con Leyton. Le conté, con algún desaliento, que el programa que yo había imaginado ya existía y que sólo me quedaba una pequeña esperanza de mejorarlo un poco. Seldom quedó detenido por un instante, con la taza a mitad de camino. Algo de lo que yo le había dicho pareció interesarlo más que mis clásicas decepciones.

—¿Quiere decir que la policía ya tiene un programa así? ¿Y usted sabe usarlo?

Lo miré con curiosidad: Seldom siempre había sido un lógico más bien teórico y no hubiera imaginado que pudiera interesarle la implementación concreta y prosaica de ningún programa.

—Me dediqué justamente a eso durante todo el mes. Le di vueltas de todas las maneras posibles. No sólo sé usarlo: a esta altura podría recitarle el código de memoria.

Seldom tomó otro sorbo de su taza y guardó silencio por un momento, como si hubiera algo que no se atreviera a decir o un último obstáculo que no pudiera remover de su pensamiento.

—Pero será, por supuesto, un programa reservado. Y quedará un registro cada vez que alguien lo utilice.

Me encogí de hombros.

—No creo que sea así: yo tengo una copia aquí mismo en el Instituto y lo corrí varias veces en las computadoras del subsuelo. Y en cuanto a secreto...

—Crucé con él una mirada de entendimiento—. No sé: nadie me pidió que jure por la Reina.

Seldom sonrió y asintió lentamente con la cabeza.

—En ese caso quizá pueda hacernos un inmenso favor. —Se inclinó hacia delante en el sillón y bajó un poco la voz—. ¿Escuchó hablar alguna vez de la Hermandad Lewis Carroll?

Negué con la cabeza.

—Mejor así —dijo—. Venga esta tarde a las siete y media al Merton College, hay una persona que quiero presentarle.

Dos

Cuando me anuncié en la entrada del Merton College la luz de la tarde aún persistía, con esa cualidad extendida y serena de los días ingleses de verano. Mientras esperaba a que Seldom me viniera a buscar, me asomé al cuadrilátero de césped del primer patio y quedé atrapado, una vez más, en el misterio de estos jardines internos. Había algo, una proporción en la altura de los muros, o la limpidez con que asomaban las crestas de los tejados, que lograba, ¿por un efecto óptico?, ¿por la simple quietud?, acercar el cielo milagrosamente, como si la forma platónica del rectángulo recortara hacia arriba una lámina celeste casi al alcance de la mano. Vi, a mitad de camino sobre el césped, unos canteros brillantes y simétricos de amapolas. Un rayo oblicuo daba en las galerías de piedra, y el ángulo con que alumbraba la piedra centenaria recordaba a los relojes solares de civilizaciones antiguas y a la rotación milimétrica de un tiempo sobrehumano. Seldom apareció por una esquina y me condujo a través de una segunda galería al jardín de los *fellows*. Vimos cruzar con apuro, en sentido contrario, a varios profesores con sus rígidas togas negras, con algo de cuervos en bandada.

—Todos en el college estarán ahora en el comedor, ocupados en la cena —me dijo Seldom—: podremos conversar en paz en el jardín.

Me señaló una mesa apartada en uno de los rincones de la galería. Un hombre muy anciano miró hacia nosotros, dejó con cuidado su cigarro sobre la mesa y movió hacia atrás su silla para incorporarse a medias, muy lentamente, con la ayuda de un bastón.

—Es Sir Richard Ranelagh —me susurró Seldom—. Fue viceministro de Defensa del Reino Unido durante muchos años y ahora, desde su retiro, es el presidente de nuestra Hermandad. Es, además, un escritor aquí muy reconocido de novelas de espionaje. No necesito decirle que lo que escuche ahora debe guardarlo en el mayor secreto.

Asentí y dimos los últimos pasos hacia la mesa. Estreché una mano frágil pero que guardaba un reflejo de sorprendente firmeza, dije mi nombre e intercambiamos unas primeras frases corteses. Aun bajo los pliegues de arrugas y sus párpados de tortuga, Ranelagh parecía un hombre muy vivaz, con unos ojos fríos y penetrantes y, mientras asentía levemente a las palabras con que Seldom me presentaba, no dejaba de estudiarme detrás de una sonrisa cauta, como si prefiriera asegurarse por sí mismo y suspendiera su juicio para más adelante. Que hubiera sido el número dos en el Ministerio de Defensa no lo disminuía a mis ojos; más bien lo magnificaba. Había leído suficientes novelas de John le Carré para saber que en los ámbitos de Inteligencia, como en tantos otros órdenes, el número dos era en realidad el verdadero número uno. Había sobre la mesa tres vasos y una botella de whisky de la que Ranelagh, evidentemente, ya se había servido una buena parte. Seldom echó en su vaso y en el mío lo suficiente como para emparejarlo. Cuando acabó la ronda de trivialidades, Ranelagh retomó su cigarro y dio una larga bocanada.

—Ya le habrá dicho Arthur que tenemos una historia incómoda para contarle. —Cruzó una mirada con Seldom, como si se aprestara para una tarea difícil y buscara su ayuda—. Se lo contaremos en todo caso entre los dos. Pero ¿por dónde empezar?

—Como aconsejaría el Rey —dijo Seldom—: empieza por el principio, sigue hasta llegar al final y entonces para.

—Pero quizá debemos empezar *antes* del principio —dijo Ranelagh y se echó hacia atrás en su silla como si fuera a examinarme—: ¿qué sabe usted de los diarios de Lewis Carroll?

—Ni siquiera sabía que existieran —dije—. En realidad sé poco y nada de su vida.

Me sentí en falta, como si regresara a las mesas examinadoras de mis épocas de estudiante: apenas había leído, en la bruma de la infancia, en una incierta traducción castellana, *Alicia en el país de las maravillas* y *La caza del snark*. Y si bien había estado alguna vez de visita en Christ Church, donde Carroll daba a la par clases de matemática y sermones, y había visto al pasar su retrato en el Dining Hall, nunca me había preocupado por rastrear sus huellas. Tenía además en esa época cierta indiferencia voluntaria —y bastante saludable— por los autores detrás de las obras y prefería en general atender

más a la criatura de ficción que al creador de carne y hueso. Pero, por supuesto, esto último no podía decirlo sin que sonara despreciativo a dos miembros de una Hermandad Lewis Carroll.

—Los diarios existen, sí —dijo Ranelagh—, y de la manera más perturbadora: incompletos. Carroll escribió a lo largo de su vida trece cuadernos, y su primer biógrafo, su sobrino Stuart Dodgson, fue quizá el único afortunado que pudo leerlos íntegros. Sabemos esto porque cita pasajes de todos los cuadernos en su biografía inaugural de 1898. Los cuadernos quedaron después arrumbados en la casa familiar y pasaron treinta años de silencio, pero en el centenario del nacimiento de Carroll se reavivó el interés por su figura y los familiares se decidieron a exhumar y reunir todos sus papeles dispersos. Trataron entonces de recuperar los diarios, pero descubrieron que habían desaparecido cuatro de los cuadernos originales. ¿Fue sólo falta de cuidado, la esfumación en una mudanza, desidia? ¿O alguien más durante esas tres décadas, un familiar demasiado celoso por proteger la reputación de Carroll, los leyó también uno por uno, hizo su propio juicio de censura y eliminó esos cuatro porque guardaban entradas demasiado comprometedoras? No lo sabemos. Afortunadamente sobrevivieron los que cubren el período en que conoció a Alice Liddell y escribió *Alicia en el país de las maravillas*. Pero también aquí los *scholars*, al revisarlos con cuidado, se encontraron con un detalle enloquecedor, una partícula de incertidumbre, que dio lugar a toda clase de especulaciones y conjeturas. En el cuaderno de 1863 faltan algunas páginas y en particular hay una claramente arrancada, que corresponde a un momento muy delicado de su relación con los padres de Alice.

—Delicado... ¿en qué sentido? —me decidí a interrumpir.

—Yo diría que en el más delicado posible. —Sir Ranelagh dio otra bocanada al cigarro y cambió un matiz del tono, como si se aprestara a internarse en un territorio minado—. Usted sin duda sabrá algo de la historia detrás del libro de Alicia. Al menos déjeme recordarle esto: en ese verano de 1863 Carroll era un hombre que había pasado los treinta y vivía en los cuartos de soltero de Christ Church, mientras daba clases de matemática y se debatía sobre si tomar o no las órdenes religiosas definitivas. Ocho años antes había llegado a Christ Church el nuevo decano del College, Henry Liddell, para

establecerse con su esposa y sus cuatro hijos: Harry, Ina, Alice y Edith. Carroll se cruzaba a estos niños todo el tiempo en los jardines de la biblioteca, pero en el primer encuentro con Alice ella tenía apenas tres años. Al principio hizo amistad e incluso ayudó en sus matemáticas al hijo mayor, Harry, a pedido del decano. Después Carroll empezó a registrar en sus diarios sus encuentros y paseos cada vez más frecuentes con la mayor de las niñas, Ina, que iba siempre acompañada por su institutriz, Miss Prickett, una mujer al parecer sin ningún atractivo, de la que Carroll se burlaba en secreto junto con las niñas. A medida que Alice fue creciendo, empezó a participar también de los juegos y canciones que inventaba Carroll y se agregó al grupo que iba en los veranos de excursión al río, siempre con la compañía inevitable de Miss Prickett, como quedaba asentado en el diario cada vez. Carroll ya había desarrollado también su afición por la fotografía, había comprado sus primeros equipos y hacía sesiones frecuentes con las niñas en toda clase de poses y disfraces, algunas veces semidesnudas, como en la célebre foto de Alice como mendiga. Por extraño que pueda parecernos esto ahora, ya fuera por el halo de respetabilidad que le daba su condición doble de profesor de Oxford y clérigo, o quizá porque les parecía un personaje excéntrico pero inofensivo, o simplemente porque era una época más confiada e inocente, ni el decano ni su esposa ponían reparos a estos juegos y excursiones. Bastaba que Carroll les enviara una nota y podía llevárselas al río durante toda una tarde. En una de estas excursiones, un año atrás, les había contado a las niñas la historia de Alicia bajo tierra, y la Alice Liddell de carne y hueso le había hecho prometer que la escribiría como un libro para ella. Carroll demoró seis meses en ponerse a la tarea y para este verano de 1863 todavía no la había terminado. Pero seguía sin duda en las mejores relaciones con la familia Liddell. Llegamos entonces al 24 de junio. Por la mañana Alice y Edith van hasta las habitaciones de Carroll para arrastrarlo a una expedición a Nuneham, a la que se suman el decano, Mrs Liddell y varias otras personas. Es un grupo de diez, y Carroll los consigna uno a uno con sus nombres. La institutriz, Miss Prickett, por excepción, no forma parte del grupo, algo muy inusual, quizá porque las niñas iban acompañadas por sus padres. Alquilan un bote grande, reman a través del río por turnos hasta el otro borde, toman el té bajo los árboles y al caer la tarde, mientras el resto del grupo se vuelve a sus casas en

un carruaje, Carroll regresa a solas con las tres niñas en el tren. En su diario, cuando registra el momento en que se queda solo con ellas, anota entre paréntesis «*mirabile dictu!*», que era una expresión que usaba cuando las cosas se arreglaban de manera inesperada a su favor. Después todavía agrega: «Una expedición placentera con un *muy* placentero final». El «muy» subrayado por él mismo en el manuscrito. —Y Ranelagh hizo una pausa, quizá para subrayar él también el efecto de la frase.

—¿Cuántos años tenían las chicas? —pregunté.

—Pregunta muy pertinente, aunque me temo que las edades eran algo bastante distinto en ese tiempo. *El pasado es un país extranjero*, como dijo Hartley, y también en las costumbres. Basta recordar, como parte de la paradoja, que las mujeres podían casarse legalmente a los doce años y aun así, eran bastante más infantiles en otros aspectos que las niñas de hoy. El propio Carroll usa varias veces la expresión «niña-esposa» para referirse a las esposas púberes de otros personajes de esa época. Ina tenía catorce años, ya era una adolescente en plena expansión, alta y muy hermosa de acuerdo a las fotos. Había sido la primera amiga de Carroll y su nombre aparece muy seguido en los diarios. Ese verano era el último en que podría salir sin chaperona. Alice tenía once, y se había convertido desde el año anterior en la favorita de Carroll. Varios testigos de la época coinciden en señalar la devoción especial que él tenía por ella, aunque es curioso que casi no hay rastros explícitos de esto en los diarios. Estaba en la transición hacia los doce años, la edad en que Carroll perdía o reemplazaba a sus amigas niñas. Edith tenía nueve. —Ranelagh nos miró, como si esperara alguna otra pregunta, y volvió a servirse de la botella de whisky antes de decidirse a proseguir—. Al finalizar este día de excursión Carroll se va a dormir tranquilamente y al día siguiente vuelve a pedir la compañía de las niñas, pero esta vez Mrs Liddell lo llama a su casa y tiene lugar la famosa conversación de ruptura en la que Mrs Liddell le pide que se mantenga apartado de la familia. ¿Qué habría ocurrido durante la excursión o quizá durante el regreso en el tren? ¿Qué habría percibido Mrs Liddell en el comportamiento de Carroll con sus hijas? ¿Qué habrían contado las niñas al llegar a la casa? Lo poco o mucho que Carroll tenía para escribir sobre esto estaba sin duda en esa página arrancada. Lo cierto es que la relación de Carroll con la familia se enfría, y hay un

distanciamiento que dura meses. Cuando él hace el primer intento de volver a solicitar permiso para reunirse con las niñas, Mrs Liddell se lo niega de plano. Y cuando por fin termina de escribir el libro, no puede llevárselo personalmente a Alice; debe resignarse a enviarlo por correo. A pesar de todo, y también esto es curioso, la relación no cesa por completo. Con el tiempo vuelven a recibirlo en la casa, aunque lo mantienen a distancia de las niñas. Y más adelante Carroll tiene encuentros amables con Mrs Liddell y les sigue enviando a las chicas ejemplares de sus libros hasta edades muy adultas. Incluso fotografía una vez más a Alice, cuando ella cumple dieciocho años.

—Eso indicaría que lo que fuera que hizo no se consideró quizá tan grave —dije—. O que le concedieron el beneficio de la duda.

—Ésa es prácticamente toda la cuestión: ¿realmente Carroll *hizo* algo durante ese viaje en tren? Quiero decir, ¿pasó de su propio límite al que aparentemente se atuvo en la relación con las niñas durante toda su vida y ocurrió durante ese viaje una transgresión, digamos, del orden del contacto *físico*? Algo que quizá las niñas contaron de una manera ingenua, sin llegar a comprender del todo y que despertó todas las alarmas de la madre. ¿O en realidad fue sólo una sensación difusa de peligro que percibió la madre por sí misma durante la excursión, quizá una excesiva familiaridad, al verlo junto a sus hijas? ¿O alguna advertencia de otro adulto del grupo cuando Carroll se iba a solas con las niñas? ¿O fue, como sugieren otros, algo enteramente distinto? Uno de los miembros sobresalientes de nuestra Hermandad, Thornton Reeves, publicó hace muy poco la biografía más exhaustiva que tenemos hasta hoy y al llegar a este agujero negro conjeturó que quizá durante esa conversación Carroll pidió la mano de Alice, y fue esto lo que alarmó a Mrs Liddell y le hizo verlo de pronto bajo otra luz totalmente distinta.

—El trueno del sexo en el idílico botecito victoriano —dijo Seldom.

—Exacto —asintió Ranelagh—. Es en realidad una tormenta de rayos y centellas suspendida en el tiempo sobre la cabeza de Carroll, y la lucha subterránea principal dentro de nuestra Hermandad.

—¿Una lucha... entre cuáles bandos? —pregunté. Ranelagh pareció calibrar la cuestión, como si se hubiera excedido y prefiriera retroceder a una formulación diferente.

—Un debate, todavía abierto, por determinar la culpabilidad o inocencia sobre la manera en que amaba a las niñas. Carroll tuvo decenas de relaciones con niñas a lo largo de su vida, y ninguna de ellas ni sus padres mencionaron nunca ninguna conducta dudosa. Su predilección por las niñas y su amistad con ellas era algo que desplegaba a la luz del día, con total franqueza. No hay en toda la correspondencia y documentación relacionada con Carroll ninguna prueba material que permita trazar la línea tenue entre pensamiento y acto. Por otra parte, sabemos también por los diarios que durante los años que frecuentó a las Liddell, Carroll tuvo su crisis espiritual más aguda y hay una cantidad de ruegos y súplicas a Dios para que le permita enmendarse y dejar atrás sus pecados. ¿Pero cuáles eran estos pecados? ¿Eran, otra vez, pecados de acto o sólo de pensamiento? Nunca es lo bastante claro al escribir sobre esto, como si tampoco se permitiera confiarse del todo a su diario. El padre de Carroll era archidiácono y él tuvo de niño una educación religiosa estricta: el mínimo pensamiento equívoco o cualquier turbación podían bastar para precipitarlo en estas súplicas. En fin, toda la construcción biográfica de Carroll ronda en este filo impreciso, y está basada en la presunción de inocencia hasta que se demuestre lo contrario. Y aunque hay muchos en nuestra época suspicaz que prefieren automáticamente imaginar lo contrario, los que están a la caza de un Carroll pedófilo hasta ahora no lograron exhibir una prueba definitiva.

—Aunque podrían decir —observó Seldom— que las fotos que tomaba de esas chicas son pruebas más que suficientes.

—Ya pasamos antes por aquí, Arthur. —Sir Ranelagh movió la cabeza y siguió, mirándome solamente a mí, como si le tocara defender la ecuanimidad en un caso difícil delante de un tribunal imaginario—. Nada es tan fácil ni claro: durante esa época los niños eran considerados ángeles, la desnudez infantil era parte de un ideal edénico y Carroll hacía sus fotografías bajo la mirada y la aprobación de los padres, nunca como algo vergonzante o que debiera practicar a escondidas. Sus desnudos son para mostrar y exhibir, cuando el arte de la fotografía recién nacía. Es muy posible que no se considerara diferente del pintor que hace posar a sus modelos en distintas ropas o sin ninguna. Cuando sus amigas niñas se hacían mayores, con puntualidad él enviaba los negativos a sus madres para que pudieran destruirlos si las chicas se sentían avergonzadas de alguna manera. Era una

época diferente, anterior a Freud y a Humbert Humbert. Y si es verdad que la naturaleza humana también aborrece el vacío, en la inmensa variedad de tipos humanos no deberíamos descartar que antes, e incluso ahora, existan personas que amen de la manera más límpida a los niños y se contengan de tocarles un pelo. —Ranelagh volvió a mirar a Seldom, como si fuera un tema en el que no lograran ponerse de acuerdo y tuvieran algo así como un empate por repetición de jugadas—. Pero para volver a la cuestión principal: espero que comprenda ahora por qué esta página arrancada se convirtió en el imán más poderoso y la piedra de toque para los biógrafos. Quizá allí y solamente allí aparecía por escrito la prueba decisiva, el hecho fatídico, el reconocimiento explícito de la acción infame. Desde los años sesenta, cuando se hicieron públicos los cuadernos, el fantasma de esa página no dejó de murmurarnos posibilidades. Como diría el poeta: no hay fuente más rumorosa que la palabra no dicha, ni libro más extenso que el que perdió una página. Sin embargo, hasta hace muy poco no había más que esto, conjeturas. Ninguno de los investigadores había podido avanzar más allá de suposiciones que, como suele ocurrir, tendían a apuntalar el retrato propio que cada uno había alzado del personaje. Sólo Josephine Grey, otra de las fundadoras de nuestra Hermandad, logró hace unos quince años un único avance: pudo probar, de una manera ingeniosa e indudable, que la página no había sido arrancada por Carroll, sino con toda probabilidad por alguna de sus dos sobrinas nietas, Menella o Violet Dodgson, las hijas de Stuart, que habían quedado en custodia de los papeles. Esto también nos dice de manera indirecta algo: que Carroll no estaba necesariamente avergonzado o arrepentido de lo que había escrito allí. Pero en todo caso, y una vez más: ¿qué vieron entre líneas estas hermanas, o qué llegaron a interpretar para decidirse a cortar la página? ¿Qué revelaba, quizá sin quererlo, lo que estaba escrito allí? Llegamos así a principios de este año, en que nos propusimos desde la Hermandad publicar los diarios de Carroll que sobrevivieron, en una edición anotada. Son, como le dije, nueve cuadernos manuscritos, que están en la casa que compró Carroll en Guildford hacia el final de su vida, y que ahora está convertida en un pequeño museo. Como ninguno de los miembros plenos de la Hermandad podía ir hasta allá y quedarse el tiempo necesario para revisar todos los papeles, en la última reunión de julio, hace apenas unos días, decidimos enviar a una becaria que

nos ayuda en varias tareas, Kristen Hill, una chica maravillosamente aplicada y minuciosa. Le pedimos que se quedara en Guildford un par de días para comprobar el estado de los diarios; debía sacar copias de las páginas una por una y también de todos los papeles anexos que pudiera encontrar. Su madre vive en las afueras del pueblo y esto nos permitía ahorrar el alojamiento. Y bien, al segundo día, tuvimos la noticia más extraordinaria.

—¿Encontró la página? —no pude evitar preguntar.

Sir Ranelagh alzó las cejas, para pedirme paciencia y quedó en suspenso por un instante, como si tratara de elegir la expresión más precisa.

—Encontró algo que podría ser para nosotros... muy perturbador. Pero esa parte será mejor que la cuenta Arthur, porque fue él quien recibió la primera llamada de esta chica desde Guildford.

Tres

Seldom también había armado mientras tanto uno de sus cigarrillos y cuando la lenta medusa de humo alcanzó mi silla, sentí el olor inconfundible de su tabaco indio. En contraste con el inglés rápido y mordido de Sir Ranelagh, su voz grave, con el hondo acento escocés, parecía reverberar en el silencio frondoso del jardín.

—Kristen Hill fue alumna mía de doctorado hasta el año pasado. Una chica extremadamente tímida. Estudiosa, concentrada, muy inteligente; se graduó a los diecinueve años. Sin embargo, no llegó a terminar su tesis. En un momento, a través de una referencia en un paper antiguo, descubrió un trabajo muy original sobre cálculos de determinantes que publicó Carroll como matemático, por supuesto bajo su firma verdadera de Charles Dodgson. Fue así como Kristen llegó a los diarios de Carroll, de una manera indirecta, en busca de la correspondencia que tuvo con otros matemáticos de la época alrededor de este problema. Yo la puse en contacto con los miembros de la Hermandad que estaban trabajando en los diarios y la perdimos entonces para la matemática, porque de inmediato todos los biógrafos e investigadores empezaron a disputársela. Es una persona ideal como colaboradora: rápida, eficiente, discreta, siempre atenta. De hecho, ahora mismo está trabajando bajo la dirección de Thornton Reeves, con una beca de investigación, y por eso me sorprendió un poco que me llamara a mí. Fue antes de ayer por la mañana. Parecía muy alterada en el teléfono, nunca la había escuchado así, diría que estaba eufórica. Me hablaba en un tono ansioso, como si estuviera a la vez radiante de orgullo y felicidad y también algo asustada. Me contó que mientras revisaba los papeles de Carroll había encontrado algo extraordinario, que daría una respuesta definitiva sobre la página perdida. Aparentemente es un pedazo de papel que, en palabras de ella, estuvo siempre a la vista de todos, pero que nadie hasta ahora había visto. Me explicó entonces que en la

casa de Guildford, junto con los diarios, los familiares confeccionaron un catálogo con todos los escritos y objetos personales de Carroll que recopilaron a lo largo del tiempo. De acuerdo a lo que me dijo, en ese catálogo, por increíble que parezca, hay un ítem que dice «Páginas cortadas del diario».

—Esto verdaderamente es así —intervino Ranelagh—. Yo debo confesar que nunca había mirado en detalle ese catálogo, pero fui esta mañana en persona hasta Guildford para verificarlo. No alcanzo a entender cómo se nos pasó a todos por alto.

—Kristen sólo tuvo que ir hasta el archivo correspondiente y perfectamente en su lugar, encerrado entre dos folios, encontró un pedazo de papel arrugado, escrito de los dos lados. En una de las caras, según me lo describió, figuran fechas relativas a la vida de Alice Liddell a medida que se fue haciendo adulta: su casamiento, el nacimiento de sus hijos, su muerte. Del otro lado, hay una inscripción, escrita sin duda por quien arrancó la página, que resume lo esencial de lo que Carroll anotó ese día. Kristen me dijo que era una letra que ella conocía bien, la de Menella Dodgson, la mayor de las dos sobrinas. Siempre se sospechó de ella como la censora oculta de los diarios y este papel parece confirmarlo. Era una persona extremadamente religiosa y quizá, supone Kristen, antes o después de arrancar esa página del diario tuvo algún remordimiento y decidió anotar por separado un apunte del contenido. Es una única frase, me dijo, pero es decisiva: ella cree que esa frase puede responder a la pregunta que está suspendida desde siempre sobre Carroll, aunque de una manera por completo inesperada. Por supuesto, le pregunté de inmediato cuál era la frase. Se quedó callada por un momento y me dijo que ni siquiera a mí podía decírmelo, aunque yo era la única persona en la que confiaba dentro de la Hermandad. Que quería mantenerlo en secreto hasta asegurarse de que le darían el crédito por el descubrimiento. Me dijo que lo que había encontrado era algo casi «ridículamente lógico» en lo que nadie había pensado, y que temía sobre todo que Thornton Reeves quisiera apropiarse de este hallazgo, porque ella era sólo una becaria y él podía ser egoísta de un modo que yo ni imaginaba. Le pregunté cómo haría para mantenerlo en secreto, si ella misma me había dicho que era un papel a la vista de todos, y que cualquiera podía leer con sólo ir hasta Guildford. Kristen hizo

aquí otra pausa y me confesó entonces que robó el papel. No lo dijo con estas palabras, pero entendí que se lo llevó y lo tiene oculto, aunque me prometió que lo devolverá apenas logre que le publiquen un artículo con el crédito. Le pregunté entonces para qué me había llamado y sobre todo por qué me decía ahora esto: no me hizo ninguna gracia que me convirtiera en cómplice de algo que ella sabe muy bien que no es correcto. Me dijo que después de llevarse el papel se había quedado pensando en que era muy extraño que nadie lo hubiera visto antes. Todos los biógrafos habían pasado en algún momento por la casa de Guildford. Casi todos seguramente habían examinado el mismo catálogo. ¿Cómo podía ser que sólo ella hubiera llegado hasta ese papel? De algún modo, cuando esto se diera a conocer, ella los dejaría en ridículo. Pero tal vez, me dijo, había alguna otra explicación. Tal vez sí alguien más había visto el papel y había preferido no decir nada. Porque el papel, en esa única frase, arruinaba gran parte de las teorías ya escritas sobre Carroll. Y se le ocurría incluso una posibilidad más, creo que en el fondo lo que más teme: que el papel sea simplemente falso, una imitación de la letra de Menella, algo incrustado hace poco entre esos dos folios como una antigüedad fraguada, una broma o una zancadilla entre académicos. Eso explicaría al menos que nadie lo hubiera descubierto antes. Y sería un terrible papelón para ella si finalmente fuera algo así. Por eso, me dijo, pensó en llamarme a mí. Sabía por nuestros seminarios que Leyton Howard trabaja como perito calígrafo, y que yo soy el único que tiene algún trato con él. Me pidió, dando un rodeo, si podía concertarle un encuentro para verificar la autenticidad de la letra. Le dije que me había puesto en un dilema, pero que lo pensaría y volvería a llamarla. Apenas corté, me quedé dándole vueltas a esto durante el resto de la mañana: no quería encubrir la desaparición y el ocultamiento de ese documento, que va contra todos los principios de la Hermandad tal como la concebimos. A la vez, tampoco quería ser demasiado duro con Kristen y mucho menos denunciarla. Resolví por fin confiárselo únicamente a Richard, porque hay otra cuestión muy importante que se está por decidir en la Hermandad de manera inminente y también en esto, me daba cuenta, la aparición de ese papel podía tener su incidencia.

—Una incidencia incalculable —dijo Sir Ranelagh—. La edición que estamos concibiendo de los diarios de Carroll se propone ser una obra definitiva, lo que aquí llamamos una *authoritative edition*. Estará anotada por todos los biógrafos de la Hermandad y estamos ahora a punto de dividir los cuadernos para que cada uno se ocupe en forma exclusiva de una época y de un volumen. Es un trabajo inmenso, y no podría faltar de ningún modo, por supuesto, lo que fuera que esté escrito en ese papel. Me atrevería a decir que esa página será la más consultada de toda la obra. Más aún: ese papel, de ser cierto lo que dice esta chica, podría obligarnos a replantear buena parte del sistema de notas. No queremos arriesgarnos a que aparezca después suelto y pueda contradecir o poner en duda la lógica general de las anotaciones. Necesitamos ver ese papel y más bien pronto que tarde. Lo que ha hecho esta chica es inadmisibles pero, igual que Arthur, yo me inclino por darle una oportunidad para que lo devuelva de una manera... elegante. Acordamos en tenderle un puente de plata.

—La llamé ayer, sin decirle por supuesto que lo había consultado con Richard, y le propuse que si comprobábamos la autenticidad de la letra yo convocaría para este mismo viernes una reunión extraordinaria de la Hermandad. Ella mostraría el papel para todos, quedaría consignado con su nombre en las actas, y lo devolvería después a su lugar. De esa manera tendría asegurado el crédito de su descubrimiento y luego, con más tiempo, podría publicar su artículo. Creí que aceptaría de inmediato: la escuché nerviosa y asustada, me dijo que desde que tiene el papel en su poder no consigue dormir por la noche. Pero se echó atrás cuando le dije que debíamos ir al Departamento de Policía. No sabía que Leyton trabaja allí, y creo que le dio miedo el lugar, como si temiera una trampa. No pude convencerla, a pesar de que le expliqué que Leyton está en un altillo, en una oficina independiente y que no nos cruzaríamos con nadie. Al cortar con ella me quedé, por supuesto, muy preocupado. Estaba pensando en esto cuando bajé hoy al *common room* y tuve ese encuentro providencial con usted. Apenas nos despedimos volví a llamarla, le hablé de su programa y finalmente accedió: irá mañana al Instituto de Matemática con una fotocopia de la primera parte de la frase. Espero que sea suficiente para la verificación: me dijo que no llevaría de ningún modo el original y que no desvelará más que el principio de la frase.

—Con cuatro o cinco palabras ya será suficiente —dije—, pero deberíamos tener, por supuesto, cartas o anotaciones manuscritas de esta mujer, Menella, en lo posible de la misma época, para establecer la comparación.

—Sí, Kristen ya había pensado en eso, hay una cantidad de cartas de Menella a lo largo de toda su vida en los archivos de la Hermandad: las llevará.

—Como entenderá —dijo Ranelagh—, toda esta situación es irregular y necesitamos la mayor reserva de su parte.

—Estuve pensando también —dijo Seldom— que si no le molesta sería quizá mejor encontrarnos de noche, directamente en el subsuelo de las computadoras, para asegurarnos de que no haya nadie. Yo tengo llave de acceso.

—Muy bien para mí —dije—. Espero que mañana se aclare al menos una parte. Quizá todo sea cierto justamente por ser tan increíble: como si la carta robada de Poe estuviera no sólo a la vista, sino además en un sobre que dijera «carta robada». ¿Les parece posible que ninguno de los biógrafos lo haya visto antes?

—No sé —dijo Ranelagh—. Yo me sentí bastante avergonzado al enterarme: sé que a mí, al menos, se me pasó por alto. Y si el papel es verdadero, otros se avergonzarán más: supongo que ninguno estará muy contento cuando salga a la luz.

Cuatro

Al día siguiente esperé con paciencia en el altillo hasta la hora en que Leyton juntó sus papeles. Apenas se fue, desconecté con cuidado la plaqueta que él había fijado a la fotocopidora. Era un dispositivo muy ingenioso que había ideado su mentor antes de que lo reclutaran para Microtek; permitía, esencialmente, enviar a la pantalla de la computadora la imagen de la fotocopia, el prototipo de lo que no muchos años después se llamaría un escáner. Fui al caer la tarde al Instituto de Matemática y esperé en la sala de computadoras hasta que se vació por completo. Adapté entonces la plaqueta para la fotocopidora junto a las máquinas, hice algunas pruebas para asegurarme de que todo estaría bien y me quedé esperando. A las nueve de la noche, puntuales, aparecieron Seldom y Kristen por la escalera. Recordé, al verla, lo que habían dicho sobre ella Seldom y Ranelagh: inteligente, aplicada, siempre atenta. Pero con la típica reserva británica ninguno de los dos había deslizado, ni siquiera con un guiño, ninguna pista sobre su aspecto. Entendí de inmediato por qué los hermanos de la Hermandad se la disputaban. Era, llanamente, una chica preciosa, aunque una timidez que parecía casi enfermiza le hacía bajar la cabeza y le encorbaba un poco la espalda, quizá para ocultar de manera inconsciente unos pechos más grandes y notorios de los que hubiera querido. Llevaba unos lentes de armazón grueso y cuando Seldom nos presentó y estreché su mano pude ver en un destello, agrandados por el aumento, unos ojos azules tan intensos como huidizos. Yo había retenido su mano un poco más de lo debido, pero a ella no pareció molestarle del todo, o quizá, para no incomodarme, tardó también un instante de más en liberarla. El mínimo trámite de la presentación la había hecho enrojecer un poco y, sin que pudiera evitarlo, como si fuera una propagación de ondas de Fourier, yo también sentí

que subía una oleada de calor por mi cuello. Le ofrecí una de las sillas giratorias y apenas se sentó abrió una carpeta y sacó varias muestras manuscritas de cartas.

—Me dijo Arthur que necesitarías algunas cartas de Menella Dodgson. Están todas fechadas —dijo— y las ordené cronológicamente.

Las acomodé bajo la lámpara junto al monitor, aparentando la mayor seriedad posible, y las empecé a mirar con cuidado, una tras otra.

—Lo ideal —dije— sería encontrar alguna que coincidiera con la época en que anotó el papel; veo que la escritura cambia mucho con la edad.

—Pero no tenemos forma de saber cuándo hizo la anotación. Y fue la guardiana de los cuadernos durante casi treinta años.

Me quedé pensativo por un instante.

—En realidad sí podríamos tener una pista. —Y miré de reojo a Seldom—. Por lo que escuché... ¿no hay acaso escritas en el reverso del papel unas fechas que corresponden a momentos significativos en la vida de Alice Liddell? Si esta mujer fue haciendo las anotaciones progresivamente a lo largo del tiempo podríamos comparar cada entrada con la letra del apunte. Y si las anotaciones las hizo todas a la vez sabríamos al menos que fue en una fecha posterior a la muerte de Alice Liddell. En cualquier caso creo que podría ayudarnos mirar la parte de atrás del papel. ¿Lo trajiste aquí?

Kristen negó con la cabeza y me pareció que se retraía a un estado de cautela. Miró a Seldom, como si le reprochara haberme contado demasiado, y luego otra vez a mí.

—Por supuesto que no —dijo—. El papel está muy bien guardado. Sólo traje lo que le dije a Arthur: una copia con la primera mitad de la frase. Son cinco palabras. Y todas estas cartas. Creí que con esto sería suficiente.

—Espero que sí —dije para tranquilizarla—. ¿Puedo ver entonces esas primeras palabras?

Kristen asintió, abrió un bolsito que llevaba en bandolera y sacó a la luz un rectángulo estrecho de papel. Parecía costarle un gran esfuerzo entregarme incluso esto, y su mano, al extenderme el papel, temblaba un poco. Seldom y yo leímos casi al mismo tiempo el principio de la frase:

*L.C. learns from Mrs Liddell that*¹

Aquello era todo. La letra era enrulada y algo inconexa, incluso con hiatos dentro de una misma palabra. Puse el papel boca abajo sobre la placa de cristal de la fotocopidora. Cuando la luz se deslizó bajo el papel vimos aparecer las letras en la pantalla como insectos bajo el microscopio, grandes y rotundas.

A rectangular box containing handwritten text in cursive. The text is arranged in two lines. The first line reads "Vol 2. Page 92. R.C. leaves" and the second line reads "from Mrs Liddell that".

La *L* y la *C* de las iniciales tenían el mismo bucle superior, pequeño y cerrado. El punto de la *i* en el nombre Liddell estaba omitido. La *r* y la *s* en *Mrs* parecían flotar en diagonal. Las letras *d* del apellido se inclinaban hacia la izquierda, como escritas por una mano zurda. Como una curiosidad, la raya de la *t* se alargaba cruzando por sobre toda la palabra «*that*», como si se hubiera querido ahorrar un trazo aun a costa de tachar la *h* intermedia. Volví a recoger el atado de cartas y las alcé a la luz una tras otra. Sólo en una de las cartas de la última época aparecía esa clase de impaciencia por cruzar de *t* a *t* la palabra «*that*». Les mostré este detalle a Seldom y a Kristen y la separé para colocarla sobre la placa de cristal. Apenas aparecieron en la pantalla las letras agrandadas tuve la sensación vívida e inmediata de que eran de la misma mano. Calibré el tamaño de las dos muestras y les mostré la superposición perfecta de los trazos, la similitud en el ataque y remate de cada palabra, la concordancia en los ángulos y la distancia característica en la separación de las letras. Aun así, no quise todavía arriesgar nada y les anuncié que extrapolaría la función del trazo por separado para la última verificación crucial. Las computadoras de aquella época eran por supuesto lentísimas y aunque el Instituto de Matemática estaba orgulloso del poderío que habían alcanzado en el subsuelo con una conexión en paralelo de varias máquinas, lo cierto es que tuvimos que esperar varios segundos mientras el cursor titilaba en espera, las luces parpadeaban y se escuchaba el silbido asmático de los pequeños ventiladores internos, como si hubiera puesto a los gnomos acarreadores de bits a una tarea muscular titánica. Pero por fin aparecieron los renglones paralelos y los dos lapicitos al inicio de la pantalla, listos para la

carrera. Les pedí entonces que pensáramos en una continuación cualquiera de la frase, para que hubiera un texto común que pudiéramos comparar, escrito en tiempo real por las dos funciones. La miré primero a Kristen y ella apretó los labios, sin atreverse a abrir la boca; parecía temer que algo de la frase real pudiera escapársele. Seldom, sorprendido, tampoco alcanzó a sugerir nada y entonces yo propuse, como un chiste en voz alta:

*L.C. learns from Mrs Liddell that...
she is madly in love with him!*²

Me pareció notar, aunque Kristen no hizo ningún gesto, o más bien porque se contuvo con esfuerzo de hacer cualquier gesto, que algo en esa frase al azar, quizá la palabra «love», había dado cerca del blanco. Apreté enter y los dos lapicitos digitales se movieron al unísono desde el margen de la pantalla. Subí el volumen para que escucháramos también la sincronía en el ritmo y la velocidad del trazo. Había un ligero temblor doble de los lapicitos a medida que avanzaban. Ese temblequeo y el movimiento a veces espasmódico del trazo, les dije, no era un error del programa, sino muy probablemente el mal de Parkinson de un fantasma.

—¡Es verdad! —dijo Kristen, y por primera vez me miró con algo parecido a la admiración—. Menella tuvo Parkinson hacia el final de su vida.

Los lapicitos siguieron avanzando como maratonistas parejos y esforzados que no lograban sacarse ventaja entre sí y cuando llegaron al fin de la frase en perfecta comunión vi que a Kristen se le iluminaba la cara.

—Entonces... —dijo con cautela—. ¿Es lo que yo creo? El papel es auténtico, ¿no es cierto?

Parecía no haber en sí del orgullo, los nervios reprimidos la hacían sonreír una y otra vez de manera involuntaria.

—Yo diría que no hay ninguna duda —dije—: la mano que escribió esas cinco palabras es la misma que escribió las cartas.

Le devolví el atado de cartas a Kristen y la copia del papel. Mientras desprendía otra vez la plaqueta para recuperarla los escuché hablar detrás de mí y me pareció entender que se ponían de acuerdo para la convocatoria a la sesión extraordinaria de la Hermandad. Kristen dijo algo que no alcancé a escuchar y Seldom respondió, como si quisiera tranquilizarla:

—Por supuesto, desde ya. No mencionaré el papel, solamente les diré que vas a comunicar un hallazgo inesperado en la casa de Guildford.

Subimos juntos y apagamos las luces. Para salir a la calle tuvimos que usar la puerta lateral de madera del Instituto. St Giles estaba desierta y todo en la noche parecía haber cesado. Las luces del alumbrado, altas y distantes, parecían coronas esfumadas de bruma y dejaban ver entre las sombras, blanquecinas y casi irreales, las lápidas al aire libre en el recuadro de césped junto a la iglesia. Sólo pasaba cada tanto algún ciclista raudo. Kristen dijo que iría hasta Magdalen Street a esperar su autobús a Kidlington, y Seldom se ofreció a acompañarla. Ya a punto de despedirnos Seldom se dio vuelta y me preguntó de manera retórica cómo podrían agradecerme.

—Bueno, ¿me gustaría a mí también enterarme de cómo sigue la frase! — dije—. ¿No podría tener una invitación especial para la reunión del viernes? ¿Una *wild card*? ¿O hay algún ritual de iniciación sangriento o una prueba secreta de ingreso? Creo que podría escribir en espejo con un poco de práctica...

Kristen rio, arrebatada por un envalentonamiento reciente. Algo de su timidez pareció disiparse.

—Sólo hay que cortar algunas cabezas, ¿no es cierto, Arthur? Por mí está bien, y me parece justo.

Cruzó una mirada rápida conmigo, con la complicidad instantánea de la edad. Seldom sonrió, como si ya estuviera resignado a los pedidos y a las tácticas de convencimiento de sus estudiantes y le resultara más fácil ceder que poner reparos.

—Veré de arreglarlo —dijo—. Será en nuestro salón de Christ Church, este viernes a las seis de la tarde.

Cinco

A la mañana siguiente me desperté un poco más temprano: quería llegar a la oficina antes que Leyton para devolver la plaqueta a su lugar sin tener que dar explicaciones. Pero al bajar por St. Aldate's vi que la chica de la tienda de Alicia forcejeaba para quitar la reja de la puerta y me detuve a ayudarla. Nos pusimos uno a cada lado, resoplamos un poco y logramos por fin descalzar los hierros y liberar la entrada. Todo lo que había entrevisto de ella al pasar cada día demasiado rápido con la bicicleta se confirmaba felizmente ahora que estaba a su lado. Me agradeció de la manera más encantadora y efusiva, en un relampagueo de sonrisas y hoyuelos, y se llevó un mechón suelto de su pelo castaño detrás de la oreja. Tenía unos ojos rápidos y vivaces de color avellana y un pequeño piercing de forma intrigante en una de las cejas. Algo en la levísima pausa de expectación con que todavía me miraba me hizo inventar una excusa para quedarme un poco más y le pregunté si habría en la tienda alguna biografía de Lewis Carroll.

—¡Hay todo un estante! —Y me señaló la fila más baja de una bibliotecuita atestada con libros sobre Oxford.

La que sobresalía en volumen y la primera que alcé fue la de Thornton Reeves, que, recordé, había mencionado Sir Ranelagh. Ella se agachó junto a mí y quedamos con las rodillas muy juntas, casi tocándonos.

—Ésa es una de las últimas, se supone que la más detallada, pero tenemos también un facsímil de la primera, la de su sobrino Stuart Dodgson. Y hay varias otras. Está la de Josephine Grey, que es mi preferida. Y también una que llevan los turistas con fotos de todos los lugares por los que paseaba. En aquel estante hay otra de una psicóloga, que analiza los símbolos de sus libros a partir de los hechos de su vida. Y tenemos incluso la de un matemático, Raymond Martin, con una recopilación de sus acertijos lógicos.

La miré con verdadera sorpresa.

—¿Raymond Martin?

El nombre me trajo el recuerdo de varios libros de él que había leído en la adolescencia, en ediciones baratas, sobre paradojas lógicas, sobre magia y matemática, sobre matemática y literatura. Para mí había sido hasta ahora apenas un nombre en lo alto de las páginas. Abrí el libro y por primera vez vi en la solapa una foto del hombre, ya muy mayor, aunque todavía con un aire rebelde y algo burlón en la mirada, el pelo largo y casi enteramente blanco recogido atrás con una coleta.

—Sé que en una época vivía aquí en Oxford —dije.

—Todos ellos viven por aquí, entre Oxford y Cambridge. Ese libro es muy divertido: recoge además los juegos de palabras e incluso un código de encriptación que inventó Carroll.

—Me vas a convencer de que leíste todo el estante —dije admirado.

—La verdad es que sí —aceptó, casi con vergüenza—; las mañanas aquí son muy aburridas, hasta que llegan los contingentes de turistas. A propósito —me dijo de pronto, y me extendió la mano—, mi nombre es Sharon.

Le dije el mío y mientras nos mirábamos a los ojos trató de repetirlo un par de veces, sin conseguirlo del todo.

—¿Es un nombre español? ¿O italiano?

—En realidad soy argentino —dije—. Estoy desde hace un año aquí, estudiando Lógica matemática.

—Claro que sí —dijo, como si cayera en la cuenta de algo—. Te vi pasar un par de veces el verano pasado, en un auto descapotable, con una chica pelirroja.

—Sí: Lorna —y le aclaré al instante—: era mi compañera de tenis. Pero volvió de vacaciones a Irlanda y se casó con un jefe del IRA: supongo que ahora estarán tirando bombas juntos.

Sonrió, desconcertada: volví a recordar que hasta que mi acento no fuera perfecto todo lo que dijera sería tomado mortalmente en serio. Alcé algunos otros libros del estante que estaban agrupados, como parte de una colección. Llevaban en el lomo la imagen de una espiral de palabras que se esfumaban y el sello Vanished Tale.³

—Es la editorial de la Hermandad Lewis Carroll —me dijo ella.

—Estoy invitado mañana a una reunión de esa Hermandad —solté para impresionarla—. Y me da vergüenza no saber nada sobre Carroll.

—¿Cómo es eso? Ahora sí que estoy un poco celosa —dijo, acentuando su sonrisa—. Yo nací en Daresbury, lo sé todo sobre él y nunca conseguí una invitación así. Supongo que serán un grupo de vejestorios estirados, que usan relojes de bolsillo y toman eternamente el té. Pero igual, me gustaría aunque sea espiar por la cerradura.

—Te diría que vengas conmigo —dije—, pero será una sesión confidencial. Ni siquiera debería estar diciéndote esto ahora. Aunque supongo que sí podré pasar el sábado y contarte.

—Uh, uh, una reunión secreta... ¿Qué estarán por descubrir? ¿Que a Carroll le gustaban las niñas? —Y rio—. No estaré aquí el sábado: otra chica abre los fines de semana. Pero sí me encantará enterarme el lunes.

—¿Y qué tal si tomamos una cerveza mañana a la noche, después de la reunión? —arriesgué—. Estoy seguro de que no podrás resistir la curiosidad hasta el lunes.

Me miró, divertida.

—Argentino, sí, ahora puedo verlo. —Hizo una pausa, como si considerara el modo más educado de negarse y dejar a la vez una puerta abierta—. Las noches de hoy y del fin de semana estaré ocupada con un ciclo de cine que organizamos en el Odeon. Es una retrospectiva de John Frankenheimer. —Y me tendió un volante de una pila junto a la caja registradora—. Estaré intrigada, es cierto, pero creo que lograré resistir hasta el lunes.

Escuchamos un sonido de campanillas y vimos que entraba a la tienda la primera clienta. Ella retrocedió a un modo serio y señaló los libros del estante.

—Entonces, ¿te llevarás alguno?

Me habían quedado en la mano la primera biografía, de Stuart Dodgson, y la que prometía acertijos, juegos y códigos, de Raymond Martin.

—Me llevo por ahora estos dos —le dije— y vendré por más la semana próxima.

Subí a mi bicicleta y aceleré lo que pude para llegar todavía antes que Leyton. En lo que me quedaba de camino traté de descifrar y pasar en limpio ese otro código de acercamiento y cálculo instintivo inscripto en las especies, el viejo jeroglífico de sumas y restas de pequeños gestos, sonrisas y miradas. Me parecía que la combinatoria final me daba algunas chances. Volví a mirar, como si fuera alguna clase de papel de la buena fortuna, el volante con las películas del ciclo y emprendí feliz la escalera al altillo. Al abrir la puerta de la oficina Leyton ya estaba tomando su primer café. Descruzó los pies sobre la mesa al verme y señaló con la cabeza hacia el pasillo.

—Desapareció la plaqueta de la computadora —dijo.

No había ni una sombra de sospecha o preocupación en su tono, sólo la constatación de un hecho inesperado, una alteración mínima en su panorama visual a través del recuadro de vidrio de la puerta, que no parecía intrigarlo demasiado.

—No, aquí la tengo yo —dije con la mayor naturalidad posible. La saqué de mi mochila junto con un destornillador Phillips y empecé a fijarla otra vez —. Me quedé hasta tarde ayer y en un momento dejó de funcionar, así que la llevé a casa para arreglarla, creo que ahora estará bien.

Leyton, por supuesto, no dijo nada más ni mostró el mínimo interés en comprobar la plaqueta. Me pregunté si llegado el momento, subido con los zapatos puestos a un hipotético estrado, podría incluso recordar que por unas horas la plaqueta había desaparecido. Me quedé pensando en la cantidad inmensa de pequeñas sustituciones y reemplazos que habría cada día en el mundo entero con suma final cero. La teoría del aleteo de una mariposa, con su poder sofocante de seducción, diría Seldom, con los proverbios chinos, y toda la literatura a su favor, convivía con otro fenómeno anodino, prosaico, pero no menos frecuente, que regía la infinidad de actos de sustracción y reposición que nadie advertía, de impulsos a mitad de camino, de cancelaciones, arrepentimientos y retrocesos que no ocasionaban vendavales del otro lado del mundo. Incluso el robo de Kristen, que había puesto en movimiento dos o tres piezas y engranajes, después del viernes pasaría por un préstamo de unos pocos días. El documento volvería a su lugar, el universo se restablecería idéntico a sí mismo, la pequeña incisión restañaría sin una marca. ¿Y no era ése también al fin y al cabo el problema de la copia que estaba tratando de

estudiar? Quizá no había nada como un universo auténtico. El universo también podía imaginarse como horadado por pequeños parches de sustituciones infinitesimales, suturado por copias perfectas que guardaban cada una celosamente un secreto.

Bajé a la hora del almuerzo y fui por un sándwich hasta mi café de siempre en Little Clarendon Street. Al volver me crucé con Seldom. Me dijo que había conversado con Sir Ranelagh y que tenía su aprobación para que yo pudiera participar de la primera parte de la reunión. Ya había enviado los e-mails a todos los miembros de la Hermandad. Un par debían venir desde Londres al día siguiente y ahora mismo él estaba yendo hasta la casa de Josephine Grey. Era ya muy anciana, me dijo, y no tenía e-mail ni computadora. Creía además que estaba un poco sorda y temía que no escuchara el teléfono.

Le conté que había tenido en las manos el libro de ella sobre Carroll esa misma mañana.

—Apenas puede caminar ahora —dijo Seldom—, pero creo que no debería perderse esto de ningún modo: tenía sus propias hipótesis sobre esa página. Espero que su chofer pueda llevarla.

Durante la tarde empecé a hojear distraídamente la biografía de Stuart Dodgson. El libro estaba dedicado, casi como un *statement* inicial, a «*the child friends of Lewis Carroll*». El propio Stuart había sido uno de estos niños y había conocido todas las gracias y trucos de ese flautista de Hamelin que había sido Carroll. Muy pronto empecé a entender el punto que había defendido Sir Ranelagh sobre la época: no sólo al sobrino no le provocaba ninguna duda o resquemor la devoción de su tío por los niños sino que la exponía en todos sus detalles, e incluso la exaltaba con un orgullo ingenuo y franco. Más aún, llegaba a darle una dimensión religiosa, con un argumento interesante: «Creo que entendía a los chicos aun mejor de lo que entendía a los hombres y mujeres; la civilización ha hecho a la humanidad adulta muy incomprensible, porque la convención es un velo que oculta la chispa divina que está en cada uno de nosotros, y tan extraños nos hemos vuelto que lo imperfecto refleja lo perfecto más completamente que lo perfeccionado, y vemos más de Dios en el niño que en el hombre». Me detuve para subrayar aquello: Lo imperfecto refleja lo perfecto más completamente que lo

perfeccionado. Pensé que ni siquiera Witold Gombrowicz, tantos años después, lo habría dicho mejor. Lejos de ocultar el tema o de intentar minimizarlo, más adelante Stuart le dedicaba dos capítulos enteros a la relación con los niños, a las fotos, a las cartas, y contaba, con una desenvoltura algo escalofriante, que Carroll siempre tenía consigo una caja de puzzles cuando viajaba, para atraer a sus posibles pequeños compañeros de viaje. Y que cuando iba a la playa no olvidaba llevar alfileres de gancho, de modo que si alguna niña quería acercarse al mar sin mojarse el vestido, él podía abordarla con su regalo salvador y entablar conversación mientras le subía el ruedo sobre las rodillas.

Seguí leyendo hacia atrás y hacia delante, deteniéndome cada tanto en los numerosos dibujos intercalados del propio Carroll, como si pudieran decirme algo más del personaje, hasta que me di cuenta en un momento de que se me había hecho demasiado tarde para la función de cine de las ocho. Quería darme, de todos modos, una chance más de ver otra vez a Sharon esa noche. Me duché, me preparé una cena rápida y caminé por las calles ya desiertas del centro para llegar a la última función de las diez. Mientras esperaba en la cola para ver *El candidato de Manchuria* y trataba de descubrir a Sharon, se abrió la puerta de la segunda sala, donde daban en paralelo *Seconds*, y entre la gente que salía vi de pronto a Kristen, que estaba sola y caminaba despacio, como si la aturdiera un poco el regreso al mundo real. Me acerqué a saludarla y tardó un instante en reconocerme. Pude ver que los cristales de sus anteojos estaban empañados.

—¿Estás bien? —le pregunté—. ¿Era tan triste la película?

Forzó una sonrisa mientras se sacaba los lentes y me dejaba ver por primera vez sus ojos desnudos, muy claros, arrasados de lágrimas. Se las secó con un pequeño gemido de vergüenza.

—Era triste, sí, pero soy muy tonta: lloro siempre en el cine. Y justo hoy... no debería haberla visto. Pero no me hagas caso. La película es muy buena. —Volvió a calzarse los lentes, me miró y me dijo sin poder contenerse, como en una afirmación de principios, o una declaración apasionada—. Yo creo que todos mereceríamos poder elegir una segunda vida, como ese pobre hombre, sin que todo termine tan mal.

Se me quedó mirando, como si buscara mi asentimiento, y me pareció intuir que estaba hablando, profundamente, de sí misma.

—Quizá ese papel que encontraste —le dije— sea el principio de algo así en tu futuro.

—Quizá, sí —dijo, y trató de sonreír entre las lágrimas—. ¿Irás entonces mañana? —me preguntó.

—Por supuesto —le dije—, no me lo perdería por nada del mundo.

Sonrió, como si aquello la enorgulleciera un poco, y se dio vuelta, con una mano en alto. Y yo volví a mi fila mientras la miraba alejarse sola en la noche.

Seis

El viernes amaneció con una lluvia persistente que repiqueteaba en el alero de tejas de mi ventana. Hacia las diez de la mañana, aunque debilitada, la lluvia todavía no había amainado y preferí ir a pie bajo el paraguas hasta el Instituto de Matemática. Al finalizar el primer año de contrato en Summertown había decidido aceptar un ofrecimiento de mi consejera y mudarme a un pequeño cuarto en St Anne's para estudiantes graduados, más cerca del Instituto. Estaba ahora a no más de cinco minutos de caminata. Al llegar encontré en mi casillero un sobre de Argentina, con unos formularios para completar y un recordatorio del informe semestral que debía presentar. Decidí quedarme refugiado en la oficina de *visitors* y avanzar hasta donde pudiera con eso. Logré escribir en un primer envión hasta el mediodía una explicación con los mínimos tecnicismos del programa que estaba intentando, y no pude evitar preguntarme qué dirían en la comisión de evaluación si les revelaba el primer uso inesperado que había tenido. Esto me hizo pensar otra vez en Kristen y en el contraste entre su cara radiante en el subsuelo de las computadoras y sus ojos cubiertos de lágrimas a la salida del cine. ¿Habría sido solamente el efecto de la película? Me parecía que no. Hacia el mediodía había dejado de llover. Aun así, durante el resto de la tarde me enclaustré en la biblioteca para anotar todas las referencias que me faltaban. Mientras tomaba notas y revisaba publicaciones no dejaba de pensar en Kristen: me daba cuenta, al mirar en el reloj el lento paso del tiempo, de que estaba tan ansioso por enterarme de la continuación de la frase como de volver a verla. Una dualidad que no era topológica se abría en mí o, más bien, me bifurcaba. Si dos días atrás sólo podía pensar con nostalgia en Lorna al ver a lo lejos las canchas de césped del Parque Universitario, ahora las caras de Sharon y de Kristen se me aparecían a la vez como una disyuntiva punzante, y luchaban entre sí más íntimamente que los opuestos de Hegel, ambas con argumentos poderosos y convincentes.

Veía la mano alzada casi como una promesa de Kristen al despedirse en el cine y las rodillas y la cara tan próxima de Sharon al mostrarme los libros y las dos me parecían igualmente atractivos, sin que todos mis discriminantes lógicos (¡ni los de Carroll!) me permitieran inclinarme por una o por la otra. Quince minutos antes de las seis de la tarde caminé por St. Giles hacia Christ Church College. A mitad de camino vi salir a Seldom de la biblioteca Taylor y estuve a punto de gritarle, pero me contuve y preferí seguir caminando detrás de él para observarlo a la distancia. Pensé que en realidad sabía muy poco de Seldom y que basta observar desde lejos a una persona desprevenida, aun a la más familiar, para que se vuelva en algún sentido enigmática. Iba en su postura típica, la cabeza baja, el paso largo, con el torso algo avanzado, embistiendo hacia delante, una mano dentro del bolsillo del pantalón, y en la otra un libro, que parecía grueso y pesado. Vi en el cénit de su nuca, entre el pelo grisáceo, un principio de tonsura que no había advertido hasta entonces. Pero aun así conservaba un andar enérgico, como si hubiera en él una fuerza física tranquila y reposada que nunca hubiera necesitado ejercer, la misma fuerza que parecía abrirse paso desde su pensamiento cuando orientaba una discusión en el seminario o escribía con trazos rápidos los pasos cruciales de una demostración. Me pregunté si las alumnas lo encontrarían todavía atractivo. Me pregunté, sobre todo, cuál habría sido su relación con Kristen mientras ella era estudiante de doctorado. No me había llamado la atención que él se ofreciera a acompañarla a la parada del bus, pero sí algo consentido e inmediato en el asentimiento de ella: no debía ser la primera vez que caminaban juntos. Y también había advertido que ella lo llamaba por el primer nombre. Por supuesto, todo esto podía ser absolutamente inocente. Sabía bien que en Inglaterra los viernes, después de clase, los profesores se emborrachaban en los pubs con los alumnos y todos los niveles confusos de cordialidades podían mezclarse allí después de la tercera cerveza. Pero al llegar el lunes debían volver a cruzarse en los pasillos y mantener la distancia. Los profesores que me había tocado conocer —o al menos la pequeña muestra del Instituto de Matemática— eran a la vez más cercanos y más distantes de sus alumnos que en las universidades argentinas. Y yo suponía que el sistema de tutorías, pero sobre todo esas borracheras de los viernes, explicaban la paradoja. A la altura de Magdalen Street me decidí a apurar el paso y

llamarlo. Se dio vuelta y me sonrió desprevenido, con su cordialidad de siempre. Me sentí un poco avergonzado y espíe el libro que llevaba bajo el brazo. Curiosamente, era la edición original de la biografía de Stuart Dodgson que yo había estado revisando. Me pregunté para qué la querría mirar él, pero no me decidí a decirle nada sobre la coincidencia. Al llegar a la entrada de Christ Church vimos que se detenía un Bentley antiguo y reluciente, que parecía haber sido lustrado para la ocasión extraordinaria de salir por una vez a la calle. Un chofer indio o pakistaní bajó para abrir una de las puertas de atrás y ayudar a una mujer muy anciana, que se apoyó trabajosamente a medias en su brazo y a medias en un bastón.

—Es Josephine Grey —dijo Seldom—; venga que lo voy a presentar.

La mujer, apenas nos vio, dio una exclamación de alegría y pareció erguirse y rejuvenecer en el relámpago de entusiasmo que le encendió la cara. Las arrugas de sus mejillas, como un campo vectorial, se reorientaron hacia arriba y algo de la mujer hermosa que sin duda habría sido estuvo a punto de aflorar.

—Entonces, Arthur... ¿llegó el gran día? Aunque no puedas decírmelo quiero que me lo digas: ya estamos aquí y no pude dormir en toda la noche. ¿Apareció por fin la página? Pensé que me moriría sin saber nunca nada más sobre esto. Hice sacar especialmente el auto, nada de taxis hoy. Aunque ¿quieren creerlo? —y señaló a su chofer—: el hijo de Mahmud se lo llevó anoche sin permiso y le hizo un abollón. ¿Ya está aquí la chica? ¿Y quién es este joven?

La mujer nos tomaba a Seldom y a mí de cada brazo mientras entrábamos en el hall y sus ojos iban en alegres chisporroteos de uno a otro.

—¡Me siento mejor escoltada que Debbie Reynolds en *Cantando bajo la lluvia*! Así que argentino, qué interesante, igual que tu primera esposa, Arthur, si mal no recuerdo. Conocí a muchos argentinos en mi vida. Tienen el mismo acento que los italianos, ¿no te parece, Arthur? Y también mueven las manos con esos aspavientos tan graciosos, *ma que cosa dire*, pero tengo que callarme porque este joven pensará que soy una vieja *koo-koo*. Ya tendrá que venir a visitarme con Arthur alguna vez y hablaremos, ¿cómo dicen ustedes? ¿De vacas perdidas? ¡De bueyes perdidos! En fin, bueyes perdidos, páginas perdidas... ¿De verdad no me lo dirás, Arthur?

Habíamos logrado subir al primer piso, llevándola casi en andas, y traspusimos la puerta de un salón de reuniones con una larga mesa donde estaban reunidas ya algunas personas, casi todas todavía de pie junto a una bandeja con donuts y varias jarras térmicas. Seldom me presentó a un hombre muy delgado y bajito, reducido en sus proporciones casi como un liliputiense, que se había quedado junto a la puerta. Tenía un blazer arrugado y desteñido que, supuse, había debido comprar en una tienda para niños, y el aspecto de un Peter Pan envejecido y tímido. Cuando me incliné hacia él, pronunció su nombre, Henry Haas, casi en un susurro, sin alzar la mirada, y me extendió una mano furtiva que retiró de inmediato apenas la toqué.

—Henry escribió un libro invaluable con la compilación de la correspondencia de Carroll con todas sus amigas niñas —dijo Seldom, a lo que el hombrecito asintió, con un leve enrojecimiento de orgullo.

—Y también organizó el archivo de todas las fotos que les sacaba a esas niñas —dijo Josephine—. Un trabajo extenuante, voluntario y *ad honorem*, aunque él nos dijo que había sido puro placer.

El hombrecito asintió otra vez y enrojeció un poco más, como si percibiera una burla secreta sobre sí compartida por todos, de la que no podía defenderse. Miré en derredor y advertí de inmediato que todavía no había llegado Kristen. Sobre las paredes, en forma de U, se veía una colección de retratos de Lewis Carroll en diferentes edades, desde una primera foto familiar como bebé en brazos de sus padres hasta lo que supuse era la última foto que se conocía de él, con restos de pelo lacio y blanco en las sienes, poco antes de su muerte. Vi al pasar, en una vitrina baja, primeras ediciones de sus libros y muestras originales de sus dibujos y correspondencia. Vi también, en una de las paredes, una foto de lo que parecía una reunión de la Hermandad en alguna época lejana. Seldom, muy joven, aparecía en un extremo del grupo, donde se destacaba, delante de todos, la figura del Príncipe, vestido de blanco. Le señalé la foto y Seldom sonrió.

—Es el presidente honorario de la Hermandad, aunque desde ya, nunca vino a las reuniones. Sólo estuvo aquí, para esta foto, en la asamblea inaugural. Pero dejamos siempre por él la silla de la cabecera vacía.

—Pensamos que a Carroll le hubiera gustado ese detalle —me dijo Josephine—: era devoto de la realeza.

Dejamos en una silla a nuestra venerable carga y Seldom, con un tono solícito, le preguntó qué tomaría.

—Mi séptima taza de café con leche, por supuesto —dijo Josephine—. ¿Olvidaste que estoy a punto de derrotarlos? Joven —me dijo, mientras sacaba un pañuelo de seda de su bolso—, ¿me vendaría los ojos, por favor?

Temí ante este pedido que la anciana estuviera verdaderamente un poco *koo-koo*, pero Seldom me hizo un gesto de asentimiento al verme dudar con el pañuelo en la mano.

—Henry Haas le sirvió una vez el café y cometió el pecado de echar la leche en la taza después y no antes —me explicó—. Josephine lo rechazó, y todos nos burlamos: ninguno de nosotros creía que podría diferenciar el orden café-leche o leche-café si se lo dábamos a tomar con los ojos vendados. Y bien, ella nos desafió y recordamos el experimento estadístico de Fisher, así que decidimos darle ocho tazas con diferentes combinaciones, en una sucesión aleatoria.

—Por ahora nos derrota seis a cero —dijo Henry Haas, con su voz casi inaudible.

Josephine asintió con orgullo bajo la venda y cuando logré atar el nudo fui hacia la mesita con las jarras detrás de Seldom. Un hombre alto y enérgico, con una calva reluciente, le salió de inmediato al paso con gestos imperiosos, enarbolando un muffin.

—¿Qué le pasa a esta chica, Arthur? No logré comunicarme con ella desde que fue a Guildford, creo a esta altura que no me quiere contestar el teléfono. No entiendo tampoco por qué tanto misterio. Lo que sea que haya encontrado, me parece que yo tenía derecho a saberlo de inmediato: fui yo el que propuse que la enviáramos allí. —Entendí que era Thornton Reeves. Le hablaba a Seldom con cierto aire de indignación a medias fingida, como si se conocieran demasiado entre ellos y no pudiera enojarse del todo, o bien como si estuviera más dolido que indignado—. Le di toda mi confianza. Y cuando llega el momento, sólo quiere comunicarse con su exdirector. Más le vale que lo que haya encontrado sea un papel estrictamente matemático o esta chica tendrá un problema conmigo.

Seldom intentó presentarme, pero Reeves no parecía dispuesto al menor movimiento para liberarse de su taza ni del muffin y apenas alzó las cejas antes de ir en busca de una de las sillas en el centro de la mesa.

—Y sin embargo, no creo que sea ningún papel matemático —dijo con suavidad un hombre muy anciano, casi como si hablara para sí, cuando llegamos por fin a las jarras. Se estaba sirviendo su café con una mano temblorosa y parecía tan concentrado en lograr mantener en equilibrio la pirámide de azúcar en la cuchara como en la enunciación lenta de un razonamiento. Me di cuenta, en la penosa traspolación de la foto del libro sobre la flecha maligna del tiempo, y sobre todo por la coleta del pelo, de que ese anciano vacilante frente a mí debía ser el legendario Raymond Martin. Llevaba unas bermudas anchas, sandalias y una camiseta blanca sobre la que se leía, en grandes letras rojas, «*Too late to die young*».⁴ Miraba de soslayo a Seldom, sin decidirse a girar del todo la cabeza, como si temiera que una mirada directa quebrara el equilibrio precario de la taza llena y la trayectoria incierta de la cucharita—. Apenas recibí tu mensaje, querido Arthur, me pregunté cuál sería la razón tan importante para convocar a una reunión extraordinaria. En un principio tuve algunas esperanzas porque venía del Instituto de Matemática y llevaba tu insigne nombre. ¿Sería acaso por la solución encontrada de alguno de los cientos de puzzles y acertijos lógicos que Carroll creó en su vida? ¿Sería el croquis desempolvado de algunos de los inventos de los que estaba tan orgulloso: del aparato para tomar notas en la oscuridad, del velocímetro para triciclos, del juego de letras que anticipó al scrabble? ¿O una nueva lista desconocida de *pillow problems*? ¿O bien algún otro de sus análisis burlones sobre las figuras de los silogismos? ¿El primer borrador, quizá, de su paper tan ingenioso sobre determinantes? Pero después reparé en que no habías querido adelantar nada de nada. Iluso de mí: ¿a quién podría interesarle algo de su inteligencia en nuestra época? Entonces volví a pensar: ¿qué clase de hallazgo es aquel del que no se puede adelantar nada sin decirlo todo? Tenía que ser, una vez más, lo mismo de siempre. Y así, sin necesidad de usar *modus ponens* ni *tollens*, pude inferir de inmediato cuál es el tema y podría escribirlo yo mismo en las actas si no fuera porque la mano

ya no me obedece del todo. Por ahora, me atengo a lo que siempre dije sobre ese tema, espero no tener que reescribir demasiado mis libros después de esta reunión.

Seldom llenó a su turno primero la taza de Josephine en el orden leche-café y después su propia taza con café negro. La taza fue dejada frente a Josephine y hubo un instante en que todos, ya alrededor de la mesa, miraron con expectación la prueba. Josephine tomó un pequeño sorbo y asintió satisfecha:

—Ah, por suerte esta vez eligieron el orden correcto, de modo que ya podré empezar a tomarlo. —Se quitó la venda y miró hacia Seldom para corroborar su nuevo triunfo—. Por favor, Richard —dijo con alegría de niña—, antes de ningún otro tema, que el 7 a 0 conste en actas.

Cuando llegué con mi propia taza a la mesa quedé enfrentado a una pareja de aspecto curioso. El hombre era pequeño, con el pelo furiosamente renegrado, como si acabara de teñirse. Lo tenía muy lacio, en franjas separadas, y cruzado desde una sien a la otra, y podía ser tanto un intento algo burdo de disimular la calvicie como un implante capilar reciente que luchaba por extenderse en el cráneo reluciente. También su cara tenía algo de esta confrontación de edades: la piel de las mejillas era tersa y sonrosada, como un caso de milagrosa preservación, pero alrededor de los ojos se oscurecía en una miríada concéntrica de arrugas amarillentas y era difícil decidir si se habría sometido a una cirugía estética incompleta o bien si la vejez descendía lentamente por su cara y le dejaba todavía, como una última piedad, las mejillas intactas. Era muy delgado, movedizo, inquieto, y sus ojos parecían querer controlarlo todo a su alrededor. Se apresuró a extenderme la mano por encima de la mesa, en un rápido apretón eléctrico. Seldom me lo presentó como el doctor Albert Raggio y agregó: un verdadero doctor, quiero decir, de *personas*.

—Soy psiquiatra, con un posgrado en Heidelberg —dijo Raggio con un leve envanecimiento—, pero dejé el consultorio hace tiempo y desde entonces estoy más interesado en la cronomedicina. Estoy encantado de saber que es argentino, porque fue gracias a su gran escritor que llegué a la Hermandad. Él escribió un artículo muy penetrante sobre la detención y deformación del tiempo en Alicia. El tiempo reversible, en que el Mensajero está en la cárcel

antes de ser juzgado por el delito que cometerá después de la sentencia del juez. Y el tiempo maniatado de las cinco de la tarde en casa del Sombrerero, alrededor de la mesa de té. Fue para mí como el destello de un visionario, o, como diría él mismo, una observación para que «la prosigan y justifiquen». Y a proseguirla y justificarla me dediqué a partir de entonces. Pero no sólo por escrito —dijo, con un orgullo críptico.

—Oh, sí —se burló Raymond Martin—, es nuestro doctor Tiempo: «Si sólo se mantiene en buenos términos con él, hará casi todo lo que usted quiera con el reloj».⁵

La mujer a su lado aprovechó la pequeña interrupción para darme también la mano, y me dijo su nombre, Laura, con una vibración cálida. No había dejado de sonreír mientras su esposo hablaba, como si estuviera acostumbrada a esperar con paciencia sus despliegues de pavo real. Parecía al menos un par de décadas más joven que él, y aunque su belleza tenía ya ese elemento crepuscular, frágil y vulnerable de la última madurez, todavía a golpe de vista deslumbraba. Me pregunté si la conservación paciente de ese rostro maravilloso sería la puesta en práctica secreta de los experimentos del esposo. Quizá había empezado por sí mismo demasiado tarde y se había perfeccionado en el rescate de la mujer que tenía al lado. A ella pareció agradecerle la reverencia discreta de mi mirada.

—Laura es psicóloga —dijo Seldom— y tiene un libro muy sorprendente sobre la lógica del sueño y los simbolismos de cada animal en la historia de Alicia.

Conocía lo suficiente a Seldom para intuir lo que podía significar la palabra «sorprendente» en su boca, pero eso no disminuyó en nada mi determinación a conversar con ella cuanto me fuera posible. Desgraciadamente Albert Raggio no parecía dejar resquicio para que nadie, y mucho menos su esposa, hablara.

—Yo le sugerí el tema para su doctorado cuando leí en varias revistas académicas sobre las discusiones en torno al perro del capítulo 4, el único de los animales que no le habla a Alicia. Y que en realidad no habla para nada.

—Sabio animal —dijo con un leve suspiro resignado Raymond Martin y estiró su mano para servirse una segunda cucharada de la azucarera que alguien había acercado al centro de la mesa.

—*Touché*, mi querido Raymond —dijo Raggio—, pero ya te lo advertí: con esa cantidad de azúcar nos privarás antes de tiempo de tus encantadoras ironías. —Me miró otra vez a mí, como si estuviera feliz de tener un nuevo interlocutor para su cruzada—. No sé cómo convencerlo de que el azúcar es veneno. ¡Veneno puro! Casi diría que el enemigo principal de nuestra especie. Ya ha sido probado en ratones: es el oxidante por excelencia de las moléculas, el precipitador oculto de la vejez. Mírenos a él y a mí. ¿Quién diría que es el más viejo? —Y alargó su cara hacia el centro de la mesa para que pudiera mirarlos juntos a uno y otro. Traté de pensar una respuesta que no hiriera a ninguna de las partes. Raymond Martin se sirvió todavía una cucharada más, como si lo hiciera a propósito, y sus ojos brillaron con divertida malignidad.

—Por Dios, Albert —dijo—: si me pasaras tu marca de tintura me pondría enseguida a la par.

Escuchamos del otro lado de la mesa el crepitar de un envoltorio. Un hombre corpulento, de aliento sibilante, que había llegado más tarde que todos, desenvolvía con cuidado un bombón y se lo llevaba a la boca. Al ver nuestras miradas se encogió de hombros.

—Todo lo que mata también cura. ¿O era al revés? —dijo, mirándome a mí, como si debiera disculparse—. Soy diabético y necesito mis bombones cada vez que me baja el nivel de azúcar en la sangre.

—Lo que quiere decirle —me tradujo Raymond Martin— es que no espere nunca que le convide un bombón: ninguno de nosotros, al menos, lo ha logrado.

El hombre pareció a punto de responderle algo, pero fue arrebatado antes por Josephine Grey, que le hizo una andanada de preguntas y reproches a la vez, como si no lo hubiera visto en mucho tiempo y tuviera guardada una lista que empezaba a desenrollar tumultuosamente.

—Es Leonard Hinch —me dijo Seldom por lo bajo—, el editor de *Vanished Tale* y de todos los libros de la Hermandad. Pero no debería estar aquí, no es miembro pleno. Me pregunto cómo se habrá enterado. —Echó una mirada preocupada a su reloj—. Son ya las seis y diez. Me parece muy raro que Kristen se atrase tanto

Desde la cabecera de la mesa Sir Ranelagh cruzó también una mirada con él.

—Ya estamos todos, Arthur; ¿te parece que se demorará mucho más? Quizá Henry podría tomar asistencia para las actas mientras tanto.

Henry Haas, a su lado, abrió un gran libro negro, pero antes de que pudiera escribir nada golpearon a la puerta, y vimos entrar a uno de los bedeles de la recepción del college.

—Hay una llamada abajo para el profesor Arthur Seldom —dijo.

Seldom se incorporó de su silla con una mirada grave y siguió al bedel escalera abajo. Se hizo un silencio incómodo y prolongado.

—Sólo espero que esta chica no se haya arrepentido y la reunión no sea en vano —dijo Thornton Reeves con fastidio—. Yo cancelé una de mis clases.

—Y nosotros nos volvimos antes desde Londres —dijo Albert Raggio.

Miré a mi alrededor la mesa murmurante y los rostros uno por uno. Recordé lo que me había dicho Sharon el día anterior: un grupo de vejestorios estirados que toman eternamente el té. Sólo se había equivocado en que la mayoría, a juzgar por las tazas, se había inclinado por el café.

Pasaron dos o tres minutos hasta que Seldom volvió a aparecer en la puerta. Estaba demudado.

—Era la madre de Kristen —dijo en voz alta—. Acaba de avisarme que Kristen está internada en el hospital, muy grave. La atropelló un auto ayer por la noche, cuando volvía del cine, y quedó tirada en la calle. Ahora está en el Radcliffe Hospital, en terapia intensiva. La van a ingresar al quirófano para una segunda operación. Le prometí que iría al hospital de inmediato.

Hubo un silencio de consternación mientras Seldom rodeaba la mesa para recuperar su piloto detrás de su silla. Sin pensarlo me incorporé yo también cuando llegó a mi lado y lo seguí sin que se opusiera.

Siete

Cuando salíamos de la sala Josephine logró tomar a Seldom del brazo.

—Mahmud está abajo: pueden decirle de mi parte que los lleve y que pase después a buscarme. Yo le haré una seña desde la ventana. Llegarán más rápido así.

Seldom asintió y cuando llegamos a la calle se acercó al chofer, le dijo unas palabras por lo bajo y le indicó la ventana desde donde Josephine le hacía gestos de asentimiento. Nos subimos al Bentley, que se puso en marcha de inmediato, pero con un andar tan parsimonioso y tan respetuoso de todas las indicaciones del tránsito y de los pasos peatonales que empecé a extrañar mi bicicleta y a preguntarme si no hubiéramos llegado antes a pie.

Cuando por fin pudimos bajarnos en las puertas del Radcliffe y logramos abrirnos paso en el laberinto de pasillos, ya habían ingresado a Kristen al quirófano. Tenía varias fracturas y una costilla rota le había perforado un pulmón, pero lo más preocupante era un coágulo en el cerebro que no se había reabsorbido del todo. Por eso la operaban por segunda vez: habían decidido una trepanación del cráneo a suerte y verdad. Todo esto nos lo contó la madre en la sala de espera. Era una señora bajita, con una cara ingenua y franca enrojecida por el sol, como la de una campesina. Sólo se parecía a la hija en el azul penetrante de los ojos y me pregunté si Kristen no habría hecho todo lo posible en su vida para diferenciarse de ella. Mientras nos hablaba retorció un pañuelito que tenía entre las manos. Había viajado desde Guildford apenas recibió la llamada del hospital. Nos contó que había tenido que dejar su casa en las afueras, con su huerta y sus gatos, al cuidado de la vecina más próxima para tomar el primer tren. Al llegar la estaba esperando un oficial de la policía. No tenían ninguna pista todavía sobre el auto que la había atropellado. La mujer rompió a llorar al contarnos esto. La habían dejado tirada sin piedad: Kristen había estado a punto de desangrarse. Había sido aparentemente

alrededor de las once de la noche anterior, cuando volvía del cine. Kristen se había bajado del bus en la rotonda de Kidlington y la habían atropellado en el camino a su casa, en el recodo de una calle que casi no tenía tránsito. La policía estaba buscando testigos, pero era difícil porque a esa hora ya nadie andaba por las calles. Probablemente, le habían dicho, habría sido algún estudiante borracho de los primeros años, que iban a veces a las afueras de Oxford para acelerar sus autos y desafiarse en carreras...

Seldom le preguntó quién la había encontrado. Había sido casi un milagro: un vecino que había salido a pasear su perro. En realidad, el perro la había descubierto, porque el impacto la había hecho rodar y estaba semioculata en los pastizales. La mujer nos contó entonces que Kristen se había despertado brevemente de la anestesia unas horas antes: no la reconoció, la miraba sin verla, pero gritó el nombre de Seldom. Ella buscó entonces en el bolso que Kristen llevaba esa noche: no encontró un número de teléfono, pero sí una agenda donde estaba anotada la reunión de la Hermandad, y decidió llamar a Christ Church.

Nos quedamos junto a ella hasta que la operación terminó y vimos pasar a lo lejos la camilla que llevaba a Kristen de regreso a las jaulas vidriadas de terapia intensiva. Sólo se alcanzaban a divisar las puntas desnudas de los pies, los tubos plásticos de suero y el vendaje blanco y protuberante alrededor de la cabeza. Una médica se acercó y la madre se puso de pie, temblorosa, y se aferró de mi brazo para sostenerse. Habían hecho lo que tenían que hacer, dijo la médica con cautela, y ahora había que esperar la evolución en las próximas veinticuatro horas. Dijo que sobre todo las horas de esa noche serían cruciales, hasta que emergiera del coma. La madre se persignó y nos dijo que se quedaría a dormir en la sala de espera el resto de la noche. Nos volvió a agradecer que hubiéramos ido hasta allí, pero aun así Seldom no parecía decidido del todo a irse. Me preguntó si lo acompañaba a uno de los patios internos para fumar un cigarrillo y bajó lento y pensativo los escalones hacia un cuadrado desnudo de baldosas entre las paredes verticales y vertiginosas de ventanas. Ya había empezado a oscurecer y Seldom armó y enrolló con una lentitud exasperante su cigarrillo. Cuando acercó la cara al hueco de la mano

donde se alzaba la llama del encendedor vi el pliegue característico de su frente y la atención reconcentrada de sus ojos, como si persiguiera hacia dentro algo que se le escapaba.

—¿Usted está pensando lo mismo que yo? —me dijo, dándose vuelta de pronto, y de inmediato, como si se corrigiera o debatiera con sí mismo—. Pero no, es demasiado absurdo, no puedo ni siquiera imaginarme... No tendría ningún sentido que alguien se propusiera matar a alguien por una frase en un diario arrumbado de hace más de cien años, ¿no es cierto? Y usted ya los ha visto: son a su manera todos un poco excéntricos, pero sin duda inofensivos. Y sin embargo...

Me decidí entonces a contarle que había visto a Kristen la noche anterior a la salida del cine, y que me había llamado la atención que parecía algo entristecida. Le reproduje tal como la recordaba nuestra conversación brevísima. Seldom me escuchó dando golpecitos a su cigarrillo, asintió con gravedad y pareció forzarse a sí mismo para juntar los pocos elementos que teníamos y razonar en voz alta.

—Lo más posible, por supuesto, es que se trate verdaderamente de un accidente. Pero hay algo en lo que no puedo dejar de pensar y prefiero contárselo, aunque se supone que todavía no debe saberse fuera de la Hermandad. Pensé que Richard Ranelagh se lo comentaría cuando nos encontramos en el Merton pero me di cuenta de que prefirió eludir el tema. Él le contó que nos dividiríamos los cuadernos de Carroll para que cada uno se ocupe de un período, pero lo que no le dijo es que desde que nos propusimos publicar la edición anotada de los diarios una cantidad de editoriales se interesaron por el proyecto. La idea inicial, o la inercia de la costumbre, fue encomendarle el proyecto a Leonard Hinch, nuestro editor histórico. Siempre hizo un trabajo impecable con nuestros libros y tenemos un trato por el que cede parte de los derechos para los gastos de la Hermandad. Pero bien, cuando se filtró la noticia de que preparábamos esta edición, tuvimos una oferta difícil de rechazar de una de las editoriales más grandes de Estados Unidos. Basta decir que por el mismo trabajo que estábamos dispuestos a hacer *ad honorem* cada uno en nuestro tiempo libre, ahora nos ofrecen una pequeña fortuna y además, quizá más importante, un porcentaje de los royalties futuros, algo así como una renta vitalicia.

—Nunca hubiera imaginado que hubiera tantos lectores potenciales para esos diarios —dije, intrigado.

—No los hay. Yo también estaba sorprendido. Pero lo que sí hay es una multiplicación incesante de universidades en todos los países, cada universidad con su biblioteca y su presupuesto para comprar libros. Y éste, nos aseguró el encantador de serpientes que vino a tentarnos, sería un libro que los bibliotecarios de todo el mundo querrían pedir, para poner orgullosamente a juntar polvo en un estante. En fin, hubo una reunión especial, sin la presencia de Hinch, en la que se pusieron a votación las dos alternativas. La discusión subió de tono y se llegaron a decir algunas cosas desagradables. Recordé una frase, creo que de Somerset Maugham, que repetía mi madre: El dinero no tiene ninguna importancia cuando lo tienes y una importancia absoluta cuando no lo tienes. Por primera vez vi, en esa gente que conozco desde hace años y años, un costado inesperado, contrapuesto a todo lo que siempre hemos afirmado sobre el desinterés de la Hermandad. En el afán de hundir la propuesta de Hinch se deslizaron incluso algunos comentarios *personales* sobre él de los que yo no estaba enterado.

Seldom se interrumpió por un instante y soltó una larga bocanada de humo, como si no se decidiera a traspasar un límite.

—Comentarios... ¿de qué tipo? —pregunté.

—En general, me resisto a repetir rumores. ¿De dónde proviene la fuerza de propagación de un rumor? Una de las tres condiciones que postula la teoría clásica es que sea verosímil. Pero yo creo más bien que la gente prefiere tomar un rumor como verdadero cuanto más improbable o sórdido parezca. Y hay otra condición no escrita que favorece la propagación: la impunidad. Basta encogerse de hombros y decir que uno sólo repite lo que ha escuchado. *Sólo repite*. Pero esto es todo lo que hay que hacer: sólo repetir, hasta que todos lo han escuchado. Escribí bastante sobre la atracción del rumor y su estado oscilatorio entre verdad y falsedad en mi *Estética de los razonamientos*. Por eso trato de pensar, al menos en principio, que un rumor puede ser también falso. Pero en fin: creo que a usted puedo decírselo. Tenía que ver con su trato al parecer reprobable en relación con sus empleadas de la editorial y sus avances demasiado insistentes con algunas becarias. No hubo una acusación directa, eran insinuaciones bastante vagas, pero todos asentían,

todos «lo habían escuchado». Bastó que se mencionara esto para que la votación quedara dividida. De pronto había surgido una buena excusa que les permitía votar contra Hinch, no por llana y simple codicia sino por razones más altas. —Seldom hizo una mueca de sarcasmo—. Como aquella señora estirada que decía que ella también iba al baño, pero por otras razones.

—¿Y cómo se resolvió finalmente la votación?

—No pudo resolverse. Se pasó a un cuarto intermedio hasta la próxima reunión ordinaria. Sospecho que Hinch se enteró de algún modo de que puede quedar fuera del proyecto. Del único proyecto en muchos años con el que podría ganar verdadero dinero. Creo que ésa es la razón por la que fue esta tarde a la reunión, aun cuando no estaba invitado: averiguar cuántos votos tiene y quiénes están en su contra. En fin, no sé por qué le cuento esto, quizá sólo porque por primera vez, desde que fundamos la Hermandad, vi aflorar algo que nunca hubiera sospechado. Pero aun así todavía me parece totalmente fuera de escala, por decirlo de algún modo, que alguno de los nuestros haya intentado algo tan brutal contra Kristen. Ni siquiera podría ver una conexión... Y sin embargo, ya ve, no me decido a irme y dejarla aquí a solas con su madre.

Le dije que me cruzaba a veces con el inspector Petersen camino de la oficina y que estaba seguro de que no le guardaría ningún rencor.

—¿Pero qué podría decirle? —dijo Seldom—. A mí mismo me parece excesivo, como una alarma en falso. Y sobre todo, usted ya sabe por qué temo llamar a la policía.

Recordé lo que me había confesado una vez: por qué había elegido la matemática, un mundo donde se podían borrar limpiamente pizarrones e hipótesis sin más consecuencia que un poco de polvo de tiza en las manos. Su decisión drástica, desde muy temprano en la juventud, de separarse hasta donde le fuera posible del mundo real, donde cualquier acción y aun las conjeturas echaban a andar por sí mismas y tejían redes imprevisibles de consecuencias trágicas. Era una superstición extraña, me lo había reconocido, algo que arrastraba desde su adolescencia, por una sucesión de incidentes desafortunados, pero que se había seguido cumpliendo de una manera implacable una y otra vez, como una ley para un solo hombre, cuando se salía

del sereno rectángulo negro para mover una pieza en el tablero tridimensional, irreversible, de la vida. Y una vez más, podía decirlo yo, de la manera más cruel, durante los sucesos que habíamos compartido un año atrás.

—Usted se refiere... —empecé a decir.

—Sí —me respondió, como si hubiera seguido mi pensamiento—. Temo que si llamamos a la policía habrá un crimen.

Ocho

Y aun así llamamos a la policía. Debo decir que fui yo el que insistió, estúpidamente, para que llamáramos a la policía. Es verdad que lo que me había confiado Seldom sobre la discusión en la Hermandad, y su propio recelo, me habían dado un pie racional, una justificación, pero creo que — igual a lo que sentía él— lo que había predominado en mí había sido una primera intuición. Muchas veces habíamos hablado con Seldom de la articulación intrigante en matemática entre primeras intuiciones y los sucesivos pasos lógicos de una demostración. En su *Estética de los razonamientos* él había comparado estos destellos súbitos con el salto del caballo en el ajedrez, como si fueran abreviaturas fulgurantes que borraban en su brusca luz las huellas de toda ligadura previa. Para mí era una sensación de verdad que se imponía por sí misma, como si el cielo de objetos platónicos se dejara ver por un instante, y que persistía como un llamado insistente, con un latido oculto, después de haberse revelado. En mi caso, apenas escuché que Kristen había sido atropellada, había acudido a mí su cara de indefensión y desvalimiento a la salida del cine, y esa frase curiosa sobre una segunda vida que sin duda se le había escapado. Algo le había pasado ese día, algo que había cambiado el modo eufórico y triunfal que tenía la noche anterior.

Preguntamos en la recepción por una cabina telefónica y nos indicaron un teléfono público al final de un pasillo. Le di a Seldom todas las monedas de un cuarto que tenía pero él todavía parecía vacilar con el teléfono descolgado en la mano.

—¿Pero qué podría decirle para que nos creyera?

—Dígale lo más cercano a la verdad —le dije, porque sabía que en el fondo lo que detestaba Seldom, lo que lo detenía ahora, era tener que mentir—. Que tiene una buena razón para creer que alguien la atropelló

deliberadamente, pero no puede todavía decírsela. Que se lo explicará todo mañana.

Seldom suspiró y marcó un número de memoria. Escuché del otro lado una voz femenina y recordé que el inspector Petersen tenía una hija con la que él había conversado alguna vez largamente de caballos y ancestros escoceses. Me pregunté si ésta era la razón por la que se sabía el número. Escuché que la voz parecía alzarse en un tono de reclamo y que Seldom, cada vez más incómodo, empezaba a tartamudear y no lograba responder. Me aparté unos pasos para dejarlo a solas y fingí leer los carteles a lo largo del pasillo. En un momento, por el cambio de tono, entendí que había logrado por fin empezar a hablar con el inspector. La conversación fue muy breve, pero vi que Seldom colgaba con algún alivio y venía hacia mí.

—Ya está hecho —dijo—: enviará a uno de sus hombres que se quedará aquí toda la noche. Le pedí que fuera discreto y que no le avisaran a la madre de Kristen. No quisiera preocuparla más. Me gustaría ahora despedirme de ella.

Subimos otra vez al primer piso. Seldom se movía en el laberinto de pasillos desiertos con la seguridad de un viejo habitante de la casa y también yo, al ver asomar una enfermera por una de las puertas vidriadas, tuve un vertiginoso *déjà-vu*, la sensación en el cuerpo equivocada e imposible de que volvería a encontrar a Lorna con su uniforme de enfermera detrás de alguna de esas puertas. La sala de terapia intensiva estaba en completo silencio. La madre nos vio a través de uno de los cristales y nos hizo una seña subrepticia para que entráramos al sector reservado. Se había puesto una redecilla que le cubría el pelo, como si ya estuviera lista para ir a dormir, y cuando nos acercamos pareció por un momento avergonzada de que la hubiéramos sorprendido así, pero no llegó a quitársela. Desde el estrecho pasillo entre las habitaciones podíamos ver, a través del vidrio, la cama de Kristen. Su cuerpo estaba casi amortajado hasta el cuello por la sábana, con dos tubos transparentes que se le incrustaban cruelmente en la garganta y en una de las fosas nasales. En un lado de la cara se veía el azul violáceo del rostro inflamado e irreconocible. Seldom le dejó su número de teléfono a la madre y

nos ofrecimos a reemplazarla al día siguiente para que pudiera descansar. La mujer nos agradeció y sus ojos se llenaron otra vez de lágrimas de gratitud y dolor.

—Le diré. Le diré cuando despierte lo maravillosos que han sido. Con ella, conmigo.

Se llevaba las manos al pecho, las separaba y las volvía a apretar, como si quisiera arrancar una nota de agradecimiento más allá de las palabras. Seldom le puso una mano sobre el hombro con ese modo un poco incómodo y desacostumbrado con que ceden los anglosajones al contacto físico.

—Si usted ve que durante la noche hace cualquier movimiento —le dijo, casi como un ruego personal—, aunque no sea más que un temblor bajo los párpados, por favor, tóquela, apriétele la mano o tóquele la frente.

La mujer asintió, algo sorprendida. Nos despedimos y traspasamos otra vez la puerta, pero Seldom se quedó mirando a través del vidrio por un instante más la figura inmóvil de Kristen sobre la cama.

—Creo que le conté alguna vez el accidente de auto que tuve —dijo—: cuando perdí a mi primera mujer y a mis dos mejores amigos. Estuve en coma durante días, tendido así como Kristen en una de estas peceras. Pero hay algo que no le conté, que en realidad nunca le conté a nadie. Yo estaba ya estudiando en ese tiempo la posible prolongación filosófica del teorema de Gödel, y sobre todo la cuestión de la autorreferencia en el lenguaje matemático. Me parecía que en las fórmulas matemáticas que pueden decir algo sobre sí mismas había una clave hacia una posible definición matemática de la conciencia. Me dediqué por un tiempo a estudiar algunos libros sobre el cerebro y a conversar con neurólogos y psiquiatras. Imaginaba que debía haber en las funciones neuronales alguna clase de réplica del bucle matemático de Gödel. Buscaba en el fondo, tal como hace ahora Roger Penrose, alguna clase de indicio o correlato fisiológico, la huella orgánica del reconocimiento más elemental de uno mismo. Conocí en ese tiempo a Albert Raggio, que todavía tenía su pelo natural, y él creyó que me interesaría la conferencia de un neurobiólogo que proponía un modelo cuasi informático para la conciencia. Fui a la conferencia y por desgracia me senté en la primera fila. Se suponía que este hombre ya era o pronto sería una eminencia mundial. Era de algún lugar de Estados Unidos, pero ya no recuerdo su nombre. Sí

recuerdo en cambio que me pareció a primera vista un predicador, algo así como un sacerdote mormón, sobre todo porque estaba impecablemente afeitado y tenía el cuello de la camisa cerrado con una cinta, como un clérigo. Y recuerdo también que tenía una sonrisa suave y mefistofélica, era una de esas personas que logran sonreír mientras hablan todo el tiempo. Dijo que necesitaría un voluntario para el principio de su charla y me señaló a mí para que pasara al frente. Me preguntó a qué me dedicaba y su sonrisa se acentuó cuando le dije que era profesor de Lógica. Me hizo sentar en una silla de cara al público. Tenía algo del aire misterioso e intrigante de un ilusionista. Habló al principio un poco de la dualidad mente-cuerpo y propuso entonces un experimento mental. Imaginen que estamos en una sala de operaciones, dijo, y levantó una de mis piernas. Fingió que su mano era un serrucho y sentí por un momento el filo del canto en la rodilla. Todos rieron. Si le cortamos una pierna a nuestro amigo no dejará por supuesto de ser quien es, dijo. Tendrá quizá alguna de esas picazones imaginarias, la sensación del miembro fantasma, pero será en esencia la misma persona que ustedes conocen, sólo que un poco rengo. Levantó mi otra pierna e hizo el mismo movimiento de serrucho, como si me la cortara también. Ahora perdió algo de altura, dijo, y ya no necesita gastar en zapatos, pero por lo demás sigue siendo el que siempre fue íntimamente. Levantó mis brazos e hizo dos mandobles repentinos en el aire, como si me los hachara uno tras otro. Ahora tampoco tiene brazos y le costará un poco más de trabajo usar los cubiertos, pero todavía, por supuesto, es él mismo y asentirá cuando digamos su nombre. Se puso detrás de mí, me tocó la columna vertebral e hizo el gesto de quien levanta desde abajo el cierre de una larga campera. Ahora le arrancamos la médula espinal, dijo, y no tendrá más remedio que quedarse quieto. Y a pesar de esto, aunque no pueda ni mover los párpados, es aún él mismo, allá, muy adentro. Agarró entonces mi cabeza, y la hizo girar de izquierda a derecha como si intentara en broma separarla del cuello. Supongo que hacía por detrás de mí algunos gestos graciosos porque todos reían. Incluso si lograra arrancarle la cabeza, dijo, todavía esa cabecita suelta, si la irrigamos un poco, como en el truco de la flor azteca, seguiría dando sin ningún problema sus clases, sobre todo porque es profesor de Lógica. Sentí de pronto sus manos, con el filo de las uñas como garras sobre el cráneo, y supuse que hacía el gesto, para los demás, de partirlo

como a una granada. Abrimos ahora el cráneo, dijo, y nos quedamos con el cerebro, el sanctasanctorum de la conciencia, del yo personal: un kilo y medio de materia gris. Pero ni siquiera necesitamos tanto. Cortamos con el cuchillo el cerebelo: nada esencial ha cambiado. Tenemos ahora los dos hemisferios. Pero todavía nos sobra el derecho. Hizo el gesto casual de un carnicero que secciona y arroja a un lado los desperdicios. Nuestro amigo apenas notará unos pocos cambios. Y ahora sí, con lo que nos quedó... Fue hasta la mesa sobre la tarima, como si llevara entre las manos una carga escurridiza e hizo el gesto de volcarla adentro de la jarra de agua que le habían dejado. Lo ponemos aquí dentro de esta jarra, y lo remojamos cada tanto. Supongamos que hemos dormido muy profundamente a nuestro amigo mientras le hacíamos todas estas pequeñas maldades. Si nos ocupamos de humedecer lo necesario esta partecita gelatinosa para que las neuronas con sus juegos de luces no dejen de encenderse y apagarse, al alzar otra vez el interruptor para despertarlo sabrá de inmediato que es él mismo, aunque le costará un poco más deducir que ha perdido mucho peso y está dentro de una jarra. —Seldom volvió a mirarme y tanteó en su bolsillo en busca de un cigarrillo que no podría encender allí—. No recuerdo mucho más de esa charla, sólo que me quedó por mucho tiempo en el cuerpo la impresión desagradable de esos dedos que imaginariamente me desmembraban y del filo de las uñas sobre el cráneo. En el verano de ese año tuve el accidente de auto. Desde el sopor profundo para emerger del coma vino antes que nada el recuerdo de esa charla. No veía nada, no sentía nada, pero podía pensar. Esto, en realidad, me aterraba todavía más y trataba de concebir una manera puramente lógica que me permitiera deducir si estaba o no dentro de una jarra. En esos segundos o minutos de desesperación rogaba que hubiera alguien, afuera, que pudiera tocarme. No quisiera que a Kristen, al despertar, pudiera ocurrirle algo así.

Escuchamos los pasos pesados de unas botas que subían la escalera de mármol y vimos a un policía muy gordo que se acercaba por el pasillo con la respiración fatigosa y una silla de plástico entre las manos.

—Creo que ahora sí podemos irnos —me dijo Seldom.

Nueve

Estuve en ascuas durante toda la mañana siguiente. Llovía otra vez, ahora algo más fuerte, y no logré hacer otra cosa que caminar a lo largo de mi cuarto como un presidiario, mirando cada tanto por la ventana, como si pudiera llegarme alguna señal entre el agua. Intenté hojear el libro de Raymond Martin, pero no llegué más allá del primer capítulo. No podía concentrarme lo suficiente en ninguno de los acertijos que proponía, aunque me quedó rondando, como el estribillo de una canción irritante, el primero que aparecía en el libro, un desafío del propio Carroll: «*To make the DEAD LIVE*». ⁶ Lo que significaba en realidad, más modestamente, escribir una cadena de palabras de cuatro letras, cada una diferente de la siguiente en una sola letra, hasta transformar la palabra «*dead*» en «*live*». Hice algunos ensayos pero mi vocabulario en inglés era frustrantemente limitado y mis cadenas no lograban ir más allá de tres o cuatro palabras antes de interrumpirse sin remedio. Aun así lo seguí intentando durante casi una hora y llené varias hojas, como si se estuviera jugando para mí algo mucho más importante entre esas dos palabras. No podía dejar de pensar si en las horas de la noche alguna combinación propicia de letras habría dejado a Kristen de este lado de la vida. Cerca del mediodía crucé bajo mi paraguas al Instituto y subí a la oficina de *visitors* para escribirle un e-mail a Seldom. ¿Tenía alguna noticia de Kristen? ¿Había podido hablar con la madre? Un par de horas después, antes de irme, recibí su contestación: Kristen se había despertado y estaba al parecer bastante lúcida, pero no la dejaban recibir visitas. Todavía le estaban haciendo toda clase de estudios y radiografías. Los médicos le habían advertido a la madre que podían quedar algunas secuelas por una lesión en la espina dorsal. Me avisaría de cualquier otra noticia que recibiera. En una posdata me decía que había recibido una llamada de Petersen, pero que no se había decidido todavía a devolverla.

El día siguiente era domingo y no tuve ninguna noticia de Seldom, y tampoco me decidí a escribirle otra vez. Pero el lunes por la mañana, cuando pasé por el Instituto de Matemática, encontré en mi casillero un papel doblado en dos que me había dejado: Kristen quería vernos. Seldom proponía que pasara a buscarlo por su oficina después del almuerzo para ir juntos al hospital.

Después de los dos días de lluvia el cielo estaba otra vez despejado y el aire se había cargado con el olor intenso que brotaba de la tierra húmeda de los canteros, de los setos de muérdagos a lo largo de las veredas y de los árboles florecidos. Había también una compañía insistente y rumorosa, un zumbido de insectos y abejas sobre los restos de moras que la lluvia había aplastado contra el suelo. Mientras caminábamos Seldom me contó que había vuelto a esquivar por poco otra llamada de Petersen y me confesó que durante el fin de semana había mirado todos los noticieros, a la espera de que apareciera alguna novedad sobre el auto y se confirmara que no había sido más que un accidente. Al preguntar en la recepción por la habitación de Kristen nos enviaron al segundo piso, al ala de terapia intermedia, lo que ya parecía un primer indicio alentador. Todavía recordaba el relato de Seldom sobre su propio descenso al infierno en el Radcliffe y la frase que me había repetido de un cuento de Buzzati sobre el fatídico primer piso: «Sólo el sacerdote trabajaba allí». Pensé que Kristen había logrado al menos subir un escalón.

La madre salió a interceptarnos en el pasillo apenas nos vio. Kristen debía todavía permanecer en completo reposo y apenas podía hablar. Pero había insistido en vernos y por eso ella se había decidido a molestar otra vez al profesor. Todavía Kristen no sabía, nos dijo, sobre la lesión en la espina dorsal: quizá no volviera nunca a caminar. Pareció a punto de desmoronarse al decirnos esto, y nos rogó que, por favor, no se nos escapara nada que pudiera advertirla: los médicos aún esperaban un milagro. Nos dijo que Kristen le había pedido hablar a solas con nosotros y que aprovecharía para salir del hospital y cambiarse de ropa: no había pisado la calle en todo el fin de semana.

Cuando entramos en la habitación, Kristen estaba recostada de espaldas. Al escucharnos giró con lentitud y trató de incorporarse a medias contra el respaldo de hierro de la cama. Estaba irreconocible, tenía la cabeza vendada y la cara todavía tumefacta, con la piel de la frente violácea y derrames en los dos ojos. Uno de sus brazos estaba enyesado y un tubo le salía directamente de la garganta hacia una botella con suero. Nos miró como si no nos reconociera del todo y tanteó con la mano sobre la mesa de luz en busca de sus lentes. Se los acomodó como pudo sobre las vendas, y su boca, como si también entrara en foco, se estiró hacia una sonrisa valiente y dolorida. Cuando habló su voz sonó apagada pero muy clara, como si la fuera recuperando de a poco y a ella misma la sorprendiera su dicción.

—Gracias por venir —nos dijo—. Creo que en un rato pasará a conversar conmigo alguien de la policía, el inspector Petersen. Mi madre me contó que me atropelló un auto y estoy tratando de recordar lo que pueda de esa noche, pero todo se me confunde. Pensé que si los veía a ustedes algo volvería. Tengo una imagen tuya en la cola del cine —dijo, mirándome.

—Sí —dije—, habías ido a ver *Seconds*, nos encontramos cuando salías.

—Es verdad —asintió, como si pudiera ver entre brumas parte de una escena. Pareció avergonzarse en retrospectiva—. Estaba llorando como una tonta.

Se ensimismó por unos segundos.

—Salí del cine y estaba a punto de llover. Recuerdo que pensé que no había traído paraguas. Y después...

Miró hacia el techo y sacudió la cabeza, como si no lograra ir más allá.

—Habrás caminado hasta la parada del bus a Kidlington —trató de ayudarla Seldom—. ¿No te quedó ningún recuerdo del viaje? Y te bajaste para llegar a tu casa poco después de la rotonda. O al menos fue ahí donde te encontraron.

Kristen se nos quedó mirando sin ninguna expresión ahora, como si tratara de replegarse y ahondar en una pileta de aguas oscuras y movedizas. Negó lentamente con la cabeza: había emergido otra vez sin nada.

—¿Y del auto que te atropelló? ¿Del momento del choque? ¿Luces, un ruido de bocinas, un chirrido de frenos? —preguntó otra vez Seldom—. Si al menos recordaras algo de esto... —y se detuvo. Me pareció que podía seguir

su pensamiento: si hubiera visto las luces del auto, o hubiera escuchado el chirrido de los frenos, podríamos todavía imaginar que había sido un accidente.

Kristen volvió a negar en silencio.

—«Todo lo que sé es que algo vino sobre mí como un payaso de resorte y hacia arriba fui como un cohete espacial.»⁷ Igual que la pobre lagartija Bill en el libro de Alicia —murmuró—. No logro recordar nada del choque.

—Pero sí recordarás el papel, espero —dijo Seldom, algo alarmado.

—Claro que sí —dijo Kristen. Y nos hizo una sonrisa desmayada de triunfo—. Es lo primero que recordé al despertar, y también, por suerte, recordé el lugar donde lo escondí.

Trató de incorporarse un poco más en el respaldo.

—Es extraño —dijo—, no alcanzo a sentir del todo mis piernas.

Hizo un esfuerzo, y logró todavía remolcar un poco más hacia arriba su cuerpo con el único punto de apoyo de una mano. Quise acercarme para ayudarla pero me detuvo con la mirada y se volvió otra vez hacia Seldom.

—¿Cuándo enviaste los e-mails para la reunión del viernes? —le preguntó—. ¿La misma noche que nos reunimos los tres?

Seldom asintió.

—Sí, esa misma noche, al volver a mi casa. Hice un e-mail general a todos, salvo a Josephine. A ella fui a verla personalmente a la mañana siguiente.

—Y en el e-mail no dijiste nada sobre el papel.

—Claro que no —dijo Seldom.

—Aunque sí aparecía mi nombre, ¿verdad?

—Sí, por supuesto, dije que comunicarías un hallazgo en la casa de Guildford, tal como habíamos quedado. Y no más que eso. Puedo reenviártelo. —Y Seldom se quedó mirándola con una expresión extrañada.

Kristen hizo entonces un gesto con su única mano libre para que le alcanzara su bolso que estaba sobre una silla, y se lo mantuviera abierto. Estiró como pudo el cuello para bucear adentro y sacó con dos dedos una foto diminuta y muy perturbadora: era una niña de unos diez años completamente desnuda, que miraba de frente al fotógrafo, sentada contra un árbol a la orilla de un río, con la pierna derecha replegada contra la línea en que se partía el

pecho y una de las manos unida al pie izquierdo, cruzada como en un nudo bajo la pierna flexionada. La pose dejaba una abertura en forma de triángulo que casi permitía adivinar hacia dentro el pubis. Uno no podía dejar de pensar en las instrucciones del fotógrafo, y en los sucesivos ángulos que habría ensayado para esa pierna, de modo que la abertura a la vez atrajera al ojo, pero no llegara a revelar nada. ¿O sí revelaba?

Kristen le preguntó a Seldom si reconocía la imagen. Seldom le dio una mirada más a disgusto y negó con la cabeza.

—Es de Lewis Carroll —dijo Kristen.

Seldom me la pasó, como si apartara de sí algo maligno.

—Este aspecto de la vida de Carroll —se disculpó— siempre me resultó chocante: nunca miré en detalle sus colecciones de niñas. Ni siquiera cuando Henry Haas publicó su libro me decidí a mirarlas.

Ahora que tenía la foto en mi mano volví a darle yo también una segunda mirada. La imagen parecía haber sido coloreada en una época antigua, de una manera algo primitiva, y la cara de la niña, quizá por los tintes oscurecidos, tenía un aspecto extrañamente adulto y un tanto siniestro. La expresión era seria, inescrutable, y la silueta, aunque parecía haber sido recortada con cuidado para implantarla en la pintura bucólica de fondo, revelaba en un costado de la cabellera la marca de la tijera.

—Es una de las fotos de una serie que Carroll le tomó a una niña llamada Beatrice Hatch y que envió luego a colorear con instrucciones precisas a una artista de Londres, Anne Bond, para lograr el efecto de una pintura bucólica. La encontré en mi casillero el viernes, el día en que me atropellaron, dentro de un sobre en blanco. Me intrigó un poco, pero al principio no le di importancia: como asistente de Thornton Reeves y por mis propias investigaciones recibo todo el tiempo materiales sobre Carroll. Ahora no puedo dejar de pensar si esta foto no fue algo así como un aviso de lo que me ocurriría después. Pero a la vez, no puedo creer que alguien quisiera *matarme*. Mi madre me dijo que me atropellaron por accidente y que seguramente pronto la policía encontrará al responsable.

—De todas maneras, no deberíamos tocarla —dijo Seldom—, por si quedó alguna huella. Tendrías que dársela a Petersen, ahora cuando lo veas.

Kristen se quedó pensativa.

—Me pregunto —dijo— cuánto será obligatorio decirle a este inspector. Por supuesto que voy a darle esta foto, y puedo hablarle del papel, pero no quisiera de ningún modo mostrárselo, ni tampoco revelarle la frase. Supongo que no podrá obligarme a *esto*.

—Apenas menciones el papel, si en algo conocemos a Petersen, querrá saber la frase, todavía más que cualquiera de nosotros.

Kristen nos miró y sus ojos adquirieron una fijeza algo alarmante, un endurecimiento vidrioso, como había visto a veces en matemáticos obsesionados.

—Estuve pensando mucho desde que recobré la conciencia y estoy convencida de que, más que un artículo, podría escribir un libro entero sobre la nueva perspectiva que abre la frase. Recordé una cantidad de textos y frases del diario que ahora deberían leerse de otro modo. —Sonrió para sí, como si ya imaginara algo de ese trabajo futuro y me pareció que Seldom también percibía ese nuevo elemento de extraña euforia que brillaba en sus ojos—. Creo que esta frase será como la chispa que incendia la pradera, o debería decir, el bosque de libros equivocados... No se imaginan, porque es inimaginable. Pero para eso necesito algún tiempo. Y salir de aquí. Le diré a ese inspector todo lo que me acuerde, Arthur. Aunque quizá no me acuerde demasiado sobre el papel. Quizá el golpe y la operación me hicieron olvidar de esto. Y no sería del todo ilegal, espero. Al fin y al cabo, ¿qué tendría que ver el papel? Sólo nosotros tres sabemos que existe. Y sé que ninguno de ustedes dos hubiera querido hacerme algo así, ¿no es cierto? —y nos sonrió para demostrarnos su confianza, como si quisiera cerrar un pacto con nosotros. Me pregunté si no era ésta la verdadera razón por la que nos había llamado. Al fin y al cabo ella no podía saber que Sir Ranelagh también estaba enterado. Seldom trató de hacerla entrar en razón.

—No me parece bien —dijo—. En el caso de que no hubiera sido un accidente, me parece que estarías mucho más segura si revelarás para todos lo que dice la frase.

Kristen pareció por primera vez dudar. Quizá hasta ese momento era algo que se resistía a creer, y al escuchar esa posibilidad de la boca de Seldom, ya no podía descartarla con tanta facilidad. Después de todo él había sido su consejero de estudio y Kristen debía tener, como yo, el reflejo del discípulo,

mucho más porque las conjeturas de Seldom eran casi siempre acertadas. Yo podía ver cómo luchaba consigo misma para aferrarse al papel en su versión privada de la apuesta de Pascal: la probabilidad de que alguien hubiera querido asesinarla era demasiado baja como para desprenderse de algo que le parecía cada vez más valioso.

—De acuerdo a lo que me dijeron los médicos —dijo con voz lenta y firme—, sobreviví por milagro. Estuve muerta clínicamente en el quirófano y todos pensaron que me perdían. Ésta es una segunda vida que empieza para mí y no estoy dispuesta a repetir los mismos temores que en mi vida anterior. Además, aunque sea difícil de explicarlo, siento que estoy protegida por algo más alto. Hay una mujer en el primer piso, la hermana Rosaura, que consuela a los que están por morir. Mi madre rezó todo este tiempo con ella, y yo también, en algún sentido, volví a recordar a Dios. Ya no me avergüenzo de decirlo: sé que estoy protegida. Sé que Alguien, más poderoso, vela por mí.

Seldom me miró fugazmente con desaliento, como si no tuviéramos nada más que hacer allí. Yo sabía muy bien lo que pensaba: cuando aparece Dios, cesa todo razonamiento. Sostenía, como casi todos los lógicos que había conocido, que era una hipótesis demasiado fuerte, que trivializaba cualquier sistema de pensamiento o, más aún, cualquier intento de seguir pensando. Una vez lo había escuchado discutir en broma sobre la frase «Si Dios no existe, todo vale». Él había protestado: pero si Dios existe, *también* todo vale. La miraba hablar pero creo que ya había dejado de escucharla. Algo de su atención se había retirado y yo podía ver en su rostro cómo luchaban entre sí la decepción, el espanto y la piedad.

Escuchamos unos golpes en la puerta y vimos a través del vidrio una mano que se alzaba como un saludo. Kristen levantó hasta donde pudo un brazo e hizo con el dedo el gesto de que volviera más tarde.

—Es la hermana Rosaura, la mujer de la que les hablé. Pasa por todas las habitaciones para los que quieran compartir una oración.

—Tal vez deberíamos irnos —dijo Seldom—, le prometí a tu mamá que sería una visita breve —e hizo el primer gesto para levantarse de su silla. Noté que estaba serio y algo molesto—. ¿Qué debería decir entonces en la próxima reunión de la Hermandad? Habíamos acordado que devolverías el papel.

—Lo haré, Arthur, te prometo que lo haré. Sólo te pido un tiempo hasta salir de aquí y comprobar todas las conexiones en la bibliografía. Siento que di con la punta de un iceberg y que puedo hacer emerger todo lo que hay debajo si sólo me dan el tiempo suficiente.

Seldom pareció tomar una decisión inapelable.

—Sólo puedo esperar a que salgas del hospital. No podría defenderte más tiempo allá, dentro de la Hermandad, y tampoco podría mentirle al inspector Petersen sobre esto si llega a preguntarme.

—¿Pero por qué te preguntaría? —dijo Kristen—. Yo no voy a contarle nada del papel y sólo nosotros tres sabemos que existe. ¿No es así? —Y volvió a mirarnos con una confianza sin sombras de sospechas.

La puerta se abrió y una enfermera asomó la cabeza lo suficiente para mirarnos con algo de desaprobación.

—Hay un inspector de la policía que quiere hablarle —le dijo a Kristen—, ¿está lista para recibirlo?

—Creo que ahora sí —dijo Kristen, y nos hizo otro intento valeroso de sonrisa.

Diez

—Bajemos por la escalera —dijo Seldom—, no quisiera encontrarme todavía con Petersen.

Fuimos hasta el extremo del pasillo, pero al empujar la puerta batiente que llevaba a la planta baja, vimos asomar, resoplando en los peldaños, la figura pesada del inspector.

—Profesor Seldom, qué gran sorpresa —dijo con ironía—. Parece que a ninguno de los dos nos gusta usar el ascensor. Hablé abajo con la madre de esta chica y me dijo que si me apuraba podía encontrarlo. Tenemos una pequeña conversación pendiente, ¿no es cierto? ¿Qué les parece si me esperan los dos en la cafetería del séptimo piso? Conversaré unos minutos con su alumna y subiré después por un café.

Seldom pareció a punto de hablar para interponer una excusa, pero a último momento sus labios se cerraron y contrajeron en un rictus forzado de asentimiento. Desandamos el pasillo hasta el ascensor y apretó con resignación y un poco de fastidio el botón del séptimo piso. Yo sólo había estado una vez en esa cafetería, a la espera de que Lorna terminara su turno, y no pude evitar, al ver a otras enfermeras sentadas a las mesas, mirarlas una por una, como si todavía pudiera encontrarla entre ellas. Habían renovado el lugar, con lámparas y cortinas de colores, para intentar darle algo más de alegría, pero no lo habían conseguido del todo. O quizá fuera que las sillas de ruedas de los convalecientes, los barbijos y las sondas eran difíciles de contrarrestar. Busqué instintivamente con mi bandeja un lugar junto a la ventana más alejada. Seldom tomó los primeros sorbos de su café en silencio; parecía contrariado, o más bien apesadumbrado por algo. Vimos entrar a dos mujeres con la misma clase de falda larga y gris que la que se había quedado a esperar en la puerta de la habitación de Kristen.

—Esas mujeres... —dijo Seldom— me provocan escalofríos. Son de una rama metodista. Las tenía todo el tiempo encima de mí apenas me sacaron de terapia intensiva. ¿No es increíble lo que han hecho de Kristen en apenas dos días? Saben golpear en el momento de debilidad extrema, cuando ronda la muerte. Pero nunca hubiera imaginado que Kristen se dejara arrastrar así. ¿Cómo puede ser que una mente matemática entrenada en los sistemas axiomáticos, en las sutilezas de los sofismas, en el alcance de los postulados lógicos, lo olvide todo y abrace otra vez a un Dios del catecismo más infantil? Usted la escuchó, no tiene miedo porque cree que hay Alguien por allí arriba que la protege.

Seldom parecía a la vez perplejo y decepcionado, como si estuvieran por arrebatarse para siempre a su discípula.

—Tal vez sea algo transitorio —dijo—. Supongo que será una reacción natural de los que han sobrevivido a un accidente: sienten que hay un milagro que les estuvo destinado de manera especial. ¿No escribió acaso usted mismo sobre esto en su *Estética de los razonamientos*? A nadie le gusta ser una muestra aleatoria en un mar de estadísticas, un número cualquiera de la campana de Gauss: todos prefieren creer en el milagro predestinado y que han sido tocados por algo más alto. Pero quizá cuando salga del hospital vuelva a ser la que era.

—No sé —dijo Seldom—. ¿Sabe cuál era el tema de Kristen para su doctorado? La última conferencia que dio Gödel en su vida.

—¿La conferencia Gibbs? Pero en esa conferencia Gödel parece dejar un resquicio para cierto misticismo: la posibilidad de una existencia *a priori* de los patrones y objetos matemáticos, a la manera del platonismo. La existencia de un cielo siempre más allá de las construcciones racionales humanas. ¿Y no me dijo acaso usted mismo alguna vez que el platonismo es la verdadera religión oculta de los matemáticos? ¿Que los matemáticos son todos platonistas de lunes a viernes, con independencia de la iglesia a la que vayan el fin de semana?

—Le dije que era una manera práctica de pensar —dijo Seldom con algo de impaciencia—. Y hasta cierto punto inevitable. Del mismo modo que cuando usted calcula una caminata no toma en cuenta la curvatura de la Tierra. Pero aunque caminemos *como si* la Tierra fuera plana, sabemos que no lo es.

Y en el caso de Kristen, era sin duda atea, en todas las discusiones que tuve con ella durante ese tiempo se proponía más bien fundamentar la tesis opuesta a la que insinúa Gödel. Estudiaba el axioma de elección, los actos de libertad de Brouwer, los oráculos en las máquinas de Turing no deterministas, las geometrías no euclidianas. En fin: todas las construcciones matemáticas que requieren de un acto humano concreto y deliberado de elegir. Hablamos, naturalmente, de religión varias veces, y le diría que tenía incluso un rechazo: la religión le recordaba a su madre y a todo lo que odiaba del pueblito conservador donde nació. De todos modos: yo podría entender que Kristen abrazara alguna idea de armonía universal, de orden cósmico prehumano, a la manera de Einstein, pero volver a la infancia, a un Dios personal que vela por ella... —Me miró, como si buscara compartir conmigo su decepción, y tuve que reprimirme para no recordarle que después de todo él también tenía, aunque de signo contrario, una clase parecida de superstición personal, la de un destino que inexorablemente le proveía desgracias—. Y habrá visto después esa mirada fanática cuando nos hablaba del papel. Esto fue quizá lo que más me preocupó. Me hizo recordar algo que tenía olvidado. Sabe, ya que hablamos de religiones: yo estuve afiliado en mi juventud al Partido Comunista de Gran Bretaña, que era clandestino. Y tenía algo así como un tutor de marxismo. Era un joven biólogo que nos explicaba las leyes del materialismo dialéctico, la discusión sobre el origen y la creación de la vida en el *Anti-Dühring* de Engels, la clave económica de la plusvalía en la propagación de la pobreza, la primacía del materialismo científico en todos los órdenes. Me hablaba con un fervor implacable. Había viajado en secreto a la Unión Soviética, y al regresar parecía que por sí solo podría levantar en armas a la clase obrera inglesa. Era un orador brillante y yo no tenía dudas de que escalaría muy pronto dentro de las filas del Partido hasta convertirse en líder. Me fui a hacer mi posgrado a Alemania, y lo perdí de vista, sólo supe al regresar que había abandonado el Partido. Volví a encontrármelo dos años después en un pub. Había tomado ya algunas cervezas y tomó conmigo un par más. Cuando le pregunté qué había pasado, me dijo que había tenido una revelación y me contó, con un brillo en los ojos tal como le vi hoy a Kristen, que se había convertido al Movimiento Raeliano. Con la misma determinación exaltada, con el mismo convencimiento, me hablaba ahora de extraterrestres

que traerían el secreto de la inmortalidad, de platillos voladores que vendrían a la Tierra y de la iglesia para la que estaban recolectando fondos, y que se proponían instalar en Jerusalén para recibir a los Elohim de otros mundos. Quedé absolutamente impresionado, como si escuchara una máquina parlante que se hubiera vaciado por dentro, pero tuviera todavía los mismos rasgos, gestos y entonación que yo había conocido. En un momento sacó unas rifas con la estrella y la sigla de los raelianos, igual que cuando antes me ofrecía los bonos con la hoz y el martillo. Le compré todas porque sólo quería huir cuanto antes de allí. Fue a partir de esto que empecé a preguntarme cuál era la razón profunda que podría explicar esta clase de giros copernicanos, estos abandonos drásticos de todo lo que uno ha pensado, estas sustituciones de un credo por otro opuesto. La inversión de todos los valores, como hubiera dicho Nietzsche. Empecé a interesarme incluso en la cuestión del funcionamiento material del cerebro, de las conexiones neuronales y las investigaciones de Luria.

—¿Cree usted acaso que Kristen pudo tener algún daño cerebral? En el caso de ella, acaba de tener una experiencia terriblemente traumática. Pero supongo que será sólo una fase —dije.

—Puede ser, ojalá tenga usted razón —dijo Seldom. Miró por encima de mi hombro y alzó las cejas. El inspector Petersen había pedido su café y venía con su bandeja hacia nosotros. Apoyó la taza y en el mismo movimiento acercó una silla de otra mesa para sentarse entre los dos.

—Por fin —dijo—. Ya estaba por pensar que quería evitarme. Usted me debe una explicación, ¿no es cierto? Tengo a un hombre de custodia hace días sentado ahí abajo y todavía no sé por qué.

—En realidad, sí quería evitarlo —reconoció Seldom—, pero es sólo porque no tengo la clase de explicación que a usted, o a mí mismo, pueda parecerme lo bastante razonable. El día después de llamarlo me sentí avergonzado. Creo que tuve un impulso equivocado. Esperaba que en este tiempo ya hubieran encontrado al conductor del auto y que fuera, tal como imaginaban, un estudiante borracho.

—Todavía no tenemos ninguna pista sobre el conductor ni sobre el auto. Pero esa clase de búsquedas suelen ser muy lentas. Seguramente quedaron daños en el auto. Y ahora debe estar escondido, guardado en algún garaje. O

quizá lo sacaron de la ciudad y lo llevaron a alguno de los desarmaderos del norte. Por desgracia, tampoco quedaron huellas en el pavimento. Fue la noche que empezó a llover. Le pregunté a la chica si recordaba algo, cualquier detalle podría ayudarnos. Pero tiene borrado por completo el momento del impacto. Lo último que recuerda es haberse cruzado con usted en el cine — dijo y me clavó una mirada penetrante—. ¿Cuánto se conocían ustedes?

Lo miré con sorpresa.

—Casi nada: era la segunda vez que la veía en mi vida.

—¿Y no es extraño entonces encontrarlo aquí?

Me quedé desconcertado, sin saber cuánto más debería contar.

—Kristen pidió vernos a los dos —dijo Seldom en mi ayuda—. Se acordaba de haberlo visto a él en el cine y pensó que eso le daría algo así como un pie para recordar el resto. Sabía que tenía que hablar con usted y quería recordar todo lo que le fuera posible.

El inspector hizo una mueca de asentimiento.

—Sí, eso es lo que me dijo ella. Le pregunté si podía pensar en alguien que quisiera hacerle daño. Me dijo que no. Le pregunté entonces si en los días anteriores no había notado nada fuera de lo común, o algo que pudiera ver como una amenaza. Se quedó pensativa y se decidió a mostrarme esto.

Sacó con cuidado del bolsillo la foto que nos había mostrado Kristen y la apoyó sobre la mesa. La foto, en contacto con la mano áspera y salpicada de manchas del inspector, parecía cobrar ahora una vida propia, más insidiosa y maligna.

—Me dijo que la había encontrado dentro de un sobre en blanco en su casillero, la mañana del día que la atropellaron.

—Sí —dijo Seldom—, a nosotros también nos la mostró.

—Lo que le llamó la atención *a posteriori*, me dijo, no fue tanto la foto, sino que el sobre estuviera en blanco. En el momento no le dio mucha importancia. Parece que está acostumbrada a recibir e intercambiar toda clase de documentación sobre Carroll. Tampoco tuvo posibilidad todavía de averiguar quién se la pudo haber mandado. Me dijo que quizá hubiera una explicación también perfectamente razonable para esto. Su mentor, por ejemplo, le deja al parecer sobres parecidos todo el tiempo, aunque siempre con sus iniciales. Pero quizá ese día no tuviera su lapicera a mano. Le pedí los

datos de este profesor y de varios otros bibliotecarios y estudiosos de Carroll con quienes intercambia materiales. Volví a preguntarle después si tenía alguna idea, por disparatada que pudiera parecerle, por la que alguien hubiera hecho esto a propósito, y le dije entonces que usted sí parecía creer que alguien podía atacarla, porque me había llamado para pedir protección policial al hospital. Me dijo que se había enterado de esto, pero que le parecía fuera de toda proporción. Me contó que está trabajando con unos papeles que encontró en los archivos de Carroll en Guildford, y que pensaba mostrar en la Hermandad al día siguiente. Pero que esos papeles no podían dañar a nadie. De ningún modo podía creer que la hubieran atacado por esto. Que no entendía muy bien por qué usted pensaba que alguien querría matarla. Y que en todo caso debería hablar con usted.

Se quedó callado y miró a Seldom, como si le hubiera llegado, inapelable, su turno.

—Todo lo que le dijo ella es verdad, y es posible que mi preocupación haya sido desproporcionada. Como le dije, no pensaba más que disculparme con usted por esa llamada. Tal vez todavía deba hacerlo, si es que se aclara lo de la foto y el sobre. Pero hasta tanto eso ocurra, prefiero contarle por qué lo llamé y por qué todavía creo que ella puede estar en peligro.

Me pregunté cuánto y hasta dónde le contaría Seldom a Petersen. Al irnos de la habitación de Kristen, me había quedado la impresión de que había aceptado, aunque de mala gana, protegerla todavía hasta que saliera del hospital, y me daba cuenta de que contarle todo ahora sería, inevitablemente, contar también sobre el papel que le habíamos prometido a Kristen no desvelar. Creo que también Seldom se sentía bajo este doble juego de pinzas. De acuerdo a lo que nos había contado el inspector, Kristen, al parecer, se las había arreglado para librarse de entrar en detalles sobre el papel de Guildford. ¿Habría sido así? Seldom parecía preguntarse lo mismo.

—¿Cuánto le contó Kristen sobre los papeles de Guildford? —dijo.

—Intentó contármelo todo —dijo el inspector—, algo sobre los diarios de Carroll, páginas cortadas por los parientes, o convenientemente manchadas de tinta. No logré seguirla en los detalles. Por Dios, parece un tema que de verdad le apasiona. Tuve que detenerla porque ya me estaba mareando. Le

pregunté si los papeles que había encontrado tenían algún valor para un coleccionista, si alguien podría pagar grandes sumas por ellos. Me dijo que no. ¿Coincide usted con eso?

Seldom pareció aliviado. Kristen había recurrido al truco de decir casi toda la verdad, aunque de una manera tan torrencial y minuciosa que Petersen en algún momento se había dado por vencido. Así, antes de que ella tuviera que mencionar el papel, el inspector había hecho su propia operación de simplificación para preguntarle aquello: si todo eso tenía algún valor en dinero. Recordé lo que alguna vez me había dicho Seldom: en la lógica policial sólo contaban el dinero y los celos, las dos formas más básicas de la posesión. Seldom negó con la cabeza, y también a su manera dijo la verdad.

—No, esos papeles que encontró Kristen no tienen en sí mismos ningún valor material. Su mayor capacidad de daño es que podrían corregir o dejar sin sentido algunos párrafos de algunas biografías de Carroll. Herir levemente algunas reputaciones. Pero sí hay bastante dinero de por medio, aunque por otra razón.

Lo escuché repetir entonces lo que me había contado sobre la sorda disputa en el interior de la Hermandad por la publicación de los diarios. Petersen asentía cada tanto, como si por fin hubiera encontrado en todo aquel asunto alguna comida de su agrado.

—Es sólo una sensación —trató de justificarse Seldom—, pero durante esa discusión tuve por primera vez la impresión de que no conocía del todo a la gente con la que me había reunido durante tantos años.

—Pero estos papeles que iba a mostrar Kristen —dijo el inspector—, ¿de qué manera podrían perturbar o arruinar ese negocio?

—Podrían... demorarlo —dijo Seldom—. Si los papeles, como creemos, revelan alguna faceta contradictoria respecto a lo que suponíamos sobre Carroll, podrían obligarnos a revisar otra vez todo el corpus de lo que se ha escrito y creído sobre él. Y quizá alguien necesitara con verdadera urgencia el dinero.

Petersen se quedó por un momento pensativo.

—Pero aun así, ¿por qué la atacarían a ella? Es como atacar al mensajero. Supongo que debe haber copia de estos papeles. Ni siquiera los llevaba encima, por lo que sé.

Me pregunté cómo se las arreglaría Seldom para pisar sobre aquella capa cada vez más delgada de hielo.

—No sé por qué —dijo Seldom, deslizándose a zonas más seguras—, tampoco tiene sentido para mí. Supongo que me sugestionó lo que quizá fue sólo una coincidencia. Estábamos todos esperando por ella en la reunión cuando nos enteramos de que la habían atropellado. Sí, seguramente un accidente y seguramente una coincidencia. Y sin embargo, también queda por explicar ahora la cuestión de esta foto.

Petersen suspiró, como si tuviera que compartir, casi a su pesar, algunas de las sospechas de Seldom.

—Quizá alguien haya visto a la persona que dejó ese sobre —dijo—. Enviaré a uno de mis hombres al Instituto.

—Es posible —dijo con escepticismo Seldom—, pero sería raro que alguien reparara en esto. El casillero para la correspondencia está muy cerca de la puerta. En la última reforma se pensó en ubicarlo allí para hacerle la vida más fácil al cartero. El despacho de la secretaria quedó más adelantado en el hall. Cualquiera puede entrar desde la calle y dejar correspondencia sin que nadie lo registre. A menos que la secretaria se haya dado vuelta justo a tiempo o algún otro profesor estuviera revisando su casilla en ese momento... Pero, por supuesto, valdrá la pena preguntar.

—¿Cuál es su teoría sobre la foto?

—No sé —dijo Seldom—, quizá sea alguien que nos quiera recordar ese costado oscuro de la vida de Carroll.

—¿Alguien que esté en una clase de cruzada contra los pedófilos y directamente quisiera impedir que esos diarios lleguen a las librerías?

—Puede ser —dijo Seldom—, pero por lo que vi en esa reunión, cuando mencionaron la cifra que nos pagarían, deberían matarnos a todos para que no se publiquen.

Once

Bajé con Seldom en silencio por el ascensor. Esperé para hablarle a que llegáramos a la planta baja, como si el inspector todavía nos pudiera escuchar a la distancia.

—Estuvo cerca —dije—, ¿qué hubiera contestado si le preguntaba en detalle por los papeles?

—No sé —dijo Seldom—. Probablemente la verdad: por desgracia es siempre lo primero que se me ocurre. Pero no llegó a preguntarlo. Lo que no significa que no lo pregunte la próxima vez. ¿No es curioso que a veces, en la vida diaria, la verdad quede también a un paso que no se llega a dar? Dicen de los matemáticos que somos obsesivos, ¿pero pensó usted alguna vez cuántos teoremas quedaron sin probar por no haber tanteado apenas un paso más allá, por no haber sido lo bastante exhaustivos? ¿Cuánto de lo que pensamos y conjeturamos y abandonamos queda a la distancia de sólo una pequeña intuición afortunada, de una vuelta más, de un truco de cálculo? Eso era sobre todo lo que me desesperaba a mí cuando trataba de probar mis primeros resultados: que lo que yo conjeturaba fuera cierto, pero me faltara en el árbol lógico de bifurcaciones, en el laberinto de posibilidades, dar con la rama de la vía regia, abrir la puertita correcta, o saber al menos si uno probó realmente todas las cerraduras. Pero bien, al menos Petersen no retiró al policía de custodia.

Bajamos la escalera del hospital hacia la calle. Afuera la vida volvía a comparecer, en árboles, autos, ruidos, colores. Seldom no parecía del todo decidido a despedirse.

—Voy a convocar a una nueva reunión de la Hermandad —dijo—, y quisiera pedirle que venga otra vez. Pienso contarles a todos hasta donde sabemos del papel. No quiero seguir llevando esta carga conmigo. Pero sobre

todo, me gustaría ver las caras cuando lo cuente. La reacción de cada uno. Y quisiera que usted también estuviera, para vigilar conmigo mientras les hablo. Quizá alguno no se sorprenda.

Asentí.

—Quizá alguno sólo finja sorpresa y podamos advertirlo.

—Varios me preguntaron ya por Kristen, espero que con las mejores intenciones. Qué lamentable —dijo, como si se arrepintiera de esto último—, nunca imaginé que pensaría de este modo sobre ellos. Ojalá que Petersen encuentre de una vez el auto y todo vuelva a ser como antes.

Vimos en ese momento una figura que bajaba casi a los tumbos, con la cabeza baja, dominada por un llanto incontrolable. Era la madre de Kristen. Nos miró, envuelta en su nube de dolor, y avanzó hacia nosotros un par de pasos.

—Acaban de decirme que Kristen no volverá nunca a caminar. Y que tampoco podrá tener hijos. No sé cómo reunir las fuerzas para volver a subir allí. ¿Cómo podré decírselo a ella? —Y nos miraba como si esperara de nosotros una respuesta—. ¿Cómo podré decírselo?

Algo de ese dolor pareció sobrepasar a Seldom, como una ola que subiera hasta abrumarlo. Quizá sentía que su ley secreta de desgracias se manifestaba, inexorable, una vez más. Bajó la cabeza, como si hubiera quedado inerte. La madre de Kristen lo aferró del brazo, con desesperación.

—Dígame por favor que me ayudará a encontrar a quien hizo esto. Sólo tráigame el nombre y yo me ocuparé del resto.

Con su cara colorada y suplicante tomada por las lágrimas, parecía la figura medieval de una campesina que imploraba al don de Oxford con una fe ciega. Seldom murmuró una frase que no llegué a escuchar, y se despidió bruscamente, con la expresión transfigurada, como si no pudiera resistir un segundo más allí.

El e-mail con la nueva convocatoria de Seldom me llegó esa misma tarde. La reunión estaba llamada para el viernes, con sólo tres días de luz, como si a Seldom le quemara el asunto en las manos, y me pregunté si lograría reunirlos a todos con tan poco margen de aviso. El martes por la mañana, cuando retomé

mi camino en bicicleta para ir a la oficina de Leyton, vi a Sharon otra vez luchando a solas con la reja de la puerta de entrada. Me detuve para ayudarla, y aunque me agradeció con una sonrisa amable, me pareció que algo en su actitud se había retraído. Me pregunté qué podría ser y traté de tantear a ciegas.

—Fui el jueves al ciclo de Frankenheimer —le dije—. Pensé que te encontraría.

—Sí, ya sé. Estaba ahí, pero no me viste.

—¿Cómo puede ser? Estuve un buen rato en el hall, en la cola de entrada.

—Yo era la acomodadora en la sala donde se proyectaba *Seconds*. Te vi desde dentro, cuando hablabas con Kristen Hill.

Así que era eso, pensé.

—No sabía que conocieras a Kristen —dije.

—Yo no sabía que ustedes dos se conocieran. Kristen es la chica que abre la tienda los fines de semana. ¿Tampoco sabías eso acaso? —Y me miró con incredulidad.

—La verdad es que no: la conocí hace menos de una semana en el Instituto de Matemática.

Hizo una sonrisa cáustica.

—Qué suerte conocer tantas chicas en tantos lados —dijo—: supongo que las separarás por horarios.

—No es así —protesté—. Y en realidad, apenas la conozco, sólo hablé una vez con ella.

—Vamos —me dijo, molesta—. Los vi. Vi cómo se miraban y cómo estaba llorando ella. Hasta yo le hubiera prestado mi hombro.

—Lloraba por la película —dije, desconcertado.

—Por favor —dijo ella—. Sé lo que vi y conozco lo suficiente a Kristen: no estaría llorando así por una película.

¿Qué podía decirle? Había sólo un detalle cierto en todo lo que imaginaba: la manera en que yo miraba a Kristen esa noche. Por desgracia, aunque todo el cuadro que había imaginado era falso, ese único detalle verdadero lo había visto por sí misma, y me di cuenta de que sería irremontable. Retrocedí para subirme de nuevo a la bicicleta.

—¿Te enteraste de que la atropelló un auto esa noche cuando volvía del cine? Está en el hospital ahora. Estuvo a punto de morir —le dije.

—Sí: lo vi en las noticias y ayer me hizo llamar por la madre para que cubriera sus días. Pensaba visitarla hoy por la tarde. Espero que no haya sido algo que hizo... a propósito, en un momento de desesperación —dijo, y volvió a mirarme con una sombra de sospecha.

—¿Qué estás diciendo? —dije, algo enojado yo también ahora—. Estás equivocadísima, y lamento no poder contarte lo que sé, aunque creo que tampoco me creerías.

Me fui pedaleando, furioso. Sospechaba que debía haber alguna lección para mí en esto, pero no estaba seguro de cuál podía ser. No podía resignarme a que esa lección fuera alguna triste máxima de restricción moral o un principio de economía sexual a lo Wilhem Reich de una chica por vez. La vida, que era ya de por sí brevísima, no podía ser tan mezquina. ¿No parecía acaso más justo que nuestra patética, inconsolable finitud, nuestro mínimo chispazo de la función Delta entre dos ceros eternos, favoreciera al menos la multiplicación de amores? Y sobre todo, ¿tenía acaso la culpa de que me hubiera sentido atraído por igual por las dos a la vez? Ni aun ahora que había visto a Kristen envuelta en vendajes y lisiada para siempre, y que había sentido sobre mí los ojos castaños de Sharon encendidos de enojo y desprecio —y aun así tan hermosos—, hubiera podido inclinarme por una o por la otra. Aunque el azar parecía haberse encargado por sí solo para dejarme de un solo golpe sin ninguna de las dos.

Doce

Aunque Seldom se había cuidado en su segunda convocatoria a la Hermandad de no mencionar más que «el hallazgo de Guildford», sin avanzar ni una palabra sobre el primer mensaje, la curiosidad parecía haberse redoblado, y cuando llegué el viernes a la sala de Christ Church ya estaban casi todos allí, alrededor de la mesa, en la exacta posición en que se habían sentado la vez anterior, como si nunca se hubieran movido. Sólo algunos cambios de ropa, que advertí antes que nada al mirar el interesante vestido de Laura Raggio — porque yo también preferí la misma silla frente a ella—, revelaban que el tiempo no se había detenido en la mesa. No había visto a Seldom ni había tenido ninguna noticia de él en esos días; supuse que habría ido a Leeds a dar alguno de sus seminarios, o quizá a Cambridge, donde viajaba también últimamente con alguna frecuencia. Cuando apareció en la puerta tenía algunas manchas de tiza en la frente; parecía llegado directamente de una clase. Apenas se sentó a mi lado, vimos entrar a Leonard Hinch. Esto pareció perturbar un poco a Seldom. Vi que le hacía un gesto discreto a Sir Ranelagh y que se reunían los dos a intercambiar unas palabras junto a la jarra de café. Cuando volvió a su lugar me dijo por lo bajo:

—Lo dejarán participar porque trae una nueva propuesta para la edición de los cuadernos. Se agregará esto al orden del día. Hipotecó su casa para igualar lo que ofrece la otra editorial.

Apenas Seldom alzó la mirada, percibió el silencio que se había hecho y la atención reconcentrada sobre él.

—¿Y cómo está la chica? —preguntó Josephine—. ¿Es verdad que no podrá volver a caminar?

—Sí, Arthur, ¿cómo está la pobre Kristen? —repitió en un eco melodioso Laura Raggio.

Seldom miró a Sir Ranelagh, como si le pidiera un permiso protocolar para empezar a hablar, y Ranelagh miró a su vez a Henry Haas, que se apuraba a terminar de escribir los nombres en el libro de actas.

—Ahora que Henry tomó asistencia —dijo Ranelagh con alguna solemnidad— espero que todos podamos saber algo más sobre Kristen. Por supuesto, estamos muy preocupados por su estado. Varios de nosotros llamamos al hospital y nos dijeron que no podía hablar ni recibir todavía visitas. Pero Arthur pudo verla e incluso conversar con ella.

Seldom recorrió con los ojos las caras expectantes alrededor de la mesa y yo me preparé para hacer lo mismo. Pareció hablarles al principio a Josephine y a Laura, como si les respondiera con demora sólo a ellas.

—Lo que escucharon por desgracia es cierto: le hicieron una operación muy delicada de cerebro y le quedó afectada la espina dorsal. No volverá a caminar y la madre nos dijo que tampoco podrá tener hijos.

Hubo un pequeño grito de horror, murmullos, gestos de consternación. Pasé lo más rápido que pude de un rostro a otro, sin saber muy bien qué debía buscar. Después de todo, la reacción a la desgracia ajena siempre tiene algo de puesta en escena, de reflejo aprendido. Las dos mujeres, por el antiguo reparto emocional de los géneros, podían permitirse el grito sofocado y aun el asomo de lágrimas, como las que aparecían, a punto de formarse, en los ojos de Laura frente a mí. Los hombres, por su parte, también tenían sus gestos convencionales, pero reducidos al mínimo. Sólo Albert Raggio se permitió elevar a medias los brazos y bajarlos en impotencia, como si clamara por una injusticia. Raymond Martin sacudió la cabeza y chasqueó la lengua: los que se expresan a través de la ironía quedan siempre desconcertados ante el dolor humano puro y crudo. En el resto sólo vi cabezas bajas, cejas a medio alzar y ojos huidizos. Pero además de todo, y para hacerlo más difícil, eran ingleses, largamente educados en no expresar emoción. Supongo que hubiera sido más sospechosa cualquier reacción que fuera un milímetro más allá de lo poco que había visto.

Seldom dejó pasar ese primer momento de estupor y volvió a mirarlos.

—Pero tal como dijo Richard, pude hablar con ella y hay algo que debo compartir con ustedes sobre lo que encontró en Guildford.

Les contó entonces sobre la primera llamada de Kristen, sobre el catálogo con el ítem «Páginas cortadas del diario» y el papel que había encontrado dentro del folio correspondiente. A medida que Seldom hablaba vi en las caras atención reconcentrada, asombro, escepticismo y aun incredulidad. Pero una vez más, ninguna expresión, ninguna de estas mínimas reacciones, me pareció discordante ni tampoco fingida. Cuando Seldom habló del papel tal como lo había descrito Kristen: algo arrugado, escrito por las dos caras y con las anotaciones sobre las fechas en la vida de Alice por detrás, nadie hizo ningún signo de reconocimiento. Seldom se interrumpió para preguntarlo directamente: ¿había visto alguien antes esa anotación en el catálogo y ese papel? Nadie contestó y ahora sí, al recorrer las caras que se bajaban a medida que Seldom los miraba, como niños sorprendidos en falta, pude ver los gestos inconfundibles de vergüenza. Sir Ranelagh acudió al rescate asumiendo primero su parte.

—Arthur me contó antes todo esto. Y aunque estuve varias veces en Guildford tengo que confesar que a mí, por lo menos, se me pasó por alto.

Hubo un pequeño murmullo, como una cascada en dominó en que todos parecieron sentirse aliviados de compartir la misma falta. Sólo Thornton Reeves prefirió el tono belicoso.

—Yo mandé alguna vez a otro estudiante a revisar ese catálogo, nunca lo vi personalmente. Y desde ya no tenía ninguna noticia de ese papel. Pero si ninguno de nosotros lo vio... ¿No podría ser todo una invención? ¿O acaso te lo mostró, Arthur?

—No quiso mostrármelo, ni tampoco decirme la frase, pero estaba decidida a revelarlo aquí, delante de todos, el viernes pasado.

—Yo fui hasta Guildford apenas me enteré —lo interrumpió Sir Ranelagh — para confirmar que realmente figurara ese ítem «Páginas cortadas» en el catálogo. Kristen ya se había llevado el papel, pero vi la carpeta, tal como ella la describió.

—Y nosotros —dijo Seldom e hizo un gesto hacia mí— pudimos ver una fotocopia con el principio de la frase. La letra sin duda es la de Menella Dodgson.

Seldom me cedió entonces la palabra para que pudiera explicar algo de la pericia que habíamos hecho, pero Josephine no me dejó llegar muy lejos.

—Por Dios, Arthur, esto me está matando: ¿cuál es el principio de la frase?

Seldom hizo una pausa, como si consultara mudamente con Sir Ranelagh y luego pronunció, palabra por palabra:

—«L. C. se entera por Mrs Liddell de que...» Eso es todo lo que Kristen nos dejó ver.

—«L. C. se entera por Mrs Liddell de que...» —repitió con lentitud Josephine, como si fuera una médium que invocara a un fantasma, y cerró los ojos, para dejar que todos los posibles sentidos de la frase convergieran sobre ella. También los demás parecían estar en la misma clase de raptó, buscando resonancias y rumiando la frase en silencio.

—No podemos ir muy lejos con esto —dijo Thornton Reeves, irritado—. Todavía no entiendo por qué esta chica no me llamó a mí. No hubiera dejado que ocultara esta clase de información. Además, es claramente irregular que se haya quedado con el papel.

—Quizá no podamos ir muy lejos en lo que *afirma* la frase —dijo Raymond Martin—, pero sí hay algo que parece negar. Es evidente que Mrs Liddell llamó a Carroll ese día para decirle algo muy concreto. No parece, querido Thornton, el principio de una frase en que Carroll le pide la mano de Alice, por ejemplo. La frase, en ese caso, hubiera empezado al revés: «Mrs Liddell se entera por L. C. de que...».

—Es verdad —dijo Josephine, como si reabriera una antigua disputa—; y como sostuve alguna vez: si Carroll hubiese querido hablar de matrimonio, habría pedido él en principio esa reunión.

—Yo nunca afirmé que Carroll hubiese ido ese día *motu proprio* para hablar de matrimonio —dijo Reeves, furioso—. Lo que conjeturé es que Mrs Liddell le había hecho un reproche por su cercanía con Alice, y que, dentro de esa conversación, para impedir que la apartaran para siempre de ella, él propuso quizá *in extremis* el matrimonio. Eran comunes los matrimonios pactados a futuro. El mismo Carroll tenía un primo a quien aconsejó esperar para casarse con una niña de once años. Pero no creo que tenga sentido especular en el aire respecto de un papel que todos deberíamos poder ver completo, ¡y que ahora lo tiene escondido una becaria de veinte años! ¿Cómo pudiste dejar que pasara esto, Arthur?

—Claro, Arthur, ¿cómo es que no la estrangulaste hasta que soltara el resto de la frase? —dijo Raymond Martin y miró con desprecio a Reeves.

—Kristen temía que alguien pudiera apropiarse de su hallazgo —le dijo Seldom a Reeves, casi como una acusación, en una fría pulseada—. Y convinimos con ella que lo devolvería a su lugar apenas lo anotáramos en actas aquí.

—Temiera lo que temiera, nada justifica que se haya quedado con el papel —dijo Albert Raggio—: sólo imaginemos que hubiera muerto en el choque o que algo hubiera salido mal en la operación...

Hubo un silencio en que todos parecieron presentir lo que nadie hasta entonces había dicho.

—Sí: el papel se hubiera perdido para siempre —dijo Seldom.

—Pero todavía podría ocurrir esto, ¡y en cualquier momento! —volvió a la carga Reeves—. El papel está enteramente en sus manos. Con la misma inconsciencia que demostró hasta ahora, podría también destruirlo.

—¿Por qué haría Kristen algo así? —dijo Laura, con un reflejo protector—. Por lo que nos dice Arthur, ella tiene toda la voluntad de mostrarlo. Y su futura carrera académica penderá de este hilo. Eso sí debería quedarle claro.

—Prometió que nos mostraría el papel en cuanto salga del hospital —dijo Sir Ranelagh—, ¿no es cierto, Arthur?

—Sí —dijo Arthur—, pero pueden pasar semanas para eso. La madre nos dijo que la recuperación sería muy lenta.

—Lo que nos lleva a la siguiente cuestión —dijo Ranelagh—. Tenemos incluido en el orden del día la votación por la editorial que publicará los cuadernos. Y hay respecto a esto una nueva propuesta, que nos acaba de presentar por escrito Leonard. Con Arthur nos habíamos preguntado, cuando nos enteramos sobre este papel, si no deberíamos demorar esta decisión hasta que podamos calibrar el impacto que podría tener esa frase sobre el sistema de notas y nuestro modo de entender hasta aquí la figura de Carroll. Pero me gustaría hacer una ronda sobre esto, porque creo que a todos nos interesa también cerrar la cuestión del contrato y del anticipo cuanto antes.

—Kristen parece creer —explicó Seldom— que la frase permitirá mirar una cantidad de cuestiones sobre Carroll de manera diferente. Estaba eufórica cuando me llamó por teléfono desde Guildford. Y cuando hablamos con ella en

el hospital, nos pidió que le lleváramos los diarios y la correspondencia de Carroll para revisarla íntegramente otra vez. Ella está convencida de que el papel tendrá consecuencias de largo alcance. Pero también es cierto, y esto lo vi una y otra vez, que los alumnos de doctorado tienden a sobrevalorar sus primeros hallazgos, por un exceso de entusiasmo.

Aunque Seldom ni me había mirado, yo sentí que enrojecía: se estaba refiriendo también sin duda a mí, y, por desgracia, no sólo a mis primeros hallazgos sino también a los segundos y a los terceros.

—Si el propio Carroll hubiera cortado esa página —dijo Josephine—, tal vez podríamos esperar una revelación en algún sentido... chocante, una confesión de algún hecho impropio del que se hubiera arrepentido. Pero como recordarán, yo pude probar que esa página en realidad fue arrancada por las sobrinas, después de su muerte. Yo me inclino por suponer que él asentó en esa página lo esencial de su conversación con Mrs Liddell, y que se deslizaba un detalle que lo dejaba mal parado sin que él mismo lo advirtiera. Las hermanas Dodgson querían dar una imagen sobre todo piadosa de Carroll. Recordarán también que yo probé que cubrieron de tinta otra página del diario simplemente porque Carroll asentaba allí un rapto de mal humor en Alice. Me extrañaría mucho que emergiera a partir de ese papel un personaje muy diferente del que todos conocemos hasta aquí.

—Yo tampoco creo —se sumó imprevistamente Laura— que esas dos mujeres hubieran dejado anotado por escrito algo que comprometiera demasiado la imagen de Carroll. ¡Para eso, justamente, arrancaron la página! Pero a la vez, si Kristen está tan segura del alcance de ese papel, quizá pueda inferirse de la frase que dejaron algo que permita reconstruir lo que trataron de esconder.

—Es una discusión que involucra al todo y las partes —dijo Thornton Reeves—. El todo es la suma de decenas de libros documentados que acumulamos sobre Carroll. Las miles y miles de páginas que entre todos escribimos sobre él. ¿Podemos creer que una frase anotada por dos hermanas mojigatas pueda poner en jaque algo esencial de lo que ya sabemos? A esta chica sin duda le parece importante porque fue ella quien lo encontró. Pero a todos los efectos prácticos, podríamos votar sin problemas ya mismo. Supongo que nadie estará pensando seriamente en dejar pendiente la firma del

contrato por lo que pueda contener esa frase. En última instancia podríamos incorporar la pequeña historia que surja como parte del prólogo o como una nota al pie.

—En algo debo coincidir con Thornton —dijo Seldom—. Hay a veces una superstición del pensamiento que tiende a suponer que si hay algo oculto, necesariamente será valioso. El pensador De Santis lo llamó *La teoría del tesoro escondido*: si hay algo escondido, debe ser un tesoro. Yo también me ocupé de esto en un capítulo de mi libro sobre la estética de los razonamientos. Se tiende a sobreestimar el dato no revelado sobre el dato conocido, simplemente porque lo que no se conoce no está todavía determinado: vive como el electrón antes de que lo impacte la medición, en un limbo de posibilidades infinitas. Sólo que en este caso yo también me dejé sugestionar. Creo que conozco lo suficiente a Kristen para suponer que lo que encontró sí es importante, o imprevisto en algún sentido, más allá del interés personal que pueda tener en anotar su nombre. Pero coincido también con Thornton, y ya llego al récord de dos coincidencias en una misma sesión, en que podríamos votar sin problemas porque tendremos muchísimo tiempo por delante para revisar lo que fuera necesario de aquí a la publicación de los diarios.

Sir Ranelagh paseó la mirada para asegurarse de que nadie más quisiera intervenir. Todos parecían ansiosos de que ninguna otra mano se alzara, como novios en una boda que temieran un impedimento de último momento.

—Entonces, si estamos todos de acuerdo... ¿Podríamos pedirte, Leonard, que salieras por un momento mientras discutimos este punto?

El editor se puso de pie de mala gana y la mirada de Ranelagh se posó a continuación sobre mí. Me incorporé también, algo incómodo.

—Gracias —me dijo Ranelagh, como si me debiera una disculpa—. Por reglamento, sólo podemos estar presentes los miembros plenarios en cada votación. Pero Leonard puede mostrarle mientras tanto la colección completa de los libros de *Vanished Tale* en nuestra biblioteca del pasillo. Los llamaremos apenas tengamos el resultado de la votación.

Trece

Salimos al pasillo y el editor me señaló con desdago una biblioteca vidriada de cuatro cuerpos que se alzaba casi hasta el techo. Creí que sería de buena educación prestar atención a los títulos, y empecé a recorrer los lomos desde el primero de los anaqueles. Me intrigaba sobre todo saber si encontraría algún libro escrito por Seldom ahí. Por suerte, la biblioteca estaba por orden alfabético y lo encontré enseguida: un volumen delgado con el título *Through Syllogisms, and what Carroll found there*.⁸ Quise también buscar el de Laura Raggio pero me di cuenta de que no sabía su apellido de soltera. Me volví hacia Hinch para preguntarle, pero estaba demasiado absorto y nervioso, consumido en su propia expectativa por el resultado de la votación y no parecía tener el menor interés en darme una visita guiada. Ví que sacaba furtivamente una y otra vez bombones del bolsillo para llevarse a la boca. En un momento sorprendió mi mirada con la mano a mitad de camino e intentó disculparse.

—Parece que toda esa biblioteca de pronto no vale nada —se quejó con amargura. Me echaba miradas breves y rápidas, mientras seguía vigilando con rencor la puerta cerrada de la sala—. Cada uno que terminaba su librito sobre Carroll venía corriendo a mí. Me pedían, me insistían, me adulaban. Fíjese la cantidad de títulos y titulos. Avergonzarían a cualquier otro editor: libros sobre las obras de teatro infantiles de Carroll, sobre su tartamudeo, sobre sus callos; sobre sus sermones, sobre sus cuentas de lavandería y sobre cada hojita de Oxford que pisó. Y después, por supuesto, el segundo aluvión: libros sobre los libros sobre Carroll, el catálogo de los catálogos. A todos les dije que sí. Y cuando por fin hay un libro, uno, que me permitiría recobrar algo de todo lo que perdí con ellos, así me lo agradecen: ¡al pasillo, como un lacayo! ¿Sabe que tuve que hipotecar mi casa, lo único que logré comprar en toda una vida dedicada a esos malditos libros? Y todo para emparejar una oferta

demencial. Es injusto: una editorial internacional tiene toda la eternidad para recuperar la inversión; a mí, en cambio, no me quedan tantos años por delante... Pero en fin —suspiró—, supongo que hay cosas mucho peores. Basta pensar en esa pobre chica. Usted fue con Arthur al hospital, ¿no es cierto? ¿Pudo verla después? Uno tiende a suponer que la gente joven se conoce toda entre sí.

—En realidad la conocía muy poco, pero sí la vi cuando recobró el conocimiento.

—¿De verdad? —dijo Hinch, con un destello de interés—. ¿Y cómo fue eso? Porque sé que algunos aquí quisieron ir a verla, pero les dijeron que todavía no podía hablar, y que prefería no recibir visitas.

—Acompañé a Seldom cuando ella empezaba a recobrase y pidió hablar con él.

—Ah, ya veo. Y la encontraron... ¿completamente lúcida? Una vez, hace años, me atropellaron a mí en una calle de Londres. Caí con la nuca contra el pavimento. Y cuando me desperté en el hospital no conseguía recordar nada, ni del momento del choque, ni de las horas anteriores: ni siquiera cuando volví a esa calle días después logré evocar una sola imagen. Yo tenía en esa época una memoria extraordinaria y sin embargo había perdido aquel día, lo había perdido para siempre. Por supuesto, con los años, ya lo verá, uno pierde casi todos los días para siempre. Pero en aquel momento me impresionó mucho. Estaba por fundar esta editorial y jugué por un tiempo con la idea de llamarla Black Stone. La elección obvia hubiera sido, por supuesto, White Stone, que era la marca de Carroll para sus días felices y para cada vez que conocía una nueva niña. Pero lo que yo quería nombrar era casi lo opuesto: el *black out* de la memoria, los días que se pierden sin rastros. Finalmente me decidí por Vanished Tale, que encierra también a su manera un pequeño homenaje a Carroll. Aun los que llevan diarios, aun los más obsesivos, pierden días cada tanto. Tenemos que resignarnos a que ninguna vida humana es tan interesante, ni siquiera para su dueño. ¿Pero cómo fue en el caso de Kristen? —Su mirada se despegó por primera vez de la puerta y se clavó en mí, expectante, mientras su mano volvía a hundirse en el bolsillo de los bombones—. ¿Recordaba todo? ¿Recordaba sólo una parte?

—Recordaba... bastante —dije, sin estar muy seguro de cuánto podía revelar. Hinch pareció tomar aquella vacilación mía como una confirmación de algo y se me acercó un poco, como si fuera a confiarme un secreto.

—¿Sabe usted? —me dijo con aire intrigante—. Me enteré por casualidad de que le pusieron un policía de custodia. ¿No le parece extraño que haya un policía para cuidarla? Todos pensábamos, tal como dijo Arthur, que el choque había sido un accidente. Pero creo que hay algo más, ¿o me equivoco? —Me miraba ahora con ojos casi divertidos, en los que brillaba un destello de astucia, como si le resultara demasiado fácil sacarme uno a uno los secretos.

—No pudo haberse enterado de casualidad —dije, e intenté contraatacar—: alguien debió decírselo. ¿O fue acaso hasta allí?

Hinch me miró con sorpresa algo indignada.

—No, no conocía tanto a esa chica. —Y después, como si no tuviera nada que ocultar, pareció rebuscar en su memoria—. Fue Thornton Reeves el que lo mencionó. Estaba indignado con ella pero al mismo tiempo es su consejero, y supongo que se siente también un poco responsable. Aunque le dijeron que no recibía visitas, él quiso ir de todos modos al hospital, para asegurarse de que alguien la estuviera cuidando. Es un hombre excelente a pesar de que a veces le fallen un poco los modales. Cuando preguntó por ella lo hicieron esperar y bajó un policía para anotar su nombre. A él no pareció sorprenderle tanto, pero yo me quedé pensando. Cuando uno sufre un accidente, no le asignan un policía de custodia, ¿no es cierto? Toda mi vida fui lector de novelas policiales y tengo algo así como un radar que me lleva siempre a prestar atención cuando aparece uno de estos detalles... incongruentes. De modo que cuando Thornton me contó esto, me quedé por supuesto intrigado. En las noticias de los diarios sólo se decía que la habían atropellado y abandonado. Pero me di cuenta de que tiene que haber algo más, quizá algo que ella haya dicho al despertar. O algún testigo que haya visto el hecho. —Me miró inquisitivamente y después soltó, como si no pudiera contenerse—: ¿Qué les dijo a ustedes?

Su tono, su mirada, hacían recordar a una vecina curiosa que tratara de enterarse del detalle más sórdido de un chimento. Vi que se llevaba otra vez la mano al bolsillo, escuché el crepitar del envoltorio y luego el gesto furtivo y

voraz de los dedos hacia la boca.

—No puedo decirle nada —dijo.

—Por supuesto, no se preocupe —y rio, moviendo la cabeza—: si no puede decirme nada, ya me lo dijo todo.

—No —dijo, y traté de recordar, hacia atrás, furioso conmigo mismo, cuánto podría haberle develado—. Yo no le dije nada.

—Alguien quiso matarla, ¿no es cierto? Ésa es la verdad. Seguramente ella recordó algo al despertar y por eso está allí ahora la policía.

Cerré los labios y enrojecí bajo su mirada, como si me hubiera descubierto en falta y ahora pudiera adivinarlo todo a través de mí, sin que fuera ni siquiera necesario que respondiera a sus preguntas.

—No se preocupe —dijo—. No es nada que me haya dicho: usted es transparente sólo porque es joven. Pero si esto debía quedar en reserva, yo también sabré callarme. Los editores estamos acostumbrados a guardar secretos —dijo.

En ese momento se abrió la puerta; Thornton Reeves le hizo un ademán de bienvenida, como si recibiera a un hijo pródigo, y le estrechó la mano con una gran sonrisa. Hinch caminó de regreso con un aire sereno y digno, y cuando volvió a ocupar su lugar en la mesa, todos aplaudieron con calidez. Sir Ranelagh dejó con un gesto complacido que se extinguieran los aplausos antes de tomar la palabra.

—Querido Leonard: me alegra decirte que la votación fue unánime. Cada uno de nosotros recordó su libro en tu colección y todo lo que te debemos.

Hinch asentía y parecía verdaderamente emocionado, como si no quedara ningún rastro del rencor con que me había hablado a mí, o como si fuera un actor que volviera con naturalidad a ponerse su máscara para salir a escena. Me pregunté si esta aparente concordia, la serie de caras distendidas y amistosas que escuchaban con aprobación, sería la atmósfera habitual de esas reuniones, aquello que Seldom había deseado que volviera a ser como antes. Cuando le tocó el turno de agradecer, Hinch estuvo a la vez modesto, ingenioso, cordial, impecable. Tenía incluso una pequeña sorpresa bajo la manga: confesó que guardaba algunas esperanzas de que la Hermandad se inclinara a favor de *Vanished Tale*, y se había permitido invitar al periodista del canal cultural universitario. Si todos estaban de acuerdo, dijo, ahora que

había quórum perfecto, podría hacerlo subir. Le habían prometido que la noticia de la publicación de los diarios aparecería en el University Press y también por televisión nacional esa misma noche.

Hubo un coro de murmullos excitados y yo me incliné hacia Seldom:

—Tuve una conversación bastante extraña con Hinch afuera —le dije—, me gustaría comentársela.

Seldom asintió.

—Espéreme en The Bear Inn, cuando termine todo esto hablamos. —Y bajó la voz a un susurro—: Yo también tengo algo que contarle.

Catorce

Al bajar vi a dos hombres que cargaban una cámara y una sombrilla de luz por la escalera, y detrás de ellos, ya con el micrófono en la mano, al periodista alto y muy delgado, de rulos grises, que me había entrevistado el año anterior para *The Oxford Times* y que nos había rondado a Seldom y a mí desde la primera muerte. Traté de recordar su apellido: Anders, o Anderson. Nos miramos con sorpresa mutua.

—Creí que ya habría vuelto a Argentina —me dijo, con un dejo de ironía.

—Creí que trabajaba para *The Oxford Times* —le dije, tratando de imitar su tono.

—Claro que sí: pero estoy en la sección policiales y Oxford es al fin y al cabo un pueblo, un pueblito tranquilo. No tuve mucho de qué ocuparme desde nuestro último encuentro. Sólo accidentes domésticos, suicidios de estudiantes japoneses, choques de autos... Atropellaron a una chica hace unos días, pero ni siquiera murió, así se hace muy difícil el trabajo. Tomé por eso unas horas extra para el canal universitario. —Me apuntó con un dedo y fingió que disparaba una pistola—. Pero si llega a enterarse de algún asesinato, no deje de contarme.

Caminé calle abajo por St. Aldate's hasta el pasaje casi invisible de Blue Boar Street y esperé con una cerveza dentro del Bear Inn, distraído en las paredes curiosamente tapizadas de corbatas, hasta que una media hora después apareció Seldom. Venía cargado con varios libros que dejó sobre la mesa.

—Perdón por la demora —me dijo—. Kristen me pidió distintos volúmenes de la correspondencia de Carroll y tuve que llenar varias fichas para sacarlos.

Fue a buscar su propia pinta a la barra y al regresar apiló con despreocupación los libros en el suelo junto a su silla para hacerse lugar.

—Cuénteme primero usted —me dijo.

Traté de reconstruir lo mejor que pude lo esencial de mi conversación con Leonard Hinch, pero cuando terminé no vi en Seldom ninguna reacción más que un leve asentimiento, como si la *punch line*⁹ no lo hubiera alcanzado. Volví a repetir:

—¿Se da cuenta? Thornton Reeves fue hasta el hospital, a pesar de que seguramente a él también le habrían dicho que Kristen no podía recibir visitas.

Seldom alzó apenas las cejas y le dio a mi sospecha una segunda oportunidad.

—¿Usted cree que Thornton fue al hospital, digamos, para rematarla?

No estaba seguro ahora de si hablaba todavía en serio o se estaba divirtiendo conmigo, como cuando extremaba alguno de mis razonamientos matemáticos para llevarlo al absurdo y señalarme un error.

—No necesariamente —dije—, pero sí quizá para saber cuánto recordaba del choque. Imagine que hubiera sido él quien la atropelló. Querría estar seguro, al menos, de que ella no lo hubiera visto. Y después de todo —dije algo ofendido—, ¿no llamamos acaso a la policía porque temíamos que algo más pudiera pasarle en el hospital? ¿Que alguien quisiera, en efecto, rematarla?

—Sí, tiene razón —me concedió—, aunque por lo que me contó, cuánto recuerda Kristen del choque es algo que le interesaba más bien a Leonard Hinch, ¿no es cierto? —Quedó en silencio por un instante, en uno de sus raptos de ensimismamiento, hasta que volvió a alzar la mirada—. ¿Sabe qué es lo que me ocurre en el fondo? No consigo ver a ninguno de ellos como sospechoso. En las novelas policiales es fácil creer que todos pueden ser culpables, pero en la vida real ocurre casi al revés, nadie cercano nos parece convincentemente criminal. La policía saca a la calle a un hombre esposado que enterró siete mujeres en su jardín, excavan los cadáveres uno tras otro y aun así, sus vecinos no lo creen del todo: era un hombre encantador, dicen, siempre nos saludaba y nos daba consejos de jardinería. Y a mí me ocurre lo mismo con ellos. Por eso quise que me acompañara usted: alguien que pudiera verlos de otro modo. Cuando recién votamos allí dentro y elegimos otra vez a Hinch por unanimidad, sentí que mis sospechas anteriores quedaban ridiculizadas, y que todo volvía a la normalidad. Conozco a Thornton y su arrogancia desde el colegio secundario, y puedo imaginar muy bien que no se

consideraba una visita cualquiera. Posiblemente pensó que si se presentaba en el hospital a él sí lo dejarían pasar. Y me inclino todavía por creer que sólo quería en realidad verla para pedirle explicaciones, o incluso por si podía ayudarla en algo, porque se sentía responsable de ella, tal como dijo Hinch. Pero en fin, supongo que no podemos descartar nada. Sería bueno enterarnos si alguien más fue hasta el hospital.

—¿Qué era lo que usted me quería comentar? —le pregunté, algo desanimado.

—El martes por la mañana me llamó Petersen. Quería que lo pusiera en contacto con algún matemático o físico que se dedique al análisis de grabaciones de sonidos. Las cámaras de video que registran el tránsito en la rotonda de acceso desde Kidlington graban también el nivel de ruidos por la contaminación sonora, pero el lugar donde atropellaron a Kristen queda un poco más lejos, y no alcanza a escucharse en la cinta el impacto del choque. En parte, suponen, por la lluvia de esa noche, pero también porque se interpone el paredón de una fábrica de maquinarias agrícolas. Aun así, a través de un pedazo de descampado, se ven desde esa esquina unas carteleras de la campaña de British Telecom lo bastante grandes como para esperar, quizá, que el sonido del impacto haya rebotado como un eco. Al parecer hubo un trabajo pionero de un físico argentino sobre la trayectoria de ecos en un caso policial que llegó a oídos de Petersen y se propuso intentar aquí algo parecido.

No sabía nada sobre ese físico argentino, pero sí había visto en varios puntos de la ciudad los carteles inmensos de la publicidad de la compañía británica de teléfonos para recordar que debía añadirse un 1 al principio de cada número. Con el lema «It's *one* to remember»¹⁰ habían rescatado las glorias del pasado de Gran Bretaña, desde Vivien Leigh y Laurence Olivier hasta Jackie Stewart, John Lennon o Winston Churchill. Incluso había visto cerca del University Park un cartel de Fred Perry con su trofeo de Wimbledon en alto. Traté de imaginar cómo sería el juego físico de carambolas con las ondas de sonidos.

—¿Y qué es lo que esperaría Petersen de un estudio así?

—Algo así como una reconstrucción sonora. Precisar, si fuera posible, la hora del impacto, y sobre todo, detectar si hubo algún ruido previo de frenos o el chirrido de gomas en una maniobra para intentar evitar el choque. Eso daría algún tipo de evidencia a favor de un accidente. O, por el contrario, si llega a revelarse la aceleración brusca de un motor, en el caso de que alguien la estuviera esperando al acecho. Y también lo que pueda escucharse después del choque, si el auto se detuvo o no, y hacia dónde se alejó el conductor... En fin, le dije que tenía muy cerca a una persona que podría hacer esa clase de análisis perfectamente y lo envié con Leyton Howard. Y usted ya conoce a Leyton: hablé esta mañana con él y ya había ido dos noches seguidas hasta el lugar para hacer un relevamiento de todos los ruidos nocturnos que pueden escucharse con regularidad. Grabó búhos y cuervos y ladridos de perros para tener parámetros de referencia de intensidad y altura. Pidió una cuadrilla de hombres para hacer todas las mediciones topográficas. Se hizo llevar una flota de autos y grabó también los ruidos de freno y aceleración de distintos motores. Ayer se dedicó al análisis de la cinta. Logró quitar con un filtro el crepitar de la lluvia y pudo separar los sonidos en esa franja horaria de acuerdo a las distintas frecuencias.

—¿Y encontró algo?

—En principio en la cinta sólo se dejaba oír, muy débil, un único sonido: el graznido de un cuervo que parecía alejarse. Pero al estudiar visualmente las imágenes de las ondas en el analizador de frecuencias, descubrió los picos de dos ecos, y al magnificarlos encontró algo interesante. El primero de los ecos estaba en las frecuencias bajas: era el retumbo del choque. El segundo sonido, inmediatamente después, era el eco del graznido del cuervo, como si el ruido lo hubiera espantado.

—Y de eso... ¿qué podría concluirse? —dije, desconcertado.

—Muy poco, pero a la vez lo suficiente. Porque al calcular las distancias del cuervo a la cámara y al cartel por el lapso entre el graznido audible y su eco, Leyton logró una curva de puntos posibles para la ubicación del cuervo. Y uno de estos puntos estaba en lo alto del paredón de la fábrica. El cuervo, en efecto, anida en esa calle. Más aún, su graznido está en la misma frecuencia que los ruidos esperables de una bocina, o del chirrido de frenos. De modo que el cuervo es algo así como un testigo indirecto: si no se escuchan esos

otros sonidos no es porque hayan quedado tapados, o porque fueran demasiado débiles, sino porque nunca existieron. El conductor no tocó la bocina, ni intentó frenar. Ésa será su conclusión en el informe para Petersen.

—Es curioso... —Y traté de darle forma en el aire a un pensamiento que no llegaba del todo a revelarse—. Leyton logró algo parecido a lo que intento yo con el programa de reconstrucción de la escritura. No se puede escuchar el sonido de manera directa, pero todavía nos quedan los ecos. Y también en la foto que recibió Kristen —dije, tratando de perseguir el mismo rastro—: podríamos reconstruir por la foto, hasta cierto punto, los movimientos de Carroll en el arreglo de la pose...

—Sí, es verdad —dijo Seldom—: lo real es siempre una proyección, una huella aplastada de algo que caminó en otras dimensiones. Y sobre esa foto: también hubo algo así como una no-novedad preocupante. Petersen se tomó el trabajo de preguntarle uno por uno a todos los posibles corresponsales que recordaba Kristen: ninguno de ellos reconoció que se la hubiera dejado.

—¿Entonces? ¿Usted cree que la foto podría marcar el principio de una serie? ¿Que otra vez...?

—Yo creo —dijo Seldom— que Kristen debería revelar cuanto antes lo que dice la frase. La verdad es que todavía temo por ella, y me estaba preguntando... —se detuvo, como si no se decidiera del todo a continuar y debiera juntar fuerzas para tocar un tema particularmente delicado—. Me estaba preguntando, desde que la dejamos el último día en el hospital —empezó otra vez al borde del tartamudeo y me pareció que desviaba con una súbita incomodidad la mirada—, si lo que no quiso contarme a mí, si lo que no quiere revelar a ninguno de los miembros de la Hermandad, no podría contárselo tal vez, en las circunstancias... por así decirlo, adecuadas, a otra persona, una persona más cercana a su edad, por la que ella pudiera sentir alguna clase de confianza especial. —Y dejó en suspenso la frase, a la espera de que yo la completara.

—¿Quiere decir —intenté, y se me cruzó vagamente la imagen de Sharon — que tal vez ella tiene una amiga íntima o un novio a quien quizá sí le haya contado lo que dice la frase?

—No —dijo Seldom con algún desaliento—. Me sorprendería mucho que Kristen tuviera alguna amiga íntima; siempre la vi sola en las cafeterías, ni siquiera tenía compañeros de estudio. No creo tampoco que tenga un novio: lo hubiéramos visto en el hospital. Usted mismo la vio salir del cine sola. No, no estaba pensando en alguien a quien ya se lo hubiera contado, sino en alguien a quien *pudiera* contárselo. —Y volvió a mirarme, como si no encontrara manera más clara de formularlo. Recién entonces comprendí del todo a qué se estaba refiriendo, y creo que algo de esa luz de entendimiento, y quizá también que no hubiera soltado una carcajada, le dio algún alivio a su incomodidad.

»No pude dejar de advertir —siguió— que ustedes parecieron congeniar esa noche, a la salida del Instituto. Cuando la acompañé hasta la parada del bus Kristen me hizo un par de preguntas que en ese momento me parecieron intrigantes y desacostumbradas en ella, hasta que después me di cuenta de que había sacado a relucir algo de astucia femenina y sólo quería saber si usted tenía novia aquí en Oxford.

Enrojecí un poco y solté, por decir algo:

—Qué curioso, yo pensé esa noche, por algo en la naturalidad con que ustedes dos se fueron juntos que... —dudé al ver que su cara viraba al asombro y traté como pude de atenuar la frase que ya se me escapaba de forma irremediable— que... ya habría caminado con ella muchas veces.

—Sí —dijo—, es verdad: caminamos juntos algunas veces, sobre todo cuando era su tutor de posgrado. Pero no del modo en que creo que está imaginando —y sonrió, divertido—. No tuve nunca nada con una alumna. O en realidad casi nunca —dijo, como si hubiera recordado una excepción lejana y algo incómoda que contrariaba un principio de virtud que se había impuesto—. No en todo caso a esta edad. Y por supuesto jamás le estaría hablando de algo así si no temiera por su vida. Yo había pensado que usted podría acercarse a ella, justamente como un amigo de los que creo que nunca tuvo. Y aunque ella no le revele nada más del papel, eso a la vez nos permitiría vigilar que no le pasara nada.

Nos quedamos en silencio, como si la misión equívoca que me había encomendado hubiera quedado en el aire, en medio de los dos, y empezara a revelar su laberinto de consecuencias y posibilidades.

—Si hubiera aunque sea una esperanza de que Kristen pudiera recobrase —dije— sin duda lo intentaría, aun si no hubiera ningún papel de por medio. De hecho, pensaba intentarlo... antes. Pero quizá las cosas hayan cambiado también para ella ahora. Cuando fuimos a visitarla y traté de acercarme para ayudarla me puso a distancia con un gesto.

—Sí, yo también lo noté, pero le atribuí el signo inverso: ella no quiso mostrarse desvalida, no quiso inspirarle lástima. Fue un reflejo de orgullo, su manera de mostrarse todavía entera.

—¿Pero no le parece algo monstruoso que en su estado actual yo intente inspirar en ella... alguna expectativa?

Seldom se llevó una mano a la cara, como si acudiera a él una imagen que quisiera borrar.

—Tiene toda la razón. Es que no puedo imaginar todavía que Kristen ya no caminará más. Sería algo terriblemente cruel. Por favor, olvide todo el asunto.

Pero el asunto, ahora que había sido expuesto, se negaba a desaparecer tan rápido, quizá porque me había imaginado por un momento como un héroe de alguna de las novelas de Henry James, que debe cortejar sutilmente a una mujer para acceder a unos papeles secretos en un viejo *palazzo* veneciano. O quizá, y con más intensidad, porque pese a todo quería volver a verla, y también a mí al pensar en ella se me olvidaba que estaría para siempre en una silla de ruedas.

—Creo que puedo ir a visitarla —dije— y hablar todo lo que pueda con ella, y ayudarla con lo que necesite del mundo exterior, sin dejar que esto signifique nada más... en cualquier otro plano. Aunque no llegue a confiarme mucho más sobre el papel, tal vez pueda aunque sea rescatarla de esas brujas metodistas.

—Sólo por eso ya valdría la pena —dijo Seldom—. En fin, a mí dejó de parecerme una buena idea, no querría de ningún modo agregar un sufrimiento a otro. Pero si usted cree que puede hacerlo sin que nadie se confunda... —Tomó el último sorbo de su cerveza y señaló los volúmenes de la correspondencia de Carroll a sus pies—. Había prometido llevarle hoy estos libros y todavía estamos dentro del horario de visitas. ¿Querría entonces llevárselos usted?

Quince

Cuando llegué al hospital y me anuncié en la recepción, llamaron por el conmutador a la habitación, anotaron mi nombre y mi documento, y me enviaron a una sala de recuperación intermedia, todavía un piso más arriba. Observé que ya no estaba, por lo menos a la vista, el policía de custodia. Golpeé la puerta y me pareció escuchar dentro un murmullo que se interrumpía. La madre de Kristen entreabrió apenas y salió al pasillo.

—Disculpe —me dijo—, estábamos terminando de rezar la oración con la hermana Rosaura y ahora Kristen quiere asearse un poco. No sabía que vendría usted.

—¿Cómo está ella? —pregunté.

La madre hizo un gesto de estremecimiento, como si la recorriera un escalofrío involuntario de dolor.

—Creo que llegó a ese estadio en que se acaban las lágrimas y empieza la resignación. Al menos saldrá de aquí pronto, en dos o tres días le darán el alta.

—¿Podrá arreglárselas aquí en Oxford por sí misma? ¿O se la llevará con usted?

—De ningún modo quiere volver a Guildford. Está absolutamente decidida a quedarse, me dijo que tiene por delante una gran tarea. A la vez, yo no puedo mudarme con ella: debo atender mi casa y mi huerta allá. Sospecho que me encontraré ahora a mi vuelta con una invasión de ratones. Pero por suerte se le cruzó este ángel aquí en el hospital. Se irá a vivir con la hermana Rosaura, al menos durante el primer tiempo, hasta que Kristen se habitúe... a la silla. Fue una coincidencia maravillosa: a la hermana se le vence su contrato de alquiler y estaba buscando con quien compartir el departamento, porque ya no puede afrontar sola la suma que le piden por la renovación.

Nosotras no podríamos pagar una enfermera que la cuide durante todo el día y creo que Kristen ya no me quiere tan cerca. Usted sabe: a cierta edad los padres perdemos a los hijos.

Asentí y ella me miró a los ojos y de pronto tomó una de mis manos entre las suyas.

—¿Podría pedirle que también usted vele por ella? Siempre me pareció que estaba muy sola aquí.

—Claro, claro que sí —dije. Me escribió en una tarjeta la nueva dirección de Kristen en las colinas de Headington y yo le anoté a mi vez en un papel mi dirección y el teléfono del Instituto. Guardó el papelito como si fuera un bien precioso y algo avergonzada me soltó la mano.

—Voy a aprovechar para ir ahora a comprar varias cosas que me encargó Kristen.

Se asomó apenas dentro del cuarto y me hizo con la cabeza un gesto de asentimiento.

—Creo que ahora puede pasar.

Entré en la habitación. Kristen estaba sentada con grandes almohadones detrás de la espalda, bajo la luz suave y límpida de una ventana. Sentí, casi como una opresión, la belleza imprevista, serena y radiante de su rostro, que se tendió a mí en una media sonrisa, como si advirtiera algo del efecto que me causaba. Los hematomas bajo los ojos habían desaparecido, su cara resplandecía y el único rastro visible de la ordalía por la que había pasado era la pequeña marca circular de la sonda en el cuello. Había algo expuesto y desnudo en esa belleza, que me pareció casi una proclama o una declaración. Si antes en su timidez la ocultaba hasta donde podía, como una especie de don incómodo y no pedido, ahora, por una misteriosa ley de compensaciones, parecía querer ostentarla, y reparé también que bajo su camión delgado, por un desliz quizá bien calculado de botones, sus pechos enviaban en consonancia una llamada equívoca, difícil de pasar por alto. Todo esto, supuse, era, debía ser, un reflejo de lucha contra la segunda parte hundida de su cuerpo, con la mitad que desaparecía bajo la sábana, y con la nota hiriente, irreversible, que daba una silla de ruedas bajo la ventana. Volví a mirar en sus ojos como si tanteara un hilo antiguo y me pareció que esos ojos me decían, entre el orgullo y la tristeza: *todavía queda esto de mí*. Hubiera podido contestarle, sin mentir,

que nada me importaba: en el lazo recobrado de su mirada, me daba cuenta de que ya no me preguntaba si podría enamorarme de ella sino, más bien, si podría no enamorarme. Tenía puesta algo así como una boina francesa que le encasquetaba la cabeza hasta la frente, pero algo de su pelo largo se había salvado. La hermana Rosaura estaba todavía detrás de ella, cepillándole con lentitud deliberada la parte en cascada que asomaba por debajo del borde hacia los hombros y la espalda. Miré por primera vez en los ojos de esta religiosa y comprendí, en el relumbre de antipatía inmediata, que podría ser una formidable enemiga. Era una mujer todavía joven, de mirada resuelta, con facciones que parecían capaces de mutar con rapidez de la sonrisa beatífica a la expresión belicosa. Tenía el porte erguido de una mujer acostumbrada a las decisiones rápidas y prácticas y algo de una sexualidad difusa, no del todo resignada, que parecía sublimar en un exceso de energía positiva y optimista. Noté que se demoraba intencionadamente en arreglarle el pelo y en rodearle el cuello con las manos, como si quisiera demostrarme el grado de cercanía y posesión que había alcanzado en esos pocos días. Y aun cuando Kristen le había dirigido ya una mirada indudable para que nos dejara solos, la mujer merodeó un poco más todavía por el cuarto, abriendo y cerrando un bolsito y fingiendo que ordenaba la ropa junto a la cama, antes de resignarse hacia la puerta.

—Parece que te cuidan muy bien —dije, cuando la escuché cerrar.

—Sí —dijo Kristen con sencillez—, tuve momentos de gran desesperación y ella me ayudó a aceptar esto que me ha tocado. Veo que trajiste los libros que le había pedido a Arthur, supongo que él estará muy ocupado —murmuró con algo que no supe si era comprensión o despecho.

—Creo que el hospital le trae malos recuerdos, pero seguramente querrá visitarte cuando te den el alta. En realidad, estaban todos preocupados por tu recuperación.

—Algunos menos que otros, supongo —dijo, con una sonrisa cáustica—. Podría creerlo de Laura Raggio, que siempre me trató como a una hija, pero de los demás...

—No me pareció: estuve allí. Seldom convocó a una reunión para ponerlos al tanto y diría que estaban todos conmovidos de verdad.

—Para ponerlos al tanto... ¿de qué? —dijo Kristen y una sombra cruzó por su cara—. De esto no me había dicho nada.

—Tampoco les dijo demasiado a ellos —traté de defenderlo—. Sólo les conté que habías encontrado el papel. Creo que quería saber, sobre todo, si alguien más estaba enterado de que ese papel existía. Si alguno lo había visto antes.

—No veo por qué tanta urgencia, ¿o hay algo más que están por decidir? Tal vez ahora que te invitan a las reuniones puedas decírmelo: yo tuve que pasar un año entero tecleando bibliografía para que me admitieran en la primera. Pero bien —dijo con impotencia—, supongo que desde una cama de hospital es más difícil enterarse de todo.

—Tuvo que ver con la edición de los diarios. Supongo que escuchaste hablar de una oferta...

—Sí: la editorial de Estados Unidos. No podían hablar de otra cosa.

—Leonard Hinch logró igualar el dinero. Querían resolver la firma del contrato cuanto antes y se debatió cuánto podía cambiar el enfoque sobre Carroll de acuerdo a lo que dijera el papel. Todos coincidieron en que no demasiado —dije, y quedé a la espera de su reacción.

Me pareció que se contenía a duras penas. Sus ojos llamearon.

—Eso ya lo veremos —dijo—. En todo caso, más de lo que cualquiera de ellos podría imaginar. Casi me divertiría que sigan adelante: dejarlos hacer. Que escriban todas sus notas y notitas. ¿Pero cómo fue la votación? ¿Se lo dieron finalmente a Hinch?

—Sí —dije.

—Hasta la semana pasada había bandos. ¿Nadie se opuso? ¿Josephine Grey? ¿Laura Raggio? ¿Arthur?

—Fue por unanimidad absoluta —dije.

Pareció súbitamente entristecida, o abrumada, como si se hubiera quedado definitivamente sola. Me pregunté cuál sería su propia razón contra Hinch, y si habría intentado también algo con ella. Pero cuando volvió a hablar me desconcertó, porque dijo con ecuanimidad amarga:

—Por otro lado, me parece justo: después de todo, él les publicó sus libros a todos. A todos sin excepción.

—Sí —dije—, nos hicieron salir a los dos mientras se discutía la votación. Le parecía humillante que lo hicieran esperar afuera y me dijo esto mismo: que los había publicado a todos. También él quiso saber cómo te estabas reponiendo. Aunque me dijo que no te conocía mucho.

—No porque no lo haya intentado, sino porque logré ponerme a distancia —dijo con un destello de aversión—. Es un cerdo. Y al menos Laura también lo sabía muy bien. Pero en fin: supongo que los rituales siempre pueden más. La ley de inercia: el primer axioma de la ciencia inglesa. ¿Y qué más te preguntó sobre mí?

—Tuvimos una conversación sobre la memoria: a él también lo atropellaron una vez y perdió todos los recuerdos de ese día. Me preguntó algo que a mí también me intriga: si no pudiste recordar nada más. Si en todos estos días no te volvió algún detalle...

Vi que le temblaban un poco los labios mientras negaba con la cabeza. Hizo un gesto de impotencia.

—No, lo último que recuerdo es esa conversación que tuvimos sobre una segunda vida. Recordé esa conversación muchas veces en estos días. Nunca hubiera imaginado que esa segunda vida fuera una silla de ruedas para siempre. ¡Para siempre! —Y las lágrimas subieron a sus ojos.

Me acerqué a la cama, me senté en el borde y le extendí la mano. Ella me la apretó compulsivamente y una de sus lágrimas me cayó sobre el dorso.

—Pero quizá, más adelante... La medicina avanza todo el tiempo —dije, sintiéndome vagamente un estafador.

—Eso me dice también la hermana Rosaura: que debemos rezar por otro milagro. Y que aun si ese milagro no llegara, al salvarme la vida y dejarme así, Dios tendrá sin duda un propósito para mí. Quizá mi misión sea escribir este libro y olvidarme de todo lo demás. De todo.

La lógica estrictamente binaria de la religión, hubiera dicho Seldom: todo bien es una dádiva; todo sufrimiento, una prueba. Me contuve de decirle lo que pensaba yo por mi parte de un Dios que le salvaba la vida para dejarla así, y no pude evitar que se me cruzara la frase de Stendhal: «La única excusa de Dios es que no existe».

En ese momento se abrió la puerta y volvió a entrar la hermana Rosaura. Kristen retiró la mano y la hermana me miró con un gesto de sorpresa y acusación, como si yo, un representante típico del género masculino, fuera el culpable de que ella llorara. Eligió ignorarme y hablarle a Kristen en un tono que era casi de reconvención.

—Ya es la hora de la cena y la señorita todavía no tomó su baño, creo que deberíamos dejar ir a las visitas ya.

Me puse de pie y la miré, buscando sus ojos mientras ella se secaba las lágrimas. Pero vi que, lejos de rebelarse, se ponía con calma los lentes mientras la hermana Rosaura permanecía a su lado como un guardián impaciente. Murmuré una frase entrecortada de despedida y me fui, perturbado y furioso.

Al llegar a mi cuarto del college traté en vano de volver a concentrarme lo suficiente para avanzar en el libro de acertijos de Raymond Martin. Mi mirada resbaló sobre una de las respuestas irónicas de la Liebre de Marzo: «¡También podrías decir que “quiero lo que tengo” es la misma cosa que “tengo lo que quiero”!». Todavía guardaba en mi mano el recuerdo quemante de la mano apretada de Kristen y las lágrimas de sus ojos. ¿Tenía, o estaba a punto de tener, con ella lo que quería? Y sobre todo, ¿podría llegar a quererlo? Recordé de pronto que saldría en el noticiero la nota sobre la edición de los diarios y pasé los canales hasta dar con la emisora de la universidad. La nota ya estaba empezada. El periodista —que se llamaba Anderson finalmente— sostenía el grueso micrófono delante de Leonard Hinch y detrás se veían, avejentados y ruinosos, expuestos a la luz cruda del farol de iluminación, los miembros de la Hermandad. Seldom parecía casi un refuerzo juvenil entre ellos. Hinch hablaba sobre cómo se dividirían el trabajo y explicó que se irían publicando los volúmenes a razón de uno por año, con una investigación exhaustiva de todos los nombres de la época que aparecían mencionados por Carroll. El periodista preguntó, algo perplejo, cuántos años llevaría entonces todo el proyecto. Nueve volúmenes: nueve años, dijo Hinch con orgullo, y la cámara volvió a pasear, de izquierda a derecha, casi con ironía, por los rostros huesudos y descarnados, como si el hombre tras la cámara se estuviera preguntando, igual que yo, cuántos de ellos vivirían para verlo.

Dieciséis

Durante la semana siguiente le envié un par de e-mails a Kristen para saber cómo estaba, pero no tuve ninguna respuesta. Me pregunté si tendría una computadora personal en su casa o si, como yo, y como casi todos los estudiantes en esa época, debía recurrir a las computadoras del Instituto. En ese caso debería esperar, imaginé, un tiempo largo para cualquier respuesta, y me propuse ir en algún momento hasta la dirección en las colinas de Headington que me había dejado la madre. No vi tampoco a Seldom durante esa semana y, cuando subí a su oficina el miércoles, encontré un aviso en la puerta de que estaría en Cambridge durante el resto de la semana. Sabía que estaba asistiendo a unas reuniones de algebristas que se habían convertido en un secreto bajo siete llaves. El último teorema de Fermat, la ballena blanca de los matemáticos, el enigma irresuelto durante trescientos años para el que Andrew Wiles había creído encontrar por fin una demostración el año anterior —un anuncio que había dado la vuelta al mundo como el triunfo del siglo de la matemática— se había revuelto como un monstruo malherido por última vez y, en el período de revisión de la prueba, los especialistas asignados al referato habían detectado una pequeña laguna que nadie lograba solucionar. Los meses habían pasado y la prueba no podía todavía publicarse. Esto tenía en vilo a la otra hermandad más antigua y extendida de los pitagóricos, aunque era un tema del que se hablaba con sigilo y algo de vergüenza en voz baja. Sabía que Seldom estaba en el grupo más íntimo de las consultas, pero jamás me decía una palabra sobre esto. Decidí aprovechar la semana para cerrar el informe de mi beca; arreglé el almuerzo pendiente con Emily Bronson para contarle los resultados que había obtenido y pedirle las firmas que me faltaban, sin imaginar las consecuencias más inesperadas que tendría una conversación trivial con ella al final de la comida. Emily estaba de un humor excelente; había recorrido con su único ojo, muy cerca del papel, las fórmulas y códigos

del programa, con leves murmullos de asentimiento para sí a medida que descifraba las instrucciones. Vio de inmediato, apenas empecé a explicarle la idea general, la posibilidad de un paper conjunto y pareció encantada con las profusas menciones a sus trabajos en la bibliografía. Antes de pedir el café ya habíamos resuelto todas las cuestiones matemáticas y había firmado alegremente mis formularios. Nos quedamos en un silencio pacífico por un momento y pareció de pronto recordar algo:

—¿A usted no le interesaría, por casualidad, comprar un auto para lo que le queda de su estadía aquí? Hay un profesor visitante en mi college que está por volverse a su país y no consigue venderlo. Creo que le estaba rebajando el precio día por día, supongo que debe estar ahora realmente muy barato.

—¿Qué tan barato? —pregunté, sin muchas esperanzas.

—Oh, unas mil trescientas o mil cuatrocientas libras supongo —dijo—. Creo que es un Citroën de cinco puertas, al parecer un auto muy bueno, aunque yo no entiendo demasiado. Sólo tiene un *catch* —dijo—: habría que hacerle muy pronto la verificación técnica, tiene el M.O.T. casi vencido.

Mil trescientas libras era lo que recibía cada mes como becario y de ningún modo podría disponer de esa suma, pero algo de lo que me había dicho me trajo el eco de otra conversación sobre autos que había escuchado al llegar un año atrás a la oficina de *visitors*.

—Suponga que este profesor no consigue vender el auto y se acerca el día de su partida —dije—. Esto debe ocurrir con cierta frecuencia, ¿no es cierto? Porque la verificación técnica suele ser muy cara.

—Claro —dijo Emily—: en general a los *visitors* no les conviene hacer la inversión del M.O.T. porque después no tienen tiempo suficiente para venderlo.

—¿Y qué hacen entonces si no consiguen venderlo?

Emily me miró algo desconcertada, como si fuera la primera vez que se propusiera pensar en eso.

—A veces le dejan encomendada la venta por un tiempo más al profesor que los recibe... A veces los abandonan en el parking del Instituto. O supongo que también directamente en la puerta de las casas que alquilan.

Ahora yo recordaba algo mejor la conversación en broma entre aquellos dos profesores visitantes, que eran muy jóvenes.

—¿Pero no hay también un lugar detrás del Parque Comunitario, que es algo así como un limbo de autos abandonados que todavía funcionan? ¿Un lugar al que van a veces los estudiantes que no tienen auto para intentar ponerlos en marcha y pasear a sus novias?

Emily enrojeció un poco, como si yo le estuviera hablando de un lugar absolutamente indebido y pecaminoso.

—Puede ser que haya escuchado algo así. Pero debe saber que manejar un auto sin el M.O.T. es aquí un delito muy grave —me dijo como advertencia.

Me reí.

—No se preocupe, no me proponía hacer nada así —le dije, y pensé que lo que sí haría apenas volviera al Instituto sería escribirle a Seldom sobre esto.

No esperaba que Seldom me contestara ese mismo día, pero cuando revisé por última vez mi correo antes de irme tenía una breve respuesta suya en la bandeja de entrada. Él también pensaba que era un lugar que debía verificarse. Se preguntaba si Petersen no lo habría hecho ya y me decía que le había reenviado mi e-mail al inspector con una línea agregada por él para consultárselo.

El lunes de la semana siguiente, a mitad de la tarde, escuché por fin sus pasos y su voz en la escalera; iba conversando con un par de alumnos. Dejé pasar una media hora y subí a verlo. La puerta de su oficina estaba entornada y había algunos estudiantes más en el pasillo que esperaban su turno. Pero cuando se asomó y me descubrió rondando por allí me dijo de buen humor que lo esperara en el pub de Little Clarendon y que se tomaría una cerveza conmigo apenas terminara.

Fui hasta el pub que me había indicado. Nunca había entrado allí antes. Tenía una barra muy larga de madera lustrada con dos o tres televisores encendidos, aunque sin volumen. Me senté frente a uno que pasaba fragmentos de un torneo de tenis y me quedé ensimismado en las alternativas de un tie-break. Cuando Seldom apareció le pregunté protocolarmente qué tal le había ido en Cambridge.

—Mejor de lo que hubiéramos imaginado —me dijo, con una alegría en la que se mezclaba una nota de alivio—. Un antiguo alumno de Wiles, Richard Taylor, pudo completar por fin la ligadura que faltaba. Ahora sí podemos decir que el teorema quedó probado y que podrá por fin publicarse.

Me quedé por un momento pensativo.

—¿Cuántas personas diría usted que hay en el mundo que hubieran podido detectar esa laguna en la demostración original?

Seldom me miró con una sonrisa intrigada.

—Diez o quince, supongo: los que estábamos reunidos en el aula cuando él expuso por primera vez la demostración. Y yo debería excluirme porque ya no tendría la concentración suficiente para seguir todos los pasos. Quizá sólo el grupo de seis referees que pudieron leerla en detalle.

—¿Y no son a la vez las mismas seis personas que ahora darán fe de que la prueba es correcta?

—¿Qué quiere decir? —dijo Seldom, algo picado—. Son todos matemáticos extraordinarios. La prueba ahora *es* correcta. Ya no quedan dudas.

Traté de reformularlo de otro modo.

—Supongo que lo que quería decir es que la idea misma de demostración estuvo pensada, desde la antigüedad, de una manera, digamos, democrática, y no sólo para matemáticos extraordinarios: que cualquiera pudiera ser llevado de la mano, que cada uno de los pasitos lógicos fueran obvios, indiscutibles, que no se requiriera siquiera inteligencia humana para seguirlos, que incluso una computadora pudiera corroborarlos. Pero con la complejidad que alcanzó la matemática a lo largo de los siglos tenemos ahora algo así como una paradoja: en cada especialidad sólo cuatro o cinco personas entienden de qué se trata, y finalmente se dan fe unas a otras a través de los referatos.

—De la manera en que lo dice podría sonar como si fuera una verdad consagrada, una cuestión de sectas y cultos. No es así —dijo Seldom— y usted debería saberlo. La demostración quedará escrita y podrá ser desmenuzada en la misma cantidad de pasos lógicos que cualquier otra. Cualquiera en el futuro, con la suficiente paciencia, podría encontrar un error si lo tuviera. Usted mismo, si le dedicara un par de años, podría seguirla. Y en unas décadas serán muchos más de cinco o seis los que puedan entenderla. Lo

que nos parece difícil ahora, parecerá natural después. Sí es verdad que estamos a punto de sufrir pronto, en toda su extensión, otro problema: el dilema de Ulam. La multiplicación incesante de papers ya está superando toda nuestra capacidad de revisarlos uno a uno, pronto no habrá matemáticos suficientes para corroborar la cantidad de teoremas que pretenden ser publicados. Pero en cuanto a este resultado, puede quedarse tranquilo: lo revisamos bajo la lupa afirmación por afirmación, y con todos los ojos posibles. El último teorema de Fermat quedó demostrado, más allá de toda duda razonable. —Alzó un poco su jarra de cerveza, como si quisiera sumarme a un brindis—. Y tengo para usted otra noticia que le interesará escuchar: tuvo con el auto la intuición correcta. Petersen me llamó esta mañana; habían revisado el primer día ese lugar porque es justamente de donde a veces roban los autos los estudiantes para correr carreras en las afueras por las noches. Pero decidió ir él mismo otra vez, con una cuadrilla de la policía científica, y advirtieron que uno de los autos había sido limpiado. Digamos: lo sospechoso es que estaba *demasiado* limpio. No pudieron encontrar en el interior huellas ni en el volante ni en las manijas, pero sí detectaron con radiactivos trazas de piel humana en el paragolpes. El auto había pertenecido, en efecto, a un profesor visitante, que se fue de Oxford hace casi un mes. Y algo más: quien fuera que lo puso en marcha no tenía la llave de encendido, pero logró arrancarlo conectando los cables.

—Eso debería decirnos algo, ¿no es cierto? —dije—. Porque requiere una habilidad especial, me pregunto cuáles de los miembros que conocí de la Hermandad podrían hacer algo así, no imagino a Josephine Grey tratando de arrancar un auto.

—Hasta hace unos años estaría muy equivocado —dijo Seldom—: Josephine fue una de las primeras mujeres que corrió en automovilismo deportivo en Inglaterra. Ya verá cuando la visitemos sus copas y medallas. Y fue después coleccionista de autos. Pero yo también me pregunté quiénes sabrían encender de este modo el motor. Durante todo el trayecto desde Cambridge traté de hacer memoria. Por supuesto Raymond Martin, que estuvo asignado en la guerra a la división Blindados y tuvo que manejar toda clase de

vehículos. Y también Richard Ranelagh, que recibió entrenamiento en el MI5: seguramente le enseñaron esta clase de trucos. Thornton Reeves sin duda sabe cómo hacerlo.

—¿Por qué está tan seguro sobre Reeves? —dije.

Seldom se detuvo en la enumeración como si lo hubiera sorprendido en falta. Sonrió con incomodidad.

—Fuimos compañeros de estudio y lo hicimos juntos un par de veces cuando éramos jóvenes y su padre no quería darle la llave del auto.

—De modo que usted también sabría hacerlo —dije, divertido, pero su rostro se ensombreció.

—Yo no volví a manejar un auto nunca más desde mi accidente —dijo.

—¿Y los demás? —pregunté—. ¿Albert Raggio? ¿Laura? ¿Henry Haas?

—No estoy seguro sobre Albert y Laura, aunque sé que tienen auto: todos los veranos cruzan Europa en travesía. Henry Haas manejaba también en una época un pequeño Volkswagen, aunque creo que lo vendió hace tiempo.

—¿Y Leonard Hinch?

—Es verdad, también está Hinch. Supongo que sabría hacerlo mejor que nadie: su padre tenía un taller mecánico y en la adolescencia trabajaba con él durante los veranos. Recuerdo que se ofreció a rescatar lo que había quedado de mi auto después del accidente, para intentar volver a ponerlo en una pieza, pero preferí que lo convirtieran en chatarra.

—Es interesante —dije—: Hinch tenía mucha curiosidad por saber cuánto recordaba Kristen al despertar, y ahora usted me dice esto. ¿No le parece...?

Pero me detuve, porque Seldom me indicaba, con un gesto de sorpresa, las imágenes del televisor detrás de mí. Los dos nos quedamos en silencio, enmudecidos al mismo tiempo, en vilo: en la pantalla, entre las imágenes que surgían del informativo local, aparecía la entrevista que Anderson le había hecho a Hinch y a continuación una foto destacada del editor en que se lo veía joven, delgado, con casi todo el pelo, y una leyenda debajo: lo habían encontrado en su oficina, muerto.

Le pedimos al barman que subiera el volumen. Aparentemente la muerte se debía a una complicación de su diabetes y la nota se enfocaba más bien en resaltar su trayectoria, con una serie de imágenes de los libros que había

publicado y fotos con escritores de renombre en Gran Bretaña, como si fuera la necrológica de rutina de un personaje de la cultura local.

Pero aun así Seldom quiso que saliéramos de inmediato para llamar al inspector Petersen.

Diecisiete

—Preferí que vinieran hasta aquí porque hay algo que quiero mostrarles — dijo Petersen.

Estábamos en su oficina del Departamento de Policía. Nada había cambiado allí desde el año anterior. Las mismas sillas severas de respaldo alto, los archivos pesados de metal, el portarretratos de plata en su escritorio con la foto de su hija detenida en la niñez. La luz del sol cedía lentamente y pensé que si miraba por la ventana vería deslizarse la misma regata eterna por el río dorado. Tampoco el inspector, ahora que volvía a mirarlo en su hábitat con algún detenimiento, había cambiado en nada, salvo quizá por el trabajo lento de las canas. Sólo advertí un detalle diferente: cuando nos ofreció café, pidió para él un té, y nos dijo con resignación que su médico le iba tachando de a poco de su vida las cosas que más le gustaban.

—El cuerpo lo encontró la señora que iba a limpiar por las mañanas — nos dijo—. La secretaria de Hinch está de vacaciones, pero esta mujer también tenía llaves de la oficina. Lo encontró junto a su escritorio, derrumbado en el suelo, como si hubiera intentado levantarse sin conseguir llegar a la puerta. Hinch no tiene esposa, ni familiares cercanos, y por suerte esta señora nos llamó de inmediato, sin tocar nada alrededor. Al forense le llamó la atención, al dar vuelta el cuerpo, las facciones desencajadas y rígidas, con la boca muy abierta, y la camisa húmeda, como si hubiera transpirado mucho antes de morir. Ya tiene su conclusión por estos signos clínicos inconfundibles, aunque está haciendo ahora unos últimos análisis de sangre. Lo envenenaron, aparentemente, con una caja de bombones que estaba sobre el escritorio. La sustancia que usaron es la aconitina, una vieja conocida nuestra: la *capucha del diablo*. Es una sustancia muy venenosa, aun en concentraciones mínimas: apenas tres miligramos pueden ser mortales. Un solo bombón lo hubiera matado, pero la aconitina provoca además un

descenso súbito del nivel de azúcar en la sangre. Sabemos que Hinch era diabético y, por lo que nos contó esta señora, recurría a estos bombones cada vez que tenía la glucosa baja. La caja estaba recién empezada, con cuatro o cinco papelitos de envoltorio en el cesto: el forense conjetura que el primer bombón envenenado le hizo bajar el nivel de azúcar y que tal vez comió tres o cuatro más antes de empezar a sentir los síntomas más agudos del envenenamiento. Quien envió esa caja de bombones debía conocerlo bien y odiarlo mucho. Al parecer, es una muerte bastante horrible: una sudoración incontenible que empapa la ropa, calambres masivos, vómitos, una sensación de quemadura en la lengua y en el tórax. Y además de todo, de acuerdo con lo que dice el forense, la persona envenenada siente que los ojos salen de sus órbitas y que la cabeza se agranda más y más, como si fuera a estallar. Por suerte Hinch no llegó a convidarle a nadie más de esa caja.

—Eso no hubiera ocurrido —dijo Seldom y le contó a Petersen de la *dolce avarizia* de Hinch.

—Ya veo —dijo Petersen—: sí, alguien que lo conocía muy bien y sólo quería matarlo a él. Encontramos esta tarjeta sobre el escritorio junto con el moño de la caja. —Y nos extendió una tarjeta impresa. Sólo decía, con letra magistral inglesa, «Hermandad Lewis Carroll», y en el pie tenía, en pequeño, una ilustración del conejo de Alicia, vestido con un saco a cuadros y dando una mirada a su reloj de bolsillo.

Seldom la examinó por un momento y sacó de su billetera una tarjeta para compararla.

—Todos en la Hermandad tenemos tarjetas con nuestro nombre y ese dibujo de Tenniel —encimó los rectángulos y le mostró los bordes a Petersen—. Quien envió esa tarjeta sólo tuvo que recortar la franja superior con su nombre, para que pareciera un regalo que le enviaba la Hermandad en conjunto. Seguramente Hinch creyó que era un gesto por las fricciones que tuvimos con él por el contrato de los diarios y abrió la caja sin sospechas. ¿Quién recibió la caja? ¿Pudo hablar con la secretaria?

—Sí, la llamamos a Bristol. Parecía absolutamente consternada. Está segura de que ella no vio ni tocó esa caja. Pero nos dijo que gran parte de la correspondencia y los paquetes que llegaban a la editorial se dejaban simplemente en el buzón de la puerta de entrada. Hinch se había ocupado de

instalar un buzón de un tamaño lo bastante grande como para recibir manuscritos muy gruesos. Supongo que quería evitar en lo posible tratar cara a cara con todos los que acudían con su libro en ciernes.

—De modo que cualquiera, con sólo pasar por la puerta de la editorial, pudo haber dejado la caja —murmuró Seldom casi para sí.

—Sí —dijo Petersen—, no creo que por ahí podamos avanzar demasiado. Pero hay algo más que quisiera mostrarles. Al revisar la caja de bombones levantamos la plancha de plástico calado y debajo, en el fondo, encontramos... esto.

Alargó hacia nosotros sobre el escritorio una foto todavía más alarmante que la anterior. Era la imagen de una niña de no más de siete años, también por completo desnuda, recostada sobre el pasto con las dos manos detrás de la cabeza y las piernas algo plegadas. Pero esta vez el triángulo blanco del pubis quedaba enteramente expuesto. Parecía una foto tomada en la soledad de un bosque, aunque me di cuenta de que la silueta estaba también implantada en la pintura. La posición era muy estudiada, los brazos habían sido subidos para dejar a la vista el pecho y la axila, y la cabellera había sido apartada a un lado, fijada detrás de la cabeza por las pequeñas manos. Una de las piernas se había replegado detrás de la otra para que el triángulo del pubis se adelantara y sobresaliera.

Petersen le preguntó a Seldom, con un carraspeo incómodo, si esa foto le decía algo más. También él, creo, estaba un poco asombrado al ver aparecer con tanta crudeza este aspecto de Carroll.

Seldom hizo un intento de pensar en voz alta. Las dos fotos, los dos ataques, aparentemente, se proponían provocar este efecto: sacar a la luz, de la manera más resonante posible, con los focos máximos del asesinato, esta inclinación de Carroll, quizá como una advertencia para impedir la publicación de los diarios.

—La Hermandad siempre tuvo una actitud más bien cauta y benévola sobre esto, pero por lo que parece alguien, quizá un cruzado contra la pedofilia, piensa muy diferente y quiere poner blanco sobre negro con estos ataques su rechazo a la figura de Carroll.

—Sí, parece razonable —dijo Petersen.

—Y sin embargo, yo no puedo creerlo del todo —dijo Seldom—. Me parece conocer bien a cada uno de los integrantes de la Hermandad y no puedo imaginar de ninguno de ellos que piense de esta manera tan burda y primitiva sobre Carroll. Y mucho menos que pudieran intentar estos crímenes. A menos que hubiera entre nosotros algo así como un topo: alguien que hubiera fingido todo el tiempo, en cada una de nuestras reuniones, y aun en sus propios libros sobre Carroll.

—Quizá haya alguna otra explicación que surja durante la investigación... antes de que haya otra muerte, espero. En lo inmediato, por nuestros protocolos —dijo Petersen—, debo pedirles máximo secreto sobre las fotos. Ni siquiera difundiremos por ahora la noticia de que Hinch fue en realidad asesinado. Por un lado, no queremos que el detalle de las fotos pueda filtrarse a la prensa y a continuación cualquiera pueda deshacerse de su enemigo favorito con sólo dejar una foto de Carroll sobre el cadáver. Pero hay algo más en este caso sobre lo que quiero advertirles. Tuve un encuentro con Sir Richard Ranelagh para que me contara sobre la Hermandad con más detalles y me enteré de que el Príncipe es el presidente honorario. Se imaginarán que esto me sobresaltó bastante.

—Es una nominación sólo simbólica —dijo Seldom—: jamás estuvo en ninguna de nuestras reuniones, fue una adscripción que consiguió Richard a través de sus contactos para que pudiéramos impresionar a nuestros corresponsales en el exterior e intercambiar materiales con universidades y círculos de estudios carrollianos alrededor del mundo.

—Sí, eso me dijo también él, pero aun así esto me fuerza a ser todavía más cauteloso, y deberé informar al MI5. No creo que le haga gracia a Su Alteza quedar envuelto en un escándalo de crímenes y fotos pedófilas. Les pido por favor que no tengan contacto con ningún periodista. Sé que uno de ellos, Anderson, estaba husmeando ayer por la morgue.

Petersen pareció dar por terminada la conversación y se puso de pie para acompañarnos hacia la puerta. Cuando ya estaba por abrirnos, Seldom se dio vuelta de pronto.

—¿Y qué piensa *usted* sobre los dos casos?

Petersen sonrió un poco, como si no esperara una pregunta tan directa.

—Por ahora no tengo una hipótesis, pero me llama un poco la atención que en el primer caso se haya usado un auto, que nos hace pensar más bien en un hombre, y que ahora haya sido un veneno. Todavía, estadísticamente, por abrumadora mayoría, los venenos los prefieren las mujeres.

—¿Dos personas diferentes? —dije yo.

—O un matrimonio —dijo Petersen.

—O cualquiera que sepa sobre estas estadísticas por un par de novelas policiales —dijo Seldom con cierto escepticismo—. Creo que en alguna de sus novelas ya Nicholas Blake se burlaba de esto con un loro que repetía «el veneno es un arma de mujer, el veneno es un arma de mujer».

—Sí —reconoció el inspector—, quizá sea una única persona que intentó dos modos tan diferentes para despistarnos. En fin, esta tarde vamos a revisar con cuidado el escritorio y todos los papeles de Hinch. Tendremos que forzar un par de cajones, quizá encontremos algo más allí.

Dieciocho

—¿Usted cree que Petersen sospecha de Albert Raggio y su esposa? —le pregunté a Seldom apenas bajamos la escalera.

—No, no creo que lo haya dicho de un modo tan literal —dijo Seldom—. Ni que se refiriera estrictamente a un matrimonio, sino quizá también, por ejemplo, a una pareja de amantes concertada —y dijo con una mueca irónica, impostando un poco la voz—: Querido, ya lo intentaste con fuerza bruta a tu manera, ahora prefiero que lo hagamos a mi modo.

—Pero en ese caso —dije— quedaría borroneado el motivo: ¿por qué una pareja de amantes se concertaría para denunciar este costado de Carroll? En cambio, creo que sí puedo imaginar muy bien a un matrimonio, con una hija pequeña, a quien un pedófilo se le haya acercado, quizá con los libros de Alicia o con algún otro truco de Carroll. Un pedófilo que la hubiera atacado y le hubiera dejado tal vez un trauma grave...

Seldom se detuvo y me miró con fijeza.

—¿Estuvo hablando acaso con Laura Raggio?

—No —dije sorprendido—, estaba pensando en un relato que leí en la adolescencia: *Si muriera antes de despertar*. Pero ¿por qué me lo pregunta?

—Albert y Laura tuvieron una hija hace muchos años. Se llamaba Albertina, y era una chica, por lo que sé, muy inteligente y a la vez divertida, encantadora, tan hermosa como la madre. Vi alguna vez una foto de ella. Era, también, una de las mejores alumnas en su colegio. A eso de los diez años se volvió devota de los libros de Carroll. Y un día, el día anterior a su cumpleaños de doce, misteriosamente se suicidó.

—¿Se suicidó? —repetí con estupor.

Seldom asintió con gravedad.

—Se tiró al río desde un puente. Ésa fue la razón principal, creí siempre, por la que ellos dos se acercaron a la Hermandad. Cuando recién los conocí me mostraron varias veces los libros de Carroll que había anotado la hija, los dibujos que hacía en los márgenes, y no dejaban de mencionarla cada vez que podían. Durante un buen tiempo creí que la hija vivía, porque siempre hablaban de ella en presente, hasta que Richard y Raymond me contaron la historia. Pero nunca supe los motivos del suicidio. Igualmente, no creo que Petersen pensara en ellos, aunque quizá él sí sepa más sobre esta historia, creo que le tocó investigarla en aquel tiempo. Pero a mí en realidad me intrigó otro de sus comentarios. ¿Tiene un momento para que entremos en Waterstones? Hay un libro de las lecturas del colegio secundario que me gustaría consultar.

Estábamos ya muy cerca de la librería y lo seguí por uno de los pasillos laterales que conducía a la sección de clásicos por orden alfabético. Seldom se inclinó a buscar en la W y extrajo con un pequeño gesto de triunfo un librito delgado: *El crimen de lord Arthur Savile*, de Oscar Wilde.

—Sabía que lo encontraría aquí: quizá incluso todavía lo den en los colegios como lectura obligatoria —dijo. Empezó a revisarlo de la mitad hacia delante, pasando muy rápidamente las páginas, como si buscara una única palabra que podría reconocer de inmediato, casi como si olfateara un rastro, hasta que pareció encontrar lo que buscaba. Leyó primero para sí pero pareció un poco desanimado.

—Aquí está, y sin embargo no está. A veces las frases desaparecen de los libros. Recordaba que Lord Arthur Savile se proponía usar la aconitina para su crimen, recordaba que había una descripción de los efectos, y sin embargo no lo dice del todo aquí...

Le pedí el libro, que había quedado abierto en su mano, y leí para mí: «Lord Arthur se quedó muy desconcertado ante los términos técnicos empleados en los dos libros y empezaba a recriminarse por no haber prestado más atención a sus estudios en Oxford, cuando en el tomo segundo de Erskine encontró una explicación acertadísima y muy completa de las propiedades del acónito, redactada en un inglés prístino. Le pareció aquél el veneno que le convenía por todos los conceptos; era muy activo, por no decir casi instantáneo; y, tomado en forma de cápsula de gelatina, era insípido al paladar».

—No sé muy bien qué está buscando —dije—, ¿pero no habrá consultado en ese tiempo estos tomos que se mencionan de Erskine?

Seldom volvió a tomar el libro, sorprendido, y releyó completo el párrafo.

—Claro que sí. Debe ser eso: en ese tiempo estaba interesadísimo por esta clase de cosas.

Preguntamos a una de las empleadas por la *Toxicología* de Erskine. Ya estaba fuera de impresión desde hacía mucho tiempo, nos dijo, pero nos guio a la sección de Ciencias Naturales y nos bajó de uno de los estantes un libro de tamaño imponente de historia de los venenos. Buscamos en el índice de nombres, entre los primeros, la aconitina, y Seldom siguió febrilmente la página de la descripción, como si estuviera otra vez sobre el rastro correcto.

—Aquí está —dijo y leyó en voz alta—: «El intoxicado tiene la sensación de que su cabeza aumenta de tamaño de forma desmesurada, una sensación que pronto se propaga al resto de su cuerpo y extremidades». Es lo que también nos dijo Petersen. La sensación de que el cuerpo se agiganta. ¿A qué le recuerda? ¿No se parece acaso a la escena de Alicia cuando come demasiado del bizcocho y crece cada vez más?

—Es verdad —dije.

—¿Y recuerda la frase que nos dijo Kristen, que se sintió volar en el aire como un cohete espacial? No lo tenía del todo presente en ese momento, pero es lo que dice la pequeña lagartija Bill cuando baja por la chimenea y Alicia la hace volar de una patada hacia fuera otra vez.

—¿Quiere decir que quizá sea esta la serie? ¿Muertes basadas en escenas del libro de Alicia? ¿Crímenes arrancados del País de las Maravillas? ¿No deberíamos volver ya mismo y decirle algo de esto al inspector?

Seldom vaciló y cerró lentamente el libro.

—Soy, después de todo, matemático. Comprenderá que no me siento muy cómodo con una inducción en dos casos.

Lo miré, sin poder creerlo del todo, y supongo que vio algo de esta reprobación en mi cara.

—¿Preferiría esperar a un próximo crimen para confirmarlo?

—No —dijo, algo molesto—. Preferiría encontrarle algún sentido a lo que sabemos hasta ahora. Poder imaginar qué es lo que mueve a quien está detrás de esto. ¿El propósito de mantener oculto algo o de revelarlo? Ni siquiera esto sabemos. ¿Es realmente una campaña para denunciar la pedofilia de Carroll? Tampoco creo esto del todo. ¿No parece un poco fuera de tiempo, más de cien años después? ¿No hubiera bastado un pacífico artículo en los diarios? Me preocupa también la estrategia de Petersen. Parece por un lado razonable ocultar que Hinch fue envenenado y la aparición de las fotos. ¿Pero no es a la vez como un desafío que podría llevar a quien fuera que esté detrás de esto a planear un tercer ataque todavía más drástico e inocultable? No sé, quizá debiéramos volver al origen: al papel de Kristen. ¿Pudo usted volver a hablar con ella de esto?

Tuve que contestarle que ni siquiera había vuelto a verla. Seldom se quedó pensativo.

—Pero creo que sí debería ir ahora —dijo— y llevarle una copia de la foto que acabamos de ver y contarle cómo murió Hinch. Ella, más que nadie, tiene derecho a saberlo. A saberlo todo.

—¿Cree que esto puede decidirla a mostrarnos el papel?

—No sé, pero le pediría que haga lo posible y lo imposible por convencerla: ahora, ya ve, es una cuestión de vida o muerte.

Diecinueve

Todavía la tarde no se había extinguido y había en el aire una cualidad tibia y diáfana, suspendida prodigiosamente en el cielo despejado. Decidí dar una caminata por el Parque Universitario antes de volver a mi cuarto en el college. Habían quitado las redes en las canchas de césped y pasé con algo de melancolía por sobre las líneas blancas de cal. Vi más atrás alguna gente sentada en las esquinas de un campo de críquet, a la espera del turno de un bateador. Caminé todavía un poco más por un sendero que parecía a medias abandonado y llegué, imprevistamente, a un recodo donde aparecía el río, entre pastos agrestes y crecidos. Seguí el borde salpicado de juncos, contemplando el paso pacífico e imperturbable de unos patos con plumas marrones y verdes metalizadas, y escuché de pronto un tumulto, gritos ahogados, y un insulto inconfundible en castellano. En un claro que se abría junto al río vi a un hombre corpulento que golpeaba a otro mucho más pequeño. El hombrecito había caído de rodillas y suplicaba en inglés, cubriéndose como podía la cara de los golpes y las patadas. Una niña de no más de diez años trataba de arrancar al hombretón de su frenesí y le gritaba también en español «Papá, no, papá, por favor», sin lograr que el hombre dejara de golpearlo. Supuse, por el acento de la niña, que serían turistas de alguna región de España. Me acerqué con cautela un poco más y vi con sorpresa que el hombrecito ensangrentado de rodillas era Henry Haas. Di un paso más hasta quedar junto al hombre y le grité en castellano para que se detuviera. Me miró, algo desconcertado, todavía enceguecido de odio, pero interrumpió por un momento los golpes.

—¿Quiere usted matarlo acaso? —le dije—. Mire cómo está sangrando.

Me agaché junto a Haas y traté de frenar la hemorragia de la nariz. Uno de sus ojos estaba cerrado y tumefacto y la nariz parecía quebrada. Sangraba también por la boca y había una impresionante mancha roja en su camisa

blanca. Traté de ayudarlo a incorporarse pero las rodillas le temblaban tanto que no podía ponerse de pie. Me susurró en inglés que por favor no me fuera.

—No me importaría nada matarlo —dijo el hombre—. Cuanto menos haya de estos en el mundo, mucho mejor.

La niña a su lado lloraba, angustiada.

—Pero, papi, te juro que no me hacía nada: sólo quería regalarme un osito y hacer mi retrato.

El hombre se miró los nudillos, que estaban raspados y también con algo de sangre. Parecía volver poco a poco en sí y se agachó junto a su hija para abrazarla. Señaló a Haas y después un bolsito tirado en el pasto por donde asomaba la cabeza marrón de un teddy bear.

—Me fui un momento hasta el baño, la dejé aquí dándole de comer a los patos y cuando vuelvo me encuentro a este hijueputa que sacaba un osito de su bolso para darle.

—No le hice nada; no quería hacerle nada —me repetía Haas lastimeramente, tratando de contener la sangre con los bordes de la camisa.

Vi con alivio que el hombre tomaba a la hija de la mano para irse. Saqué mi pañuelo y se lo di a Haas, pero no parecía haber modo de frenar la hemorragia.

—Tengo una enfermedad en la sangre —me dijo—, es parecida a una hemofilia. Necesito llegar a mi casa para tomar un anticoagulante, ayúdeme, por favor.

—¿No deberíamos ir al hospital? —dije alarmado.

—No, por favor, al hospital no. Vivo muy cerca y hay un atajo desde aquí por atrás del parque. No nos llevará más de cinco minutos.

Se incorporó de a poco y pisó con dolorosa cautela. Había recibido también una patada en el tobillo y apenas podía caminar. Se apoyó en mí y lo fui arrastrando como pude. Pero lo que más me preocupaba era la sangre, que ya había empapado enteramente mi pañuelo y que empezaba a gotearme por el hombro. Sentía también que las fuerzas de Haas parecían desfallecer y temí que pudiera desmayarse. Era ahora casi un peso muerto que debía cargar. Por suerte era muy liviano, con la estructura de huesos de un niño. Cruzamos desde uno de los extremos del parque hacia una pequeña calle curva y me señaló una escalera que descendía hacia dos puertas rojas. Lo escuché revolver en un

bolsillo en busca de sus llaves y me las extendió. Cuando abrí la puerta trató en un esfuerzo de adelantarse para interceptarme el paso, como si tuviera una súbita vergüenza o no quisiera que me asomara al interior. Me agradeció, me dijo que tenía la medicación en el baño y que ya se las arreglaría solo. Pero apenas lo solté y trató de dar el primer paso se derrumbó junto a la puerta. Le palmeé con desesperación la cara y le pregunté dónde estaba la medicación. Me señaló con un gesto débil en dirección a un pasillo. Pasé sobre sus piernas, lo arrastré por debajo de los brazos al interior de la casa, lo dejé con la cabeza hacia arriba contra la pared y me interné en un pasillo oscuro. Abrí una primera puerta y escuché detrás, como un bramido furioso que hubiera dado en un último estertor.

—¡No, ésa no!

Pero yo ya había visto adentro, en el cono de claridad que extendía la puerta, la pared acribillada de pequeños retratos, una colección apabullante de miniaturas que ocupaban todas las paredes.

Cerré la puerta, aturdido, sin estar muy seguro de lo que había visto, y abrí la siguiente. Busqué en el botiquín hasta dar con las cápsulas anticoagulantes, quité el cepillo de dientes de un vaso y lo llené con agua. Volví hacia Haas con las cápsulas y busqué en la cocina servilletas para contener la sangre. Haas tomó dos a la vez y pareció revivir un poco con los primeros sorbos de agua.

—Las vio, ¿no es cierto? —me dijo, con los ojos todavía girados hacia el techo y mientras empapaba de sangre las servilletas una tras otra.

—No —dije, atemorizado—. No alcancé a ver nada.

—Sí —dijo Haas lentamente—. Sí las vio, aunque quizá no alcanzó a darles más que un vistazo. Quizá se llevó la impresión incorrecta. Quisiera que vaya otra vez. Por favor. Encienda la luz y mírelas. Después de todo, acaba de salvarme la vida, y yo creo que usted podría entenderlo. Usted es joven, y compasivo: me parece una buena persona. Mírelas. Pero mírelas *bien*. Y cuando vuelva me dirá qué vio.

Volví al pasillo, todavía dudando, abrí la puerta del cuarto y encendí la luz. Ví una habitación desnuda, como la sala de una galería, con las cuatro paredes cubiertas de cuadros pequeños casi superpuestos uno con otro. Eran todos retratos de niñas, hechos a lápiz, pero con una increíble precisión que

daba un realismo inquietante a las caras, como si fueran criaturas vivas encerradas allí adentro que despertaban todas a la vez con el golpe de luz. Fui de una hacia otra de las caras. Tendrían entre seis y diez u once años. En su inmensa mayoría parecían mirar de frente, como si estuvieran suspendidas en un raptó de emoción, con ojos límpidos e intensos. Apenas estaban esbozados algunos detalles del pelo y el contorno de las caras, aunque una maestría indudable hacía emerger los rasgos infantiles y la cualidad radiante, instantánea, de las expresiones. Mírelas bien, había dicho Haas. Y al quedarme detenido me pareció que sí, que casi podría identificar algo recurrente pero todavía huidizo en todas las caras. Parecían en vilo, atrapadas en algo así como un transporte, a punto de aceptar o recibir algo importante, en una emoción intensa que las elevaba a otro estado. Como si tuvieran una decisión íntima tomada y algo de esa decisión ya fluyera, irreprimible, a través de la mirada. Pensé que se parecía a la mirada que había visto en algunas chicas durante la adolescencia, en el momento inminente, de expectación feliz y recogida en que han decidido dejarse besar. ¿Sería aquello, entonces? Seguí recorriendo los cuadritos, tratando de descifrar las expresiones con esta clave tosca. Me pareció que estaba en las inmediaciones de la verdad, a punto de poder adivinarlo, pero que aun así me faltaba un paso. Todas aquellas caras parecían decir lo mismo, una y otra vez, en distintas épocas y sin duda a lo largo de muchos años. ¿Pero qué era exactamente? Me pregunté cuántos años tendría ahora Haas y desde hacía cuánto tiempo habría empezado su colección. No podía estar seguro tampoco de cuál era el orden, si había alguno, en las paredes. Cuál sería el primero de los retratos y cuál el último. Miré dos o tres más de esas caritas que parecían irradiar cada una su pequeño secreto y volví por el pasillo. Haas había logrado incorporarse por sí mismo y estaba ahora sentado en una silla en la cocina, tomando de un vaso de agua a sorbos lentos y continuos.

—Ahora sí las vio —dijo con un dejo de orgullo, como si fuera un artista íntimamente seguro de su valía, que hubiera estado largo tiempo oculto y pudiera por fin presentarse en público. Parecía casi feliz de que alguien hubiera descubierto por fin su guarida—. Usted es la primera persona que las ve. Y si miró con cuidado, habrá visto la *verdad*. No sé qué le dijo ese energúmeno que me atacó en el parque, pero nunca las toqué. A ninguna.

Jamás. Nunca las tocaría. Sólo quiero lo que usted vio ahí adentro. Ese momento, esa mirada. Pero para que me entienda del todo, debería saber que hay otro cuarto, con casi tantos retratos como éste. Un cuarto que yo llamo el cuarto del Desprecio, de la Burla y la Piedad. No pude en la adolescencia crecer más que a esta altura, mientras a mi alrededor todos los chicos y chicas se estiraban como si comieran a manos llenas del bizcocho de Alicia. Intenté, aun así, lo que hacían mis compañeros de colegio y traté de acercarme a una chica y a otra y esto era lo que recibía siempre. En sus miradas, en sus risitas, en sus respuestas: desprecio, burla, piedad. Cada vez que recibía una mirada así era como una quemadura. Las retenía en mí, no lograba que cauterizaran. Fue en esa época cuando empecé a hacer los retratos con cada uno de estos rechazos que llevaba impresos como el negativo de una fotografía. Descubrí a solas este pequeño don que tengo: la posibilidad de hacer emerger, de la cubeta de mi memoria, no sólo los rasgos, no sólo el gesto, sino el sentimiento en sí, todavía quemante, vivo. Ni siquiera sé por qué lo hacía, porque al terminar cada retrato me volvía a lastimar. Hasta que un día, un día milagroso, un día que debería marcar con todas las piedras blancas del Imperio romano, una niña se acercó a mí mientras hacía uno de esos bocetos. Fue muy cerca de donde me encontró usted hoy. Cuando me vio terminarlo, me dijo que le parecía un dibujo muy triste. Le contesté, sin pensarlo, que era una novia que me había dejado, y aquello pareció conmoverla. Quiso que le hiciera un retrato a ella. Hablamos y le hice algunas bromas mientras la dibujaba, y también algunos de los juegos de palabras que aparecen en los libros de Carroll. Se rio y también ella trató de contarme los chistes y juegos que sabía. Le hice más bromas y la escuchaba reír, pero a la vez, y me daba cuenta porque la estaba retratando, algo en ella parecía transmutarse hacia un convencimiento íntimo, una determinación. Me dijo de pronto que ya no debía estar triste porque ella me iba a querer. Me prometió que me iba a querer más que mis novias, y entonces se puso seria. Y vi aflorar... por primera vez... eso que capturo y guardo para mí en cada uno de los retratos. Eso que asoma por los ojos de las niñas a esa edad y los abrillanta casi como si fuera un fluido, el calostro inicial del amor, la sustancia pura, todavía no contaminada por el temor, las defensas o el cálculo. El elemento primordial, que brota con facilidad en cualquier niña, cuando uno aprende cómo pulsar las dos o tres

notas necesarias. Lo único que colecciono son esas miradas. No quiero nada más para mí. Nunca jamás las he tocado. Aunque sé que podría haberlo hecho. Y que en muchos casos, créalo usted o no, ellas mismas lo intentaron, o lo propiciaron. Pero nunca me sentí atraído en ningún sentido *físico*. Soy aún más inocente en esto que Carroll. Sólo tomé esas pequeñas dosis de amor que me sostuvieron con vida a lo largo de estos años. Si no fuera por estas niñas, por esta mínima misericordia que me dio la vida, muchas veces me hubiera suicidado. Y ahora que lo sabe todo sobre mí —dijo bruscamente—, váyase, por favor: ya se curará solo el monstruo en su madriguera.

Veinte

A la mañana siguiente, cuando pasé por el Instituto de Matemática, encontré una carta en mi casillero con la inicial de mi nombre y mi apellido en letra manuscrita. Era una postal de Guildford, de la madre de Kristen, escrita por detrás con una letra pequeña y apretada, y con una hoja agregada, algo más legible.

Querido G (y discúlpeme por usar sólo su inicial, pero estoy segura de que escribiría mal su primer nombre): han pasado ya varios días desde que volví a mi casa, a mi jardín, a mi huerta. A mis pequeñas luchas privadas con las malezas y los ratones. Como le conté en Oxford, no tengo en mi casa ni siquiera un televisor y sólo escucho música en una radio casi tan vieja como yo, de manera que no estoy muy al tanto de las novedades. Me atrevo a molestarlo porque no recibí en todo este tiempo ninguna noticia de Kristen, a pesar de que le escribí varias veces para saber cómo estaba. Tampoco tuve ninguna llamada de la policía: no sé si pudieron avanzar algo para dar con el criminal que atropelló a mi hija. Pensé que quizá usted pudiera haberse enterado de algo más sobre esto pero, sobre todo, quisiera quedarme tranquila de saber que Kristen está bien y adaptándose en lo posible a su nueva situación. Le agradecería enormemente si pudiera visitarla y darme alguna tranquilidad sobre esto. Recuerdo siempre su amabilidad y la del profesor Seldom en esos días tan difíciles que pasé junto a ella. Si viene alguna vez por Guildford estaré encantadísima de recibirlo en mi casa y prepararle un té a la inglesa. Kristen al menos tiene que admitir esto de su madre: que hace los mejores *scones* del condado. Acabo de enviarle una buena cantidad en la última encomienda, ¡ojalá lo invite para probarlos!

Había pensado en dejar la visita a Kristen para el fin de semana pero la carta de su madre me decidió a ir hasta su dirección en Headington esa misma tarde. Subí las colinas bajo un sol impiadoso, tratando de buscar el refugio efímero de las sombras desiguales de los árboles. Al llegar a lo alto de la cuesta di con la calle que llevaba anotada y busqué el número cruzando de uno al otro lado, tratando de darle algún sentido a la endemoniada numeración

inglesa. Encontré por fin la casita, subdividida en departamentos: tenía una verja de madera blanca desde la que se veía un camino de grava que conducía a un jardín trasero. Había varios timbres con nombres e iniciales y en uno de ellos, que parecía escrito en tinta más reciente, vi, con una punzada de celos, las letras K. y R. Toqué el timbre una vez, y después de una larga espera volví a intentarlo. Detecté en el silencio de la tarde cuál era el departamento donde sonaba y me pareció que me espían detrás de las cortinas de una de las ventanas. Imaginé que debía ser la hermana Rosaura, y que podría fácilmente mentirle a Kristen diciendo que yo era un vendedor ambulante. O que tal vez estuvieran deliberando juntas si abrirme o no. Toqué por tercera vez, con algo más de insistencia. Finalmente, se abrió la puerta del pequeño departamento y vi a la hermana Rosaura bajar la escalerita acomodándose el pelo mientras me hacía señas para que traspusiera la verja.

—Oh, imaginaba que sería usted, aunque no lo veía bien desde arriba sin mis anteojos. Supongo que querrá ver a Kristen: la puede encontrar leyendo en el jardín. Siga hasta el final del camino: ella prefiere quedarse en la galería mientras yo trato de dormir mi siesta. Trabajo de noche en el hospital y sólo puedo dormir a esta hora —me dijo, con algo de reproche.

Me disculpé como pude y continué el camino hacia la parte de atrás de la casa, que se abría a un jardín imprevistamente grande y extendido en una gradación de lo silvestre, con algunos árboles bajos hacia el fondo y parterres brillantes de flores junto a la galería. Encontré a Kristen en su silla, que había arrimado a una mesita de vidrio. Estaba inclinada sobre una hoja, tomando apuntes de un libro, y tuvo un pequeño sobresalto que no logró disimular cuando me vio aparecer a su lado. Me pareció que era un destello de alegría asfixiado de inmediato por algo de alarma o preocupación, como si sospechara que no había ido hasta allí sólo para verla a ella y temiera un segundo propósito. Se las arregló de todos modos para alzar hacia mí una sonrisa expectante y aun así cálida mientras decía mi nombre con algo de sorpresa demorada y me tendía la mano, pero yo preferí darle un beso en la mejilla a la manera argentina. Vi fugazmente, al inclinarme sobre ella, una cadenita dorada en su cuello que se continuaba por un botón desprendido en alguna clase de dije hacia dentro de su blusa. Cuando me separé noté que había enrojecido un poco y que se llevaba instintivamente la mano al pelo,

para arreglárselo con nerviosismo. Había olvidado en esos días el influjo poderoso y subyugante que tenía su rostro en mí. Estaba ahora dorada por el sol y sus ojos intensos y azules, agrandados detrás de sus lentes, se demoraban en los míos y parecían complacerse en retener mi mirada. Su sonrisa se acentuó mientras me invitaba a sentarme a su lado, en uno de los sillones de hierro de la galería.

—Qué sorpresa tan... imprevista —dijo, con algo de ironía—. ¿Estabas paseando por las colinas?

—Te envié dos o tres e-mails la semana pasada para saber cómo estabas. Pero nunca tuve respuesta.

—Perdón —dijo—, y gracias por preocuparte: debo tener una cantidad de e-mails acumulados, desde que salí del hospital no volví al Instituto. Supongo que me perdí todas las novedades. Estoy tratando de avanzar lo más rápido posible con esto —me dijo, y señaló con algo de orgullo una pila de hojas junto a los libros.

—Algo así me imaginaba —dije—, por eso me decidí a venir en persona.

—Bueno, ya me ves, estoy tratando de tomar algo de sol y creo que a salvo de todo peligro. Lo más grave que me pasó es que me rompí algunas uñas intentando aquí un poco de jardinería. —Y extendió hacia mí sus manos para mostrarme.

Tomé una, como si fuera a mirarla más de cerca y vi, en efecto, un par de uñas quebradas. Cuando quiso retirar la mano traté de retenerla y nuestras miradas se encontraron por un instante, todavía unidos por la punta de los dedos.

—No —me dijo—, por favor no hagas eso.

—¿Que no haga... qué? —le dije, sin decidirme a dejar ir sus dedos.

—Tocarme así, mirarme así. No puedo permitírmelo —dijo, casi como un gemido ahogado, y puso otra vez las manos sobre la mesa, a distancia de mí—. No puedo ni siquiera pensarlo, porque me entristece demasiado. Ahora es como si viviera en otro mundo. Incluso lo que ven mis ojos: como si me hubieran descendido a la altura de la infancia. Creo que por eso redescubrí el jardín. Tuve durante muchos años una aversión total a toda la idea de la jardinería inglesa. Supongo también porque mi madre amaba su jardín y pasaba gran parte de su tiempo ahí. Pero ahora yo también estoy, me siento,

casi a ras de la tierra. Todo cambió dentro de mí. Como si me hubieran separado del mundo anterior y no pudiera saber todavía qué emergerá. Si es que alguna vez vuelve a emerger algo —dijo con tristeza, casi en un susurro—. Lo único que pude seguir haciendo es esto —y señaló la pila de hojas—. Sé que puede parecer una clase de locura, pero creo que es lo único que me separa de la locura verdadera.

Recorrí con el pulgar la altura de la pila de páginas.

—¿Y probaste realmente lo que querías?

—Fuera de toda duda —dijo, con el leve envanecimiento que había visto tantas veces en ojos de matemáticos—. Me faltan quizá algunos detalles, pero aun, digamos, si hoy mismo me partiera un rayo, cualquiera podría llenarlos. Lo esencial está hecho.

—Es interesante que haya salido toda esta cantidad de páginas de una única frase —dije.

—Es que la frase abre un mundo: algo que siempre estuvo ahí, pero nadie supo mirar.

—Ahora que estoy aquí —dije y miré en derredor por sobre el jardín extendido—, y que me contaste de tu ímpetu jardineril, no dejo de pensar dónde habrás enterrado el pedazo de papel con la frase.

—Frío, frío —dijo—. No está enterrado. A lo sumo —y sonrió para sí— podría decirse que un poco hundido. Nunca lo escondería aquí, que es un jardín casi público.

Me puse de pie y retrocedí, como si pudiera alzarme para mirar hacia la ventana de su departamento.

—Entonces, ¿estará allá arriba, custodiado a todas horas por la implacable Rosaura?

—Frío —dijo— y creo que te hiciste una idea injusta de Rosaura.

—Pero veamos: si no está en el jardín, ni en la casa... —Me aproximé otra vez hacia su silla y puse las dos manos sobre los apoyabrazos.

—Tibio —me dijo, en voz más baja y reprimiendo una sonrisa.

Acerqué un dedo a su cuello y alcé un poco más la cadena dorada.

—Caliente —dijo, y se quedó seria y expectante.

Alcé un poco más la cadenita y sentí que algo se atascaba desde adentro contra el botón de su blusa. La miré una vez más y avancé mi mano para desprenderle el botón.

—No —dijo, y me la detuvo suavemente. Separó bajo mis ojos la tela de la blusa hacia delante y pude ver, en un segundo vertiginoso, la pendiente abrupta de sus pechos, el súbito dibujo revelado de las venas azules y tirantes. Alzó un poco el mentón e hizo emerger con ligeras sacudidas una cápsula de vidrio alargada, con la forma de un cilindro delgado. Me la mostró por un momento entre sus dedos. Dentro se veía, como un papiro enrollado delicadamente, un pedazo amarillento de papel. Hizo girar la cápsula a la luz —. Fue un regalo de Rosaura. Se supone que debía usarlo para llevar una ramita de olivo —dijo, como si debiera disculparse por la sustitución—. Pero en fin, ahora puedo llevarlo siempre conmigo.

Volvió a soltar enseguida la cápsula dentro de la blusa. Parecía arrepentida de habérmela mostrado.

—Le voy a decir a Rosaura que traiga algo para tomar. Y deberías probar los *scones* que me envió mi madre. No te ofrecí nada todavía.

—No, por favor, no la llames: no podríamos hablar más.

—No deberías ser tan duro: me está ayudando en todo, no sé qué haría sin ella. Se ofreció incluso a llevarme hasta el Instituto o ir a buscar por mí los e-mails, pero preferí quedarme este primer tiempo aquí a solas. No quiero que me lleguen, ya sabes, los reclamos de la Hermandad. O de Arthur. Al principio, cuando te vi, creí que te habría enviado él.

—Pero, entonces, ¿no te enteraste de nada? ¿No te llegó acaso la noticia de la muerte de Leonard Hinch?

—Supe que murió, sí: lo vi en la televisión hace unos días, algo relacionado con su diabetes, ¿no es cierto? No puedo decir que lo lamenté mucho.

Negué lentamente con la cabeza.

—Fue asesinado. Envenenado. Sólo que todavía no lo dicen. Le enviaron una caja de bombones con un veneno que se llama aconitina. Y dentro de la caja había otra foto de Lewis Carroll.

Dejé que Kristen absorbiera lo que acababa de decirle. Parecía desconcertada, como si sonaran dentro de ella varias alarmas y algo que hubiera vivido hasta entonces sólo en el terreno de las posibilidades lejanas retrocediera para volver a tocarla brutalmente. Quedó enmudecida por un momento y pude ver en sus ojos ensombrecidos cómo se multiplicaban las conjeturas y los temores.

—¿Cuál era la foto? —dijo por fin.

—Una de una niña desnuda recostada en un bosque.

Vi que buscaba entre los libros dispersos sobre la mesa. Abrió uno de ellos y fue hacia el final, a un apéndice de fotos, hasta dar con la imagen que nos había mostrado el inspector. Asentí y se la quedó mirando por un momento, aunque me pareció que en realidad sólo había encontrado un lugar para clavar los ojos. La mano sobre la página temblaba un poco y de pronto sentí el pequeño chasquido de una gota al caer sobre la página. La miré con sorpresa y vi que se quitaba los lentes y se llevaba una mano rápidamente a los ojos.

—Yo creí que había sido una muerte natural —murmuró—: eso es lo que dijeron en las noticias. Pero ahora, todo cambia. ¡Todo cambia! —dijo con un gemido.

—No lo revelaron todavía públicamente porque temen un escándalo alrededor de estas fotos que pueda llegar a tocar la imagen del Príncipe.

—La imagen del Príncipe —repitió con incredulidad, como si las cosas escalaran a una dimensión fuera de control—. ¿Qué sentido tiene? ¿Qué tendría que ver el Príncipe? ¿Aparecerá acaso ahora también la Reina de Corazones?

—Creí que lo sabrías: el Príncipe es el presidente honorario de la Hermandad. No quieren que quede envuelto en un asunto de crímenes y fotos pedófilas. Supongo que están reteniendo todo lo posible la información hasta dar con quien envió la caja de bombones. Y con quien te atropelló —dije—. Esto parece confirmar lo que pensaba Seldom; si ya se había preocupado antes, ahora...

Pero antes de que pudiera terminar la frase ella alzó hacia mí la mirada, como si la hubiera quemado.

—¿Te dijo Arthur algo más acaso? Ahora lo veo: te envió por el papel, ¿no es cierto? —dijo de pronto, como si se le reavivara una horrible sospecha.

—No, por favor, no es eso —dije casi con desesperación—. Quise venir a verte desde el primer día. Te envié varios e-mails en la primera semana: ya los verás.

Aquello no pareció convencerla del todo, pero aun así depuso su mirada de furia.

—Lo que no entiendo —dijo— es por qué piensa Arthur que la revelación del papel pudiera explicar algo: sólo nosotros tres sabíamos antes de que me atropellaran que existía ese papel. ¿No es cierto todavía esto?

Pensé que debía ahora saberlo todo.

—Ya desde el principio no era cierto —dije—. Seldom se lo había contado a Richard Ranelagh. Pero supongo que hay algo más que él teme: quizá algún otro miembro de la Hermandad haya leído el papel en Guildford, y no quiera que se revele su contenido. Me parece que sólo piensa en tu bien: cree que estarás más segura cuando todos conozcan la frase.

—De manera que Richard Ranelagh sabía —dijo Kristen, como si sólo hubiera escuchado aquello—. Y ustedes dos me mintieron en el hospital. —Su cara se había transformado y me miraba casi con aversión—. Ahora puedo verlo: hiciste lo que te pidieron, viniste como el embajador de ellos. Muy bien —dijo fríamente, como si hubiera tomado una resolución—. Mi mensaje para Arthur y Ranelagh y todos en la Hermandad es que les voy a dar el maldito papel sólo cuando a mí me parezca. Y quizá incluso nunca. No vengas más por aquí. Dios mío —dijo para sí—, pensar que casi te dejé, que casi creí... Y ahora —me dijo, como si luchara con su indignación, y alzó una cara despojada y distante para señalarme el camino—, quiero quedarme sola por favor.

Veintiuno

Bajé a grandes pasos la colina, mortificado, furioso contra mí mismo. Había estado tan cerca, no podía dejar de pensar. Por qué, me recriminaba, por qué siempre una palabra de más y un movimiento de menos. Y ahora quizá todo estaba definitivamente perdido. Había visto en sus ojos la sospecha, y algo de odio y sobre todo decepción, la clase de mirada del rechazo irreversible. Iba absorto en esta clase de pensamientos, sin mirar más que el camino a mis pies, cuando debí dar un paso al costado para eludir a otra persona que subía la colina, ya con alguna fatiga. Algo en la figura desgarrada y la maraña de rulos de su pelo me hizo alzar la cabeza. Anderson también se detuvo, asombrado por la coincidencia. Éramos los dos únicos seres vivos en esa larga calle bajo el sol de la siesta.

—Creo que voy al lugar de donde usted viene —dijo. Y después, con un aire burlón de reproche—. Le había pedido que me avisara si se enteraba de algún asesinato. Usted parece tener una varita zahorí para estar en medio de crímenes.

—¿Cuál crimen? —pregunté con una ignorancia mal fingida.

—*Crímenes* —dijo—. Porque a esta chica también quisieron matarla, y usted seguramente ya lo sabía cuando nos encontramos. Me enteré de que tuvo custodia en el hospital, pienso hacerle ahora algunas preguntas. Y por suerte tengo buenos amigos en la morgue: ya sé también lo del envenenamiento de Hinch. Y sé incluso lo de las fotos.

Lo miré, esta vez con alarma verdadera. No imaginaba quién podría haberle contado eso.

—¿Qué fotos? —pregunté con cautela.

—Ah, ¿eso no se lo dijeron? —y rio—. Tómelo como una primicia: descubrieron en los cajones de Hinch cantidades de fotos de niñas desnudas. Al principio pensaron que eran fotos de la época de Carroll y de los inicios de

la fotografía, una colección *vintage* privada. Pero en realidad son fotos actuales, tomadas con la misma máquina que usó Carroll, tratadas con químicos y pintadas como en la época, para que parezcan antiguas. No está claro si Hinch las vendía como antigüedades, o bien era una manera de disimularlas para distribuirlas entre pedófilos. Apareció también la lista de clientes que las compraban, en una contabilidad paralela. Seguramente muy encumbrados, aunque los nombres por ahora no se conocen: están anotados en alguna clase de código. No creo que ni usted ni yo logremos ver alguna vez esa lista.

Pensé en Hinch tal como lo había visto la última vez, en aquel pasillo frente a sus libros, con dos de sus máscaras. Nunca me hubiera imaginado esta tercera, que había logrado ocultar hasta su muerte. Me pregunté si toda su editorial no habría sido desde el principio una cuidadosa pantalla para esta otra actividad secreta, y lo imaginé recibiendo y entregando sobres por las noches, o quizá a plena luz del día, con una red de inadvertidos mensajeros. Tal vez usara incluso algunos de los libros de fotos compiladas de Carroll, y sueltas aquí y allá entre las páginas, esas otras fotos recientes de niñas de un siglo después, con el estilo copiado de aquella época, idénticas en casi todo, salvo en la marca de agua del tiempo. Lo semejante oculto en lo semejante. ¿No era acaso, a su manera, como una versión del Pierre Menard que habíamos discutido con Seldom? Las mismas fotos que más de un siglo atrás Carroll podía pasear en sociedad orgullosamente, sin «advertencia de lo porvenir», con niñas de las mismas edades y en la misma desnudez lisa e infantil, convertidas ahora en su opuesto, en delitos infames. Y pensé también, mientras trataba de encajar esta nueva pieza que emergía, que al menos Anderson no se había enterado de las *otras* fotos.

—¿Todavía no puede creerlo, no es cierto? *Do ut des* —dijo Anderson, y al ver mi expresión en blanco me aclaró—. *Doy para que me des*. Un pajarito de Kidlington, o más bien un cuervo en la pared de una fábrica, me dijo que esta chica tiene un papel guardado que todos quieren ver. ¿Qué sabe usted de ese papel? Por lo que veo, son bastante amigos. Supongo que le habrá dicho algo.

—No, no me dijo nada —dije—. Y creo que usted debería dejarla en paz. Ya bastante sufrió por ese papel: está en silla de ruedas.

—¿Entonces? ¿Es verdad que fue atropellada por ese papel misterioso? No se enoje, no diré que usted me lo confirmó. Espero que coincida conmigo en que es mejor que las cosas salgan a la luz. ¿No es matemático acaso? Debería preferir la Iluminación a las Tinieblas. —Alzó una mano, como para despedirse, y dijo en tono burlón—: *Tenemos que saber: ¡y sabremos!*

Di algunos pasos más bajando la cuesta mientras me preguntaba si no debería volver, quizá por la calle paralela, para alertar a Kristen sobre la visita de Anderson. No sabía si a ella le habría llegado la advertencia del inspector Petersen de mantener el secreto sobre las fotos y temía que pudiera mostrarle la que había recibido en su casillero. Pero a la vez, me daba cuenta de que, aun con o sin ese dato, Anderson estaba decidido a revelar todo lo que sabía, quizá en unas pocas horas. Me pareció que al menos Seldom debería enterarse de esto y me propuse encontrarlo. No estaba en su oficina, pero Brandy, la secretaria del Instituto, me dijo que lo buscara en el aula de seminarios: tenía todavía una media hora de clase. Subí hasta el aula, pero no me decidí a interrumpirlo. Entré lo más silenciosamente que pude por la puerta de atrás y me senté a escucharlo desde las últimas filas. Seldom alzó un poco las cejas como una interrogación al verme y le hice una seña de que quería hablar con él después. En el pizarrón estaba escrito el nombre de Willard Quine, y el dibujo esquemático de un conejo.

Seldom enunciaba para sus alumnos el experimento mental sobre la traducción ideado por Quine. Escribió en silencio con su letra rápida dos líneas con lo esencial de la situación:

«Llega un escrupuloso antropólogo inglés a una isla de aborígenes que nunca tuvieron contacto con extranjeros. Pasa un conejo a la carrera y un aborígen lo señala y dice *gavagai*.»

Seldom hizo una pausa, releyó en voz alta las dos frases, y escribió a continuación la pregunta crucial, de apariencia falsamente inocente.

«¿Qué debería anotar el antropólogo en su libreta de traducciones?»

Yo, que ya había escuchado esta clase, casi podía ver cómo todos se contenían de responder la respuesta que les parecía más obvia, como si supieran que la pregunta estaba de algún modo envenenada.

—El dato clave aquí —dijo Seldom— es que nuestro antropólogo es verdaderamente escrupuloso y sólo se permite anotar «conejo» de una manera provisoria, porque se da cuenta de que el aborigen también podría estar diciendo: comida, o animal, o plaga, o «grandes orejas», o «color blanco», o «movimiento raudo», o «temporada de caza». O incluso podría ocurrir que los conejos fueran animales sagrados en esta isla y *gavagai* fuera una invocación religiosa al paso del conejo. Y podría ser también que hubiera tan pocos conejos en la isla que cada uno tuviera un nombre y *Gavagai* fuera el nombre particular de ese conejo. O al revés, que hubiera una infinidad de conejos y tuvieran para distinguirlos una clasificación minuciosa, igual que los esquimales para las distintas clases de nieve, y *gavagai* fuera la palabra para «conejo-blanco-vivo-a la carrera», pero tuvieran otra muy distinta para «conejo-blanco-muerto-en el plato».

Ahora que lo escuchaba otra vez me pregunté si la elección de Quine, entre todos los ejemplos posibles, de un conejo a la carrera, no sería un pequeño homenaje a Carroll, y me prometí averiguar sobre esto a la salida. Seldom avanzó al verdadero nudo del problema:

—Nuestro antropólogo se propone entonces descartar progresivamente las acepciones falsas hasta quedarse con la verdadera y pasa un largo tiempo tratando de entender cuáles son las palabras o los ademanes de esos aborígenes para «sí» y «no». Pero aun cuando cree haberlo logrado, aun cuando pueda con cierta confianza señalar distintas cosas y animales y colores y repetir cada vez «¿*gavagai*?» y recibe contestaciones que puede traducir por sí o por no a cada una de sus preguntas, pronto se da cuenta de que está tan lejos como al principio.

Mientras Seldom analizaba las sucesivas desventuras en los intentos del antropólogo, algo de aquella discusión se deslizaba en mí como una resonancia vaga: la tecla insistente de una nota. ¿No era acaso el mismo problema de las series lógicas en busca de su clave? En cierto modo sí: cada nuevo intento del antropólogo era un término más de la serie que le permitía hacer una nueva inferencia, pero nunca podía estar del todo seguro de haber capturado el «verdadero» significado. Seldom estaba diciendo algo parecido: aun cuando los aborígenes le respondieran al antropólogo que sí cada vez que señalaba un conejo y le respondieran que no cada vez que señalaba a cada una

de las otras miles de cosas en la isla diferentes de un conejo, ¿cómo saber si *gavagai* no era apenas una palabra que decían en voz alta, quizá por superstición, cada vez que veían un conejo, y la palabra para conejo ni siquiera existía? Y así los aborígenes reían cada vez que el antropólogo señalaba un conejo y decía *gavagai*, y hacían ampulosos gestos afirmativos, en la alegría del reconocimiento y la comprensión, y mientras tanto quizá comentaban entre sí por lo bajo: por fin este pobre hombre entendió que decimos *gavagai* como ellos dirían «¡Buena suerte!» cada vez que pasa uno de estos animalitos orejados.

Pero esto también, me di cuenta de pronto, exactamente esto mismo, nos podía estar pasando ahora con las fotos. Me parecía entender mejor la cautela de Seldom. ¿Cuál era el significado verdadero de la serie que tenía por ahora sólo dos términos? ¿No habríamos inferido demasiado rápido, y quizá erróneamente, que *gavagai* era conejo? Traté de establecer otra clase de patrón entre las fotos. Kristen había recibido la suya antes de que la atacaran, como un aviso, o una advertencia. Pero la foto destinada a Hinch estaba oculta, para ser descubierta sólo *después* de su muerte. ¿Tendría algún sentido o intención esta pequeña diferencia?

Ví que Seldom daba por terminada la clase y me adelanté hacia el escritorio antes de que pudiera interceptarlo algún otro alumno. Me saludó con una mano blanca de tiza y me hizo una seña de que lo esperara todavía un minuto más hasta que borrara el pizarrón. Cuando estaba por hacer desaparecer el dibujo del conejo le pregunté si Quine habría elegido entre todos este ejemplo como alusión u homenaje a Carroll.

—La verdad es que no lo sé —dijo Seldom sorprendido—. Es posible, deberíamos preguntárselo a Raymond Martin, que lo conoció bastante. Aunque si Quine hubiera querido aludir a Carroll, quizá habría elegido más bien un huevo: hay una discusión con Humpty Dumpty sobre el lenguaje privado en el segundo libro de Alicia que se relaciona de forma más directa con esto.

—También pensé, mientras lo escuchaba —dije—, que el problema del antropólogo es en el fondo el mismo problema que ya discutimos varias veces de la continuación de una serie lógica: cada pregunta del antropólogo es un nuevo término que parece aproximarle al significado, pero nunca puede inferir una única solución.

—Sí, es cierto —dijo Seldom—, porque, si el antropólogo es estricto de verdad, la operación de descarte es potencialmente infinita. Por eso no hay esperanzas de enviar un lenguaje humano al espacio que sea debidamente entendido. Creo que en definitiva lo que llamamos «sentido» es una consecuencia inesperada y feliz de una falla lógica de nuestra especie: la inducción en unos pocos casos, la inferencia del concepto a partir de los primeros ejemplos. La suficiente coincidencia en esta aproximación inicial, algo brutal y descuidada. Pero aun los intentos de refinamiento posteriores, que nos parecen más sutiles, pueden ser también impotentes. Esto es lo que muestra en el fondo el experimento de Quine.

—Me quedé pensando que las dos fotos que aparecieron hasta ahora también forman un significado a traducir, como si alguien estuviera repitiendo *gavagai* con cada una, para que entendiéramos algo.

—Siga —dijo Seldom, como si estuviera repentinamente interesado.

—Es que no pude ir mucho más allá: traté de imaginar algún otro patrón, algo que no fuera el más obvio de «conejo». Sólo alcancé a pensar esto: que Kristen recibió la foto antes de que la atacaran, como si se la hubieran dejado con el propósito de que la viera. Pero en el caso de Hinch, la foto estaba escondida bajo la plancha de plástico, para que fuera descubierta *después* de su muerte.

Seldom se quedó pensativo, restregando sin darse cuenta el dedo manchado de tiza por la frente.

—Creo... —dijo, y se quedó en vilo, suspendido en un pensamiento—. Creo que lo que acaba de decir es extraordinario. Tiene toda la razón —dijo y su mirada hizo esa inversión que le había visto unas pocas veces, que dejaba a su cara inmóvil como en una súbita ceguera, mientras parecía perseguir por dentro una idea huidiza—. Creo que es tal como usted dice: *gavagai* no significa necesariamente conejo, aunque nos lo digan una y otra vez cada vez que pasa un conejo. ¿Cuál es la verdadera consecuencia de esto? Eso todavía no lo sabemos, aunque quizá... quizá... —Volvió de pronto en sí, como si saliera de un trance—. Pero usted no vino hasta aquí a decirme esto, ¿no es cierto?

Le conté entonces lo esencial de mi visita fracasada a Kristen. Y enseguida, para no revelar la forma penosa en que había sido despedido, mi encuentro con Anderson y lo que me había dejado saber sobre Leonard Hinch y su industria encubierta de fotos pedófilas. Seldom quedó demudado, como si no consiguiera absorber del todo la noticia, entre la incredulidad y la consternación.

—Es horroroso —dijo—. Horroroso —repitió para sí—. Y será un daño incalculable para la Hermandad: todos quedaremos bajo sospecha. Deberíamos hacérselo saber a Richard, si es que todavía no lo sabe.

—En realidad vine hasta aquí por eso: Anderson sabe que Hinch fue asesinado y que atropellaron a Kristen con la intención de matarla y planea publicar un artículo contando todo esto.

—Creo que deberíamos ir ya mismo a ver a Richard entonces: sé que conoce todavía alguna gente que podría convencer al director del diario de demorar por unos días la publicación. Aunque a esta altura —dijo— sería más saludable que se revelara todo. No quisiera que nos acusaran de encubrimiento. —Recogió en una pequeña pila los libros que había abierto durante la clase—. Debería devolver estos libros a la biblioteca, pero lo haré ya mañana. Creo que a esta hora podremos encontrar a Richard en The Eagle and Child.

Seguí a Seldom por el corredor entre las aulas y bajamos la escalera hacia el hall. Seldom fue a dejar los libros provisoriamente en su casillero y volvió caminando con lentitud, como si llevara una carga explosiva. Tenía en la mano un sobre blanco que parecía apenas cerrado con una gota de pegamento en la punta. Lo miró por detrás y por delante. No había ninguna inscripción. Despegó con cuidado la punta, como si no quisiera tocarlo más de lo indispensable y dejó que se deslizara hacia abajo el rectángulo blanco. En la foto aparecían Lewis Carroll y la pequeña Alice, los dos a solas, en un abrazo de amantes, a punto o inmediatamente después de besarse en la boca. Aunque no había en esta foto ni un centímetro de piel expuesta, la imagen era mucho más perturbadora que las dos anteriores. Parecía una foto sacada con la cámara a corta distancia, en modo automático. Alice no tendría más de diez años. Carroll debía sobrepasar los treinta en esa época, pero en la foto se lo veía como un jovencito delgado y suave, con un aire de poeta romántico, el

pelo partido cuidadosamente con una raya y bucles hacia los costados. Alice, en sus brazos, tenía el tamaño de una muñeca y daba la sensación de estar en puntas de pie, a medias alzada por él y estirada hacia sus labios. Estaba vestida como una novia, íntegramente de blanco, con la cara de perfil, y una melena corta que le caía por la espalda. Su brazo izquierdo estaba extendido hacia el cuello de él, mientras la mano firme y abierta de Carroll la ceñía por la cintura. Los dos tenían los ojos cerrados, y las bocas muy juntas. La de ella algo entreabierta, suspendida en el momento infinitesimal antes o después del beso. ¿Podía ser que sólo estuvieran fingiendo, como en un juego? ¿El juego de ser novios y acercar las bocas todo lo que fuera posible? Pero aun si fuera un juego, no había en esa foto nada inocente. La intensidad del recogimiento en la expresión de él, la forma en que su mano la apretaba por detrás, los ojos cerrados y el abandono de ella, todo parecía indicar más bien en la única otra dirección posible.

Seldom se había quedado en silencio y la miraba a cierta distancia, como si la foto tuviera un horrible poder de atracción y repulsión.

Miré en la cara de Seldom para ver si descubría algún signo de preocupación o temor, pero sólo vi su ceño algo fruncido con la clase de fastidio que le provocaba la incomprensión de un paso o algún cabo suelto en un razonamiento.

—Supongo que esto significa —dijo— que soy el tercer término de la serie.

Veintidós

Al entrar al pub vimos la cabeza pequeña y ovalada de Sir Ranelagh en una de las últimas mesas del fondo. Un hombre sentado de espaldas le hablaba a una distancia muy corta, inclinado sobre él, como si le estuviera contando algo confidencial, y Ranelagh asentía con gravedad y un gesto de preocupación. Había en la corpulencia de ese hombre algo que me resultaba familiar y al acercarnos vi que, en efecto, era Petersen. Me pregunté qué habría llevado al inspector hasta allí: no parecía haber pasado casualmente por una cerveza. Cuando advirtieron que íbamos hacia ellos se interrumpieron con incomodidad. Seldom se disculpó pero Ranelagh hizo de inmediato el gesto de que nos sumáramos a la mesa.

—Será sólo un momento —dijo Seldom—, y en el fondo es una suerte que lo hayamos encontrado también a usted aquí —añadió, mirando a Petersen—. Se trata de Anderson.

Les contó brevemente mi encuentro con Anderson y de su intención de publicar como primicia lo que había averiguado en los dos casos.

—¿Y qué es lo que llegó a saber Anderson sobre Hinch? —dijo Petersen mirándome a mí con indignación, casi como si yo fuera el culpable—. ¿Qué fue exactamente lo que le dijo? Creo que tendré que echar a alguien o quizá a todos de la oficina.

Repetí lo que me había contado Anderson sobre las fotos en los cajones y la lista de contabilidad con los nombres de los clientes cifrados.

Petersen movió con pesadumbre la cabeza y Ranelagh miró a Seldom con un gesto de amargura y desolación.

—El inspector acaba de contármelo: todavía no puedo creerlo. Todos estos años... y nunca sospechamos nada. Puede ser el fin de la Hermandad —dijo.

—De todas maneras —dijo Petersen—, y aunque no podremos impedir que lo publique, sí sería importante que tuviéramos unos días más. Sir Ranelagh: muéstreles a ellos por favor lo que acaba de llegarle.

Ranelagh sacó con sus movimientos lentos y sus dedos algo temblorosos un sobre blanco de uno de sus bolsillos, lo abrió con cuidado e hizo aparecer la foto de otra niña desnuda, de largos bucles antiguos y mejillas coloreadas. Estaba sentada sobre la roca de una playa, retratada de perfil, ensimismada y pensativa. Una de las piernas se flexionaba hacia arriba y dejaba ver todo el muslo, y parte de la concavidad en sombras hacia la juntura de las piernas.

—No sé si pueda servir de consuelo —dijo Seldom—, pero yo también acabo de encontrar una en mi casillero.

Ni Ranelagh ni Petersen parecieron sorprendidos.

—Creo que todos en la Hermandad recibimos una —dijo Ranelagh—. Me llamó Thornton Reeves desconcertado y me llegó un e-mail de Henry Haas. Antes de venir aquí llamé a Raymond Martin y él también había encontrado una esta mañana bajo la puerta de su oficina. Ninguno de ellos sabe todavía qué puede significar la foto: a todos les intrigó que el sobre les llegara en blanco y pensaron en un principio que era alguna clase de convocatoria de la Hermandad. Sólo me falta saber si Josephine y los Raggio también recibieron una. No me pude comunicar con ellos todavía. Quería pedirte que fueras hasta la casa de Josephine para preguntarle, yo me ocuparé de rastrear a los Raggio. Estábamos conversando con el inspector que todos merecerían saber qué está pasando. Pensaba convocar una reunión extraordinaria para pasado mañana.

—Muéstrenos por favor la que recibió usted —dijo Petersen.

Seldom puso sobre la mesa, como si emparejara una apuesta, la imagen de Carroll abrazado con Alice.

—Interesante —dijo Ranelagh, alzándola a medias— porque esta imagen es falsa.

—¿Falsa? —dijo con asombro Petersen. Seldom también pareció sorprendido.

—Cuando Henry Haas hizo su compilación de fotografías de Carroll aparecieron varias de estas imágenes trucadas. Creo que las pusieron en circulación detractores anónimos de Carroll. O quizá simples bromistas. Ésta

fue compuesta a partir de un autorretrato real de Carroll al que le superpusieron el recorte de Alice de otra fotografía. Y la mano detrás de la espalda está agregada, si se fijan con atención pueden notarlo. Henry publicó esta imagen y la manera en que fue obtenida en uno de los capítulos de su libro dedicado a fotos falsamente atribuidas a Carroll.

—Empiezo a lamentar no haber abierto nunca ese libro —dijo Seldom—. ¿Pero qué nos diría esto, que la foto sea falsa? —preguntó casi para sí.

—Que quien está enviando estas fotos quiere difamar a Carroll tanto como pueda, aun con fotos falsas —dijo Ranelagh con enojo—. O bien que no sabe demasiado de Carroll, y sea alguien fuera de la Hermandad.

—¿Y sobre las fotos que recibieron los otros? —dijo Petersen—. ¿Pudo enterarse de algo más?

—Por lo que me dijeron, son todas fotos de niñas desnudas o casi desnudas que tomó Carroll en distintas épocas. Podemos pedir que cada uno traiga la suya para la reunión. Quizá de la discusión entre todos salga alguna pista.

—Las necesitaré para analizarlas antes de la reunión, enviaré a uno de mis hombres para que las busque. Y me llevo estas dos ahora. ¿Ustedes, como expertos en Carroll, no pueden decirme nada más?

—Ya le dije al inspector que la niña en la foto de la caja de bombones es Evelyn Hatch, cuando tenía unos seis años. Es la hermana de Beatrice Hatch, la modelo de la primera foto y también de la que me llegó a mí. Son parte de una serie de fotos coloreadas para implantar en pinturas con distintos paisajes.

Se detuvo para cederle el turno a Seldom, que no parecía decidido a hablar. Para animarlo le pedí que repitiera para el inspector la frase que nos había dicho Kristen del libro de Alicia y el efecto que habíamos descubierto de la aconitina, y que recordaba el agigantamiento de Alicia al comer el bizcocho. Con mi inglés algo atropellado me di cuenta de que finalmente lo había terminado de contar yo por él.

—No me decidía a comentar esto —dijo Seldom y me miró casi con reproche— porque es la clase de asociaciones tan vagas que parecen ridículas apenas uno las menciona.

—Y sin embargo, a mí me resulta interesante —dijo Ranelagh, pensativo—: el choque que te envía como un cohete por los aires, el veneno que agiganta... ¿Cuál podría ser la próxima? ¿Cuál me tocaría en todo caso a mí? —Y pareció perderse por un momento en barajar posibilidades, como si desfilaran imágenes del libro frente a sí—. El problema es que hay demasiadas muertes ocultas en Wonderland. Aunque no está mal que así sea —dijo, con un desapego filosófico—: deberían alcanzar para todos.

—A mí no me convence demasiado, pero igualmente, por las dudas, voy a mirar otra vez el libro —dijo Petersen—: será una manera un tanto extraña de volver a la infancia. —Nos hizo de pronto un gesto de disculpa con la mano. Le estaba sonando dentro del saco su teléfono móvil. Sacó el gran aparato y caminó unos pasos hacia la puerta para buscar mejor señal. Seldom pareció aprovechar que el inspector se había alejado para inclinarse hacia Ranelagh.

—Me parece importante —le dijo— que venga también Kristen a la reunión. Después de todo, ella recibió la primera de estas fotos. Yo me comprometo a ir hasta su casa para avisarle. Todavía creo que sólo si revela el papel podremos llegar al fondo de esta locura.

—Por supuesto —dijo Ranelagh—. No porque nos vayan a asesinar a todos nos deja de interesar que esta chica muestre el papel y lo devuelva a Guildford. Todavía nos debe esto y quizá sea hora, si no quiere venir, de enviar otra clase de emisarios. —Y señaló elípticamente con la cabeza al inspector, que hablaba junto a la puerta y caminaba en círculos de preocupación.

—Espero que no sea necesario —dijo Seldom—: tengo algo para decirle que creo que la convencerá. Pasaré ahora por la casa de Josephine y subiré después la colina para verla.

Petersen regresó a nuestra mesa con un gesto adusto.

—Era de Buckingham Palace. Por los protocolos de seguridad debí darles aviso, y esta mañana, al revisar la correspondencia de la mesa de entrada, detectaron que alguien se las arregló para dejar un sobre en blanco. Tenía dentro otra foto de Carroll. Así que el Príncipe también tiene ahora su foto.

Hubo un silencio algo impresionado, como si todos hubiéramos tenido una imagen de fanfarrias, estandartes y alfombras rojas.

—¿Le parece que deberíamos invitarlo a nuestra pequeña reunión? — dijo Ranelagh con una media sonrisa.

—No —contestó Petersen con seriedad—, no creo que nos honre, pero pedí que nos envíen la foto. Y seguramente, usted lo sabe bien, querrán enviar también alguien del MI5. Ahora más que nunca necesitamos detener a Anderson. —Y se volvió hacia Ranelagh—. ¿Podrá usted mover sus hilos?

Ranelagh hizo un gesto dubitativo, como si no pudiera prometer demasiado.

—Haré lo que pueda con la gente que todavía me recuerda.

Al salir a la calle y mientras todos se despedían, le pregunté a Seldom si podía acompañarlo hasta la casa de Josephine.

—Claro que sí —dijo Seldom—, estoy seguro de que a ella le gustará volver a verlo, ya casi nadie la visita...

Caminé a la par de él, tratando de seguir sus pasos largos. Parecía estar pensando furiosamente y apenas tenía conciencia de los cruces de calle, de la gente a su alrededor, y de que yo estaba a su lado.

—¿Puedo preguntarle algo? —le dije de todos modos.

Pareció casi sobresaltarse al escuchar mi voz, como si lo hubiera arrancado de un lugar remoto.

—Claro —dijo con un leve esfuerzo de cortesía.

—¿Qué pensó cuando vio el sobre con la foto en su casillero?

—Usted quiere decir... ¿antes de cruzar al pub? ¿Antes de saber que todos habían recibido fotos?

Asentí.

—Pensé que era algo así como un castigo irónico y hasta de alguna manera justo. Morir dentro de una serie lógica. Usted ya sabe por qué: tuve un recuerdo súbito de los crímenes del año pasado. Pero pensé también que si me tocaba verdaderamente ser un término de esta serie, quería al menos *entender*. Que esa foto me llegara a mí... no parecía tener ningún sentido.

—Pero menos sentido parece tener que les haya llegado una foto a *todos*.

—No voy a negar que a mí me dio algún alivio. —Y vi cruzar por su cara una sonrisa rápida—. Porque si todos recibimos una foto es como si nadie la hubiera recibido. En eso estaba pensando ahora mismo: ¿no cree que hay ya casi *demasiadas* fotos? Teníamos sólo dos, pero después aparecieron las que imprimía Hinch, y ahora de pronto un aluvión.. hasta una falsa y una para el Príncipe. Es algo así como una estampida de conejos a la carrera.

—Quiere decir, ¿un intento de sumar pisadas para borrar una huella?

—No sé qué quiero decir —dijo con un gesto algo desamparado y perplejo—. No alcanzo ni siquiera a entender si estamos frente a alguien demasiado astuto o demasiado torpe.

Caminamos en silencio un trecho más, hasta que me decidí a hacerle la otra pregunta, que era en realidad lo que más me intrigaba.

—Cuando usted le dijo a Ranelagh que podría convencer a Kristen de ir mañana... ¿qué es lo que tiene pensado decirle?

—Que ya no se trata de un crédito académico, sino de una vida humana. Si no puedo apelar a su razón trataré de apelar a su nuevo costado religioso: la obligación cristiana de velar por el prójimo. Porque si antes temía por la vida de ella, ahora temo más por la de otra persona.

—¿Y quién sería esa otra persona?

—No estoy seguro, pero cuando usted me contó hoy su encuentro con Anderson tuve una intuición, quizá equivocada. Fíjese en esto: ¿cuándo fue atacada Kristen? Cuando estaba por mostrar a todos el papel de Guildford. ¿Y cuándo fue asesinado Hinch? Poco después de que anunció que publicaría íntegramente los diarios. En los dos casos pareció querer evitarse, de la manera más drástica posible, que algo, todavía no sabemos muy bien qué, saliera a la luz, quedara a la vista. En eso pensé cuando usted me contó que Anderson se proponía revelar en su artículo todo lo que había averiguado.

—Entonces... ¿teme por Anderson? —le pregunté y recordé que él me había hablado justamente, con grandilocuencia irónica, de las Tinieblas y la Iluminación—. Es curioso: no se lo dije antes, pero Anderson usó la frase de David Hilbert para burlarse de mí: «Tenemos que saber. ¡Y sabremos!».

—Es que Anderson fue por un tiempo alumno de matemática antes de dedicarse al periodismo, digamos que un alumno descarriado. Abandonó en segundo o tercer año: no sé si llegó a saber que el optimismo de Hilbert

encontraría sus límites.

—Pero si fuera como usted piensa, ¿no se estaría matando en cada caso al mensajero, como nos dijo Petersen?

—Exacto —dijo Seldom—. Fíjese que matar al mensajero es un acto tan cruel como estúpido cuando la noticia ha llegado. Pero ¿qué pasa cuando usted logra matar al mensajero *antes* de que la noticia llegue? Todavía es cruel pero no necesariamente estúpido. Imagine por un momento, como en un cuento de Chesterton, que un general quiere enviar a su rey el nombre recién descubierto de un espía infiltrado en lo más alto de la corte. Imagine que tiene sólo tres mensajeros con caballos suficientemente rápidos. Y que en el camino a palacio el espía, advertido, envía a un francotirador que los mata a uno tras otro.

—El nombre, o la noticia, nunca llegaría a conocerse —dije—. Si fuera eso lo que está ocurriendo, sería un buen dato conocer al menos el número de mensajeros: espero que no todos los que recibieron una foto.

—A mí —dijo Seldom— me interesaría más saber cuál es la noticia. —Y señaló hacia lo alto una mansión de tres pisos que se elevaba en una esquina de Woodstock Road—. Prepárese para una taza de té: la casa de Josephine.

Veintitrés

—Sí, la dejaron en el buzón de la entrada, o bien ayer por la noche o muy temprano esta mañana —dijo Josephine—: estaba dentro de un sobre blanco, me la trajeron en la correspondencia con el desayuno. Si este joven es tan amable —dijo, y señaló un pequeño escritorio con la tapa curva de madera—. Es aquel sobre, junto al estuche de los lentes. Me quedé muy sorprendida y trataba de imaginar quién podría habérmela enviado.

Estábamos en un cuarto de largos listones de pinotea lustrada, iluminado por vitrales, que podría haber pasado también por la sala de lectura de una biblioteca antigua y maravillosamente conservada. Los anaqueles cubrían, íntegras, tres de las paredes y subían vertiginosos hasta el techo, con una escalera deslizante sobre rieles que daba la inmediata tentación de usarla. Josephine nos había recibido con grandes exclamaciones de alegría desde un gran sillón al amparo de una *bow window*; apenas nos sentamos junto a ella encargó a su chofer Mahmud —quien al abrirnos la puerta se había revelado también como su mayordomo— que nos preparara un té, tal como me había advertido Seldom.

Me puse de pie y le alcancé el sobre junto con los lentes. Se los calzó con una sola mano en un movimiento rápido y vivaz, y extrajo del sobre una foto pequeña de color sepia. La hizo girar hacia nosotros y la dejó para que la estudiáramos sobre la mesita china de grabados en oro y negro a sus pies.

—Es una de las niñas preferidas de Carroll, y la que más fotografió en su vida: se llamaba Alexandra Kitchin, pero le decían Xie. En esta foto debía tener quizá seis años.

En la foto se veía a una niña muy pequeña reclinada en un sillón, con la cabeza apoyada en un gran almohadón, y cubierta a medias por lo que parecía un vestido blanco de verano muy ligero, sin breteles, o quizá con los breteles bajados y ocultos, para dejar los hombros y parte del pecho al desnudo. El

vestido había sido también arremangado desde abajo para descubrir los muslos. La pierna izquierda estaba flexionada hacia arriba, con la rodilla en alto, de modo que el vestido se deslizara para dejar de ese lado el cavado del muslo al descubierto. La imagen que parecía haberse buscado era la de una mujer recostada con languidez y abandono que dejara entrever casi por descuido su desnudez. Pero lo que más llamaba la atención era la expresión de la niña: a pesar del corte de pelo, con un flequillo corto y parejo declaradamente infantil, y de su cara muy redonda, con algo de muñeca, la mirada y el gesto firme de la boca tenían una determinación y seriedad adulta, casi desafiante, como si se hubiera apropiado a conciencia de su papel. Me llamó la atención una vez más lo extrañamente avejentados que se veían los rostros infantiles en estas fotos antiguas. Había escuchado alguna vez esbozos de explicación sobre este fenómeno: la rigidez facial por los tiempos y cuidados de preparación de las poses, la represión victoriana temprana de los gestos espontáneos de la infancia, el aplanamiento de las facciones por el fognazo de magnesio, pero no dejaba de todos modos de extrañarme la ausencia absoluta del elemento de niñez en esas fotos de niñas.

Seldom miró la imagen sólo un momento, con distracción, como si en su mente matemática ya se hubiera conformado una teoría a la que ya nada agregaba un nuevo ejemplo. Recordé su frase: *demasiadas fotos*. Ésta era ahora apenas una más. Y recordé también su consejo para los alumnos de doctorado: los ejemplos debían ser pocos pero bien elegidos, con las propiedades críticas. No importa cuán grande fuera la olla, la sopa podía probarse con una cucharada, sostenía la Estadística. Cierto; pero si era una sopa de letras, nos advertía Seldom, la cucharada elegida debía tener al menos todo el abecedario. Josephine esperó a que Mahmud nos dejara las tazas de té sobre la mesita y que la puerta se cerrara, aunque parecía contener a duras penas la curiosidad.

—Estaba algo intrigada esta mañana, cuando abrí el sobre y vi la foto por primera vez. Pero mucho más ahora que ustedes vinieron hasta aquí. Tiene que ver con lo que le ocurrió a esa pobre chica, ¿no es cierto, Arthur? ¿Pueden creer que la policía nos tocó la puerta y Mahmud tuvo que abrir el garaje y mostrarles el Bentley? Se habían enterado de algún modo que su hijo lo había chocado esa noche y lo estuvieron interrogando durante horas. Porque lo de

Kristen no fue un simple accidente, ¿no es cierto? Ni una carrera de autos entre estudiantes... Fue por esa página arrancada. Es algo que presentí desde el primer momento, cuando bajaste en Christ Church a atender la llamada.

—Todavía nada está claro —dijo Seldom con cautela—. Todos en la Hermandad recibimos entre ayer y hoy una foto como ésta. Diferentes niñas, aunque todas desnudas o en poses... perturbadoras. Pero sí es verdad que Kristen recibió una foto así la mañana antes de que la atropellaran. —Seldom no parecía estar del todo seguro sobre cuánto podía contarle y Josephine advirtió algo de esto en la vacilación de su voz.

—¿Y Hinch? ¿También Hinch recibió una foto? Fue así, ¿no es cierto?

Seldom asintió con gravedad. Josephine dio una exclamación ahogada.

—Entonces, ¿no fue como dijeron en las noticias? ¿Quieren decirme que fue, de algún modo, *asesinado*? —Dijo la palabra con horror pero también con algo de fascinación; el asunto parecía provocarle una diversión inconfesable.

—Por eso el inspector Petersen quiere reunarnos lo antes posible —dijo Seldom—. No puedo adelantarte nada más, pero queríamos asegurarnos con Richard de que te llegara el aviso.

Noté que Seldom se había apurado a tomar de su taza, como si quisiera irse cuanto antes. También Josephine pareció advertirlo.

—Pero, Arthur, no pueden irse así, me matarán de curiosidad. ¿Significa esto que estamos todos amenazados? —Y pareció considerar por primera vez esa posibilidad, con algo de incredulidad antes que con temor. Recordé que esa mujer había participado en carreras de automovilismo: seguramente se habría sentido cerca de la muerte en muchas curvas y quizá la perspectiva de estar otra vez en algún peligro no la disgustara tanto—. Díganme al menos si esta chica Kristen también participará de la reunión: no quisiera morir sin saber finalmente qué demonios está escrito en ese papel.

—Debería estar, por supuesto —dijo Seldom—. Y revelar de una buena vez el papel para todos. Haré lo posible. Sabemos que ya escribió casi un libro entero a partir de esa única frase. Eso era todo lo que quería, nos dijo, espero que ahora cumpla su palabra.

—Apenas pude pensar en otra cosa que esa frase después de la última reunión. Le contaré a este joven, Arthur, si me permites un poco de vanidad, que yo fui la primera en detectar la manipulación de manos ajenas y las hojas arrancadas en los diarios de Carroll. Pude desvelar lo que había debajo de un gran manchón de tinta con que intentaron cubrir un párrafo y descubrí también cómo quisieron fingir la continuidad del diario por sobre una página arrancada, con una mala copia de la letra de Carroll. Pero por supuesto la página de 1863 era la más intrigante. Ya no creía que fuera posible saber nada más de esto. Y de pronto aparece esta chica con la noticia de esa frase. Puedo imaginarla muy bien a Menella Dodgson: sumida en su puritanismo de vieja solterona, convencida de una misión purificadora, atormentada entre lo que creía su responsabilidad para velar por la imagen de Carroll y sus remordimientos por mutilar el diario. Y puedo imaginar su sensación de culpa mientras se deshacía de esa página. Quizá pensó que alguna vez tendría que rendir cuentas ante los demás familiares o bien, al morir, ante un tribunal más alto. Destruyó la página pero aun así quiso guardar una anotación del contenido. No saben cuántas veces me maldije a mí misma por no haber leído a conciencia ese catálogo. Por no haber sido yo la que llegara a ese papel. Todos estos días, desde esa reunión, me senté aquí mismo después del desayuno a pensar cómo continúa la frase. «*L. C learns from Mrs Liddell that...*» No dejé de repetírmelo en este tiempo, y de pensar las posibilidades más alocadas. ¿Qué le dice Mrs Liddell ese día? ¿De qué se entera Carroll?

Seldom pareció prestar de pronto atención a lo que decía Josephine.

—¿Y cuál dirías que es la hipótesis más probable?

—Podrían ser, por supuesto, varias cuestiones: Carroll había tenido en esa época un altercado académico con Mr Liddell, el decano, por negarse a votar un proyecto que impulsaba él. Pero descarto que tuviera que ver con esto: de algún modo ya le habían dado muestras de haberlo perdonado. Estuve releendo en estos días mis propios libros y anotaciones sobre Mrs Liddell porque creo que en ella está la clave. Era sin duda la que gobernaba el mundo familiar y está bastante claro que su obsesión, lo que dominaba completamente en su vida, era el cálculo social y la suerte matrimonial de sus hijas, como probó años después cuando intentó jugar todas las cartas para comprometer a Alice con el príncipe Leopold, mientras él fue estudiante de Christ Church.

Tenía una ambición a duras penas oculta por «colocarlas» con miembros de la realeza. Quizá haya algo de cierto en la hipótesis de Thornton Reeves: quizá Mrs Liddell se enteró de que Carroll alentaba alguna idea de matrimonio futuro con Alice y quiso ponerle fin de una manera preventiva a todo contacto con ella, porque tenía depositada en esa hija «grandes expectativas», como diría Dickens. Después de todo Alice, con apenas once años, había enamorado a Ruskin y a ese profesor ya también adulto de matemática: seguramente la madre confiaba en que podría enamorar a quien se propusiera en unos años. Y por eso quería preservarla de la compañía demasiado frecuente de un hombre que podría dar lugar a suspicacias y habladurías futuras y bajar el valor de su mercadería.

—Pero si fuera sólo esto —dijo Seldom—, no parece inculpar demasiado a Carroll: ¿por qué habrían arrancado las hermanas la página?

—Sí, también pensé en ese punto: posiblemente porque Carroll habría descargado en esa página su furia o sus ironías contra Mrs Liddell. No creo que le haya gustado que lo apartaran de las niñas. Y Menella no quería que pudiera traslucirse a futuro este aspecto belicoso de Carroll, ni aun en el caso de que hubiera sido una pequeña disputa. En fin, yo tampoco imagino que en el papel pueda estar escrito nada demasiado vergonzante para Carroll. Pero curiosamente, ¡eso me intriga todavía más!

—No tiene sentido darle más vueltas —dijo Seldom, poniéndose de pie—: espero que el jueves ya lo sabremos de puño y letra de Menella. Será casi como convocar a un fantasma.

—Esas malditas hermanas —dijo Josephine—: ¿pueden creer que cuando le preguntaron una vez a Menella por las páginas faltantes de los diarios ella contestó que antes de morir pensaba cortar muchas más? Ya Carroll, para nuestra desgracia, se reprimía a sí mismo demasiado: no necesitaba además arrancadoras de páginas.

Veinticuatro

A la mañana siguiente, cuando bajé a desayunar a la cafetería del college, alcé al pasar de uno de los revisteros un ejemplar de *The Oxford Times*. Quería saber si Anderson había publicado su artículo, pero ni en la primera plana ni en la sección policiales del interior aparecía nada que llevara su firma. Supuse que Sir Ranelagh habría llegado a tiempo con sus contactos para demorar por algún día más la publicación, aunque intuía que Anderson era de la clase de periodista que no sería fácil de acallar, y que no descansaría hasta publicar de una manera u otra su primicia. Esto me hizo recordar la frase curiosa que me había dicho sobre el cuervo en el paredón de la fábrica. ¿Cómo se habría enterado también de esto? No podía creer que Leyton se lo hubiera dicho, pero decidí de todos modos pasar por la oficina para preguntarle. Lo encontré absorto en lo que me pareció una lista de nombres, pero apenas advirtió que me acercaba a sus espaldas dio vuelta la hoja sobre el escritorio con un movimiento rápido para que no la viera.

—¿Qué es eso tan secreto? —le pregunté—. ¿La lista de invitados para tu fiesta de cumpleaños?

—Perdón —me dijo— pero no puedo comentarlo: es un documento clasificado.

—¿Puedo tratar de adivinar? Apostaría a que es una lista de nombres en código que encontraron en los cajones de Leonard Hinch. Y te pidieron que los descifres.

—No sé quién es Leonard Hinch —dijo Leyton y sostuvo con sus ojos impasibles mi mirada, dando pequeños tirones a su barba rojiza. Entendí que había acertado.

—Pero te convendría saberlo —dije—. Hinch fue el editor de todos los libros de la Hermandad Lewis Carroll. Si tuviera que elegir un código, ¿no te parece que habría recurrido al que inventó el propio Carroll? Raymond Martin

le dedica un capítulo entero en su libro de juegos y acertijos: es en el fondo un código de matriz alfabética, sólo te faltaría encontrar la palabra clave que usaba Hinch. Quizá valga la pena que lo mires.

Leyton me miró con algo de sorpresa y sorna, como si no esperara que por una vez yo pudiera decirle algo que no supiera.

—Supongo que gracias —dijo con un tono sarcástico, y me miró como si esperara a que me fuera.

—Hay un periodista de *The Oxford Times*, Anderson —dije—. ¿Es posible que haya venido por aquí estos días?

—Estuvo ayer, sí —dijo.

—¿Y te preguntó sobre el cálculo de ecos?

—No tuvo que preguntarme mucho: lo tenía delante de los ojos. —Y me señaló el pizarrón. No le había prestado atención al entrar, pero era verdad que allí estaba el dibujo, a la vista de todos, clarísimo para quien supiera ver: el rectángulo esquemático del cartel de publicidad, la altura en escala de la pared, y una hipérbola de puntos y pequeñas marcas en cruz con las inscripciones «*car*» y «*raven*».

—¿Pero te preguntó sobre tu conclusión? —insistí.

—Anderson es un tipo inteligente: fue compañero mío en los cursos iniciales aquí. Unió las piezas obvias y pudo sacar las conclusiones por sí mismo —me dijo de una manera críptica.

Me pregunté de pronto cuánto sabría Leyton de todo, o cuánto habría inferido de los trabajos que le encargaban. Decidí hacer un intento.

—¿Y cuáles serían tus propias conclusiones hasta ahora? Las piezas que pudiste unir por tu cuenta.

—No me interesa unir piezas. Pienso en cada trabajo que me piden por separado. Probé un día que un auto no había frenado, y ahora, otro día, debo ocuparme de una lista de nombres en código. Por supuesto que no puedo dejar de ver algunas otras cosas. —Y me miró con fijeza—. Sé, por ejemplo, que por una noche te llevaste la plaqueta de aquí, y sé también que a veces no ves lo que está delante de tus ojos. Pero como te digo, no trato de unir todas las piezas. En este trabajo podría ser incluso peligroso: la curiosidad mata al gato.

Me fui de allí con la sensación ambigua de haber sido vagamente amenazado, y caminé de regreso por la vereda de la tienda de Alicia, pensando todavía en esto. Me detuve un momento frente a la vidriera; los turistas se sacaban fotos por turno junto a las grandes figuras en cartón de Alicia y el conejo en su saco a cuadros. Me mezclé entre ellos y espí sin poder evitarlo a Sharon, que estaba ocupada adentro, y parecía atender a la vez a varias personas. La puerta se abrió de pronto con un tintineo de caireles y vi con sorpresa la figura vacilante de Raymond Martin, que avanzaba su bastón para bajar el pequeño peldaño a la vereda. También él pareció sorprendido al verme. Lo ayudé a bajar el escalón y me mostró de inmediato, con algo de niño feliz, el pequeño tesoro que había encontrado dentro de la tienda. Era una taza con la imagen de Alicia frente al gran árbol desde donde la miraba el gato de Cheshire.

—Lo maravilloso de esta taza —dijo— es que al echarle cualquier líquido caliente la imagen se desvanece, y sólo queda la sonrisa del gato. Pienso regalársela a Josephine como premio si nos derrota en la competencia del café con leche.

La forma en que pronunció el nombre de Josephine, con una vibración íntima y cálida, me hizo verlo de pronto bajo otra luz. Casi me sonreí involuntariamente: sí, era el tono inconfundible de alguien enamorado. Pensé cómo podría preguntárselo y decidí usar el método de Anderson.

—Entonces, ¿es verdad que usted y Josephine...?

Río y movió la cabeza.

—*Fue* verdad, hace demasiado tiempo. No sé quién se lo habrá contado. Hubiera debido verla a Josephine en esa época. Pero bien, cada tanto todavía me gusta elegirle algún regalo.

Le conté entonces que estaba leyendo su libro sobre Carroll y que no había podido resolver el acertijo «*To make the DEAD LIVE*».

—Pero no estará esperando que se lo resuelva yo, ¿no es cierto? Un matemático debe tener amor propio con sus problemas. Ese acertijo es particularmente interesante, porque Carroll se acercó al ocultismo al final de su vida. Participó en reuniones espiritistas y dijo incluso que había llegado a fotografiar fantasmas. «Hacer vivir a los muertos.» —Y se le escapó un pequeño suspiro por lo bajo—. A partir de cierta edad, ya lo verá, todos nos

volvemos un poco espiritistas y queremos revivir a nuestros muertos. El acertijo es un juego inocente de sustitución de letras, aunque, por supuesto, los juegos de letras pueden ser también muy serios: para insuflar vida a un gólem recordará que el rabino de Praga le escribía *emet* en la frente, la palabra hebrea para verdad. Y para convertirlo otra vez en barro bastaba quitarle la primera letra: *emet* se transformaba en *met*, muerte. ¿Y no son acaso nuestros lenguajes de programación al fin y al cabo los gólems de nuestra época, con sus instrucciones BEGIN y END de vida y muerte? Incluso, bien mirado, también nuestro ADN, y el código de toda vida biológica, es en el fondo un juego de permutaciones y sustituciones de unas pocas letras. De manera que creo que vale la pena que siga pensando por sí mismo el acertijo. Pero sí le voy a dar una ayuda. —Habíamos llegado a la esquina. Se detuvo un momento y me dio dos golpecitos en el hombro; apareció en sus ojos una mirada astuta —. Si no pudo llegar de DEAD a LIVE, tal vez puede intentar invertir las palabras y convertir LIVE en DEAD. Es muy difícil volver a la vida a los muertos, pero no tan difícil convertir a los vivos en muertos: se llama *asesinato*. —Y rio, como complacido de sí mismo, al ver mi cara de alarma y desconcierto.

Volví caminando lentamente y atravesé la senda sembrada de tumbas de la iglesia de Saint Giles hacia Banbury Road. No podía dejar de pensar en lo que me había dicho Leyton, como si fuera una advertencia, ni en la manera algo sardónica, casi de diversión privada, con que Raymond Martin había pronunciado la palabra asesinato. ¿Pero tenía algo de esto algún otro sentido? Traté de seguir la combinatoria de nuevas hipótesis que se me ocurrían, y que debía descartar por absurdas casi de inmediato. «Para quien no sabe dónde va, ningún viento es propicio.» Pero también era cierto, por desgracia, que para quien no sabe dónde va, la brisa más leve parece indicar un rumbo.

Al llegar a mi cuarto en el college volví a intentar el acertijo, dándolo vuelta, tal como me había sugerido Raymond Martin. Otra vez llené sin mucha más suerte varias páginas de ensayos fallidos a mitad de camino. En un momento, derrotado, solté las páginas acribilladas de palabras sobre la cama, junté varias monedas de un cuarto y decidí ir con un libro hasta el lavadero del

subsuelo para lavar toda mi ropa acumulada. De regreso, ya con la ropa limpia y seca, encendí el televisor para ver las noticias de la noche. Primero que todas, apareció en la pantalla la foto del rostro de Anderson, con su sonrisa irónica que parecía fijada para siempre y sus rulos grises indomables. No había vuelto a su casa desde el día anterior y lo estaban buscando con desesperación en toda la ciudad y los alrededores de Oxfordshire. Lo último que se sabía de él es que el día anterior se había ido de su oficina en *The Oxford Times* a las seis de la tarde. De modo que había vuelto al diario después de nuestro encuentro, pensé. Debajo de la foto figuraba un teléfono para quien pudiera comunicar cualquier dato. Me pregunté si debía llamar a ese teléfono y contar la conversación que había tenido con él. Pero esto, me dije, ya Petersen lo sabía. Me quedé absorto, mudo de pensamientos, mientras en la pantalla aparecían el resto de las noticias y los pronósticos del clima para la región. Miré las listas de palabras que había escrito unas horas antes como si fuera una máquina desquiciada, hice un bollo avergonzado con los papeles y los tiré a la basura. Pero aún con la luz apagada, y quizá porque me había saltado la cena, me perseguía esa pequeña intriga dentro de la intriga. ¿Es que ni siquiera aquello conseguía resolver? Encendí finalmente la luz, recobré las hojas del cesto y las alisé otra vez sobre la cama. Se me habían mezclado algunos papeles del día anterior. En los intentos de ir de «dead» a «live» había llegado a escribir:

DEAD

Lead

Lend

Land

Y al empezar al revés, en uno de los tantos ensayos de las páginas que acababa de tirar, había escrito

LIVE

Line

Lane

Junté las dos páginas y casi reí a solas. El acertijo, pensé, se había resuelto por sí mismo en la papelera. Pasé a una página en limpio, una debajo de otra, todas las palabras, con la lentitud algo sugestionada de un aprendiz de hechicero que escribe por primera vez una fórmula mágica.

LIVE

Line

Lane

Land

Lend

Lead

DEAD

Veinticinco

Apenas me desperté a la mañana siguiente encendí el televisor para ver las noticias. En los titulares, bajo un gran cartel de Missing, apareció otra vez la foto de Anderson, pero no parecía haber ningún progreso en la búsqueda. Sólo se comentaba que la policía estaba trabajando con documentos que se habían encontrado sobre su escritorio y sobre diversas pistas de casos «sensibles» que Anderson investigaba, entre ellos, una célula dormida de espías serbios, aunque sin dar ningún otro detalle que tuviera que ver con la Hermandad y el caso de las fotos. Supuse que la mano de Petersen y quizá alguna ayuda oculta de Ranelagh habían conseguido detener por un día más lo que muy pronto estallaría de manera inevitable. Mientras desayunaba en el comedor del college me di cuenta de que no podría concentrarme esa mañana de ningún modo en los problemas de matemática pendientes que habíamos discutido con mi directora: sólo quería que un salto instantáneo del tiempo me llevara directamente a la reunión de la Hermandad por la tarde. Miré por las ventanas. Era un día de sol con el cielo todavía bastante despejado, uno de los pocos días que quedarían de luz antes del otoño implacable. Desde el fin del verano, cuando había terminado la temporada de tenis, había hecho muy poco ejercicio físico, más allá de las pocas cuerdas en bicicleta cada día, y decidí salir a correr hacia Summertown hasta la rotonda de Kidlington para dar la vuelta al volver por el Parque Universitario y el borde del río. Me puse zapatillas y mis pantalones cortos de tenis. Al salir, el frío imprevisto y reciente de la mañana, como breves cuchillos en la espalda, me hizo apurar el paso. Corrí remontando Banbury Road y pronto dejé atrás la cortada de Cunliffe Close donde había vivido el año anterior y pasé, ya cerca de Summertown, por la puerta del pequeño supermercado donde el mismo indio taciturno vestido de blanco maniobraba la caja registradora. En el borde del camino hacia Kidlington enfrenté la corriente de autos que ingresaban a Oxford. Sentí, a

medida que se acompasaba mi respiración y que mi cuerpo, llevado livianamente en andas por las piernas, parecía desprenderse de mí, que también mis pensamientos empezaban a levitar, un poco siempre fuera de mi alcance, como si el paisaje animado que veía a mi alrededor no dejara del todo que ninguno arraigara. Vi los grandes carteles de publicidad de «It's *one* to remember» en la rotonda, y al dar la vuelta para regresar en el sentido principal del tránsito apareció, alto y severo, el largo paredón de ladrillos oscuros de la fábrica. Miré hacia arriba para intentar distinguir el nido del cuervo y se me cruzó otro de los acertijos de Carroll que había visto en el libro de Raymond Martin. «¿En qué se parece un cuervo a un escritorio?» Sí, ¿en qué se parecía el cuervo del paredón al escritorio de Hinch? En que Anderson supo de los dos, podría decir. Recordé su cara sardónica mientras me revelaba el contenido del escritorio de Hinch y me preguntaba sobre Kristen. ¿Qué habría conseguido sonsacarle a ella? ¿Y hasta dónde habría conversado con Leyton? Traté de apartar la red insidiosa de pensamientos que me devolvían una y otra vez por los mismos caminos que ya había intentado. Me había desacostumbrado a correr y empecé a sentir agujijones de cansancio en las piernas al trasponer la entrada del Parque Universitario. Pero aun así, boqueando un poco, logré atravesarlo hasta llegar del otro lado al borde del río. Me detuve un momento a recobrar el aliento en la fuente donde había encontrado a Henry Haas bajo la golpiza y me quedé mirando el paso sereno del equipo de regatas, con el giro sincronizado de los remos. Caminé un poco más por el borde del río hacia un lugar a lo lejos que parecía el embarcadero, donde se veían carteles de botes para alquilar. Una pareja ya algo mayor parecía discutir en el borde del muelle, como si no se decidieran a subir al bote. Al acercarme un poco más vi con sorpresa que eran los Raggio. Recordé que Ranelagh se había propuesto dar con ellos y me pregunté si estarían avisados de la reunión de la Hermandad. Los saludé de lejos y tardaron en reconocermme, pero cuando estuve más cerca Laura abrió los brazos, como si viera en mí una ayuda impensada y bienvenida. Les pregunté si estaban avisados de la reunión de la tarde. Claro que sí, me dijeron, habían recibido dos fotos en el mismo sobre y estaban tan asombrados e intrigados como todos. No se perderían por nada del mundo esa reunión. Vi sobre el banco, dentro del bote, un ramo de flores blancas y Laura siguió mi mirada.

—Es una coincidencia maravillosa que hayas aparecido justo ahora —dijo—. Hoy es el aniversario de la muerte de nuestra hija y todos los años venimos aquí a recordarla. Era su lugar preferido en el mundo. Desde que empezó a averiguar todo sobre el libro de Alicia nos pedía siempre que le hiciéramos el paseo en bote hasta Godstow, tal como lo hacía Carroll con las tres hermanitas. Con Albert, desde que ella no está, remamos siempre hasta el puente y arrojamos las flores al agua donde... —Su voz se quebró súbitamente pero logró recomponerse de inmediato—. Pero Albert acaba de lastimarse la muñeca al arrastrar el bote.

—Le estaba diciendo que de todos modos podría remar, sólo que quizá un trayecto más corto —dijo Albert con el orgullo algo maltrecho, mientras tentaba con cuidado entre dos dedos los extremos de la muñeca, como si se estuviera examinando a sí mismo—. El giro de la muñeca sería dextrógiro y ese movimiento todavía puedo hacerlo.

—Y yo le decía que de ningún modo quiero que la fuerce: es una vieja lesión que arrastra y le recrudece al fin del verano con cada mal movimiento. Pero ahora, por suerte, quizá podrías ayudarnos. Pensaba ir yo sola, pero tenía miedo de no poder remontarme contra la corriente en el regreso.

—Claro que sí —dije—. Y si remamos nosotros dos quizá podríamos ir los tres. Supongo que de alguna forma nos acomodaremos.

Albert negó con la cabeza.

—No es posible —dijo con algo de rencor—. Está prohibido que vayan más de dos adultos en estos botes tan chicos. Pero no hay problema: yo me quedaré aquí a esperarlos.

Apenas nos alejamos, con los primeros golpes de remo, y cuando todavía podía ver la figura de Albert frotándose la muñeca, Laura me hizo un gesto de complicidad entre benévolo y despectivo.

—Tiene a veces actitudes de chico terco —dijo—. Es ese estúpido orgullo masculino. Y después le tengo que abotonar la camisa y ni siquiera puede escribir las recetas de los medicamentos. Se comporta como si creyera de verdad sus teorías y sus emplastos y no fuera a envejecer. ¡Como si no hubiera ya envejecido todo lo posible! —dijo, algo escandalizada, y, de

inmediato, con una coquetería casi automática—. Él es muchísimo mayor que yo, aunque quizá ya no se note. —Y expuso su cara casi como un desafío para que yo juzgara—. Era uno de mis profesores en la universidad.

Le aseguré de todas las maneras que pude articular en mi inglés enrevesado que sí se notaba y que nadie podría dudarlo.

—¿Desde hace cuántos años están casados? —pregunté.

—Más de los que hubiera querido —dijo, como un chiste amargo—. Cuando Albertina murió estuvimos a punto de separarnos. —Hizo una pausa y su cara cambió, como si por primera vez se decidiera a hablarme realmente en serio—. Pero me di cuenta de que Albert, que la adoraba tanto como yo, era la única persona con la que podría hablar todavía de ella. El único con quien podría recordarla. Y supongo que a él le pasa lo mismo, aunque nunca lo pusimos en palabras. Entre los dos la mantenemos todavía viva, en algún sentido, por siniestro que pueda sonar. Todos los años traigo su cuaderno de dibujos y anotaciones y lo miramos juntos.

—¿Podría preguntar... cómo ocurrió?

—Fue un suicidio, aunque parezca increíble. Un día antes de cumplir los doce años. Se tiró del puente y aunque dos o tres personas la vieron caer, no pudo hacerse nada. La arrastró la corriente.

—¿Pero llegaron a saber por qué?

—Tuvimos... indicios. Pudimos reconstruir una parte de la historia. Creemos que se había enamorado de un hombre, de alguien adulto. Dentro de uno de sus cuadernos encontramos una foto de Carroll y otra de Alice que había pegado muy juntas una con otra. Había dibujado flechas que apuntaban a las figuras y había escrito «Me» y «Him». Yo noté que estaba cada vez más angustiada a medida que se acercaba su cumpleaños, no alcanzábamos a entender por qué. Pensábamos que tendría que ver con la pérdida de la infancia, o la inquietud típica hormonal en la inminencia de la pubertad, el crecimiento repentino del cuerpo. Pero después, cuando ya era demasiado tarde, nos dimos cuenta de que había leído en secreto una biografía de Carroll que encontró en nuestra biblioteca. En una de las páginas había subrayado una frase en la que se afirmaba que Carroll abandonaba a sus amiguitas cuando cumplían doce años. Tal vez este hombre, ese monstruo, también le había dicho algo así a ella. No supimos ver las señales. La noche anterior había

querido leerme en voz alta el capítulo en que Alice nada y casi se ahoga en el río que forman sus propias lágrimas y yo no quise atenderla, le dije que ya estaba grande y que podía leer a solas. Nunca me voy a perdonar por esto.

—Y de ese hombre, ¿llegaron a saber algo?

Negó con la cabeza.

—Suponemos que fue alguien que encontró cuando empezó a andar sola en bicicleta. Oxford nos parecía un lugar muy seguro, sobre todo en esa época, y ella se iba a veces por su cuenta a pasear una o dos horas. O quizá lo encontró aquí mismo, en el parque, le gustaba quedarse dibujando junto al río.

—¿Creen ustedes que era algo platónico, o bien...? —Y no me decidí a terminar la frase.

—Cuando encontramos esas fotos con las flechas llevamos el cuaderno a la policía y el inspector Petersen insistió para que hiciéramos la autopsia. Nadie la había tocado. Pero hay otras maneras de tocar profundamente a una niña en esa edad —dijo y vi que empezaban a asomar lágrimas a sus ojos—. Sólo que esas otras maneras ya no le interesan a la justicia. No hubo ninguna investigación. Nosotros intentamos todo lo que estuvo a nuestro alcance pero no pudimos llegar más lejos de lo que acabo de contarle.

—¿Y si ustedes llegaran a saber algún día quién fue ese hombre...?

—Lo mataría —dijo con una voz tajante, como si fuera una decisión inalterable que ya tenía tomada para el resto de su vida—. Lo mataría aunque fuera lo último que hiciera. Muchas veces, en todos estos años, me encontré imaginando distintas maneras en que podría matar a este hombre si alguna vez lo encontráramos. Nunca conversamos de esto con Albert, pero estoy segura de que él piensa como yo y que también, en el fondo, nos sigue uniendo esto: la esperanza de encontrarlo. No importa lo que yo piense ahora de Albert, pero sé que contaría con él. Sé que nos ayudaríamos el uno al otro para matarlo.

Dijo esto y quedó callada, como si estuviera separada del mundo y de las leyes de los hombres y no esperara que yo la comprendiera.

—¿Podría ver alguna foto de ella? —pregunté.

—Claro que sí —dijo, y desapareció la sombra de sus ojos—. Siempre llevo una foto de los tres conmigo.

Juntó los remos hacia delante y buscó dentro de su bolso. Me la extendió para que pudiera verla sin dejar de remar. En la foto Albert todavía tenía todo el pelo, y Laura resplandecía a su lado, ardientemente joven, con el pelo largo y suelto. Abrazaban uno a cada lado por los hombros a una niña que sonreía, radiante, sin sospechas de lo que vendría en su vida.

Traté de distinguir en las facciones, que quedaban algo movidas por la sonrisa, algún rasgo que me permitiera recordarla entre los retratos de Henry Haas. Pero la proliferación de esas caras en la pared, la fuerza bruta de la cantidad, había hecho que se anularan en mi memoria unas con otras.

—Era muy hermosa —sólo pude decirle—, y tenía tus mismos ojos.

Ella giró hacia sí la foto y la miró intensamente, como si todavía pudiera beber algo de esa imagen del pasado. Habíamos llegado bajo el puente. Laura guardó la foto, se inclinó a desprender la cinta que sujetaba el ramo y esparció las flores alrededor del bote. Las vimos alejarse de a poco en la corriente, flotando en una deriva que las separaba cada vez más unas de otras. Al seguirlas con la mirada vi que en una de las márgenes del río el bote del equipo de regatas se había detenido bajo unos árboles que se doblaban hundiendo sus ramas en el agua. Desde allí alzaban la mano hacia el embarcadero y parecían pedir ayuda dando grandes gritos. Remamos con todo el ímpetu que pudimos para acercarnos, hasta que apareció frente a nosotros aquello que señalaban y que emergía del agua a medias oculto entre las ramas y las hojas, con un movimiento leve y horroroso de boya suspendida: era una cabeza humana, con el pelo grisáceo y enmarañado, chorreante de agua. Tenía los ojos cerrados y un color entre azulado y ceniciento en la piel. Reconocí con incredulidad las facciones para siempre inmóviles de Anderson. Al mismo tiempo que nosotros, habían llegado corriendo por la orilla dos policías que reptaron entre las ramas con la intención de alzar el cuerpo para arrancarlo del agua. Uno de cada lado hundieron los brazos en el agua y también gritaron de pronto, entre la sorpresa y el horror. La cabeza estaba suelta, no había cuerpo por debajo. Uno de los policías pareció por fin recobrarse, la asió por detrás de las orejas y la alzó con cuidado entre las ramas, como si fuera un jarrón que pudiera romperse.

Miré a Laura Raggio. Parecía estar en alguna clase de trance. Todo su cuerpo temblaba y sus dientes castañeteaban. Me aferró convulsivamente del brazo y me pidió que la llevara junto a su marido. Remamos los dos con un impulso primitivo, despavoridos, como si pudiéramos escapar de esa imagen con sólo alejarnos de allí. Cuando el bote pisó la orilla y Albert le tendió la mano para que bajara, ella se derrumbó llorando en sus brazos. Decidí irme y dejar que ella se lo explicara todo: quería, sobre todo, encontrar a Seldom, lo antes posible. Corrí hasta el Instituto de Matemática y subí de dos en dos los escalones hasta su oficina. La puerta estaba entreabierta y Seldom estaba ensimismado delante de una fórmula en el pizarrón. Miró con sorpresa mi cara, que seguramente estaba todavía desencajada. Le dije, con la respiración entrecortada, y todavía agitado:

—Usted tenía razón: mataron a Anderson. Acaba de aparecer en el río: ¡le cortaron la cabeza!

—¿Le cortaron la cabeza? —dijo Seldom con incredulidad, como si no estuviera seguro de lo que escuchaba o temiera alguna clase de broma macabra.

Le conté entonces el encuentro con los Raggio, el trayecto en bote hasta el puente y la cabeza de Anderson que flotaba entre las ramas.

—Usted tuvo razón dos veces —dije—. El siguiente era Anderson y tuvo también una muerte como en el libro de Alicia.

Seldom negó con brusquedad, como si lo hubiera recorrido un escalofrío.

—No —dijo—: es al revés. Estaba equivocado de principio a fin. No tuve razón en nada. ¡En nada!

Nunca había visto antes a Seldom así. Parecía a la vez terriblemente consternado y disgustado con sí mismo, como si una vez más fuera culpable en algún sentido de la dirección imprevista de los hechos que no había sabido prever. Se dejó caer, abrumado y abatido en su sillón.

—Déjeme solo por favor —dijo—. Necesito pensar. Pensar desde el principio todo otra vez. Ojalá pueda darle algún sentido a esto antes de la reunión de la tarde.

Veintiséis

Apenas cerré la puerta de la oficina y mientras bajaba la escalera, me di cuenta de que en la ansiedad por darle la noticia a Seldom no había llegado a preguntarle si había logrado convencer a Kristen de que fuera a la reunión de la Hermandad. Estuve a punto de volver sobre mis pasos, pero el gesto indudable con que Seldom me había indicado que prefería estar solo me hizo desistir. Pensé que al fin y al cabo me enteraría en apenas unas horas. Volví al college y mientras me desnudaba para ducharme, encendí el televisor y busqué el canal de noticias. Una reportera de pie junto a la enramada del río entrevistaba a uno de los chicos del equipo de regatas y repetía cada tanto, con la voz a duras penas contenida por la excitación, que ése era el lugar exacto donde se había encontrado la cabeza seccionada de Anderson, y que nada se sabía aún del resto del cuerpo. Las imágenes mostraban al equipo de buzos de la policía en sucesivas inmersiones y cada tanto volvían al estudio, desde donde se repasaba, con el retorno cíclico de las mismas tres o cuatro imágenes, la carrera periodística de Anderson. Curiosamente, sólo seguían repitiendo que una de las últimas investigaciones periodísticas de Anderson, todavía sin publicar, tenía que ver con una célula de espías serbios en Oxford, y nada decían de la muerte de Hinch y las fotos de niñas desnudas. Pasé por alto el almuerzo y en las horas que siguieron ya no pude despegarme de la pantalla. Alternaba con el control remoto de uno a otro los canales locales, a la espera de que asomara por ese rectángulo, en algún momento, aunque sólo fuera un pequeño dato más. Apagué el televisor cuando llegó la hora en que debía salir para la reunión. Al pisar otra vez la calle me maravilló un poco que la tarde tuviera la quietud de siempre, que los estudiantes me cruzaran pacíficamente con sus bicicletas, que no hubiera corrillos en las esquinas comentando el caso o en la búsqueda de espías serbios, ni tampoco nubes de periodistas en la entrada de Christ Church, acechando la llegada de Petersen.

En los noticieros habían prometido una y otra vez la palabra del inspector pero en todo ese tiempo nadie había logrado dar con él. Aunque algo sí se había alterado en el college después de todo: vi en la casilla de ingreso, junto al conserje, a un policía uniformado que me preguntó adónde me dirigía. Por suerte el inspector Petersen había logrado deletrear lo suficiente de mi nombre como para que pudieran reconocerme en la lista y dejarme pasar.

Al subir al salón de la Hermandad, ya el inspector Petersen y Sir Ranelagh estaban sentados junto a la cabecera de la mesa, conversando en voz baja entre sí, y casi todos los demás estaban también allí, aunque todavía de pie, en la lenta evolución desde las jarras de café hacia las sillas. Seldom todavía no había llegado y tampoco estaba Kristen. Me senté otra vez frente a los Raggio y le pregunté a Laura si ya estaba bien. Por supuesto que sí, me contestó el esposo por ella, él se había asegurado de darle un calmante. Algo en su tono parecía marcarme que no aprobaba que me dirigiera de manera directa a ella, o bien que me hacía responsable por el episodio del bote. Laura me sonrió débilmente por detrás, como si no tuviera fuerzas para nada más: parecía haberse marchitado de una manera alarmante en esas pocas horas. Al otro lado de la mesa Josephine era la única que se veía animada. Se había vestido enteramente de rosa y parecía haber pasado también por la peluquería: su pelo blanco tenía algo enhiesto, livianamente sostenido, de copo de algodón azucarado. Alcancé a escuchar que le repetía a Henry Haas con entusiasmo todos los detalles truculentos que los noticieros habían revelado sobre el hallazgo en el río. Thornton Reeves también la escuchaba a medias, aunque con algún disgusto y en completo silencio.

—¿No es raro que Arthur se demore así? —dijo Raymond Martin y señaló la silla libre a mi lado—. ¿Lo vio usted en el Instituto?

Asentí y dije que a mí también me parecía extraño y que tampoco lo había visto en el camino. Sir Ranelagh miró su reloj y recorrió la mesa en un vistazo rápido.

—Podemos darle un minuto más —dijo—. Aunque, speaking of the devil...¹¹

Seldom cruzó rápidamente desde la puerta; apenas alzó y bajó la cabeza en señal de saludo e hizo un gesto vago de disculpas con una mano. Tenía una expresión algo atormentada en la cara, que le había visto algunas veces, y

también a muchos otros matemáticos: la expresión de quien no ha logrado deshacerse del todo de la tortura de un cálculo que no es todavía el correcto, de un cabo suelto exasperante que impide la demostración acabada de un teorema. Sospeché que Seldom no había ido a ningún lado desde que había cerrado la puerta de su oficina. Que hasta último momento había estado hundido en su sillón persiguiendo el hilo de un razonamiento que una y otra vez se escapaba, y algo de ese fastidio y esa irritación mental todavía lo acompañaban ahora.

—Creo que ahora sí estamos todos —dijo Sir Ranelagh—. Aunque... ¿no iba a venir también Kristen Hill? —Y Ranelagh miró en interrogación a Seldom.

Hubo un silencio y Seldom pareció salir con brusquedad de su ensimismamiento.

—No logré convencerla de que viniera hasta aquí —dijo—, pero me prometió que enviaría el papel con una carta de disculpas. ¿No llegó acaso la carta?

—No hasta ahora —dijo Ranelagh—. Pero en fin... —Y consultó con la mirada al inspector Petersen—. Supongo que podemos empezar de todos modos.

—Claro que sí —dijo Petersen y puso sobre la mesa un gran sobre de papel madera—: lo más importante ya me lo dio esta chica en el hospital y está aquí adentro: la primera de las fotos.

Extendió sobre la mesa la miniatura coloreada de Beatrice Hatch sentada contra un árbol y todas las caras se tendieron hacia delante en el esfuerzo por dar un vistazo.

—Esta foto —dijo sobriamente— la recibió Kristen Hill la mañana en que la atropellaron, dentro de un sobre blanco sin marcas. Tenemos buenos motivos para creer que no la embistieron por accidente esa noche.

Antes de que nadie pudiera decir nada, mostró a continuación la foto de la pequeña Evelyn recostada en el bosque.

—Y esta segunda foto —dijo— la encontramos dentro de la caja de bombones con que fue envenenado Hinch.

Un sobresalto y una ola de murmullos recorrió la mesa.

—Sí —dijo Petersen—. Ocultamos la verdadera causa de la muerte por precaución, y hasta el límite que nos permite nuestro protocolo, pero ustedes deben saberlo: Leonard Hinch fue envenenado con una caja de bombones que le llegó a su oficina. Una caja con una tarjeta sin nombre de la Hermandad. El periodista Anderson, que todos ustedes conocieron, por alguna filtración en la morgue se enteró de esto hace unos días, e iba a revelarlo en los diarios. En fin, ya se habrán enterado, creo, de que esta mañana la cabeza de Anderson fue encontrada en el río. Lo que quizá no sepan es que durante el análisis forense, al separarle las mandíbulas para examinar la boca por dentro, encontramos una papilla de papel, como si antes de matarlo le hubiesen hecho masticar una foto. No pudimos reconstruirla del todo, pero algunos pequeños fragmentos parecen indicar que es, como las otras, la foto de una niña desnuda. Y tenemos, además, y por eso los cité hoy aquí, las fotos que recibieron ustedes.

Petersen volvió a meter la mano dentro del sobre y separó una tras otra encima de la mesa una sucesión de pequeños rectángulos.

—Las hice examinar en el laboratorio y por desgracia no pudimos encontrar huellas ni pistas que puedan ayudarnos demasiado. Todas parecen haber sido recortadas cuidadosamente con tijera del mismo libro de fotos: algún ejemplar de tapa dura de la colección que compiló Henry Haas.

El inspector hizo un gesto con la mano hacia el lugar donde estaba sentado Haas. Todas las miradas convergieron sobre él. Lo vimos enrojecer de golpe. Ya quedaban pocas huellas de la golpiza en su cara lisa y extrañamente juvenil. Tomó un par de las fotos que estaban a su alcance y señaló el grosor en el filo.

—Se lo dije yo mismo al inspector —dijo, casi como si debiera probar su inocencia—. Incluso la foto que me llegó a mí era de mi propio libro. Hinch usaba siempre el mismo gramaje de papel y la calidad de la impresión fotográfica es inconfundible.

—Sí —suspiró por lo bajo Raymond Martin, como un pequeño homenaje póstumo—. A pesar de todo, Leonard siempre tenía buen papel.

—Mis hombres están recorriendo todas las librerías de Oxfordshire para rastrear a los que hayan comprado ese libro con tarjeta de crédito. Pero lo más probable es que, quien fuera que esté detrás de esto, haya comprado el libro en efectivo y debemos apelar a la memoria de los libreros. No tenemos muchas

pistas —reconoció, algo abatido—. Por eso quise reunirlos, con la esperanza de que ustedes, como los máximos expertos en Carroll, puedan decirme algo más sobre lo que podrían significar estas fotos. O inferir, a partir de lo que les dije, algo que a nosotros se nos esté escapando.

Sir Ranelagh lo miró, como si le pidiera permiso para añadir algo más.

—Quizá también deberíamos dar a conocer para todos una coincidencia bastante asombrosa que señaló Arthur: el auto que atropelló a Kristen apareció de la nada y la hizo volar por el aire, igual que al pobre Bill en el libro de Alicia: «*Something comes at me like a Jack-in-the-box, and up I goes like a skyrocket!*». A continuación, en el segundo ataque, el veneno elegido para los bombones de Hinch fue una sustancia llamada aconitina, que tiene un efecto atroz, pero curiosamente semejante en los síntomas al bizcocho de Alicia: la víctima siente que su cabeza y sus extremidades crecen y se expanden de pronto como si fueran a explotar. Y en fin, el caso de Anderson, no necesito decirlo, es el más brutal pero también el más claro: le cortaron la cabeza. «*Off with his head!*», como pedía la Reina de Corazones.

—Habrá que releer *Alicia* para saber qué muertes nos esperan —dijo Josephine, con un humor casi festivo que nadie pareció compartir.

—También nos estamos ocupando de eso —dijo Petersen—. Quiero decir: yo mismo releí el libro y anoté muy seriamente varias posibilidades. Pero les agradecería si ahora, en principio, pudieran dar una mirada a estas fotos y comentarme cualquier hipótesis que se les ocurra.

Todos se inclinaron con curiosidad sobre la mesa para recorrer las imágenes. Vi que incluso Seldom parecía salir de su letargo y recorría la fila de fotos como si buscara algo que no estaba del todo allí. O en realidad, me di cuenta, sólo las estaba contando.

—¿Cuál es la foto que le enviaron al Príncipe? —preguntó de pronto.

—¿Le enviaron también una de estas fotos al Príncipe? —dijo Josephine, cada vez más complacida.

Hubo un silencio expectante y Petersen le dirigió a Seldom una mirada severa.

—No está aquí. Y habíamos convenido en no decir nada de esto —le dijo indignado—. Pero en fin, ya que usted lo mencionó, puedo decirles que es una de las más famosas de Carroll: la foto de Alice como mendiga.

—¿Príncipe y mendiga? —dijo Josephine, como si intentara asociaciones en voz alta—. Tendría su sentido: después de todo Mrs Liddell aspiraba a que su hija se casara con el Príncipe Leopold en aquel tiempo. Y era la foto de la que Carroll estaba más orgulloso. Parece una buena elección para un *royal gift*.

Petersen retomó la palabra, con un tono vagamente admonitorio.

—Hay una enorme preocupación en Palacio por estos hechos y por lo que podría representar la aparición de estas fotos para la figura del Príncipe, sobre todo cuando la prensa amarilla empieza a divulgar que es el presidente honorario de la Hermandad. Están siguiendo muy de cerca cada paso que damos. Iban a enviar un alto oficial del MI5 hoy a Oxford pero alguien allá arriba recordó que Sir Ranelagh es quizá el mejor hombre en el que podrían pensar. Y bien —dijo, y sacó un pequeño cuaderno de anotaciones—. Quisiera escucharlos ahora.

Veintisiete

Raymond Martin tomó un par de fotos de la mesa y las volvió a soltar con cierto desdén, como si no necesitara volver a confirmar algo ya demasiado conocido.

—Supongo que podría empezar yo, que soy seguramente el más viejo entre los que no usan tintura. Repetiré en todo caso lo que ya escribí muchas veces sobre este asunto. Carroll tomó a lo largo de su vida unas dos mil quinientas fotografías, una cantidad enorme para la época por las dificultades técnicas que suponía cada toma. Le interesaron al principio paisajes, edificios, e incluso hizo una serie de esqueletos de animales, por encargo de los científicos de la universidad. Pero pronto se dio cuenta de que los retratos de personajes famosos y de las celebridades de la época podrían vincularlo con estratos más altos de la sociedad. Era ante todo un snob y encontró en la fotografía un modo indirecto de codearse con la alta sociedad. La gran mayoría de sus fotos no fueron tomadas a niños sino a personajes de la época o a grupos familiares. Dentro de la porción pequeña que corresponde a sus retratos infantiles, casi todas las fotos son de niños con diferentes disfraces, todos muy bien abotonados y cubiertos hasta el cuello de ropas y ropajes. Las sesiones de fotos las hacía casi siempre en presencia de los padres, quienes recibían luego todas las copias. Jamás ninguno de esos padres dio a conocer ninguna disconformidad. Curiosamente, la época victoriana, tan denostada por su rigidez moral, no tenía el resquemor y las preocupaciones de nuestros días por los desnudos infantiles. Era común que los niños corretearan desnudos en presencia de otros adultos, y que los divirtiera quitarse toda la ropa durante las sesiones de fotos con disfraces. El mismo Carroll comenta esto al pasar en su diario. Aun así, y a pesar de contar, digamos, con todas las facilidades de la época y la confianza que despertaba en los padres, las fotos de desnudos totales, o, como decía él, en «vestidos de nada», son poquísimas: no era de

ningún modo algo a lo que se dedicara de manera sistemática, o que buscara todo el tiempo, y mucho menos, que quisiera ocultar o que resultara vergonzante para nadie. Creo que en esta mesa, y lo podrá decir después mejor Henry, están reunidas casi todas las fotos de desnudos infantiles que tomó en su vida. Son apenas un puñado. Todas las niñas que fueron sus modelos, y también los padres, escribieron después sobre la relación con él sin mencionar jamás ninguna impropiedad. Más aún: Carroll exhibía públicamente y con mucho orgullo algunas de estas fotos. Cuando por fin conoce a Tennyson, que era su celebridad más codiciada, le lleva en ofrenda la foto de Alice como mendiga y anota envanecido en el diario el comentario que recibió del poeta laureado: «La imagen más sublime que ha visto en su vida». Sólo a partir de 1950 se empezó a conjeturar que quizá el interés de Carroll por los niños no fuera del todo inocente. Todos aquí, creo, sabemos muy bien esto, pero naturalmente, no podemos esperar ni contar con que fuera de nuestro círculo el común de la gente, si estas fotos salen todas juntas a la luz, no razonen con los prejuicios y reflejos automáticos de esta época y salten de inmediato a la conclusión más burda, y a defenestrar la figura de Carroll como un abyecto pedófilo. Supongo que cuando estas fotos aparezcan con las fanfarrias del asesinato y del escándalo, nadie se detendrá en esa sutileza que es la verdad. En cuanto a los crímenes, sospecho, no son sino eso: una manera atroz, pero en estos tiempos quizá la única efectiva, de sobresalir, el gran golpe de gong, para poner bajo la atención de todos, allí afuera, estas imágenes. Ahora bien, por qué alguien querría cargar contra la figura de Carroll, o bien contra nuestro triste grupo de viejos de este modo, es algo para lo que no se me ocurre ninguna respuesta.

Miró a ambos lados, como si esperara que alguien lo secundara o lo rebatiera. Ví con alguna sorpresa que el inspector Petersen se había calzado unos lentes gruesos y estaba tomando realmente notas en su cuaderno, con algo de escolar lento pero aplicado.

—Podría coincidir en casi todo con lo que dijo Raymond respecto de los desnudos y semidesnudos infantiles —dijo Thornton Reeves—. Y aun así... —Alzó de la mesa la foto trucada en que Carroll estrechaba a la pequeña Alice y la paseó en la mano frente a todos para que pudiéramos mirarla otra vez—. Aun así, creo que esta foto falsa captura quizá mejor que cualquiera de

nuestros libros verdaderos la relación de Carroll con las niñas: intensa, pasional, a milímetros de volverse carnal. A diferencia de otros adoradores de niños, Carroll era estrictamente heterosexual. Escribió alguna vez: «Me gustan los niños, excepto los varones» y en las esquelas que enviaba a las madres para encontrarse con sus pequeñas hijas insistía, con una franqueza que ahora sería alarmante, en que fueran a visitarlo a solas porque, decía, sólo así «se podía conocer su verdadera naturaleza». Creo que la fotografía, recién inventada en esa época, le dio el instrumento ideal para acercarse físicamente hasta su propio límite. El ritual de la preparación, el lento arreglo y retoque de la pose, ¿no era a la vez una coartada natural, una justificación a sus propios ojos irreprochable, para acercarse, para extender la mano, para subir o quitar ropas y, sobre todo, *tocar*? Es cuando empieza a sacar fotografías de las pequeñas Liddell que aumentan las recriminaciones a sí mismo en su diario, las súplicas de perdón a Dios, los remordimientos. Yo hice incluso una curva matemática que revela el crecimiento de sus rezos durante ese tiempo, tal como los anotaba en su diario, con un máximo en el período en que se distancia de los Liddell. La época admitía, tal como dijo Raymond, el desnudo idílico infantil, a la manera supuestamente edénica, si alguna vez existió ese estado, despojado de segundas intenciones. Pero también, he aquí la paradoja, la misma época admitía el enamoramiento de un adulto con una niña, bajo la forma de un matrimonio pactado a futuro, con la perspectiva perturbadora de una muy pronta consumación. El propio Carroll tenía un primo atormentado, ansioso por casarse con una niña de once años, al que le escribe una carta muy prudente y le aconseja apartarse de la niña y esperar un año más para el matrimonio. ¿Lograba contenerse también él? Hay muchos poemas de amor que escribía a niñas de la época, a veces detrás de las fotografías. Podrían quizá disculparse como un exceso de retórica lírica, pero leídos hoy, todavía parecen bastante encendidos. ¿Se atuvo verdaderamente a un límite? Quizá sí, quizá no. Todavía no tenemos sobre esto una respuesta definitiva.

—Yo, en cambio, haría una diferencia de épocas —dijo Josephine—. A mí me llama la atención el período en que ya era un personaje reconocido y volvió a hacer fotos de desnudos infantiles. Recordarán que gestionó un permiso bastante complicado durante dos años para que lo dejaran instalar un estudio privado sobre los cuartos de su college. ¿Por qué querría un lugar tan

privado si ya ni siquiera tomaba tantas fotografías en esa época? Pudo usar por muy poco tiempo ese estudio porque corrió cierto rumor sobre las libertades que se tomaba con sus pequeñas modelos. Verdaderos o falsos, esos rumores lo decidieron a abandonar para siempre la fotografía.

—Creo que esto se está convirtiendo rápidamente en un juicio a Carroll —dijo Albert Raggio—, y aunque en vida Carroll amaba los juicios y no se perdía ninguno, hasta el punto de que también incluye un juicio satírico en Wonderland, no creo que le hiciera mucha gracia sentarse en el banquillo de los acusados en nuestra época. Pero supongo que el inspector espera de nosotros alguna pista sobre qué clase de persona podría estar enviando estas fotos, más que disquisiciones sobre las costumbres sexuales de la época victoriana. Me parece importante retomar la pregunta de Raymond: ¿por qué alguien querría intentar sacar a la luz de una manera tan... estentórea este aspecto de Carroll? Se me ocurren dos clases de personas o más bien de personalidades casi opuestas. Podría ser, por supuesto, alguien que en la niñez haya sido víctima sexual de un adulto con características similares a las de Carroll, en cuanto a su encanto e ingenio. Alguien que hubiera sufrido en silencio durante muchos años y viera en Carroll y también en nuestra Hermandad, que de algún modo ampara su figura, la perpetuación de la impunidad con respecto a esta clase de crímenes. Alguien que se hubiera enterado de que publicaríamos los diarios, de que otra vez saldría bajo una luz benevolente la historia de amor de Carroll y Alice, el relato indulgente de su amistad con niñas, y estalló de furia de esta manera. Mi esposa y yo podríamos ser buenos candidatos para esta clase de odio, porque nuestra hija, ya todos lo saben, fue de alguna manera que todavía desconocemos una de estas víctimas. Pero, no necesito decirlo, también a través de nuestra hija amamos a Carroll, o al menos sus obras, y entendemos perfectamente las diferencias de época. Por nuestra parte, y para que lo asiente el inspector en su cuaderno: no queremos más que ajustar cuentas con una única persona, por desgracia contemporánea. No perderíamos tiempo en otros asesinatos. En cuanto a la otra personalidad posible: imaginemos a un hombre que tenga las mismas inclinaciones que Carroll, sólo que nacido en nuestro tiempo. Imaginemos que, también como Carroll, nuestro ciudadano X fue arrancado de una infancia feliz en un ambiente piadoso para ser arrojado como pupilo en

uno de nuestros horrorosos colegios secundarios de varones. Y que fuera alguien de contextura débil y crecimiento tal vez retardado, que no puede defenderse de los golpes y de las humillaciones sexuales. Imaginemos el contraste feroz entre su sensibilidad todavía infantil y los ritos brutales de iniciación a que eran sometidos hasta no hace tanto los novatos. La violencia, la sordidez, la vileza asociada a lo sexual, le provocan para siempre un trauma y se repliega a su paraíso perdido, al recuerdo de los juegos y de su vida infantil. Se dedica, ya de adulto, a otros juegos: quizá a la matemática o a la lógica; quizá a la magia o al bridge, al scrabble o al ajedrez. Juegos admitidos por la sociedad adulta, aunque juegos al fin. Por supuesto, las mujeres no le prestan atención, por su modo aniñado y también, posiblemente, por su timidez morbosa. Pero recuerden que nuestro hombre, también como Carroll, es heterosexual. De una manera consciente o inconsciente empieza a acercarse a niñas y descubre, quizá por accidente, que con las niñas sí tiene una oportunidad, que ellas aprecian su clase de humor, o sus juegos, o su aspecto de niño envejecido y triste.

No pude en ese momento evitar mirar a Henry Haas, que parecía petrificado y encogido en su silla, con la mirada baja. Me pregunté si Raggio no estaba hablando ahora directamente de él y por un momento perdí el hilo. Todos, e inclusive Seldom, estaban capturados por los ademanes de Raggio, que parecía haber invocado a una criatura convincente, a punto de ponerse de pie y dar sus primeros pasos.

—Nuestro hombre —siguió Raggio— no piensa estar haciendo nada malo: ama con limpidez a las niñas, su conducta hacia ellas es inocente y quizá de verdad no les tocaría un pelo, porque todo lo que pueda llevar al contacto físico, y a la idea de lo sexual, recordemos, le provoca rechazo, y el recuerdo de sus años de horror. Pero por desgracia para él, los padres de esta época no son tan confiados como en los tiempos de Carroll. Ahora ya es inmediatamente sospechoso que un adulto se detenga a hablar con un niño. Es posible que más de una vez lo hayan señalado, acusado, amenazado. Y desde ya, nuestro hombre no puede conversar con niñas a la luz del día, como hacía Carroll, ni mucho menos llevarlas en bote a solas por el río. Tal vez Carroll sea para él su héroe secreto y a la vez siente cada día una injusticia que lo atormenta: ¿por qué a Carroll sí se lo permitían y a él no? ¿Por qué a él sí se lo perdonaba y se

lo justificaba? ¿Por qué podía sacar fotos de niñas semidesnudas y ostentarlas entre los grandes poetas de Inglaterra, mientras que él, que quiere mucho menos, es señalado y perseguido? Ningún monstruo quiere estar en soledad, aun el ser más abyecto tiene su justificación íntima y busca sus pares: la confirmación en los otros de que también él pertenece al género humano. Nuestro hombre siente que Carroll era otro como él y quiere mostrar esto en blanco y negro a la sociedad actual, de una manera que sea inolvidable. Y cuando estos crímenes se publiquen mañana en los diarios y estas fotos de Carroll entren en todas las casas y sean miradas por miles y miles, se sentirá un poco menos solo y pensará que a su modo ha hecho algo de justicia.

—¿Eso cree verdaderamente? —dijo el inspector Petersen, alzando los ojos del cuaderno y algo divertido—. ¿No le parece demasiado retorcido?

—Es una conjetura —dijo Raggio, algo molesto y herido en su orgullo—. Y en cuanto a retorcido, querido inspector, podría decirle, variando apenas una frase de Lenin, que la psiquis humana tampoco es la avenida Nevsky.

—Tal vez la intención de las fotos sea otra —dijo de pronto Henry Haas con su voz tímida, y siguió, abriéndose paso en el silencio repentino, como si lo sorprendiera a sí mismo estar hablando en voz alta pero ya no pudiera refrenarse—. Tal vez la intención de las fotos sea justamente la opuesta. Casi sin darnos cuenta hemos desarrollado en la Hermandad la necesidad de excusar a Carroll, de ocultar o disminuir hasta donde nos resulta posible esta faceta de su vida. Por ejemplo, en el afán de probar que sus fotos de desnudos infantiles son apenas un puñado dentro de la inmensa cantidad que hizo en su vida. Esto es verdad, sí: Carroll llevaba un registro maniático que pudimos reconstruir de cada una de sus sesiones y sólo fueron ocho en total con fotos de desnudos a lo largo de veinticinco años. En esta mesa están reunidos casi todos sus desnudos infantiles, al menos los que podrían considerarse ambiguos en algún sentido, ¡porque también fotografió bebés! Como pueden ver, estos desnudos están lejos de ser escandalosos. Pero si se quiere ser lo bastante suspicaz, aun esta cuestión de la cantidad podría verse de otro modo: al principio, cuando Carroll empezó con la fotografía e hizo sus primeros semidesnudos, era de buen tono emular las pinturas clásicas y las túnicas que dejaban ver las formas femeninas: los reyes de Inglaterra bendijeron en esos años las fotos de querubines y desnudos infantiles de Oscar Gustav Rejlander,

e incluso compraron algunas de sus obras para el Palacio. Carroll, entonces, podía imitar a Rejlander y sentirse seguro, dentro del amparo insospechable del gran arte que consumía la realeza. Pero pocos años después, con el desarrollo de la fotografía comercial, todo cambió, y la sociedad victoriana empezó a ejercer una férrea censura sobre las fotos y postales que se exhibían en la vía pública. Se creó la Sociedad para la Supresión del Vicio, que incluso patrullaba las calles para requisar de las tiendas y de las vidrieras toda imagen que tuviera algún desnudo parcial. Quizá, nunca lo sabremos, durante ese período Carroll hubiera querido proseguir con sus desnudos, y ya no se animaba. Sin embargo, unos años después, en un nuevo cambio de aires, el desnudo infantil volvió a resurgir de una manera imprevista en el arte, con las ilustraciones de las postales navideñas y el mundo feérico de Gertrude Thomson, sus dibujos gráciles de hadas y ángeles. Apenas Carroll vio que se reabría esta posibilidad, trató de acercarse a Thomson, porque veía en ella un espíritu gemelo en la manera de pensar sobre los niños. Se propuso conocerla, y no sólo lo logró, sino que congeniaron hasta el punto de que colaboraron en sesiones conjuntas. E hizo luego en sucesión casi todos los desnudos infantiles que se conocen. ¿Qué es lo que quiero decir con esto? Quizá las fotos de desnudos de Carroll fueron pocas porque era una actividad de doble filo que estuvo censurada durante buena parte de su vida como fotógrafo. Pero la cantidad no creo que cambie la cuestión esencial: que para Carroll la desnudez infantil era el emblema de la inocencia, y la forma más pura de la expresión humana. Algunas de sus fotos han sido directamente malinterpretadas: la de Alice como mendiga siempre se exhibe a solas, pero forma parte de un díptico de intención moral, como era costumbre en la época. Hay otra foto de Alice vestida en sus mejores ropas que complementa a ésta, como dos caras de una moneda. Y sobre todo, como bien dijo Raymond, Carroll estaba absolutamente orgulloso de sus desnudos infantiles: no hay ninguna culpa por su parte respecto a estos desnudos y semidesnudos. Y por eso tampoco deberían atribuirse tan rápido a una inquietud sexual los remordimientos y súplicas que expresaba en sus diarios. Parece mucho más posible incluso que tuvieran más que ver con su desatención a las tareas académicas y su crisis en torno a su ordenación religiosa. Por todo esto digo que quizá quien envió estas fotos comprende más profundamente que nosotros

a Carroll y está pensando del modo opuesto al que creemos. Quizá, tal como hizo el sobrino en la primera biografía, quiere exaltar y volver a revelar para esta época la belleza en la pura forma infantil, recordarnos qué eran los niños. Quizá sea no un émulo envidioso, sino un admirador auténtico de Carroll, que quiere restablecer ese vínculo de contemplación subyugada, alguien que también ve a los niños como ángeles y ni siquiera pensaría jamás en ponerles una mano encima.

Haas calló de pronto, como si en su arrebató hubiera ido demasiado lejos y algo de sí y de su secreto hubiera quedado al descubierto. Hubo un silencio incómodo. Petersen alzó la vista de su libretita y pasó hacia atrás un par de páginas.

—Veamos qué es lo que pude aprender hasta aquí —dijo con cierta ironía—. De acuerdo a lo que fui anotando tenemos entonces que Carroll hizo apenas un puñado de fotos de desnudos infantiles pero hubiera querido quizá hacer muchas más; que dejó de hacer esas fotos en períodos de censura y volvió a intentarlas apenas cambiaron los aires de época. Que hacía esas fotos delante de los padres de los niños pero a veces a solas y gestionó un permiso complicado durante dos años para tener un estudio de absoluta privacidad sobre sus cuartos del college. Que su actividad fotográfica con los niños era absolutamente inocente pero que a la vez registró durante ese período el pico máximo de remordimientos en su diario íntimo. Que estas recriminaciones a sí mismo en su diario podrían ser de índole sexual pero a la vez podrían no ser de índole sexual, sino simples faltas de atención a sus tareas académicas y teológicas. Que no hay ningún registro de los niños con quienes trató ni de los padres sobre conductas impropias, pero al mismo tiempo podía con impunidad arreglarles y quitarles la ropa a las niñas, y señalarles toda clase de poses mientras estaban desnudas. Que el desnudo infantil correspondía en su época a un ideal edénico pero que a la vez en esa misma época esas mismas niñas podían tomarse a los doce años como esposas e incluso comprometerse en matrimonio todavía más pequeñas. Que su relación con las niñas fue descrita como una mera amistad, pero también que se enamoraba de ellas y les escribía poemas encendidos por detrás de las fotos. Que escribió la frase «me gustan los niños, excepto los varones», quizá como un chiste, pero quizá no. Que sólo a partir de 1950 se empezó a sospechar de que Carroll pudiera ser pedófilo,

pero que dejó de hacer fotografías debido a los rumores sobre su estudio privado. Que hizo una fotografía de Alice semidesnuda exhibiendo un pezón, pero debe ser vista en contexto con otra donde está vestida como una niña rica. Y en cuanto al perfil del probable asesino, podría ser o bien alguien que odiara a Carroll hasta el aborrecimiento, o que lo admirara hasta la envidia.

—Me parece un resumen bastante justo y no deberían sorprenderle las contradicciones, inspector —dijo Laura Raggio con voz inesperadamente firme—. La ley humana no es la de «o bien esto o bien lo contrario», sino la de los opuestos a la vez, dentro de la misma persona, a veces en busca de equilibrios precarios, a veces desgarrándola por dentro. No había llegado Freud todavía, y no se había identificado ni definido la sublimación. Pero en la carta al padre de una niña a la que quiso retratar desnuda Carroll escribió una vez una frase curiosa, que ahora nos resulta transparente: «Si no creyera que puedo tomar esta clase de fotos sin ninguna baja motivación más que el puro amor por el Arte, no le estaría pidiendo esto». Era plenamente consciente de que sus motivaciones podían ser impropias y, sobre todo, que podrían ser reconocidas por los otros de este modo, y por supuesto entonces necesitaba el Arte, escrito con mayúscula, necesitaba nada menos que el ideal edénico, la Biblia y el Paraíso, las niñas retratadas como ángeles y hadas voladoras de Gertrude Thomson. Necesitaba los modelos desnudos del arte griego y las fotografías pioneras de Rejlander. Porque jamás podría admitirse a sí mismo un motivo más bajo. Necesitaba que se viera su acercamiento a las niñas bajo la forma más pura e inofensiva. Y aun así todavía le quedaban las noches. Y por eso se recriminaba en su diario, pero sin jamás osar decir del todo lo que no podía confesarse a sí mismo. La sublimación es una forma de contradicción y cuando no encuentra resistencia social puede perdurar toda una vida.

—A mí también me parece un resumen bastante equilibrado —dijo Josephine—. Sólo agregaría que sí hubo una persona que sospechó muy temprano que algo no estaba del todo bien en las fotografías infantiles de Carroll. Fue justamente Mrs Liddell, cuando Carroll hizo los primeros retratos de los hermanos mayores de Alice. En algún momento le prohibió a Carroll que le sacara fotos a solas a Ina, y él anotó esto con resentimiento en su diario. Fue el primer desacuerdo entre los dos. Pero en vez de seguir hablando de Carroll, ¿no deberíamos proceder acaso como en las novelas policiales? ¿No

se supone que deberíamos preguntarnos a quién beneficia esta serie de crímenes? Mañana, como dijo Albert, estas muertes serán la gran noticia nacional. Las fotos aparecerán una y otra vez en los diarios y las pantallas. Y habrá sin duda un tremendo interés morboso por redescubrir los desnudos infantiles de Carroll. Sí, nuestra época, aparentemente tan liberada en lo sexual, ha vuelto a convertir el desnudo infantil en tabú. ¿Y a dónde correrán los que quieran husmear en este aspecto de la vida de Carroll? A nuestros libros, sí, pero sobre todo a uno: a una compilación de retratos infantiles de la máxima calidad que será redescubierta y empezará a venderse por miles. ¿No les parece? —dijo con aparente inocencia.

Henry Haas pareció acusar con lentitud el golpe y esbozó una sonrisa nerviosa, involuntaria.

—Pero en ese caso, Josephine —dijo suavemente—, hubiera tenido al menos la precaución de no asesinar a nuestro editor, que es el que debería pagarme.

El inspector Petersen miró a Haas con algo de sorpresa y tosió, un poco incómodo, como si debiera decir algo inconveniente.

—Pero ese libro... no estaba ya bajo contrato con Hinch, ¿no es cierto? Como comprenderán, tuvimos que investigarlos un poco a todos y según tengo entendido, usted, Haas, tuvo una discusión con Hinch, justamente para liberar a su libro de ese contrato.

Hubo un silencio diferente, como si todos sintieran de pronto, por primera vez, cuál era el verdadero motivo de la reunión, y recordaran que ese hombre amable que hablaba en voz baja era, después de todo, un inspector de policía. Cuando todos volvieron a mirar a Petersen, casi pude sentir que también pensaban con alarma en sí mismos, y en cuánto deberían decir a partir de ahora. Haas tartamudeó un poco, aunque parecía más ofendido que intimidado.

—Es verdad: decidí rescindir ese contrato, pero fue por la razón más común, y que nos involucra, creo, a todos: Hinch nunca me pagaba lo que me correspondía.

Petersen asintió en silencio, pero como si sólo lo convenciera a medias la respuesta.

—Nunca le pagaba y usted necesita de verdad el dinero, ¿no es cierto? Porque debe girarle cada mes una suma muy elevada a cierta persona. Una persona que conoce un secreto que usted no quisiera por nada del mundo que se revelara. Una persona que lo succiona mes a mes como un vampiro. ¿Me equivoco al decir que esa persona era Anderson?

Hubo un silencio opresivo. Vi que todas las miradas volvieron a clavarse en Haas, que se estrujaba las manos con desesperación. Lo vimos agachar la cabeza.

—No se equivoca —dijo, con una lentitud de muerte—, pero yo no fui. ¡Yo no fui! —murmuró consternado para sí, como si supiera que ya nadie le creería.

—No —dijo Seldom imprevistamente—. Por supuesto que no. Claro que no fue Henry.

Veintiocho

Seldom se adelantó un poco en su silla; su mirada parecía estar todavía sumida hacia dentro, en la búsqueda febril de las palabras, como si una multitud de hechos, de pequeños detalles y conjeturas, lucharan en un magma hirviente, fraguándose a medias detrás de su frente poderosa. Tomó la primera de las fotos, la que nos había mostrado Kristen.

—Creo que lo mejor será que empiece desde el principio, o lo que creímos que era el principio —dijo—: la reunión extraordinaria en que estábamos aquí mismo, a la espera de que llegara Kristen, con un papel que había encontrado en Guildford y que nos daría por primera vez una luz sobre la discusión que había tenido Carroll con Mrs Liddell en 1863. Era un papel que, según dijeron todos aquí, a lo sumo podía corregir unas pocas líneas de las biografías ya establecidas, o figurar como una nota al pie en la edición de los diarios. Y sin embargo, Kristen nunca logró llegar. La atropellaron brutalmente y la dejaron tendida, casi muerta, justo la noche anterior a la reunión. Esa primera noche todavía era razonable imaginar que todo había sido una coincidencia desgraciada, que Kristen había sido atropellada por accidente, que pronto se encontraría al culpable y sería quizá un estudiante borracho. Pero para mí era difícil no ver aquí causa y consecuencia. Y por eso, al llegar al hospital, cuando vi que Kristen estaba inconsciente y debía pasar la noche a solas con su madre, temí por ella y decidí llamar a la policía. Fue un error. Un error lamentable por el que ahora tenemos dos muertes más que quizá podrían haberse evitado. Aunque casi hubiera podido felicitar me los días siguientes por esto, porque cuando Kristen recobró el conocimiento recordó algo más: que había recibido esta foto en un sobre blanco sin ninguna señal, la mañana de esa noche en que la atropellaron.

Seldom alzó la foto de Beatrice Hatch desnuda, con su pequeño cuerpo blanco recortado en el paisaje campestre coloreado como fondo.

—Esta fue la primera foto. Pronto el inspector Petersen descartó, preguntando uno a uno, que se la hubiera enviado ninguno de los corresponsales habituales de Kristen. Esto contribuía sin duda a la sospecha de que la habían atropellado deliberadamente, y a suponer que la foto debía verse como una advertencia o como un anuncio. Cuando hablamos por primera vez con Kristen en el hospital ella no podía recordar nada de los instantes previos al choque e hizo esa asociación curiosa con la pobre lagartija Bill del libro de Alicia que ya mencionó Richard: el auto había venido sobre ella de la nada y «hacia arriba fue, como un cohete espacial». Muy poco después Leyton Howard, un exalumno mío que trabaja como perito en el Departamento de Policía, pudo probar, con un estudio geométrico de los ecos del choque, que el auto no había intentado frenar. Muy probablemente había estado al acecho, esperando para embestirla: no había sido un accidente, sino un ataque criminal. Esto nos obligaba, por supuesto, a preguntarnos cuál era el significado y la intención de esta foto. Era difícil saberlo sin ningún otro elemento. La explicación más obvia parecía la primera que se dio aquí: un intento de reflotar y exponer de la manera más cruda posible la inclinación pedófila de Carroll, quizá para defenestrar su figura, o para dañar a la Hermandad. Aunque por supuesto, era muy pronto para asegurar nada. El inspector Petersen, por prudencia, decidió mantener este dato oculto y no revelar la existencia de esta foto. Apenas unos días después anunciamos desde la Hermandad la publicación de los diarios de Carroll. Recordarán que Anderson le hizo entonces una entrevista a Hinch y que esa entrevista, con todas nuestras caras por detrás, apareció en el canal de televisión local. Yo pensé, cuando escuchaba a Hinch con sus planes eufóricos ese día, cómo se sentiría quien fuera que hubiera atacado a Kristen. Si su intención había sido amenazarnos para impedir o demorar la publicación de los diarios, seguramente estaría todavía más furioso ahora, sobre todo porque la foto de Beatrice Hatch no había salido a la luz. Recuerden que en la prensa se había tratado el caso de Kristen como si hubiera sido un accidente vulgar. Aunque, en realidad, algunos sí llegaron a sospechar que a Kristen habían tratado de asesinarla. Por desgracia, otra vez, por culpa del policía que estaba de custodia en el hospital. El policía que no dejó pasar a Thornton cuando fue a visitarla.

—Yo fui con las mejores intenciones; sólo quería saber cómo estaba y ofrecerle la ayuda que necesitara —dijo Thornton Reeves indignado—. Soy su director y me sentía también un poco responsable por ella. Sabía que estaba muy sola aquí.

—Por supuesto, estoy seguro de que fue así —dijo Seldom—. Pero Hinch se enteró de esto, sumó dos más dos sobre por qué habría en el hospital un policía de custodia y en una conversación con nuestro joven amigo argentino logró sonsacarle y confirmar la verdad. Y bien, apenas unos días después Hinch murió envenenado. Alguien que lo conocía bien le envió una caja de sus bombones favoritos, con una tarjeta de la Hermandad de la que habían recortado el nombre. Dejaron la caja en el buzón de la editorial y Hinch pensó sin duda que era un regalo nuestro en conjunto, quizá como una forma de disculpa por la negociación con la otra editorial que habíamos intentado a sus espaldas. Sólo que en los bombones había un veneno muy poderoso. Y había también, oculta dentro de la caja, una segunda foto. Seldom tomó de la mesa la foto de Evelyn Hatch y la sostuvo en su mano izquierda a la par de la primera.

—Esta segunda foto parecía establecer una serie. Pero ¿cuál era esa serie? A simple vista, parecía confirmarse que era un intento de revelar, o más bien denunciar, aún con más énfasis, la relación de Carroll con las niñas. Si la foto anterior todavía podía considerarse artística y defenderse tal como se ha defendido aquí mismo, esta segunda foto, con una niña aún menor, y con el pubis expuesto, era mucho más explícita y comprometida. También el método elegido, el envenenamiento, era más drástico: no se podría ocultar, o dudar, del intento de asesinato. La muerte de Hinch, en ese sentido, parecía despejar toda posible ambigüedad, y uno podía imaginarse al asesino frotándose las manos y pensando que ahora sí el asesinato y la foto aparecerían públicamente en todos los medios. Y sin embargo, una vez más, no fue así. Porque al revisar el escritorio de Hinch, de nuestro viejo y conocido Leonard, la policía descubrió que se dedicaba a distribuir fotos de niñas desnudas; fotos que también podrían pensarse como fotos «artísticas», sólo que de modelos contemporáneos. Fotos cuidadosamente tomadas con el mismo estilo, la misma composición, la misma pretendida inocencia, quizá incluso con la misma cámara antigua, y que no podrían diferenciarse en nada de las fotos de Carroll, casi como una burla hacia todos nosotros: ¿por qué antes sí y ahora no?

Aparentemente Hinch las distribuía a un grupo secreto de miembros de la alta sociedad, con los nombres ocultos con un código. Y aquí la policía tuvo que hacer una consulta. Es algo a la vez conocido y olvidado por todos nosotros que el presidente honorario de la Hermandad es en realidad el Príncipe. Nunca ha venido a nuestras reuniones y creo que jamás pronunciamos su nombre, salvo cuando debemos recurrir al escudito para pedir alguna publicación a una universidad extranjera. Pero, por supuesto, la aparición de esta red de pedofilia y la vinculación tan estrecha de Hinch con nuestra Hermandad podrían convertir esta muerte en un escándalo para la Corona de consecuencias imprevisibles. De manera que para ganar tiempo en la investigación, esta muerte por envenenamiento se ocultó, o más bien, nunca se corrigió la primera versión pública que la atribuía a una enfermedad. Y, por supuesto, tampoco se mostró esta segunda foto. Pero igualmente había quedado establecida una serie. Dos ataques, dos fotos. Sólo que: ¿cuál era la serie?, ¿cuál era el patrón que debíamos mirar? Los dos intentos, mirados de cerca, se revelaban bastante diferentes entre sí. Incluso el inspector, según nos dijo, se inclinaba a sospechar en principio de un hombre en el primer ataque y más bien de una mujer en el envenenamiento. ¿Podían ser dos personas distintas en cada caso? ¿O una pareja concertada? Petersen nos dejó saber también que el veneno usado era la aconitina, y esto parecía abrir todavía otra posibilidad. Al escuchar el nombre del veneno tuve un recuerdo lejano de la época de mi adolescencia, cuando leía novelas policiales. Fui a consultar a una enciclopedia y encontré esa curiosa coincidencia que ya mencionó Richard: el efecto de la aconitina, la sensación de agigantamiento, se parece al efecto del bizcocho de Alicia. ¿El patrón entonces tenía que ver con muertes que pudieran encontrarse en el libro de Alicia? ¿Serían entonces los crímenes de Alicia y debíamos mirar en Wonderland lo que podría sobrevenir a continuación para cada uno? Pero, por otro lado, y esto abría aun una tercera posibilidad: ¿no debíamos fijarnos también en la serie de las víctimas? Kristen atacada cuando estaba a punto de revelar algo que no sabíamos sobre los diarios de Carroll, Hinch asesinado poco después de anunciar que publicaría los diarios. ¿Sería entonces la serie el intento repetido y desesperado de alguien por matar a un mensajero antes de que llegue a destino? Yo me inclinaba por esta hipótesis, y por eso, cuando me enteré de

que Anderson quería publicar un artículo en *The Oxford Times*, temí de inmediato por él. Pero entonces ocurrió algo todavía más extraño: yo mismo recibí una foto en mi casillero. Y cuando aún no había logrado darle ningún sentido a esto, cuando todavía no lograba reponerme de la impresión que esto me había causado, supe que cada uno aquí, cada miembro de la Hermandad, ¡e incluso el Príncipe!, habían recibido también su foto. Esta avalancha de fotos parecía borrar todos los caminos posibles. Sabemos que la serie lógica 2, 4, 8, 16, puede continuarse con el número 32. Y también, después de Lagrange y de Wittgenstein, sabemos que de una manera igualmente razonable podría continuarse con el número 31 o con cualquier otro número que quisieran ponernos delante.¹² Pero no esperaríamos, de ningún modo, una continuación que fuera *a la vez* todos los números. Esto hizo tambalear, por supuesto, todo lo que había pensado hasta entonces. Y me hizo preguntar si estaríamos frente a alguien desquiciado o demasiado astuto. O bien, quizá, frente a un acto de desesperación. ¿Podía ser acaso que nuestro ciudadano X, como se lo llamó aquí, quisiera borrarlos a todos a la vez? Digamos ¿una bomba aquí mismo bajo la mesa donde tomamos el té? Podía tener todavía algún sentido si lograba imaginar a X frustrado por dos veces, y que planeara ahora algo así como un gran acto final que nadie ni nada podría ya ocultar. Pero no podía creer del todo en esto, aunque tampoco habría creído antes que nuestro Leonard Hinch podía tener su editorial alternativa de fotos pedófilas. Mi problema principal en todo este asunto era que no lograba ver a ninguno de nuestro círculo como posible sospechoso, como alguien capaz de hacer un daño en esa escala, de planear y ejecutar algo así. Y sin embargo Kristen había sido indudablemente atropellada con la intención de matarla y Hinch está indudablemente bajo tierra. Pero volvamos al aluvión de fotos. ¿No habría acaso otra posibilidad? ¿No sería, por el contrario, este reparto desenfrenado de fotos el movimiento de otra persona, alguien que fuera de algún modo un *oponente* del asesino, una manera de salirle al paso para impedir un próximo crimen? ¿Alguien que se adelantó a marcarnos a todos con una foto, de modo que en un próximo crimen quedara inutilizada por saturación la señal de la foto? El crimen siguiente, aunque tomara estado público, quedaría así separado de la serie de las fotos. Me parecía que valía la pena pensar en esta hipótesis. Aunque ¿quién podía ser este oponente? Debía ser

alguien, por supuesto, que supiera de antemano sobre las fotos. Pero el dato de las fotos había sido guardado en secreto, muy pocos lo conocíamos. No era por supuesto yo, y no creía que pudiera ser tampoco mi joven amigo argentino. Sólo me quedaban entonces dos nombres: Richard y el propio inspector. Los dos tenían, por supuesto, casi iguales motivos para tratar de impedir un nuevo crimen. Pero en la elección de las fotos que nos enviaron a cada uno había un error, una foto falsa, justamente la que me llegó a mí. Fue un pequeño descuido, la equivocación de alguien que recortó con demasiado apuro las fotos del libro de Henry sin detenerse a leer las explicaciones. Una clase de error que, estaba seguro, Richard no hubiera cometido. De modo que tuve que llegar a la conclusión, y usted me perdonará, inspector, de que, salvo estas dos fotos que tengo en la mano, todas las demás sobre esta mesa son en el fondo una pantomima, un bluff que usted llevó adelante, quizá con las mejores intenciones, pero que estuvo a punto de apartarme de la verdad.

Hubo un silencio de estupor y Petersen sostuvo un duelo de miradas con Seldom.

—Es cierto —dijo por fin el inspector—; tuve un ultimátum desde las más altas esferas del gobierno para que resolviera este caso antes de que tomara estado público. Quise hacer el truco de enviar los perros en todas las direcciones para hacer saltar la liebre. Sólo que la primera liebre atrapada parece que fui yo. Y ni siquiera sirvió para evitar el asesinato de Anderson. Sí: confieso que fracasé doblemente. Pero quizá usted haya llegado a alguna otra conclusión, además de desenmascaramme —dijo con una cortesía helada—. Y que si lo aparté de la verdad, haya encontrado el camino de regreso, y podamos escucharla ahora.

Veintiocho (continuación)

Seldom barrió con una mano todas las fotos que había distribuido Petersen, con el gesto decidido con que lo había visto tachar sobre el pizarrón desarrollos complicados pero que se probaban falsos.

—Lo que puedo contar —dijo— es por ahora una conjetura, o lo que los matemáticos llamamos un argumento plausible. Aun así, creo que explica al menos la mayor parte de los hechos. Déjenme volver entonces a estas dos primeras fotos, que son las únicas que verdaderamente importan, y en las que no lograba decidir cuál, entre todos los posibles, era el patrón oculto. Como dije, yo me inclinaba por la idea del mensajero, interceptado una y otra vez. Pero el mensaje que no debía conocerse parecía también cambiar, de una manera irritante: ¿era la frase del papel de Kristen?, ¿era la publicación de los diarios de Carroll?, ¿era el secreto de las fotos de Hinch? Cada posibilidad por sí misma parecía razonable, pero tampoco lograba darle un sentido definitivo que me convenciera. Estaba detenido en este punto cuando me tocó dar en mi seminario la clase sobre el antropólogo de Quine y el significado elusivo de la palabra *gavagai*.

—¿*Gavagai*? —preguntó Petersen desconcertado—, ¿y Antropología? Yo siempre pensé que daba clases de Lógica matemática.

—*Gavagai*, sí —suspiró Seldom—. Pero no importa: lo diré de otro modo. Usted sí habrá escuchado hablar de la falacia del fiscal: si una persona es culpable, es lógico que todas las pruebas apunten a ella; pero que todas las pruebas apunten a una persona, no quiere decir, *ipso facto*, que sea culpable, como suelen inferir erróneamente demasiadas veces los fiscales. Hay una versión, digamos, del sentido común, sobre esto mismo: si un animal tiene cuatro patas, hocico, mueve la cola y ladra, debe ser un perro. Pero para los matemáticos no es así, ¡no necesariamente es suficiente! Un animal que tiene orejas muy largas, color blanco, grandes dientes y predilección por las

zanahorias, puede ser también *otra cosa* que un conejo. Y esto me lo recordó justo a tiempo, por suerte, nuestro joven amigo, al final de esa clase en la que yo había estado hablando de conejos como si fuera el animal más obvio del mundo. Fue algo que me dijo sobre las fotos que habíamos tenido todo el tiempo delante de las narices. Esencialmente, que no debíamos mirar las fotos en sí, sino sólo esta diferencia sutil entre la primera foto y la segunda: que la primera llegó *antes* del ataque, y podía ser interpretada por lo tanto, *a posteriori*, como una advertencia o una señal que se anticipaba al crimen. Sin embargo, la segunda foto estaba oculta en la caja de bombones y sólo podría ser descubierta *después* de la muerte de Hinch. ¿Era significativa esta distinción? Me parecía que sí. ¿Por qué, me pregunté, nos había pasado inadvertida tanto tiempo? Porque Kristen había logrado sobrevivir, pese a todo. Y al recordar la mañana antes del ataque pudo hablarnos de la foto. Más aún, supimos de esa foto sólo porque el primer ataque del ciudadano X *fracasó*. Sin embargo, y sin duda, el auto había sido lanzado sobre Kristen para matarla. Que sobreviviera fue casi un milagro de la estadística. Ahora bien, imaginemos por un momento que Kristen hubiera muerto esa noche. ¿Qué garantía, qué seguridad, podría tener el asesino de que alguien reparara en la foto? Lo más posible es que nunca jamás se hubiera podido hacer esa conexión, porque la muerte de Kristen hubiera quedado como un accidente, quizá inexplicable, pero accidente al fin. Es decir, si la foto debía ser un signo intencionado, una advertencia, un mensaje, de haber tenido éxito ese primer ataque, el mensaje, paradójicamente, nunca nos hubiera llegado. Pero esto era absurdo. Si el asesinato estaba pensado como una señal, no tenía sentido que esa señal sólo nos llegara por la casi increíble casualidad de que Kristen no muriera. Esto me dejaba frente a una pregunta perturbadora. ¿Nos habría mentido Kristen de algún modo sobre esa primera foto? Sin duda habían intentado matarla, esto no podía fingirlo. ¿Pero podría haber inventado ella a continuación, y apenas empezaba a recobrase, la historia de la foto? Era difícil creerlo, sobre todo porque Kristen siempre me había parecido alguien que se inclinaba naturalmente a la verdad y a quien le costaría muchísimo mentir. Pero tal vez, pensé, había dicho la verdad, aunque no *toda* la verdad. O quizá tenía, por el shock traumático del choque y la operación, un recuerdo incompleto o equivocado. Aunque sabía que la policía ya había hablado con

Brandy, nuestra secretaria del Departamento, decidí hacer yo también mi propia averiguación. Le pregunté primero, tal como habían hecho los hombres del inspector, si había visto que alguien hubiera dejado por la mañana un sobre en blanco en el casillero de Kristen. Me respondió que no, igual que a ellos, y que cualquiera podía entrar y salir sin que ella advirtiera nada. Pero entonces recordé que Kristen había estado los días anteriores en Guildford y que, por lo tanto, no había chequeado su casillero en, por lo menos, los dos días anteriores. Decidí preguntarle de otro modo. Ella le había respondido a dos policías, y yo estaba bastante seguro de que la sola presencia de la policía le había hecho pensar únicamente en personas que pudieran parecerle extrañas o sospechosas. Le pedí entonces que hiciera un esfuerzo de memoria y que tratara de recordar si alguien más había preguntado o dejado algo para Kristen en los días anteriores. Casi de inmediato recordó que al principio de la semana, cerca del mediodía, había estado por allí un hombre gordito, muy amable. Le había preguntado dónde podría dejarle una nota a Kristen y ella le había indicado los casilleros de la entrada. Ella había visto ya a este hombre antes con Raymond Martin por el Departamento y creía que también alguna vez conmigo. Se acordaba muy bien de él porque era la hora de almuerzo y ella estaba con hambre cuando el hombre sacó un bombón de su bolsillo. Le hice un par de preguntas más para confirmar que el hombre era, en efecto, Leonard Hinch. Era lo que yo había imaginado. Sospechaba que él había tenido una conversación con Kristen antes de la primera reunión porque recordarían que estaba aquí, aun cuando no es miembro y yo no le había hecho llegar el e-mail de la convocatoria. Pero ahora podía estar seguro: el sobre que había encontrado Kristen por la mañana muy probablemente era un mensaje para ella que había dejado Hinch un par de días atrás. Sólo que esto me llevaba a un nuevo dilema, porque no parecía de ningún modo que Hinch hubiera pretendido ocultar su nombre. Brandy recordaba haberlo visto con un sobre en la mano, pero no estaba segura de si el sobre estaba escrito con su nombre o no. Ahora ya no podía evitar preguntarme si Kristen nos habría mentido respecto a este sobre y tal vez también respecto a la foto. Pero otra vez, ¿por qué haría algo así? ¿Por qué mentirnos sobre esto justo después de haber sido atacada de una manera tan brutal, y cuando todavía podía pensar que estaba en juego su vida? En este punto recordé de pronto lo que me había dicho mi joven

amigo en el hospital. Él se encontró a Kristen a la salida del cine esa noche, poco antes de que la atropellaran. Y ella parecía entristecida por algo. Algo que le había ocurrido durante ese día, y que le había arruinado en parte la euforia de su hallazgo. Empecé a concebir entonces otra posibilidad. Imaginé que Hinch sí le había dejado en su casillero la foto que nos mostró, pero quizá con un motivo muy distinto. Hinch, tal como lo supimos después, tenía armada una red para distribuir sus fotos, pero se había asegurado de proceder con extrema cautela, de manera que las fotos, si fueran descubiertas, pudieran pasar como postales antiguas, tomadas en la época victoriana; como reliquias de un arte fugaz y perdido. Quizá quiso llevar todavía más allá sus precauciones y se propuso que una investigadora de integridad indudable, como era Kristen, tuviera bajo los ojos algunas de estas fotos, para poner a prueba si podían pasar el examen de un ojo experto. Esto le extendería a él un certificado final de inocencia para el caso de que alguien pudiera descubrirlo. Él podría siempre apelar a su correspondencia con Kristen y mostrar que se había preocupado por certificar con investigadores irreprochables que las fotos eran verdaderamente antiguas. O quizá la foto fue una clase de señuelo para aproximarse a Kristen. En fin, probablemente en la nota la citaba en su oficina para que le diera un informe sobre la foto que le había dejado en el casillero. Había elegido un día en que su secretaria estaba de vacaciones y él estaría solo. Llegado a este punto traté de imaginar la escena. Quizá Kristen descubrió una parte de la verdad sobre la naturaleza del negocio de Hinch con las fotos. O quizá ocurrió algo más entre ellos que nunca sepamos. Pero seguramente, por lo que se desencadenó después, en algún momento, durante ese encuentro, ella lo amenazó con denunciarlo. Recordemos que Hinch acababa de hipotecar su casa, su única propiedad, para poder igualar la oferta de la editorial de Estados Unidos. Sabía además que la votación dentro de la Hermandad estaba absolutamente pareja. Bastaría una palabra de Kristen, bastaría que Kristen le contara a uno solo de nosotros lo que fuera que había ocurrido entre ellos para arruinarlo por completo. Hinch se da cuenta de que tiene que proceder de inmediato. Sabe que cerca de la rotonda de Kidlington, por donde vive Kristen, los estudiantes suelen acelerar sus autos por las noches. Quizá se había enterado durante la conversación en su oficina de que Kristen iría al cine más tarde. Roba un auto de los que se apilan detrás del

Parque Comunitario, cuidando de no dejar sus huellas. Lo pone en marcha y la espera al acecho, hasta que la ve bajar del bus. Entonces, sin encender nunca las luces, acelera y la atropella al máximo de velocidad. «Algo vino a ella y hacia arriba fue, como un cohete espacial.» Hinch siguió después conduciendo tranquilamente hasta volver a dejar el auto donde lo había encontrado, quizá orgulloso de haber resuelto de una manera tan rápida y simple algo que podría haberlo llevado a la ruina y a la cárcel. ¿Qué mejor manera de encubrir un crimen que simular un accidente de auto? Sólo se le había pasado por alto un pequeño detalle. Que Kristen, milagrosamente, había sobrevivido. Y que después de una noche de agonía y de una trepanación en el cerebro volvía poco a poco a la consciencia. Y ahora, miremos por un momento las cosas desde el punto de vista de Kristen, recién despertada en el hospital. A su alrededor la madre y la policía le dicen que la atropellaron por accidente y en un primer momento tal vez ella también lo cree. Pero enseguida recuerda el incidente de la tarde anterior con Hinch. Seguramente al principio duda y quizá no puede creer que él haya hecho algo tan brutal. Pero entonces se entera de que tiene custodia junto al cuarto porque yo llamé a la policía y tengo también sospechas de que alguien pudo querer matarla intencionalmente. Pide entonces hablar conmigo antes de que llegue el inspector Petersen a verla. Quiere enterarse de cuáles son esas sospechas mías y si coinciden con la de ella. Sabe muy bien que todos la esperábamos en ascuas en la reunión de la Hermandad para que desvelara el hallazgo de Guildford, y supone, por lo tanto, que yo posiblemente piense que alguien quiso matarla por el contenido de ese papel. La primera pregunta que nos hizo en el hospital, lo recuerdo muy bien, fue si yo había revelado en los e-mails de convocatoria la existencia de ese papel. Cuando le dije que no, creo que ella descartó mentalmente para sí a todos los miembros de la Hermandad. ¿Por qué habrían de atacarla, pensó seguramente, si ni siquiera sabían cuál era el hallazgo? Le quedó claro entonces para sí que debía ser Hinch. En ese momento puso en marcha su plan y nos mostró a nosotros dos y también a Petersen la primera foto. Por supuesto, no nos dijo que había sido Hinch quien se la había enviado porque, para lo que planeaba hacia delante, quería dejar oculta toda conexión entre ellos dos. Quizá dio sólo el primer paso, que podía pasar por un desliz de su memoria, a la espera de una confirmación. Entonces, en los días siguientes,

recibió casi a la vez dos noticias devastadoras: supo, por los cálculos de Leyton Howard, que efectivamente habían querido asesinarla. Y supo también que nunca más podría caminar ni tener hijos. Se enteró además, casi al mismo tiempo, por si le faltara algo para despejar las últimas dudas, que Hinch se había interesado por saber cuánto recordaba de la noche anterior. Si antes quizá sólo quería entregar a Hinch a la policía, ahora que sabía que quedaría lisiada de por vida, decidió vengarse. El plan estaba servido. Se lo habíamos allanado, sin darnos cuenta, el inspector Petersen y yo.

«Con bastante ayuda también de mi parte», pensé con amargura mientras miraba los rostros absortos en el relato.

—Nuestra primera conjetura —prosiguió Seldom— fue que alguna clase de cruzado en contra de la pedofilia quería impedir la publicación de los diarios. Kristen sólo tuvo que dedicarse a alimentar esa conjetura. Como parte de su plan ya había deslizado en la primera conversación con nosotros la frase sobre la lagartija en el libro de Alicia, para que yo la recordara llegado el momento. Ya tenía pensado también, probablemente, que usaría la aconitina, y que alguien en la Hermandad entre los que pueden recitar las obras de Carroll de memoria establecería la vinculación con el bizcocho mágico del libro. Sólo le quedaba conseguir el veneno, pero dentro del hospital, supongo, esto le resultaría bastante fácil. Por eso aceptó y alentó la compañía de una de las hermanas metodistas en el hospital, alguien a quien todos tenían confianza y que podía moverse como si fuera una enfermera más cerca de los botiquines. Y que también podía, llegado el momento, caminar por ella y llevar la caja de bombones para dejarla en el buzón de la editorial.

—Pero esto que usted nos cuenta —dijo Petersen, con un matiz de incredulidad— ¿es sólo una teoría o tiene alguna clase de confirmación?

—Quisiera que fuera sólo una teoría —dijo Seldom, apesadumbrado—, y de hecho, si no llegué antes a estas conclusiones, fue porque algo en mí se oponía a pensar que Kristen hubiera podido concebir algo así. Pero a la vez, me parecía la única hipótesis que explicaba todos los hechos. Kristen fue, quizá, demasiado inteligente en la formulación del plan: su manera, por ejemplo, de deslizar la frase sobre la lagartija y el cohete espacial, para que yo la recordara después. Era ella, me di cuenta luego, la que había sugerido esta alusión. Cuando ya no pude negarme más a mí mismo esta posibilidad, fui

a verla. Le dije todo lo que acabo de contar aquí. Se quedó al principio en silencio y después se puso a llorar, también en silencio. Me preguntó qué debía hacer, como si yo fuera su padre. Le dije, por supuesto, que debía entregarse a la policía. Me prometió que lo haría, y que también enviaría una carta a la Hermandad junto con el papel «para quitarse todos los pesos de encima». Me sorprende —dijo, mirando el reloj— que esa carta no haya llegado.

—Aun así, aun si ella confesara todo lo que usted nos dijo, faltaría explicar lo de Anderson, ¿no es cierto? —dijo Petersen.

Seldom pareció a punto de responder, pero, en ese momento, sonaron unos golpes discretos a la puerta y se asomó el policía muy joven que había visto en la entrada. Se acercó a Petersen y le susurró algo al oído. El inspector hizo un gesto de asentimiento y una señal para que ingresara alguien que esperaba afuera. Alta, pálida, vestida con su ropa marrón, vimos entrar a la hermana Rosaura. Tenía una carta en la mano que le extendió a Sir Ranelagh.

—El mensajero llegó —me dijo Seldom gravemente por lo bajo.

Veintinueve

Sir Ranelagh tomó la carta y alzó la mirada como si quisiera a la vez agradecer a Rosaura y despedirla. Pero la mujer permaneció estólidamente a su lado, casi como si vigilara sus movimientos por encima de su hombro, con la vista fija en el sobre.

—Si no les molesta, Kristen me hizo prometer que me quedaría aquí para asegurarme de que abran la carta y la lean. Me pidió por favor que no me vaya hasta que lleguen al final.

Sir Ranelagh alzó las cejas y consultó con la mirada al inspector, que inclinó en asentimiento la cabeza.

—Esto es un poco irregular, pero en fin, todos estábamos esperando esta carta. Siéntese, por favor, y no se preocupe: la leeré sin omitir nada.

Rosaura se sentó en una silla a su lado, con la espalda rígida contra el respaldo y Sir Ranelagh sacó del sobre unas hojas escritas prolijamente con una letra apretada. Se calzó los lentes y su voz sufrió una curiosa transformación al empezar a leer. Fue como si Kristen de pronto también se hiciera presente y ocupara su lugar allí entre nosotros.

Escribo esta carta por sugerencia, o quizá debería decir, por insistencia de Arthur Seldom, a la vez como explicación y disculpas a la Hermandad, aunque no necesariamente a todos sus miembros. Quizá lo mejor sea empezar por mi viaje a Guildford. Recordarán que habíamos elegido como fechas para mi viaje dos días consecutivos en que la casa museo estaría cerrada, de modo que pudiera trabajar a solas y en paz, y que Sir Ranelagh me dio una llave de acceso con toda clase de precauciones y recomendaciones. Al llegar tenía una nota muy amable de la bibliotecaria, en que me indicaba el funcionamiento de la fotocopidora y me daba libertad para revisar en los archivos y en los cajones todo lo que pudiera encontrar. Dedicué el primer día en la casa a verificar el estado de cada página del diario, desde el primer cuaderno hasta el último, y a comprobar que cada fotocopia quedara suficientemente legible. Una vez terminada esta primera parte de mi trabajo allá, examiné el segundo día todos los libros, álbumes y papeles que estaban a la vista.

Empecé luego a abrir los cajones de los escritorios, que la bibliotecaria me había dejado sin llave. En uno de estos cajones estaba el catálogo que confeccionaron los familiares al constituirse el museo de Guildford, con todos los ítems que habían logrado recolectar y clasificar para que fueran exhibidos. En uno de los renglones del listado, por increíble que pueda parecerles, tanto como me pareció a mí en ese momento, decía: «Páginas cortadas del diario». Leí aquello con un sobresalto de emoción e incredulidad. ¿A qué podría referirse? Pensé al principio que podría tratarse de alguna clase de broma carrolliana de un miembro de la familia, porque, por supuesto, no podía esperar que allí estuvieran realmente las páginas arrancadas y desaparecidas para siempre. Aun así, en un estado de expectación a duras penas contenida fui, o más bien me lancé, al estante marcado en el catálogo y abrí la carpeta correspondiente al número que se indicaba. Dentro había sólo un papel, en realidad menos que un papel, una mitad que parecía arrancada a las apuradas, escrita por los dos lados. Reconocí la letra de inmediato: era, sin dudas, la caligrafía de Menella Dodgson. Había leído antes la mayor parte de sus cartas y su letra era para mí inconfundible. De un lado del papel estaban escritas unas fechas y anotaciones, en tintas de diferentes colores, referidas a la vida de adulta de Alice Liddell: su casamiento, el nacimiento de sus hijos, su muerte. Del otro lado estaba registrado el número de la página que se había arrancado al diario de 1863, y a continuación se podía leer, escrito también por Menella, un resumen en apenas dos líneas de esa página arrancada. Lo transcribo aquí tal como figura en el papel:

*L. C. learns from Mrs Liddell that he is supposed to be using the children as a means of paying court to the governess. He is also supposed soon to be courting Ina.*¹³

Eso era todo, y a simple vista muy poco. Apenas la preocupación por un rumor, que podía llegar a afectar la reputación de su hija mayor cuando entraba, a los catorce, en la edad expectante para propuestas matrimoniales. Algo mucho más leve, creo, de lo que todos hubiéramos imaginado. Tan leve que no parecía valer la pena la decisión extrema de eliminar la página. ¿Por qué entonces la habían arrancado? Podía ser, pensé en un primer momento, porque a partir de ese día Mrs Liddell había apartado a Carroll de las niñas y tal vez en esa página él había descargado su furia y su frustración de alguna manera particularmente desagradable que lo dejaba mal parado. Pero esto no me parecía del todo convincente: ya Carroll en otras partes del diario deja notar su antipatía hacia Mrs Liddell, y todas esas páginas sobrevivieron. Y lo que le dijo Mrs Liddell no podía ser tan tajante, porque a la semana él había vuelto a la carga, a intentar llevarlas de paseo otra vez, como si se hubiera tratado de algún desacuerdo pasajero. Debía ser algo más, ¿pero qué? La parte del rumor que se refería a la niñera, a Miss Prickett, no podía ser significativo: yo recordaba bien que en otras partes del diario Carroll hacía referencia a estos rumores y que ya se había burlado de ellos junto con

Mrs Liddell. La única parte importante de la frase, entonces, era el final: el temor de que se creyera que Carroll podría empezar a cortejar a Ina. Esto parecía tener todo el sentido: la tarde anterior la propia Mrs Liddell, rodeada de amigos, seguramente lo había visto a Carroll demasiado cerca de su hija mayor, que era muy alta y ya estaba plenamente desarrollada. Y quizá también habría escuchado algún comentario de los demás sobre esta cercanía.

Me quedé toda la tarde allí en la casa de Guildford, pensando en esto y pasando una tras otra las páginas de los cuadernos en busca de alguna nueva pista. Y de pronto, tuve algo así como una revelación: recordé que la primera que se alarma con las fotos de Carroll, la primera que le impide seguir tomando fotos a solas con sus hijos, es Mrs Liddell, cuando él tenía como modelo de sus primeras fotos a Ina. Repasé la cantidad de menciones sobre Ina en esa época y en los años siguientes, mientras que el nombre de Alice apenas aparecía en los diarios. Recordé la carta tan intrigante que Ina, ya adulta, le envía a Alice, donde le advierte que tuvo que poner, como «excusa inventada», para explicar la interrupción de la relación con la familia, que Carroll era «demasiado afectuoso» con Alice a medida que crecía. En realidad, solo una parte era invención: Carroll no había sido «demasiado afectuoso» con Alice, ¡sino con la propia Ina! Y recordé, sobre todo, los cuatro cuadernos manuscritos que nunca llegaron a nosotros, con el registro de los primeros años de la relación con los Liddell. Todas las intervenciones de censura de la familia se concentraban en esos años: la última era justamente esta página arrancada en 1863. Para un lector desprevenido esa página del diario, por sí sola, quizá no revelara nada impropio, pero para Menella, que había leído íntegros los diarios, era la última huella de una historia que debía a toda costa suprimirse. Supe entonces qué es lo que se había tratado de ocultar al arrancar esa página: que el primer amor de Carroll hacia una niña *había sido por Ina, y no por Alice*. Menella y Violeta también habían tenido, como su padre Stuart, la posibilidad de leer todos los cuadernos. Y por una intuición femenina, o una suspicacia mayor, supieron ver entre líneas lo que el padre pasó por alto en esos cuatro volúmenes: el rastro de una historia de amor prohibida. Seguramente lo que Carroll dejaba ver de esa historia en los diarios era, a su modo, «inocente», y lo bastante disimulado como para pasar los filtros benévolos de su sobrino. Pero Menella quizá temió que alguien más pudiera descubrir lo mismo que ellas, y decidió eliminar para siempre esos cuatro cuadernos. Y aun así, todavía, en el cuaderno de 1863, sobrevivía un último vestigio de esa historia oculta, en la página de la discusión con Mrs Liddell. Menella decide también arrancarla, pero en un remordimiento anota en una línea una frase sobre lo esencial del contenido. Esta última marca, este pedazo milagroso de papel, podía ser como la piedra Rosetta para quien supiera leerlo. Debí, supongo, haber comunicado de inmediato este hallazgo a mi director, Thornton Reeves, pero, ya no me importa decirlo, preferí no hacerlo: estaba segura, porque lo conocía lo suficiente, de que apenas él pusiera los ojos sobre el papel encontraría la manera de apropiárselo y quedarse con el crédito del descubrimiento. Me daba cuenta de que yo había

encontrado, de la manera más imprevista, un pequeño tesoro oculto, y temí en ese momento que cualquiera al día siguiente, apenas abriera otra vez el museo, pudiera dar con él. Decidí entonces quedarme con el papel y llamar al profesor Arthur Seldom, en quien sí confiaba absolutamente. Él me prometió que haría lo necesario para que el crédito del hallazgo quedara a mi nombre y a mi vez yo me comprometí a devolverlo a su lugar apenas lo mostrara para todos en una reunión de la Hermandad. Volví a Oxford con el papel muy bien escondido. En el viaje en tren desde Guildford afluían a mí todas las posibles ramificaciones; aparecían, o más bien comparecían, una multitud de fragmentos de los miles de materiales que había leído sobre la vida de Carroll, y fragmentos de su correspondencia que ahora podían cobrar otra luz. Me di cuenta de que, más que un simple artículo, podría llegar a escribir todo un libro si lograba desenrollar lo suficiente de aquel hilo. No me importa decir que estaba eufórica y quizá demasiado celosa de mi hallazgo. Me daba cuenta de que había sido un golpe increíble de suerte el que nadie hubiera puesto antes los ojos en el papel y que me correspondía entonces a mí escribir ese libro: no debía dejar que nadie me lo quitara. Pasé al llegar, como todas las mañanas, por el Instituto de Matemática, para ver si me habían dejado algo de correspondencia en mi casillero, y encontré un sobre que sólo tenía mi nombre. Lo abrí, intrigada. Dentro había una foto de una niña desnuda en medio de un bosque, que a simple vista me pareció reconocer como una de las fotos de una serie que Carroll le tomó a Beatrice Hatch y envió después a colorear en Londres. Junto con la foto había una nota de Leonard Hinch. Me decía, con su modo más amable, que estaba interesado en lo que yo pudiera decirle sobre esa foto en cuanto a la técnica de coloreado, la época, la cámara y los químicos que había usado Carroll, y me dejaba su teléfono. Lo tomé como una señal del destino. Yo había pensado en escribir un libro, y de pronto, al llegar, el editor por excelencia de todos los libros sobre Carroll se quería comunicar conmigo. Lo llamé de inmediato, porque la carta llevaba dos días en mi casillero. Me parecía que la cuestión de la foto me daría una buena excusa para hablar con él y proponerle la idea del libro. Y yo sabía lo suficiente sobre esta serie de fotos como para hablar con él cuando quisiera. Se rio cuando le dije esto y me propuso que fuera esa misma tarde, a una hora en que «ya se pudiera tomar un traguito de algo». Le expliqué que no podía ser muy tarde porque pensaba ir después al cine y arreglamos para que pasara por su editorial a las seis.

Cuando colgué, volví a mirar con más detenimiento la foto y tuve de pronto la sensación de que había algo raro en la imagen, aunque no hubiera podido decir qué. Posiblemente algo en la expresión de la chica, que me parecía diferente de lo que yo recordaba. Subí entonces a mi cuarto y busqué el libro de Henry Haas, donde había una reproducción excelente de esa misma imagen. Descubrí entonces algo que me pareció curiosísimo: había varias pequeñas diferencias entre una foto y la otra. La pose era algo más encogida, y también la longitud del pelo parecía otra, y hasta la hierba alrededor no se veía exactamente igual. Pensé por un momento que podía tratarse de una toma distinta durante el mismo día, con ligeras modificaciones de la luz y los

ángulos. Pero entonces me detuve a observar con más cuidado las facciones de la niña y me di cuenta, tan extraño como pueda sonar, de que se trataba de otra chica. Recordé que Beatrice tenía una hermana, Evelyn, muy parecida. Me pregunté si Carroll podría haber intentado la misma foto con las dos niñas, en la misma pose. Fui a buscar otras imágenes de Beatrice. Y, aunque no podía al principio creerlo, tuve que llegar a la conclusión de que la niña en la foto que me había enviado Hinch no era ninguna de las hermanas Hatch. Era *una tercera niña*, y ninguna de las modelos de sus retratos infantiles que yo conocía. Sin embargo, la foto parecía haber sido tomada en la misma época que esa serie, con la misma clase de técnicas. La única hipótesis que se me ocurrió en ese momento es que hubieran surgido en su época imitadores de Carroll. Pasé unas cuantas horas esa tarde tratando de rastrear en la bibliografía de esa década si había alguna mención de imitaciones así. A las seis fui con un primer informe sobre lo que había descubierto al encuentro con Hinch. Me sorprendió que él mismo me abriera la puerta. Se disculpó por el desorden de correspondencia acumulada en la mesa de la entrada, y me dijo que su secretaria estaba de vacaciones. Esto no me gustó mucho, porque había escuchado algunos rumores sobre Hinch y no imaginaba que me quedaría a solas con él. Pero me recibió de una manera cordial, insospechable, y pasamos a su oficina. Tenía sobre el escritorio una de sus cajas de bombones y apenas nos sentamos me ofreció uno. Sabía del chiste que circulaba sobre los bombones de Hinch y pensé que debía sentirme orgullosa de aquella excepción, pero igualmente decliné aceptarlo. Sacó entonces una botella y me ofreció un trago porque, después de todo, me dijo, ya eran más de las seis. Me pareció descortés no acompañarlo pero le pedí que me sirviera muy poco a mí, y le recordé que pensaba ir al cine después y no quería dormirme en la película. Me preguntó en un tono casual qué película iba a ver y también, como dándolo casi por sentado, si iría con un novio. Me pareció que la charla se estaba volviendo demasiado personal, dejé pasar un segundo para que él también lo advirtiera, le contesté simplemente que no y puse sobre el escritorio el libro de Henry Haas y la foto que él me había dejado. Durante algo así como cinco minutos, mientras él tomaba su trago y no dejaba de mirarme, le expliqué las diferencias que había encontrado entre las fotos y mi sospecha de que la modelo era otra niña, diferente de las hermanas Hatch. Pareció sorprendido y admirado, y tan desconcertado como había estado yo. Le pregunté cómo había llegado esa foto a él y estuvo aquí algo evasivo, me dijo que a través de un coleccionista que aseguraba tener negativos muy valiosos de los principios de la fotografía en Inglaterra. Se sirvió otro trago y empezó entonces a decirme una cantidad de cosas elogiosas que había escuchado sobre mí y que ahora podía comprobar en persona. Me preguntó si estaba ya escribiendo mi tesis y si pensaba publicarla al terminar. Algo eneguecida por el entusiasmo de mi viaje a Guildford, decidí contarle, aunque sin mencionar el papel, que había encontrado evidencias de una historia amorosa entre Carroll e Ina Liddell, anterior en todo caso a su relación con Alice. Una historia que quizá podía explicar la desaparición de los cuatro cuadernos faltantes en los diarios, y también, sobre todo, dar una luz novedosa

sobre la ruptura con la familia. Me escuchaba con atención y se puso de pie, como si tuviera él también un raptó de entusiasmo y estuviera pensando sobre las posibilidades de un libro así. Creo ahora que fingió un entusiasmo mayor al que quizá tenía, pero en ese momento, lamentablemente, le creí. Sugirió incluso un posible nombre para ese futuro libro: *Ina in Wonderland*. Me hizo prometer que se lo daría a él antes que a nadie. Yo estaba absolutamente feliz y, por supuesto, le dije que sí. Entonces volvió a servirme en mi copa y otra vez en la suya porque dijo que un brindis era siempre la mejor manera de cerrar los tratos. Acepté por desgracia tomar esta segunda copa. Insistió en que la vaciara, como él, a la cuenta de tres, de un solo trago y así lo hice. Entonces tomó mi copa y la suya, las dejó sobre el escritorio, y trató de abrazarme. Por un segundo creí todavía que era quizá sólo una manera efusiva de celebrar la futura publicación, en el fondo equivalente a un apretón de manos, y no me separé de inmediato. Pero entonces, seguramente envalentonado, él me apretó más fuerte por la espalda y trató de besarme. Lo rechacé, asqueada, y traté de desprenderme, pero él forcejeaba y buscaba todavía mi cara, como si no le hubiera llegado la señal. Junté entonces todas mis fuerzas y le di un empujón que lo derribó al suelo. Durante el forcejeo yo había quedado detrás del escritorio. Y él, que empezaba a incorporarse, interceptaba el paso de la puerta. Temí que volviera a lanzarse sobre mí y quise arrancar uno de los cajones para defenderme. Pensaba partírselo por la cabeza si fuera necesario, para tratar de llegar a la puerta. Tiré del cajón hasta sacarlo de los rieles y todo lo que había adentro cayó al suelo. Ví entonces, desparramadas por el piso, decenas de fotos de niñas desnudas, en todas las poses, algunas en blanco y negro y otras coloreadas, en pequeñas cartulinas del tamaño de la foto que había estado estudiando durante todo el día. Él y yo nos quedamos inmóviles. Entonces, mientras se ponía de pie, empezó a pedirme lastimeramente perdón y a suplicarme que no contara dentro de la Hermandad lo que había sucedido entre nosotros. Se dio cuenta de que yo sólo miraba la puerta detrás de él, y la abrió para dejarme salir. Me dijo que jamás había pensado en hacerme daño y que sólo había sido una equivocación lamentable de su parte. No quise escucharlo; sólo recobré mi cartera y la primera foto que él me había enviado, y me fui sin mirarlo. Me senté a llorar en un café y pensé por un momento en llamar a mi madre, pero me di cuenta de que sería inútil. Me culparía, de una manera u otra, por haber aceptado tomar una copa con él. Tampoco estaba segura a quién podría contárselo dentro de la Hermandad: había suficientes rumores sobre Hinch como para que yo no pudiera alegar que estaba desprevenida...

—Perdón —dijo Sir Ranelagh—, necesitaré tomar un poco de agua para seguir adelante.

—Pobre chica —dijo Laura Raggio, conmovida—, si sólo hubiera hablado conmigo...

—Oh, por Dios, Richard: sólo *continúa* —imploró Josephine.

Veintinueve (continuación)

Sir Ranelagh tomó un sorbo del vaso que le habían alcanzado, tosió levemente para aclarar la voz y volvió a hundirse en la lectura.

Cuando me calmé un poco, decidí ir de todos modos al cine. La película que había elegido, *Seconds*, me entristeció todavía más. Era la parábola de un hombre que intenta una segunda vida y le dan un nuevo cuerpo más joven, una casa maravillosa y la posibilidad de dedicarse a la pintura, tal como él siempre había soñado. Y aun así, en esta segunda vida ideal, todo se vuelve cada vez más horrible para él. Volví a tener en el cine varios accesos de llanto. Al salir me encontré con el estudiante argentino del profesor Seldom, a quien llamaré G, porque no sabría escribir su nombre entero; se acercó a mí al ver que lloraba, y tuvo un par de frases amables. Su cara en el hall del cine es lo último que recuerdo de esa noche. Cuando me desperté en el hospital estaba mi madre a mi lado. Me contó que me habían atropellado en la calle de la fábrica, cerca de la rotonda de Kidlington, en mi regreso a casa. Me dijo que la policía pensaba que me había atropellado algún estudiante borracho. Tanto ella como después otro médico me pidieron que tratara de hacer memoria. Al principio sólo venían a mí algunas imágenes y fragmentos de la película que había visto. No lograba ir más atrás, ni tampoco más adelante de esa conversación muy breve con G al salir de la sala. Tuve durante toda esa noche el terror de que también a mí me hubieran operado y que ahora fuera otra muy distinta, tal como ocurría en la película *Seconds*, aunque me hubieran dejado con el mismo cuerpo. Pero al día siguiente, de a poco, cuando me quedé otra vez a solas, empezaron a volver las imágenes. Recordé antes que nada el papel de Guildford, y dónde lo había escondido. Recordé después la foto en mi casillero y la conversación telefónica con Hinch por la mañana. Recordé que había estado a la tarde con él en su oficina. Y que me había servido una copa para celebrar que publicaría mi libro. Y después, aunque más confusamente, recordé que había luchado con él porque había tratado de besarme. La última imagen que tenía era su cara desde el suelo, aterrado, suplicándome que no le contara a nadie aquello. Me pregunté por supuesto, de inmediato, si podría ser él quien me había atropellado. Después de todo, Hinch sabía que yo iría al cine esa noche y que nadie me acompañaría en el camino de regreso. Sólo debía seguirme en su auto a Kidlington y esperar el momento en que doblara en una calle solitaria. Pero a la vez, no podía creerlo, me parecía excesivo,

quizá porque en ningún momento yo había pensado seriamente en denunciarlo o contarle a nadie aquello tan desagradable que había ocurrido entre nosotros. Yo misma había quedado algo avergonzada y todavía me recriminaba por haber sido tan ingenua y haber aceptado aquella segunda copa. Pero si no podía creerlo todavía del todo, tampoco conseguía descartarlo. Me enteré entonces de que Arthur Seldom también tenía sospechas de que alguien había querido matarme, y que por eso tenía un policía de custodia junto a mi habitación. Quise entonces hablar con él antes de que llegara el inspector Petersen. Y quise ver también otra vez a G, por si conseguía recordar algo más. Enseguida me di cuenta de que Arthur pensaba que mi ataque quizá tuviera que ver con el papel de Guildford. Le pregunté entonces si había hablado con alguien más de ese papel, y me dijo que no. En el e-mail que dirigió a la Hermandad ni siquiera lo mencionaba. De manera que podía eliminar como sospechosos a todos los demás miembros de la Hermandad, porque los únicos tres que sabíamos del papel, o al menos lo creí así en ese momento, éramos Arthur, su estudiante y yo. Sólo me quedaba entonces Hinch, aunque no hubiera podido en ese momento acusarlo sin más. Pero por las dudas me decidí a poner en marcha un pequeño plan. Mostré la foto que él me había enviado, aunque sin mencionar su nombre. Me permití una pequeña mentira y dije que me había llegado en un sobre en blanco. Tampoco mencioné lo que yo había descubierto sobre esa foto. Era, sobre todo, una señal hacia Hinch, la señal de que yo podía recordarlo todo. Di sólo aquel primer paso, que era todavía reversible, a la espera de que encontraran a la persona que me había atropellado y todo aquello que pensaba de Hinch se desvaneciera. Pasé el día siguiente en suspenso, a la espera de novedades. No imaginaba que la noticia más terrible me llegaría desde dentro del hospital: los médicos que me operaron vinieron a explicarme que ya nunca podría caminar y que estaría condenada a una silla de ruedas por el resto de mi vida. Tampoco podría tener hijos. Aunque íntimamente yo hubiera podido sospechar algo así, porque nunca había vuelto a sentir mis piernas, me había entregado en esos días de vigilia a la idea de un milagro, un segundo milagro por el que rezaba en secreto. Algo muy profundo cambió en mí al escuchar esta noticia. No me importa escribirlo ahora. Tal como le prometí a Arthur, pienso contar toda la verdad. Lloré, por supuesto, y aullé por dentro de desesperación, pero sentí que lo que finalmente emergía era sobre todo odio, un odio quemante que no había sentido nunca antes por nada y por nadie. Ahora sí quería cualquier señal que me convenciera de que había sido Hinch. Pero sólo para poder, limpiamente, matarlo. Y al día siguiente me llegaron no una, sino dos señales. Una pericia de Leyton Howard demostraba que el auto no había intentado frenar al lanzarse sobre mí. Y, sobre todo, me enteré por G de que Hinch se había interesado en averiguar cuánto recordaba yo del día anterior al despertarme. No me importa tampoco decir que escuché esta confirmación como una respuesta a una plegaria inconfesable. Ahora me sentía libre de cualquier culpa: en parte también porque me daba cuenta de que de nada valdría acusarlo ante la policía. Si lo acusaba, yo sería su propia coartada. Todo podría darlo vuelta: si yo revelaba que la foto me la había enviado él, diría

simplemente que me había pedido una opinión profesional. Y lo que había ocurrido entre nosotros dos, podría también contarlo a su manera. Si había sido suficientemente cuidadoso con el auto, no habrían quedado huellas que lo inculparan. De modo que yo viviría el resto de mi vida en una silla de ruedas, y él quedaría absolutamente impune y publicaría los diarios de Carroll y además de todo se llenaría de dinero. No podía tolerar esto. Había estado leyendo otra vez con la hermana Rosaura los viejos textos bíblicos que me recitaba mi madre y volvía a mí una y otra vez, como un rezo dentro del rezo, como un susurro que me repetía por la noche, el título de una novela policial que tomaba, justamente, una frase del Eclesiastés: *La bestia debe morir*. Sí, no pensaba más que en esto: que la bestia debía morir. Y aun así me molestaba todavía no saber cuál había sido el verdadero motivo de Hinch para atropellarme. No podía creer que fuera sólo por el beso que había intentado darme, por el temor de que pudiera denunciarlo. Debía haber algo más. Pero ¿qué era? Traté otra vez de recordar todo lo que había ocurrido ese día, desde que había visto el sobre en mi casillero. Recordé que algo en la expresión de la niña me había resultado extraño, como fuera de lugar, y que eso me había llevado a buscar la foto auténtica en el libro de Henry Haas. Busqué otra vez la foto en mi bolso y volví a mirarla. Comprendí entonces, por fin, la verdad oculta y siniestra: vi, de pronto, que a pesar de que la cámara y los químicos debían ser los mismos que había usado Carroll, algo en la cara de esa niña parecía extrañamente fresco, vivo, *actual*. Y recordé, como en una iluminación brusca, la escena de la lucha con Hinch en su oficina, y las fotos que se habían desparramado por el piso cuando arranqué el cajón. Ahora me parecía que todo tenía sentido. No había ningún coleccionista de fotos victorianas. Era Hinch, seguramente, el que encargaba esas fotos. Fotos de niñas desnudas, contemporáneas, tomadas con la misma cámara Ottewil que usó Carroll. Eso era lo que verdaderamente había visto, sin darme cuenta, en la oficina. Ése era el verdadero motivo. Me invadió una extraña serenidad cuando comprendí esto: ahora podía matarlo sin ningún remordimiento. Por supuesto, no parecía tan fácil hacerlo desde esa cárcel en que se había convertido mi cama de hospital. Pero entonces tuve una pequeña ayuda del destino. Me enteré, a través de G, de la interpretación fantástica que había dado Arthur a la foto de Hinch, y que el propio inspector Petersen parecía tomar en serio: la posibilidad de que hubiera un cruzado contra la pedofilia que quisiera asesinar a los miembros de la Hermandad. Si no hubiera estado, como estaba, postrada todavía en una cama de hospital, me hubiera reído con esto, y hubiera hecho mi lista propia de candidatos para sugerirle a esta honorable entelequia. Pero apenas me quedé otra vez sola, me di cuenta de que me habían servido mi propia oportunidad en bandeja. Sólo bastaba proseguir esa conjetura falsa, agregarle un segundo término. Y jamás sospecharían de mí, porque había sido, después de todo, la primera víctima de esa serie imaginaria. En mi primera conversación con Arthur y G, yo les había dicho que me habían hecho saltar por los aires como la lagartija Bill del libro de Alicia. No estaba segura si recordarían esto, pero decidí planear la muerte de Hinch con algún detalle que hiciera recordar también

el mundo de Wonderland. Tenía, por supuesto, el pequeño problema de que estaba postrada en el hospital, pero a la vez, por esto mismo, podía estar segura de que difícilmente pensarían en mí como posible asesina. Recordé la adicción que tenía Hinch por los bombones, y decidí que la manera más fácil sería enviarle una caja de bombones envenenados. Sólo bastaba recortar el nombre en la tarjeta de mi director para que pudiera pasar por un regalo que le enviaba la Hermandad y elegir otra foto de una niña desnuda para ocultar en el fondo. Le pedí a mi madre que comprara una caja igual a la que había visto en la oficina de Hinch. Ella sería la mensajera ideal, porque vivía en las afueras de Guildford y ni siquiera tenía televisor: sólo una radio vieja en la que mayormente escuchaba música clásica. Aun si el asesinato de Hinch llegaba a las noticias nacionales, jamás se enteraría. En una conversación con Rosaura logré sacar con cautela el tema de los venenos, con la excusa de que mi madre no conseguía exterminar a los ratones. Para mi sorpresa, Rosaura era toda una experta. Le pregunté por el nitrato de mercurio, porque había leído en algún libro sobre Alicia que los sombrereros de la época se envenenaban al contacto con el mercurio, que se usaba para tratar la piel de los sombrereros, y a veces sufrían graves alteraciones cerebrales. Eso había dado pie al personaje del Sombrerero Loco. Pero según lo que me dijo Rosaura, el mercurio no era del todo letal, y yo no me podía arriesgar, por supuesto, a un veneno que dejara a Hinch vivo. Pero de pronto mencionó la aconitina, y el efecto tan extraño que causaba en la agonía: los miembros y la cabeza parecían expandirse para estallar. Supe que aquél y ningún otro debía ser, sin duda. Además, era totalmente insípido y mataba aun en pequeñísimas proporciones. Le pregunté a Rosaura si podría conseguirme lo suficiente de aquello para matar a todos los ratones de la huerta de mi madre. Supongo que no me creyó del todo, pero tampoco me hizo más preguntas. Quizá adivinó que yo sabía quién me había atropellado, y lo que planeaba hacer. Esto nunca lo sabré, pero quiero dejar muy claro aquí que la hermana Rosaura no tuvo ninguna culpa ni participación consciente en mi plan y que procedí enteramente sola. Debo decir para terminar que una sola cosa me preocupaba cuando concebí este plan, y era tener que enfrentarme cara a cara con Arthur. Había sido por largo tiempo su discípula y sabía que yo era para él transparente. Tenía el terror irracional de que apenas me mirara lo adivinara todo. Quería de algún modo lograr mantenerlo apartado de mí todo lo que fuera posible. Sabía de la aversión que tenía él por las enfermeras metodistas después de su propia internación y, en general, de su rechazo a cualquier idea de un Dios. Decidí sobreactuar entonces una actitud de agradecimiento religioso y también mi vínculo con la hermana Rosaura. Sin embargo, esto no fue suficiente: me conocía demasiado como para creer esta súbita conversión del todo, y finalmente fue el hilo de donde empezó a desenrollar la verdad hasta llegar a mí. Me reconforta, al menos, saber que tuve el tiempo suficiente para acabar mi libro. Lo encontrarán en mi escritorio, con el título, por qué no, que me sugirió Hinch, *Ina in Wonderland*. En cuanto al papel de Guildford, me perdonarán que haya decidido quedármelo para mí, pero siento que me pertenece, que quizá es lo único que verdaderamente me

perteneció en el mundo, y no quisiera dejárselos. Pueden confiar en que la frase que transcribí es estrictamente la que escribió Menella. Arthur Seldom me aconsejó que me entregara a la policía después de escribir esta carta, pero no soportaría duplicar mi cárcel dentro de otra cárcel. Prefiero darme el antiguo castigo bíblico de ojo por ojo, que me parece más justo y acorde con mi anterior formación matemática, y tomar la misma medida de aconitina de la misma manera que dispuse para Hinch. Por eso le pedí a Rosaura que se quedara hasta el final de esta lectura: no quisiera que nadie, a último momento, pueda rescatarme. Apenas ponga punto final, y a falta de bombones, inyectaré ahora lo que me quedó de la ampolla en uno de los *scones* que me envió en su última encomienda mi madre. Espero que Rosaura no se haya equivocado sobre los síntomas finales. Quiero sentir, como última curiosidad, cómo se agigantaba Alicia al comer su bizcocho.

Treinta

Apenas Sir Ranelagh terminó de leer, la hermana Rosaura se puso de pie con un grito ahogado. Vi que también Seldom se incorporaba, en el mismo reflejo de horror que había tenido yo, pero antes de que nadie pudiera hacer ningún movimiento hacia la puerta, se alzó la voz de Petersen, brusca y cortante.

—Que nadie se mueva, por favor. Vuelvan todos a sus lugares. Si esta chica cumplió con lo que escribió en la carta, ya no hay nada que podamos hacer por ella.

Tenía en la mano su teléfono móvil y mientras vigilaba alrededor de la mesa con la mirada, dio indicaciones para que enviaran una ambulancia y un patrullero a la casa de Kristen. Escuchamos que la hermana Rosaura rompía a llorar, con un sollozo largo y desconsolado.

—Debí adivinarlo —murmuró—, debí darme cuenta...

El inspector Petersen pareció compadecerse sólo a medias de ella.

—Será mejor que usted sí salga ahora, pero tendrá que esperarme abajo, junto con el policía de custodia. Me acompañará después al Departamento para hacer una declaración. Deberá darnos explicaciones sobre el veneno que le facilitó a Kristen. Supongo que, como enfermera, sabe perfectamente la pena por extraer sustancias tóxicas del dispensario de un hospital.

—No se lo di del dispensario —exclamó Rosaura, indignada, y le dirigió una mirada llameante—. Cultivo la raíz de acónito en mi propia huerta: yo también tuve que matar ratones varias veces. Nunca sospeché que me lo pidiera para otro propósito.

—Eso ya lo veremos —dijo Petersen y le indicó la puerta. La hermana Rosaura sacó un pañuelo para secarse los ojos, se levantó con un aire ceremonioso y saludó con una breve inclinación de cabeza. El inspector esperó a que la puerta se cerrara y luego volvió a pasear la mirada en torno de la mesa.

—Aun si todo lo que esta chica escribió en esa carta es cierto, todavía quedaría por explicar la muerte de Anderson —dijo—. No dice nada de esto, pero sabemos que de ningún modo podría haber sido ella. Después de entrevistarla en su casa, Anderson volvió a su oficina en el diario y trabajó en su computadora hasta las seis de la tarde. Tenemos incluso la nota completa escrita por él que pensaba publicar al día siguiente. Pero usted, profesor Seldom, estaba muy seguro antes de que no fue tampoco el señor Haas. Aunque nunca llegó a explicarnos por qué deberíamos descartarlo.

—Eso —dijo Seldom con mortal seriedad— en todo caso debería explicarlo Richard.

Hubo un murmullo de consternación y Sir Ranelagh alzó su mirada impávida y dura. Me di cuenta de que muy posiblemente no era la primera vez que debía dar explicaciones por una muerte, y me pareció ver, en la expresión algo altiva con que sostenía la mirada de Seldom y en el repentino envaramiento de su cuerpo, que afloraba de aquel cuerpo consumido por la vejez algo del hombre acostumbrado a mandar y aceptar todas las consecuencias.

—*Bravo*, Arthur —dijo, con un tono que no era de contrición sino más bien de amenaza—. Debí imaginar que no podría engañarte. Pero cuidado, a veces también podrías ser, como esa chica, demasiado inteligente para tu propio bien. Lo explicaré, de acuerdo. Pero sólo para los miembros de la Hermandad, aunque no pueda evitar que también el inspector se quede a escuchar. Se trata de una cuestión que afecta la seguridad nacional y deberíamos pedirle a tu estudiante argentino que se retire también. Lo que diga aquí deberá quedar en el máximo secreto.

Por supuesto, me puse de pie y me fui de inmediato. Sólo quería llegar a la casa de Kristen. Cuando bajé la escalera y vi a Rosaura junto al policía, todavía llorando en silencio, cayó sobre mí, brusca, inapelable, con todo su peso abrumador, la idea de que ya era tarde para todo. Aun así, guiado por un impulso desesperado, remonté casi a la carrera otra vez la colina. Cuando llegué a la cima, jadeante, extenuado, vi que habían estacionado una ambulancia junto a la puerta y que se agolpaban junto a la verja varios vecinos. Dos policías desplegaban cintas amarillas por el camino de grava que conducía al jardín. Hubo de pronto un rumor de excitación: la puerta

principal de la casa se abrió y vi que, escalón por escalón, con una lentitud premonitoria, descendían una camilla con una sábana que cubría enteramente el cuerpo. «Está muerta, está muerta», repetían a mi alrededor como una contraseña electrizante, con esa excitación infame, cercana a la alegría, que provoca la muerte ajena.

Caminé de regreso, aturdido, incapaz de ningún pensamiento, todavía sin creer que todo había terminado. Cuando volví a pasar por Christ Church ya no estaba el policía de la entrada y el bedel me dijo que la reunión de la Hermandad había concluido. Fui hasta el Instituto de Matemática y busqué sin esperanzas a Seldom en su oficina, pero no había vuelto por allí. Me pregunté si alguien le avisaría a la madre de Kristen de la muerte de su hija y decidí escribirle a Seldom un e-mail para consultarle esto. Al ingresar a mi cuenta vi con sorpresa que tenía un mensaje de él, de unos pocos minutos atrás. Había pasado también por el Instituto, con la esperanza de encontrarme. Tenía algo urgente que decirme, me esperaba en The Eagle and Child; estaría allí al menos una hora más.

Cuando entré al pub no lo vi de inmediato en la bruma blanquecina que subía de los cigarrillos. Pasé bordeando la barra hacia los salones de atrás. Estaba en una de las pequeñas mesas del fondo, con un gran vaso de whiskey ya vacío en la mano. Me hizo una seña y se puso de pie con alguna lentitud para pedirle al barman que le llenara el vaso otra vez. Al sentarme me impresionó la transformación de su cara, con las marcas excavadas de una tristeza profunda. Nunca lo había visto así, con un aire de derrota y aun de vergüenza en la mirada.

—Por favor, no me mire de ese modo —dijo—. Por desgracia a esta edad ya ni puedo emborracharme. El whiskey sólo consigue ahora entumecerme, como si todo se lentificara. No puedo ir más allá de un par de ideas. Ni siquiera consigo olvidar. ¿Se da cuenta de que Kristen ahora está muerta? *Muerta*. ¿Se da cuenta de que no debimos llamar nunca a la policía? ¿Que fue por el policía que Hinch y Anderson también están muertos? ¿Se da cuenta de que otra vez, otra vez...? Discúlpeme —dijo, como si se repusiera a duras penas—. No quisiera que usted se atormente también, porque fue toda mi culpa. Culpa de esta maldición que me acompaña. Tal vez debería pensar en suicidarme yo. —Tomó otro largo sorbo de su whiskey y su mirada pareció

enfocarse otra vez en mí—. Sólo quería verlo para decirle que debe irse, que tiene que salir de Inglaterra lo antes posible. Ya perdí a una alumna, no quisiera perder otro. Le diría que hoy mismo empiece a empacar sus cosas. Yo puedo ayudarlo con el dinero del pasaje si fuera necesario. Por favor, créame: está en peligro.

Tardé un instante en comprender del todo el alcance de lo que me estaba diciendo.

—¿Tiene que ver con lo que les contó Sir Ranelagh?

Seldom asintió gravemente.

—¿Y puedo aunque sea llegar a saber por qué? ¿Es algo de lo que les dijo allá adentro?

Seldom volvió a asentir en silencio y de pronto pareció afluir en su mirada una furia contenida.

—Prometí como todos ellos no decir nada. Pero a usted sí se lo diré si me asegura que se irá de inmediato.

Se lo prometí. Seldom tomó un último trago largo para vaciar su vaso y se refregó los ojos con el canto de las palmas, como si tratara de despertar y quitarse de encima una pesadilla.

—Richard nos contó que cuando abrieron los cajones de Hinch y encontraron las fotos de esas niñas desnudas hubo una preocupación considerable en el MI5. En la contabilidad paralela de Hinch, tal como descubrió Anderson, figuraban los nombres en código de algunas personas de esferas al parecer muy altas. En fin, Richard recibió instrucciones de sus excompañeros de inteligencia para tratar de impedir que esta lista llegara a los diarios. Cuando lo encontramos en el pub junto con el inspector y se enteró de que Anderson ya sabía de esta lista y pensaba publicar quizá al día siguiente todo lo que había descubierto, decidió llamar de urgencia a dos hombres que habían trabajado con él en el pasado y que eran de su más extrema confianza, con la misión de «convencerlo» de que no lo hiciera. Nos juró que les había dado instrucciones para que ni siquiera lo tocaran. Pero estos hombres ya tenían la edad de Richard, y Anderson cometió el error de verlos como un par de viejos quebradizos y temblequeantes. Aparentemente se burló de ellos y dijo que los incluiría también en su historia, como una nota de color. Usted lo conoció a Anderson, tenía un sentido del humor que no todos podían

comprender... Los hombres se enfurecieron, hubo una pelea y acabaron entre los dos por matarlo a puñaladas. Richard temió que esta muerte empeorara todavía más las cosas y sacara a la luz la participación del MI5. Fue a ver el cadáver. La cara y la cabeza de Anderson habían quedado intactas. A Richard se le ocurrió entonces que podría añadir la muerte de Anderson como un eslabón más de la serie, y atribuírselo a quien fuera que estaba enviando las fotos de niñas desnudas. Les pidió a sus hombres que se aseguraran de introducir en la boca de Anderson una de las fotos de Carroll con las que Anderson pensaba ilustrar su nota y les ordenó luego que le seccionaran la cabeza e hicieran desaparecer para siempre el cuerpo, donde estaban las señales de las puñaladas. Transformó así el crimen en otra de las muertes de Alicia: «*Off with his head*». Nos dijo que había sido, después de todo, como si lo hubiera ordenado nuestra propia Reina de Corazones. A la vez, preparó como versión alternativa para la prensa la sospecha sobre una célula de espionaje serbia. Una cabeza flotando en el río podía asociarse con facilidad, le parecía, a las noticias de salvajismo y desmembramientos que llegaban de la guerra de los Balcanes, y a las amenazas recientes del Reino Unido de intervenir en esa guerra. Nos dijo que en todas las operaciones delicadas de inteligencia siempre trataban de que se filtraran dos historias: una para la prensa y la televisión, y otra, más retorcida, que se deja también sutilmente a la vista para los amantes de las conspiraciones y para los que se creen más astutos que el resto. Dos historias, dos versiones, para que la tercera, la verdadera, quede oculta. Cuando terminó de contarnos todo esto acudió, por supuesto, al patriotismo: para que Dios salve a la Reina, nos dijo, a veces los hombres y las mujeres también debíamos contribuir con nuestra parte. En este caso la parte que se nos pedía sería mínima y la recompensa muy grande: él se aseguraría de que todos en la Hermandad fuéramos nombrados caballeros reales como él y también que Josephine y Laura se convirtieran en *Dames*. Sólo debíamos jurar guardar completo silencio sobre lo que nos había contado. Nunca se revelaría que Hinch había sido en realidad asesinado, y la muerte de Anderson quedaría en la nebulosa, como una víctima de un caso tenebroso de espionaje. Todos debíamos olvidarnos también de las fotos:

prometió que ellos encargarían una investigación discreta para descifrar el código y dismantelar la red. De esa manera, también, la Hermandad quedaría a salvo y podríamos seguir adelante como si nada hubiera pasado.

—Pero Petersen estaba ahí —dije, sorprendido—. ¿No se opuso acaso?

—Intentó oponerse, sí —dijo Seldom—. Pero tuvo, por supuesto, que hacer una llamada de consulta, y Richard tenía, evidentemente, las cartas más altas. Apenas terminó de hablar nos dijo que se volvía a su oficina... para escribir su renuncia de inmediato. Cuando salió de la sala quedamos todos muy impresionados. Se hizo, en fin, la votación y fui el único que votó en contra, quizá porque soy escocés. Pero creo que en el fondo yo también prefiero, por la memoria de Kristen, y sobre todo por su madre, que esto tan terrible que hizo no tome estado público. Como un gesto de lealtad hacia la Hermandad, prometí con ellos no decir nada. Por eso estoy aquí, asqueado de mí mismo, tomando un whiskey tras otro.

Me quedé por un momento pensativo.

—Pero sobre esa confesión, la carta que envió Kristen... ¿le creyó todo?

Seldom me miró intrigado.

—¿Qué quiere decir? Por supuesto le creí; coincidía casi palabra por palabra con lo que yo había conjeturado. Y por si hiciera falta, además, se suicidó a continuación. ¿Qué otra firma de autenticidad necesitaría?

—Sólo estaba pensando —dije— si no estaría encubriendo en parte a alguien más.

—¿Usted se refiere a esa mujer, Rosaura? No sé qué relación habría entre las dos. Ella parecía muy afectada. Pero creo que en la carta Kristen ya hizo todo lo posible por exculparla. Ya sé que es difícil hacerse a la idea de que Kristen pudo haber planeado algo así, espero que usted no haya llegado a sentir... demasiado por ella.

Moví la cabeza, sin decidirme a decirle nada.

—¿Y lo que escribió sobre el papel de Guildford? ¿Sería verdaderamente ésa la frase?

—El papel de Guildford... Aunque le parezca increíble, después de que Richard nos contó cómo había ordenado cortarle la cabeza al cadáver de Anderson, después de que hicimos la votación para callarnos todos sobre dos crímenes, todavía no nos dejó ir y quiso que se tratara, para asentar en las

actas, la cuestión del papel. Hizo para todos la misma pregunta que usted: ¿debíamos creer que aquélla era la frase en el papel? Y aquí tuvimos una pequeña sorpresa: Thornton se decidió a hablar y confesó que él sí había visto el papel en una de sus últimas visitas a Guildford. Sólo que su libro ya estaba en imprenta. El papel, por supuesto, contradecía la tesis principal de su libro sobre el motivo de la pelea entre Mrs Liddell y Carroll, de modo que decidió sacarle una fotocopia para sus archivos pero callarse sobre el contenido. Pero sí puede al menos dar fe de que la frase es exactamente la que transcribió Kristen. Hubo una ronda de comentarios sobre esto y se decidió que encargaríamos a un copista que reescriba la frase en manuscrito sobre algún pedazo de los papeles de carta de Menella de aquella época. Petersen sugirió que podría hacerlo muy bien Leyton Howard, parece que es otra de sus habilidades. En fin, sé que Thornton se comprometió a llevar hoy mismo la fotocopia y algunas lapiceras antiguas a Leyton, porque Richard quiere ir mañana a Guildford a primera hora para reponer el papel y atar este último cabo suelto. O en realidad, el anteúltimo. El último, no sé si se da cuenta, sería usted. Yo no creí del todo la versión que nos contó Richard. Supongo más bien que le ordenaron callar a Anderson del modo que fuese, y que la historia de los viejitos fue una manera de hacer aparecer el crimen casi como un error desafortunado, algo que se les fue de las manos. No quisiera que a usted también le ocurriera un accidente desgraciado o fuera víctima de un error parecido en los próximos días. Yo puedo hablar con Brandy mañana a primera hora para que le reserve un pasaje. ¿Cree que llegaría a tiempo para tomar un vuelo mañana mismo por la noche?

Asentí, perturbado.

—En su lugar —me dijo, y su voz bajó a un tono apremiante y preocupado— empezaría ya mismo a preparar las valijas.

Me puse de pie y él también.

—Será mejor que nos despedamos ahora —me dijo—. No creo que vaya por el Instituto mañana, pero hablaré temprano con Brandy sin falta.

Pensé que quizá no lo viera nunca más en mi vida y tuve por un instante el impulso de abrazarlo, pero él había extendido su mano y sólo puso la otra sobre mi hombro mientras me la estrechaba, como la medida apropiada de

efusión sentimental, quizá porque creía realmente que volveríamos a cruzarnos pronto.

—Siga trabajando en temas de Lógica —me dijo— y ya nos encontraremos en nuestro circo itinerante de congresos. Espero que la próxima vez sin crímenes.

Cuando salí todavía en conmoción del pub, pasé por la calle de la tienda de Alicia con la esperanza de ver por última vez a Sharon. Pero la tienda ya estaba cerrada. Seguí una cuadra más hasta la esquina del Departamento de Policía. No quería encontrarme con Petersen, pero aparentemente también todos se habían ido. Sólo había luz en la entrada de guardia y en el altillo que había compartido con Leyton. Decidí subir. Después de todo, había varios libros míos y papeles de mi programa que debía recuperar. Encontré a Leyton practicando caligrafía bajo una lámpara. Me miró con la máxima sorpresa que podía expresar su rostro. Le dije que me iría la noche siguiente y empecé a juntar mis papeles. No me hizo ningún comentario: parecía totalmente concentrado en escribir en raptos cortos sobre un papel, como si tratara de ganar rapidez de a poco. No pude evitar acercarme a su mesa y alzó la mirada al verme de pie junto a él. Tenía sobre un tablero la fotocopia del papel de Kristen y sobre la mesa varias hojas en las que escribía a diferentes velocidades con una lapicera antigua de pluma.

—¿Qué es lo que estás haciendo? —le pregunté, como si no supiera nada. Leyton alzó las cejas y apenas me miró.

—Supongo que alguien perdió un papel: necesitan reponer el original a partir de esta fotocopia. No me explicaron demasiado. Debo lograr que la letra pueda pasar un peritaje caligráfico. —Me mostró un rectángulo de papel amarillento, que parecía rasgado en uno de los bordes—. El problema es que no tendré dos oportunidades: sólo me dejaron este pedazo de papel para intentarlo. Y tampoco tengo mucho tiempo: vendrán a buscarlo en un rato.

Alcé una de las páginas en las que había varios ensayos: la semejanza con la letra de Menella me pareció increíble. Sí, evidentemente Leyton también tenía un don para esto. Se lo dije, admirado, y apenas se encogió de hombros.

—Lo importante es encontrar la velocidad y la intensidad del trazo. Pienso usar tu versión del programa para calibrarme a mí mismo. Y ahora —dijo—, si no te molesta, ¿podrías dejarme solo? No estoy preparado para hacer esto en público.

Bajé la escalera hacia la noche desnuda y solitaria de Oxford. Pensé en un remolino de vértigo en el día siguiente. En Emily Bronson y las excusas que debería dar por mi beca; en los libros que debía devolver a la biblioteca y en las pocas personas de las que quería despedirme. En el segundo informe que debería escribir cuando todo acabara. Pero al menos un vuelo nocturno, pensé, me daba todavía la posibilidad de ir por la mañana yo también hasta Guildford.

Epílogo

—¿Pero cómo llegó a darse cuenta *usted*? —me dijo la madre de Kristen, todavía abrumada de lágrimas.

Había llegado una media hora antes a su pequeña casa en las afueras de Guildford. La casa, pensé, donde se había criado Kristen. Me había costado bastante dar con la dirección y cuando toqué por primera vez la puerta, todos los postigos estaban cerrados y me pregunté si ella no estaría viajando a Oxford, si no habría hecho el viaje en vano. Pero cuando volví a golpear, un poco más fuerte, escuché el ruido lento de unos pasos dentro, como si la hubiera despertado de un letargo. Se asomó, cubriéndose con una mano el pelo desgreñado. Tenía los ojos muy hinchados, del llanto o del sueño, y parecía infinitamente envejecida. Me dijo que había recibido una llamada del inspector Petersen la noche anterior, para avisarle de la muerte de Kristen, y que había querido morir ella también. Lo hubiera hecho quizá, si sólo le hubieran quedado suficiente cantidad de píldoras para dormir. Ni siquiera podía pensar en un funeral todavía porque le habían dicho que el cuerpo debía permanecer en la morgue para una autopsia. Por eso no se había decidido a viajar a Oxford. Se echó a llorar de pronto y me contó que había recibido la mañana anterior una carta de Kristen que le había parecido premonitoria, porque ella desde hacía mucho había dejado por completo de escribirle. Hubiera debido adivinarlo, me dijo. Hubiera debido *protegerla*. Me pidió disculpas, me hizo pasar y fue en busca de un pañuelo.

Estábamos ahora en la cocina; por el vidrio de la puerta trasera se veía afuera una galería con una reposera de mimbre y una huerta con cercas de madera que dejaba ver a la distancia el campo abierto. Un gato ondulante paseó entre mis tobillos y se ovilló a mis pies. La madre de Kristen se dio vuelta hacia las hornallas para que no la viera llorar y me preguntó si quería un té.

—Pero ¿por qué vino usted hasta aquí? —dijo—. No debió haberse molestado.

—Es que estoy por dejar el país y hay algo, un detalle de lo que me dijo Kristen, que me intrigaba y que sólo usted me podría responder.

Pude notar en sus hombros cómo se ponía tensa. Dio vuelta con lentitud la cara y me miró a la vez con algo de alarma, pero también, extrañamente, con cierto alivio. El alivio, pensé, de que alguien más *supiera*.

—Dígame.

Se lo dije, tal como yo lo imaginaba, y ella fue asintiendo en silencio una y otra vez, con un gesto de pesadumbre.

—Sí, ocurrió casi como usted dice. Sólo que fue la hermana Rosaura la que me alertó sobre lo que planeaba Kristen. Me llamó aparte en un momento y me preguntó si era verdad que yo necesitaba veneno para mis ratones. Recién entonces comprendí para qué me había pedido Kristen la caja de bombones. Cuando entré a su cuarto para hablar con ella a solas, se desmoronó y me contó todo lo que le había ocurrido con ese hombre horrible en la editorial. Y también su plan. Ya tenía la caja preparada y envuelta; yo sólo debía llevarla hasta la dirección que había escrito en el paquete. Aunque lloraba y temblaba, no quería desistir de ningún modo. Si me negaba, me dijo, se lo pediría a Rosaura. Me repetía que no podría seguir viviendo para siempre en una silla de ruedas si aquel hombre no moría. Traté de convencerla de que lo denunciáramos a la policía, pero ella estaba segura de que él quedaría en libertad por sus contactos. Aun así, yo no podía permitir de ningún modo que mi hija, mi hijita que había sostenido en brazos, hiciera aquello y logré arrancarle la caja de bombones. Le pedí que rezara, como había rezado yo por la vida de ella, que sólo rezara y dejara que Dios decidiera sobre esto. Salí del hospital con aquella caja en la mano, pero antes de que pudiera encontrar un lugar para tirarla un impulso desconocido se apoderó de mí. Fue como el susurro de algo diabólico. ¿Por qué no, después de todo?, pensé. ¿No se matan acaso las alimañas en el campo, y se arrancan las hierbas malas del jardín? ¿Por qué ese asesino merecería vivir? Kristen me había convencido de que jamás llegarían a ella, porque el inspector Petersen y también el profesor Seldom pensaban que había alguien que se proponía matar a los miembros de esa Hermandad en una cruzada contra los pedófilos. Su plan me parecía

asombrosamente simple y a la vez perfecto, estaba segura de que no podría fallar: Kristen siempre fue para mí una mente superior. Y en último caso, si alguien llegaba a descubrirla, yo me adelantaría a contar la verdad. Que había sido yo la que había decidido, después de todo, entregar la caja, aun cuando sabía muy bien lo que había dentro. Y sería a mí a quien condenarían, y no a ella. Porque soy yo la verdadera culpable, ¿no le parece?

Pensé que ni a Seldom ni a mí, al discutir sobre los mensajes, se nos había ocurrido esta otra posibilidad: que el mensajero pudiera ser a la vez el asesino. La madre de Kristen se acercó a la mesa con las dos tazas de té en equilibrio.

—Pero todavía no me dijo cómo llegó a darse cuenta usted —repitió.

—Cuando fui a visitarla a su casa, Kristen parecía creer que Hinch verdaderamente había muerto por una complicación de su enfermedad, tal como dijeron en las noticias. Quizá creyó incluso por un momento que fue, como usted dijo, una respuesta de Dios a sus rezos. Fui yo el que le dijo que había sido envenenado. Me sorprendió su reacción al recibir la noticia: quedó muy perturbada, en un estado de conmoción, y dijo que eso «lo hacía todo diferente». Y sin embargo, después, en la carta que envió a la Hermandad, confesaba todo su plan, como si fuese ella la asesina. Me di cuenta, al pensar otra vez en lo que había escrito, de que contaba el plan en detalle, sí, pero no llegaba a decir *que lo había llevado a cabo*. Y aun así, se había suicidado a continuación. Supuse entonces que se había sacrificado para salvar a otra persona. Yo no creía que su relación con la hermana Rosaura fuera tan cercana como para morir por ella. Esa otra persona, entonces, debía ser usted. Kristen no quería que las consecuencias las pagara nadie más. Apenas yo le conté que la caja había llegado después de todo a destino, decidió, con su suicidio, que ella, y sólo ella, debía hacerse cargo de esa muerte.

—Pero, usted, ¿qué cree? ¿No soy acaso yo la verdadera culpable? ¿No debería salir de aquí ya mismo y contarle todo esto a la policía?

—Señora —le dije—: de ningún modo haría algo así. Kristen hubiera muerto en vano en ese caso, y sería todavía más triste. Yo sólo quería saber la verdad.

La madre de Kristen suspiró y se puso de pie otra vez para abrir un cajoncito.

—En ese caso —me dijo— le daré un sobre que me envió para usted Kristen. Cuidado, porque creo que tiene dentro algo suelto de vidrio. Ella parecía estar convencida de que usted vendría en algún momento hasta aquí. Y tuvo razón.

Me dio un sobre amarillo que sólo tenía escrita mi inicial. Al abrirlo vi dentro el colgante de vidrio que llevaba al cuello con el pedazo de papel enrollado y una nota manuscrita.

Si llegaste hasta aquí sólo te pido que protejas a mi madre. Sé dentro de mí el castigo que merezco y no me pesa tanto acabar con mi vida o, en realidad, con esta segunda vida horrorosa a la que fui condenada. Yo también podría escribir que «los que me quieren son escasos, y que estoy desencantada de todo, incluso del amor a la gloria». Si llegué a despertar algo dentro tuyo para quedar en tus pensamientos, no me recuerdes por favor con tristeza: a mí también me hace falta todo el ánimo para morir a los veinte años.

PS: te dejo este pedazo de papel, que fue mi desvelo y mi condena, para que lo conserves o lo destruyas. Pero no quisiera que llegue nunca a manos de ellos.

Volví caminando lentamente a través del pueblo, tocando dentro de mi bolsillo la superficie de vidrio de la pequeña cápsula como si fuera un talismán. Todavía me quedaba algo más de media hora para el próximo tren a Oxford. Encontré en la calle principal las flechas que marcaban el camino a la casa museo de Lewis Carroll, junto al castillo de Guildford, en lo más alto del pueblo. Seguí las indicaciones y subí por calles curvas casi sin darme cuenta hasta llegar frente a la casa, que estaba junto a los jardines y las ruinas enhiestas y todavía imponentes del castillo. Era una casa sencilla de dos pisos, con una puerta de madera pintada de azul, separada de la calle por una explanada. Un anciano algo encorvado salía en ese momento por entre las pequeñas columnas de piedra de la entrada. Alcancé a distinguir sus facciones a tiempo y me oculté detrás de un árbol para que no me viera. Era Sir Ranelagh. Miró su reloj y empezó a caminar con su bastón cuesta abajo, supuse que en dirección a la estación de tren. Tuve entonces un impulso repentino. Entré en la casa y sin detenerme demasiado a mirar alrededor fui directamente al mostrador de la bibliotecaria y le pregunté si podría mirar algunos de los materiales de Carroll con mi carnet de estudiante de posgrado.

Era una mujer muy amable y asintió de inmediato, sin detenerse a mirar mi documento. Le pedí entonces el catálogo de la constitución del museo y le señalé el ítem «Páginas cortadas del diario». Me miró con sorpresa.

—Eso es fácil —me dijo—: tengo la carpeta aquí mismo. Otro señor que acaba de irse la pidió recién. Qué coincidencia curiosa.

Me señaló un pequeño cuarto contiguo de lectura, con dos o tres bancos largos. Estaba solo, pero aun así saqué con el mayor disimulo posible el papel de Kristen de la cápsula y lo alisé con cuidado hasta dejarlo plano. Admiré una vez más el trabajo virtuoso, impecable, de Leyton antes de sustituirlo por el papel verdadero. El universo tenía ahora un parche sobre otro, pensé, y lo auténtico quedaría para siempre oculto como falso.

Me guardé el papel de Leyton en el bolsillo y le devolví la carpeta a la bibliotecaria.

—Eso fue rápido —me dijo al ver que ya me iba—. ¿No quiere firmar nuestro libro de visitas?

—No, gracias —dije—. No quisiera perderme el tren y mi nombre es demasiado largo.

Aclaraciones y agradecimientos

Si bien esta novela tiene como inspiración inicial un hecho real —el hallazgo en Guildford, por parte de la dramaturga Karoline Leach, del papel que resume el contenido de las páginas arrancadas a los diarios de Carroll—, todos los sucesos y personajes de la trama policial son ficticios. En particular, la Hermandad Lewis Carroll que imagino no tiene ninguna relación con la Sociedad Lewis Carroll, que efectivamente publicó una edición anotada en nueve volúmenes de los diarios. Aun así, muchas de las opiniones y puntos de vista de mis biógrafos imaginarios sí pueden coincidir parcialmente con las de diversas biografías y artículos que consulté durante la escritura de la novela. Me resultaron sobre todo iluminadoras las biografías de la propia Karoline Leach, de Stuart Dodgson Collinwood, de Morton Cohen, de Anne Clark, así como la edición anotada por Martin Gardner de los dos libros de Alicia y la guía de paseos de Charlie Lovett. También las notas de Edward Wakeling a los diarios, y sus dos libros dedicados a las fotografías de Lewis Carroll.

Del mismo modo, la ciudad de Oxford que describo tampoco es estrictamente real y no resistiría la prueba de los topógrafos: es la ciudad que evoco en mi memoria vacilante tantos años después, con algunos retoques de escenografía, y pido perdón a los residentes por unas colinas agregadas abruptamente a Headington, por un Hospital Radcliffe que nada tiene que ver con el verdadero y por fuentes y embarcaderos de existencia dudosa.

Quiero agradecer de manera especial a varias personas que me dieron una ayuda invaluable durante la escritura de esta novela:

Al físico Alberto Rojo, por el planteo geométrico del problema de los ecos (basado en ideas pioneras de los físicos forenses argentinos Ernesto Martínez y Willy Pregliasco).

A Andrew Longworth, del Guildford Museum, por ponerme en la pista correcta para consultar los papeles de Carroll.

A Isabel Sullivan, del Surrey History Center, por sus recuerdos en relación al ítem «Páginas cortadas del diario».

A Edward Wakeling y Charles Lovett, de la Sociedad Lewis Carroll, por facilitarme la edición completa de los diarios y bibliografía esencial para la novela.

A Alberto Manguel, por su recuerdo erudito de novelas relacionadas con Carroll.

A Carolina Orloff, por el envío de varios artículos de Karoline Leach y Morton Cohen.

A Pablo de Santis, Carlos Chernov y Jorge Manzanilla, por lecturas cuidadosas y observaciones agudas del manuscrito.

Y finalmente a Brenda Becette, por su solución propia del acertijo «*To make the DEAD LIVE*» que se transcribe en la novela, por la lectura paciente de primeras versiones y las muchas relecturas y comentarios de las siguientes. Por el amor y la inteligencia.

Notas

1. L. C. se entera por Mrs Liddell de que...

2. L. C. se entera por Mrs Liddell de que... ¡ella está locamente enamorada de él!

3. Historia desvanecida.

4. Demasiado tarde para morir joven.

5. Cita del original en inglés (*Alice in Wonderland*, capítulo VII): «Now, if you only kept on good terms with him [Time], he'd do almost anything you like with the clock».

6. Convertir a los MUERTOS en VIVOS.

7. Cita del original en inglés (*Alice in Wonderland*, capítulo IV): «[...] All I know is, something comes at me like a Jack-in-the-box, and up I goes like a sky-rocket!».

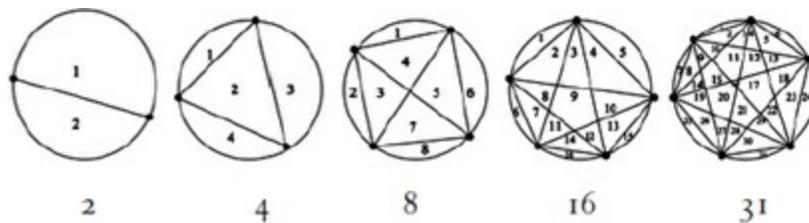
8. *A través de los silogismos y lo que Carroll encontró allí.*

9. Línea de remate de un chiste, pero también la afirmación más impactante de un teorema.

10. «Es *uno* para recordar.»

11. Hablando del diablo (expresión en inglés equivalente a «Hablando del rey de Roma»).

12. Para la continuación de la serie 2, 4, 8, 16 con el número 31: basta contar los sectores en que queda dividido un círculo a partir de unir las líneas entre los distintos puntos tal como se ve en las figuras.



Y para la continuación de la serie 2, 4, 8, 16 con un número n cualquiera, el teorema de interpolación de Lagrange asegura que hay un polinomio $P(x)$ tal que $P(1)=2$; $P(2)=4$; $P(3)=8$; $P(4)=16$; $P(5)=n$.

13. L. C. se entera por Mrs Liddell de que se comenta que él está usando a los chicos para hacerle la corte a la niñera. Y también se empezará a suponer pronto que está cortejando a Ina.

Los crímenes de Alicia
Guillermo Martínez

Premio Nadal de Novela 2019

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Guillermo Martínez, 2019

© de la imagen de la cubierta, Charlie Moss / Alison Burford / Arcangel

© Editorial Planeta, S. A. (2019)

Ediciones Destino es un sello de Editorial Planeta, S.A.

Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona

www.edestino.es

www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): febrero de 2019

ISBN: 978-84-233-5548-8 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.

www.newcomlab.com

75N PREMIO
NADAL
2019

 Los crímenes
de Alicia Guillermo
Martínez



DESTINO